La nueva economía de la aldea en el siglo XXI

SIETE CASOS

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: JERÓNIMO BARALLOBRE

Jaime Izquierdo, ed.

La nueva economía de la aldea

en el siglo xxi (siete casos)

krk ediciones • 2026

© Jaime Izquierdo
© ilustración de cubierta: Xosé Blanco
© de esta edición, Krk Ediciones
www.krkediciones.com
Álvarez Lorenzana, 27. Oviedo
ISBN: 978-84-8367-902-9
D.L.: AS-2059-2026
Grafinsa. Oviedo

Índice

La nueva economía de la aldea en el siglo xxi
(siete casos)

Coordinadores del proyecto 15
Prólogo 19
Presentación
por Germán Romano 23
Introducción 27

primera parte.
Marco teórico y conceptual

1. ¿Aldea o pueblo? ¿De qué estamos hablando? 33
2. Historia de la aldea: de la Revolución Neolítica a la Revolución Industrial 39
3. La pérdida del modelo genuino de aldea. 46
3.1. Características de la economía campesina preindustrial: las cuatro facetas esenciales 47
3.2. Características de la economía agraria industrial. 53
4. La necesidad de un modelo socioecológico y socioeconómico contemporáneo. 59
5. Características generales de la nueva economía 68
5.1. Equística 70
5.2. La gestión del campo entre lo manso y lo bravo 72
5.3. Desarrollo local y aldea 76
5.4. La economía de alcance adaptada al territorio y a la medida del lugar 78
6. Bases, requisitos, ejes de desarrollo, palancas de movilización y mercados de la nueva economía 83
6.1. La aldea del futuro: local y universal, vernácula y cosmopolita. . . 84

6.2 Dignidad, comunidad y funcionalidad 86
6.3. La nueva economía: un sistema territorial inteligente 91
6.4. Requisitos previos. 93
6.5. Ejes de desarrollo 95
6.5.1. El sistema agroecológico local (SAL) 96
6.5.2. El sistema energético local (SEL) 118
6.5.3. El sistema local de empresas (SILE) 118
6.5.4. La comunidad intergeneracional y multicultural (CIM) 119
6.6. Palancas de movilización 122
6.7. Los nuevos mercados de la aldea 124

SEGUNDA PARTE
Rastreando la nueva economía de la aldea

ASIEGU
Un viaxe al mundu de Guillermina,
por MANUEL NIEMBRO y JAVIER NIEMBRO 133
BREVE DESCRIPCIÓN SOCIOECONÓMICA Y TERRITORIAL 141
1. Marco geográfico y socioeconómico 141
2. Antecedentes históricos 141
3. Antecedentes y desencadenantes contemporáneos 142
4. Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico 147
4.1. Requisitos previos 149
4.2. Ejes de desarrollo 150
4.2.1. Sistema agroecológico local (SAL) 150
4.2.2. Sistema energético local (SEL) 151
4.2.3. Sistema local de empresas (SILE) 151
4.2.4. Comunidad intergeneracional y multicultural (CIM) 152
4.3. Palancas de movilización. 152
4.4. Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades . 152
5. Conclusiones 153

Infesta

Introducción a las aldeas modelo de Galicia,
por Inés Santé Riveira 157
Breve descripción socioeconómica y territorial,
por Francisco García e Inés Santé 162
1. Marco geográfico y socioeconómico 162
2. Antecedentes históricos 162
3. Antecedentes y desencadenantes contemporáneos 164
4. Marco metodológico: enfoque aplicado para la dinamización territorial 168
4.1. Condiciones de partida 169
4.2. Proceso de dinamización 172
4.2.1. Activación institucional del ámbito 172
4.2.2. Construcción de la base territorial 173
4.2.3. Estructuración técnica del proceso 173
4.2.4. Definición programática y líneas de acción 174
4.2.5. Configuración de la gobernanza 174
4.3. Hitos y avances del proceso 175
4.3.1. Discusión: modelos de dinamización y aprendizajes del caso . . . 176
4.3.2. Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico 178
5.1. Requisitos previos 179
5.2. Ejes de desarrollo 180
5.2.1. Sistema agroecológico local (SAL) 180
5.2.2. Sistema energético local (SEL) 181
5.2.3. Sistema local de empresas (SILE) 182
5.2.4. Comunidad intergeneracional y multicultural (CIM) 183
5.3. Palancas de movilización 183
5.4. Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades . 184
6. Conclusiones 186

Moal

El diseño de un sistema agroecológico local a la puerta del gran bosque,
por José Antonio González y Rocío Rosa 193
Breve descripción socioeconómica y territorial 201
1. Marco geográfico y socioeconómico 201
2. Antecedentes históricos 202
3. Antecedentes y desencadenantes contemporáneos 204
4. Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico. 207
5. Requisitos previos. 208
6. Ejes de desarrollo 208
7. Sistema agroecológico local (sal) 208
8. Sistema energético local (sel). 212
9. Sistema local de empresas (sile) 213
10. Comunidad intergeneracional y multicultural (cim) 213
11. Palancas de movilización 213
12. Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades . 214
13. Conclusiones 215

O Couto

La aldea que revolucionó el asociacionismo cultural del medio rural
a partir de Eduardo Pondal
por José María Varela 221
Breve descripción socioeconómica y territorial 228
1. Marco geográfico y socioeconómico 228
2. Antecedentes históricos 228
3. Antecedentes y desencadenantes contemporáneos 229
4. Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico 230
4.1. Requisitos previos 231
4.2. Ejes de desarrollo 232
4.2.1. Sistema agroecológico local (sal). 232
4.2.2. Sistema energético local (sel).. 232
4.2.3. Sistema local de empresas (sile) 233

4.2.4. Comunidad intergeneracional y multicultural (cim). 233
4.3. Palancas de movilización 256
4.4. Potenciali
4.4. Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades . 234
5. Conclusiones 235

OREXA

Bidea hemen hasten da (El camino empieza aquí),
por ENEKO MAIOZ 239
BREVE DESCRIPCIÓN SOCIOECONÓMICA Y TERRITORIAL 247
1. Marco geográfico y socioeconómico 247
2. Antecedentes históricos 248
4. Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico 252
4.1. Requisitos previos 252
4.2. Ejes de desarrollo 254
4.2.1. Sistema agroecológico local (sal) 254
4.2.2. Sistema energético local (sel) 255
4.2.3. Sistema local de empresas (sile) 255
4.2.4. Comunidad intergeneracional y multicultural (cim). 256
4.3. Palancas de movilización 256
4.4. Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades . 257
5. Conclusiones 258

PEÓN

CTIC RuralTech: El nuevo vecino tecnológico,
por PABLO PRIESCA 263
BREVE DESCRIPCIÓN SOCIOECONÓMICA Y TERRITORIAL 271
1. Marco geográfico y socioeconómico 271
2. Antecedentes históricos 271
3. Antecedentes y desencadenantes contemporáneos 272
4. Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico 273
4.1. Requisitos previos 274

4.2. Ejes de desarrollo 275
4.2.1. Sistema agroecológico local (sal) 275
4.2.2. Sistema energético local (sel) 275
4.2.3. Sistema local de empresas (sile) 275
4.2.4. Comunidad intergeneracional y multicultural (cim) 276
4.3. Palancas de movilización 277
4.4. Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades . 278
5. Conclusiones 279

Porrúa

Las raíces históricas de una cultura de comunidad: notas sobre concejo público en Porrúa,
por José Luis Villaverde Amieva 283
Breve descripción socioeconómica y territorial 296
1. Marco geográfico y socioeconómico 296
2. Antecedentes históricos 296
3. Antecedentes y desencadenantes contemporáneos 299
4. Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico 301
4.1. Requisitos previos 301
4.2. Ejes de desarrollo 302
4.2.1. Sistema agroecológico local (sal) 302
4.2.2. Sistema energético local (sel) 303
4.2.3. Sistema local de empresas (sile) 303
4.2.4. Comunidad intergeneracional y multicultural (cim) 303
4.3. Palancas de movilización 303
4.4. Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades . 304
5. Conclusiones 305

Conclusiones generales 307

Bibliografía 313

La nueva economía de la aldea en el siglo XXI
(siete casos)

Coordinadores del proyecto

Coordinador general del proyecto de cooperación

Germán Romano. GDR Oriente de Asturias.

Coordinadores de los Grupos de Desarrollo Rural (GDR):

Ana Pardo. GDR Monteval. Ourense.
Belén Liste. GDR Alto Narcea Muniellos. Asturias.
Carlos Moreno y Alberto Bauer. GDR Comarca de la sidra. Asturias.
German Romano. GDR Oriente de Asturias
Iker Carrera y Eneko Maioz. Asociación Tolomendi. Gipuzkoa.
José Antonio Vila. GDR Costa da Morte. A Coruña.

Coordinador de la edición

Jaime Izquierdo

Autores de los textos

Primera parte: marco teórico y conceptual.
Jaime Izquierdo
Un viaxe al mundu de Guillermina.
Manuel Niembro y Javier Niembro.
Las aldeas modelo de Galicia.
Inés Santé.
Infesta.
Francisco García e Inés Santé.
La aldea que revolucionó el asociacionismo cultural del medio rural a partir de Eduardo Pondal.
José María Varela.

Bidea hemen hasten da (El camino empieza aquí).

Eneko Maioz.

El diseño de un sistema agroecológico local a la puerta del gran bosque.

José Antonio González y Rocío Rosa.

CTIC RuralTech: El nuevo vecino tecnológico. Pablo Priesca.

Las raíces históricas de una cultura de comunidad: notas sobre concejo público en Porrúa.

José Luis Villaverde.

Maquetación y composición

Olaya García. Krk Ediciones.

Ilustración de portada

Bolanda, Xosé Blanco.

Forma de cita

Jaime Izquierdo, ed., *La nueva economía de la aldea en el siglo XXI. Siete casos*, (2026), editado por Grupo de Desarrollo Rural (GDR) Oriente de Asturias, GDR Alto Narcea Muniellos, GDR Comarca de la Sidra, GDR Costa da Morte, GDR Monteval y Asociación Tolomendi. Oviedo, Krk Ediciones.

Las aldeas están funcionalmente más próximas a su prototipo neolítico que a las muy organizadas metrópolis que han empezado a absorberlas hacia sus órbitas y, cada vez con más rapidez, a minar su antiguo modo de vida. Tan pronto como permitamos que la aldea desaparezca, este antiguo factor de seguridad se desvanecerá. La humanidad todavía tiene que reconocer este peligro y eludirlo.

Lewis Mumford, *La ciudad en la historia* (2014)

...nadie en su sano juicio puede defender la conservación y el mantenimiento del modo de vida tradicional del campesinado. Hacerlo equivaldría a decir que los campesinos deben seguir siendo explotados y deben seguir llevando unas vidas en las cuales el peso del trabajo físico es a menudo devastador y siempre opresivo...Y, sin embargo, despachar la experiencia campesina como algo que pertenece al pasado y es irrelevante para la vida moderna; imaginar que miles de años de cultura campesina no dejan una herencia para el futuro, sencillamente porque ésta casi nunca ha tomado la forma de objetos perdurables; seguir manteniendo, como se ha mantenido durante siglos, que es algo marginal a la civilización; todo ello es negar el valor de demasiada historia y de demasiadas vidas. No se puede tachar una parte de la historia como el que traza una raya sobre una cuenta saldada.

John Berger, *Puerca tierra* (1979)

Yo, que soy profesor de la Universidad, necesito de la colaboración de los pensamientos aldeanos mucho más que ellos de los míos [...] Esto escribía yo en 1915 [...], desde hace cien años cuanto acaece históricamente es, en sustancia, la magna contienda entre la ciudad y el campo. Pero, a diferencia de Spengler, yo creo que vencerá el campo y que volveremos a él para restaurar nuestras almas que la gran ciudad ha esterilizado.

José Ortega y Gasset, *De Madrid a Asturias o los dos paisajes* (1938)

Prólogo

La cooperación entre grupos de desarrollo rural (GDR) tiene en este caso una doble dirección: de los grupos entre sí y de las aldeas participantes también entre sí. Con la búsqueda de una nueva economía para la aldea del siglo XXI —objetivo del proyecto— asistimos a la recuperación de uno de los objetivos originales de la iniciativa comunitaria LEADER que nació, allá por los años 90 del pasado siglo, como herramienta para diversificar la economía rural, para apoyar a los emprendedores rurales, para impulsar una perspectiva territorial y compleja que fuera más allá y acompañara a la economía agraria —imprescindible pero no suficiente— para devolverle la vida al medio rural y, como parte de ese proceso, también para experimentar, para abrir nuevos caminos en la búsqueda de soluciones a graves problemas estructurales del campo como son el despoblamiento y el abandono. En este último objetivo es en el que se inscribe este proyecto.

Los GDR de tres comunidades autónomas —Asturias, Galicia y País Vasco— y siete aldeas —Asiegu, Infesta, Moal, O Couto, Orexa, Peón y Porrúa— han cooperado, intercambiado experiencias, visitas, conocimientos... para aunar esfuerzos, compartir éxitos y fracasos, ideas y proyectos en esa búsqueda de una aldea con porvenir. Y en ese camino han participado muchas personas, algunas de las cuales lo han hecho muy activamente para dejar constancia de lo aprendido. Este libro es, precisamente, el resultado de la síntesis y el cierre del proyecto.

En primer lugar, destacamos el compromiso de los gerentes y técnicos de los GDR, empezando por el promotor del proyecto de cooperación, el GDR Oriente de Asturias, con Germán Romano Sobrino, como coordinador a la cabeza; el GDR Comarca de la Sidra, a través de Carlos Moreno Fernández y Alberto Bauer; el GDR Alto Narcea-Muniellos, por medio de Belen Liste;

el GDR Costa da Morte, con José Antonio Vila; el GDR de Monteval con Ana Pardo y la Asociación para el Desarrollo Rural Tolomendi, con Eneko Maioz e Iker Karrera.

En el proceso de redacción y edición del libro agradecemos el trabajo de los hermanos Manuel y Javier Niembro que nos relatan el periplo, el camino de ida y vuelta, por el que regresaron a la aldea de Asiegu y al mundo inspirador de su abuela Guillermina; el de Inés Santé y Francisco García que, respectivamente, nos explican las razones que subyacen a la iniciativa de «Aldeas Modelo» del Gobierno de Galicia y la metodología aplicada en la aldea ourensana de Infesta; de José Antonio González y Rocío Rosa, que nos introducen desde Moal en una de las piezas esenciales, imprescindibles y singulares de la aldea del porvenir: recuperar lo mejor y más elaborado que ha hecho la aldea durante milenios, es decir, producir alimentos de alta calidad y, a través de ello, conservar la naturaleza y construir y gestionar los más inteligentes paisajes y eficientes agroecosistemas hechos por la humanidad; de José María Varela, que a través de un poeta, Eduardo Pondal, uno de los padres del «Rexurdimento» de Galicia[1], nos cuenta cómo se está promoviendo el resurgimiento de la aldea de O Couto y da pistas para las aldeas que quieran seguir la estela del nuevo pensamiento aldeano a partir de la cultura y los cuidados; de Eneko Maioz, que desde su Orexa natal nos cuenta cómo la comunidad vecinal, liderada por el ayuntamiento, revirtió la idea subyacente de «la carretera termina aquí» con una idea fuerza y contraria: *Bidea hemen hasten da* —el camino empieza aquí— para recuperar y actualizar la vida en su pueblo; de Pablo Priesca, que desde Peón nos cuenta la historia de CTIC RuralTech y cómo a través de la recuperación de la idea un indiano filántropo se actualiza una iniciativa para contribuir, con las nuevas tecnologías, a la reactivación de la aldea y, por último, desde Porrúa, José Luis Villaverde da cuenta de las raíces históricas de una comu-

[1] Resurgimiento, en castellano. Fue un movimiento de recuperación cultural, lingüística y literaria —además de denuncia y crítica social contra la pobreza rural, la emigración y el caciquismo— que tuvo lugar en Galicia, a partir de 1863, con la publicación de Cantares Gallegos de Rosalía de Castro que, junto a Eduardo Pondal y Manuel Curros Enríquez, constituyeron el núcleo fundacional de dicho movimiento.

nidad campesina que supo mantener la cultura de la cooperación y cómo esa forma de organización, articulada alrededor del concejo abierto y sus variantes, es el cimiento de nuevas y exitosas iniciativas.

El libro contó con el trabajo de Jaime Izquierdo en una doble función, en primer lugar, como «ideólogo» de la nueva economía para la aldea, en el ámbito conceptual y ensayístico que se recoge en la primera parte y, en segundo lugar, como editor y coordinador del libro para mantener la coherencia entre el planteamiento teórico y las descripciones de los procesos seguidos en las distintas aldeas e, igualmente, para proponer los aspectos más destacados de cada una de ellas que fueron desarrollados por los colaboradores anteriormente citados.

Tenemos el convencimiento de que con este proyecto hemos abierto una espita, que probablemente estemos dando los primeros pasos, preparando los andamios y poniendo los cimientos, de un nuevo edificio, de una nueva aldea.

Seremos cautos, iremos con prudencia, iremos poco a poco, despacio, porque vamos lejos. Con un objetivo que asoma en el horizonte: hacer que las aldeas retomen el protagonismo perdido en la gestión del territorio y lo hagan con una funcionalidad actualizada y considerada por las instituciones y la sociedad en general, con unas comunidades locales sólidas y bien organizadas y con la recuperación de la dignidad, el arraigo y el orgullo de pertenecer al mundo rural.

D. Ramón Galán Escandón. Presidente GAL del Oriente de Asturias (ADRIOA)

D. José Luis Fontaniella Fernández. Presidente GDR Alto Narcea Muniellos.

D. Manuel Muíño Espasandín. Presidente Asociación Costa da Morte-GDR

D. José Luis Suárez Martínez.Presidente GDR 9. Asociación Monteval.

D. Alejandro Vega Riego. Presidente de la Asociación para el Desarrollo Rural Integral de la Comarca de la Sidra.

D. Eneko Maioz Ganboa. Presidente de Tolomendi. Asociación de Desarrollo Rural de Tolosaldea.

Presentación

Germán Romano
Gerente del GDR Oriente de Asturias. Coordinador del proyecto de cooperación

La aldea, como se explica en este trabajo, es un pueblo pequeño vinculado principalmente al manejo inteligente y cuidadoso del entorno —la naturaleza—, que «inventó» el campo, generó una cultura que ahora llamaríamos ecológica, abasteció de alimentos a la humanidad durante milenios, dio forma a los ecosistemas originales —y los hizo más complejos y variados que los naturales—, e inventó las elaboraciones y preparaciones que constituyen la identidad gastronómica más genuina y antigua de las regiones. La aldea, también se dice aquí, es la única estructura urbana, creada por las comunidades humanas bien organizadas, que sabe relacionarse con la naturaleza y conservarla.

Sin embargo, y a pesar de este extraordinario currículum, la modernización urbana e industrial, y su cultura asociada, que se hicieron hegemónicas en el siglo XX, no tuvieron ninguna consideración hacia estas pequeñas entidades de población que hace décadas comenzaron un lento declinar hasta llegar incluso, en muchos casos, al abandono absoluto.

Frente a esta realidad generalizada, aparecen lugares, aldeas y pequeños pueblos, donde las comunidades locales, lejos de asumir como inevitable ese destino fatal iniciaron un proceso de recuperación, de regeneración y, por qué no decirlo, de reivindicación para demostrar que la aldea tiene todavía un papel importante, e insustituible, como gestora del medio rural que aún conserva los rasgos más identitarios del pasado campesino y, por ello, de mayor valor patrimonial, cultural y natural del país.

Por esas razones, el Grupo de Desarrollo Rural del Oriente de Asturias, entró en conversaciones con otros grupos de desarrollo de Galicia y País Vasco para dar forma a un proyecto de cooperación centrado en la aldea con la intención, por una parte, de dar continuidad al proyecto «Aldea 0»

liderado en Asturias por el Comisionado para el reto demográfico del Gobierno de Asturias en la anterior legislatura (2019-2023) y, por otra, aunar esfuerzos con los planteamientos desarrollados por el Gobierno de la Xunta de Galicia en torno a las «Aldeas Modelo» y a una interesante iniciativa que una administración local, el Ayuntamiento de Orexa, había desarrollado en Gipuzkoa.

Desde el primer momento, desde el diseño inicial del proyecto, contamos con la participación de Jaime Izquierdo que no solo había sido el principal promotor del proyecto «Aldea 0» sino que llevaba más de veinte años teorizando y conceptualizando sobre la nueva economía de la aldea y el papel que le podría corresponder en la gestión de los territorios más genuinamente rurales del país. Jaime ha sido también la persona encargada de coordinar esta edición.

Subyacía también a todo esto una idea embrionaria que desde el Grupo de Desarrollo Rural del Oriente de Asturias compartíamos con el resto de los socios de este proyecto: más allá de nuestro papel como entidades vinculadas al apoyo a los promotores y emprendedores rurales, los grupos deberíamos implicarnos en el porvenir de las aldeas, colaborando con aquellas asociaciones vecinales que estaban impulsando iniciativas de desarrollo comunitario.

Y un proyecto de cooperación como este podría suponer el pistoletazo de salida para ir dando forma a este desafío de intentar la rehabilitación integral de la aldea. Por lo demás, los grupos de desarrollo rural tenemos una posición privilegiada como estructuras de enlace e intermediación entre lo público y lo privado, entre lo local y lo regional o estatal, entre la iniciativa vecinal y las políticas públicas, lo cual nos permite actuar como punto de encuentro entre las aldeas y las administraciones.

Como colofón de este proyecto presentamos este libro que, en la primera parte, enmarca la historia y devenir de la aldea y establece las líneas maestras y principios para avanzar hacia una nueva teoría económica y ecosocial de la aldea. Y en la segunda parte, da cuenta de las experiencias de las siete aldeas participantes en el proyecto —Asiegu, Infesta, Moal, O Couto, Orexa,

Peón y Porrúa—, así como de los desencadenantes históricos y recientes que dieron origen a su movilización y los avances conseguidos.

Entre las conclusiones del proyecto, que se pueden leer al final del libro, destaca la idea de seguir trabajando en la búsqueda y afianzamiento de una nueva economía para la aldea y, más aún, tratar de internacionalizar el proyecto con la participación de grupos de desarrollo rural y aldeas de Portugal, un país más que vecino hermano en donde, por cierto, el término de aldea, como entidad de población con identidad propia diferente de la ciudad y de la villa, está más generalizado que en España.

Es intención de este proyecto de cooperación mantener viva y actualizada la web <https://aldeasiglo21.com/>, en la que fuimos recogiendo las distintas visitas, noticias y novedades llevadas a cabo por los GDRs y las aldeas participantes en el proyecto para que, una vez finalizado este, pueda servirnos para seguir en contacto entre nosotros, dar cabida a nuevas aldeas participantes y diseñar nuevas acciones.

Introducción

El objetivo de este proyecto de cooperación es, por una parte, contribuir a elaborar un marco teórico, conceptual y metodológico para diseñar la aldea del porvenir y, por otra, analizar y repasar las experiencias desarrolladas en siete ámbitos territoriales, en siete aldeas, cuyas comunidades locales están liderando sus propios proyectos de desarrollo.

Estas siete aldeas, o pueblos que funcionan como aldeas —la disquisición entre pueblo y aldea será lo primero que analizaremos en este proyecto— son muy diferentes entre sí, no solo por sus rasgos biogeográficos y físicos, sino por sus diferentes trayectorias en busca de un futuro, su organización comunitaria, su institucionalidad o sus dinámicas internas. Siete aldeas, siete estilos y siete identidades y rasgos propios que, sin embargo, tienen un denominador común: están tratando de buscar su sitio en un mundo controlado por las economías urbanas e industriales de concentración. Están tratando de definir y poner en marcha una economía propia, netamente «aldeana», actualizada, atractiva, cosmopolita y local, indagando en su pasado y mirando hacia un futuro distinto, atractivo y confortable.

La aldea jugó durante milenios un papel central en la gestión del medio rural. Fue la entidad población clave en la conformación y posterior configuración del campo y en el abastecimiento alimentario de las ciudades hasta la irrupción, en el siglo XX, de las agriculturas industriales de concentración, las grandes rutas planetarias globalizadas de tráfico de alimentos y las densas y extensas de distribución. A partir de entonces las aldeas se volvieron disfuncionales y los territorios que manejaban, también.

Recuperar de forma actualizada, contemporánea y viable esa antigua forma histórica de ordenación y organización territorial en aquellas regiones y ámbitos geográficos donde persiste la impronta aldeana, no es un asunto

menor. Los promotores de este proyecto de cooperación estamos persuadidos de que la solución a muchos de los grandes problemas de la España despoblada y abandonada depende del regreso de la aldea para que vuelva a poner en marcha sus inteligentes sistemas agroecológicos locales, que nos proveyeron de alimentos saludables[1] de alta calidad a la vez que gestionaban y mantenían activos los más bellos e inteligentes paisajes rurales del país.

Los síntomas que padece el medio rural —grandes incendios, pérdida de biodiversidad agropecuaria y silvestre, cierre del paisaje, extinción de especies, crecimientos de especies oportunistas, plagas...— denotan que los antiguos territorios rurales, que estuvieron secularmente gestionados, manejados y controlados por las aldeas, están ahora enfermos y presentan una grave «patología territorial». La aldea, o mejor dicho la recuperación de la funcionalidad de la aldea, es el antídoto para recuperar la salud y el equilibrio ecológico del campo a través de la intermediación de la cultura campesina en la gestión de la naturaleza. Una tarea compleja en la que nuestros antepasados campesinos fueron consumados maestros y la moderna sociedad, muy urbana y muy tecnológica, ignora o desconoce.

En opinión de Francisco García[2] , lejos de constituir formas atrasadas, arcaicas, marginales, poco elaboradas o residuales de gestión territorial «las aldeas configuraron sistemas socioecológicos complejos, caracterizados por una estrecha integración ecosistémica entre los usos agrarios, ganaderos, forestales, domésticos y las dinámicas silvestres, así como por una relación directa entre la comunidad y el territorio. En este sentido, la aldea puede entenderse como una unidad territorial capaz de integrar funciones productivas, ambientales y sociales, desempeñando un papel activo e imprescindible en la gestión del territorio y en la producción de bienes comunes».

A pesar del «apartheid cultural»[3] , lo cierto es que la aldea y la comunidad campesina que la gestionaba, representan no solo formas de orga-

[1] Entendiendo «saludable» en el doble sentido: para las personas y para los territorios.

[2] Fundación Juana de Vega.

[3] Los aldeanos manejaban unas claves culturales locales y complejas que combinaban valores, conocimientos técnicos aplicados a la gestión integral del medio, normas de convivencia y reglas de comportamiento social, principios de solidaridad y cooperación comunitaria, principios de gestión

nización territorial profundamente arraigadas en algunas regiones —en especial en el norte y noroeste de la península Ibérica y en aquellos lugares en los que se da una continuidad histórica de larguísimo recorrido que conecta los primeros asentamientos tribales neolíticos con las actuales aldeas— que lejos de ser consideradas como marginales o residuales —o una rémora— pueden serlo como embriones de una nueva y prestigiosa ruralidad. Ese tránsito, del abandono y la desconsideración a la rehabilitación y el prestigio, del desconocimiento al aprecio, de lo arcaico a lo contemporáneo, de lo local a lo universal sin dejar de ser local, es el que a este proyecto de cooperación interesa.

En ese sentido, el planteamiento de la nueva economía para la aldea «se sitúa en una posición intermedia entre continuidad y cambio: por un lado, recupera principios estructurales presentes en los sistemas originales; por otro, introduce herramientas y enfoques adaptados a las condiciones contemporáneas»[4], lo que permite entender los procesos de intervención económica y ecológica que se proponen no tanto como de ruptura con el pasado, sino de rehabilitación, renovación y actualización de aquellos componentes del sistema que sean susceptibles de reforma y adaptación; de superación de aquellos otros comportamientos y usos no compatibles con los valores y derechos actuales y de integración de nuevas funciones y actividades derivadas de las nuevas oportunidades, de las nuevas tecnologías y de los nuevos mercados.

---

agroecológica del territorio, autodisciplina, resiliencia... que se trasmitían de forma oral generación tras generación, en el seno de la familia y la comunidad, y sin registro escrito salvo, muy excepcionalmente y tan solo en los aspectos más tangibles, en algunas ordenanzas. La cultura urbana y oficial, desconocedora de esta complejidad cultural, nunca entendió la riqueza oculta y el extraordinario valor de la cultura campesina. Y la sociedad actual, tanto en la esfera de lo civil como de lo institucional, es amnésica respecto a una cultura campesina prácticamente extinguida pero no por ello «reinventable».

[4] Francisco García (comunicación personal).

PRIMERA PARTE

Marco teórico y conceptual[1]

[1] Por Jaime Izquierdo. Este apartado es una síntesis y adaptación de los trabajos recogidos en la bibliografía de Izquierdo Vallina, J. 2002, 2005, 2008, 2012, 2013, 2019, 2023 y 2025.

1.
¿Aldea o pueblo? ¿De qué estamos hablando?

> Aquel país, aquel paisaje, aquella gente, aquellas casas...Como no queremos que se vayan acariciamos sus formas, las sacudimos para que no caigan en el letal letargo, les señalamos dónde están los peligros.
>
> Severino Pallaruelo, *País de anochecida*

La Real Academia de la Lengua define a la aldea como «pueblo de escaso vecindario y, por lo común, sin jurisdicción propia». Tiene sus antecedentes etimológicos en el árabe, al-day'ah, que podría traducirse por granja, finca agrícola, masía, cortijo...

Nacida hace varios miles de años, en los inicios de la Revolución Neolítica y en al tiempo que aprendimos a cultivar las primeras semillas y domesticar animales, la aldea se convirtió en el primer experimento urbano de la humanidad, que dejaba atrás el clan cazador y recolector y se constituía como tribu y comunidad estante, con una rutina diaria, centrada en el mantenimiento de sus estructuras para la producción del alimento y para la reproducción de la vida, y con una nueva y más compleja organización social.

La aldea es, además, el primer germen, la unidad elemental, previa e indispensable para el nacimiento de la ciudad tal como la conocemos en la actualidad. Es y sigue siendo la primera célula urbana y, por ello, «una forma ancestral de ciudad» que surgió como «instrumento colectivo resultado de la nueva economía agraria» y cuyo asentamiento no solo no creó ninguna «perturbación importante en el entorno natural» sino que la relación con éste llegó a ser «beneficiosa para la formación del suelo, llegando a incrementar su productividad natural» (Mumford, 2005: 504).

Esa primera virtud original de la aldea como gestora funcional, genuina, exitosa, certera, eficiente y beneficiosa para la conservación de la naturale-

za no es solo una característica estructural, identitaria e indisociable de su condición, sino que se constituye en la actualidad, en el contexto actualizado de la sociedad contemporánea, en el principal objetivo y razón para su rehabilitación integral. Resulta paradójico que siendo esa su principal capacidad y su más destacado rasgo, mantenido a lo largo de miles de años de historia, no figure como tal en la definición. Digámoslo ahora: la aldea es una pequeña estructura urbana que «inventó» el campo y sabe cómo conservar la naturaleza.

Por su parte, pueblo deriva etimológicamente del latín *populus* y tiene diferentes significados y acepciones. Desde el punto de vista territorial y geográfico llamamos pueblo a una entidad de población en un entorno rural que, por extensión y demografía, no llega a la consideración de ciudad pero que puede abarcar un mayor tipo de poblamiento: desde una pequeña población con escaso caserío y población —es decir, una aldea—, a una entidad de mayor tamaño —una villa— que, según su tamaño y posición, puede desempeñar algunas funciones o prestaciones propias de ella o de la ciudad —comercio, servicios públicos y privados, zonas residenciales, industria...— y en la que también pueden desarrollarse actividades agropecuarias y forestales.

Según la RAE, más allá de esa primera acepción geográfica y dependiendo del contexto, pueblo también puede hacer referencia tanto a la totalidad o «conjunto de personas de un lugar, región o país» —el pueblo vasco, gallego o asturiano— como a una parte de ese conjunto, es decir, a la «gente común» y más «humilde de una población».

Los adjetivos derivados tanto de aldea como de pueblo —aldeano o pueblerino—, tienen una connotación eminentemente peyorativa para referirse a alguien «poco refinado en sus modales o gustos, tosco, con mentalidad estrecha» o falto de cultura y como sinónimo, del aún más despectivo, «paleto». Lejos de lo que debiera ser la acepción más objetiva y ajustada, sin más, como el natural o habitante de una aldea o pueblo, ser un aldeano o un pueblerino se utiliza como insulto y discriminación para rebajar las capacidades, virtudes y consideración de una persona.

En ese sentido, sobre la aldea y los aldeanos pesa como una losa un insidioso desprecio cultural de largo recorrido histórico, que ha sido alimentado desde las ciudades y las villas y por el que sitúa a los habitantes del campo en un plano de inferioridad frente a los habitantes urbanos[2]. Una de las razones de este proyecto es, precisamente, revertir esta falta de consideración y estima hacia los ciudadanos del medio rural y poner en evidencia que la aldea es una entidad inteligente, eficiente e imprescindible para el manejo del territorio que necesita ser rehabilitada y estimada en su valor por parte de las instituciones y el conjunto de la sociedad.

Otra razón sería la de incrementar la autoestima de los habitantes de la aldea sobre las posibilidades y oportunidades propias —no de forma individual, que también, sino preferentemente comunitaria— que se abren para la aldea si se reorganiza y reinventa para recuperar su funcionalidad perdida, especialmente en el ámbito de la recuperación de su sistema agroalimentario local y en el compromiso por la conservación agroecológica y ecosocial del medio ambiente.

En cualquier caso, el concepto «pueblo», en su acepción geográfica, es el más extensamente utilizado para referirse a las pequeñas entidades de población que caracterizan al medio rural, frente a la denominación «aldea», que se utiliza comúnmente en Galicia y Asturias —pero no tanto en el resto de las regiones del Estado— para referirse a esa pequeña localidad cuya actividad económica esencial, y hasta hace apenas unas décadas casi única, era la producción agropecuaria y forestal, en una economía escasamente monetizada, gestionada por una organizada y auto reglamentada comunidad campesina que con sus excedentes agroalimentarios abastecía los mercados de las villas y ciudades próximas.

[2] El termino urbanita utilizado para definir a la persona que «vive acomodada a los usos y costumbres de la ciudad» tiene también una segunda consideración, más extendida. como alguien que proyecta su visión del mundo y la vida fuera del ámbito territorial de la ciudad. Cuando sobre una persona formada exclusivamente en el ámbito de la cultura urbana recaen responsabilidades institucionales —sean administrativas, técnicas o políticas— de ordenación, legislación y regulación de las actividades en el medio rural, la perspectiva urbanita tiende a deformar la capacidad para entender, apreciar y por ello acertar en los análisis, diagnósticos y propuestas para la correcta gestión del campo.

El concepto de aldea es, por tanto, más específico que el de pueblo. Por eso lo hemos utilizado en este proyecto de cooperación. Como corolario, se podría decir, por una parte, que todas las aldeas son pueblos, pero no todos los pueblos son aldea y, por otra, que la principal diferencia entre ambos estriba en que la aldea tiene como función principal —y única hasta hace unas décadas—la gestión agroecológica del campo; mientras que el pueblo puede desarrollar otras funciones —comerciales, servicios especializados, administrativos...— más o menos variadas y completas dependiendo de su posición geográfica.

La situación actual de la aldea en España se mueve entre la extinción y la desmemoria. Por una parte, desde la ciudad y las instituciones de gobierno no hemos tomado todavía conciencia de la gravedad de la situación y de las consecuencias que la extinción aldeana en ciernes provocará en el territorio; por otra, las actuales comunidades aldeanas han perdido, —o les hemos hecho perder—, la conciencia de serlo, sus señas de identidad, sus instituciones de gobierno, sus mecanismos de cohesión social, sus vínculos comunitarios, los conocimientos que las vinculaban a la tierra y las razones y el gusto por querer vivir en la aldea y, por otra más, los hábitos y los comportamientos culturales, sociales y económicos de la aldea se parecen cada vez más a los urbanos que a los genuinamente rurales, hasta el punto de que muchas aldeas ya no practican actividades agropecuarias y forestales y, si lo hacen, estas son marginales o, por el contrario, han caído en la concentración, la intensificación y el monocultivo. También en los pueblos la economía se ha detenido, se ha ido terciarizando o se ha especializado con criterios industriales, y la población se ha ido envejeciendo y ello ha ido en detrimento del mantenimiento integrado y sistémico de las actividades agrícolas, ganaderas y forestales.

Además, los actuales habitantes de la aldea se han quedado en muchos casos en tierra de nadie: tanto porque han perdido la impronta cultural de sus antepasados o porque son nuevos vecinos procedentes de la ciudad que nunca la tuvieron, como porque de momento no hemos encontrado el camino de regreso a la aldea como opción de futuro y modo de vida deseable alternativo a la ciudad y más atractivo, incluso, que el que esta proporciona.

Como es sabido la ciudad es el espacio de la libertad creativa, del artificio y de la economía inorgánica; la aldea fue —y debería volver a ser— el espacio del encuentro creativo y colaborativo de las comunidades humanas con la naturaleza y retomar su liderazgo en la generación de una renovada economía orgánica que le dé un nuevo horizonte y una respetada funcionalidad territorial. En nuestros días, y mientras que la ciudad sigue avanzando hegemónicamente como espacio político, cultural, financiero, económico, y ahora, impulsada por las nuevas tecnologías y la digitalización, es también referente de las economías virtuales; la aldea, por el contrario, se extingue y con ella perdemos todo el conocimiento acumulado por la humanidad durante milenios a través del cual aprendimos a relacionarnos con el entorno y a vivir de y con la naturaleza.

Sin embargo, y siendo la aldea histórica la pequeña entidad de población donde los seres humanos aprendimos a relacionarnos con la naturaleza, surgen ahora, a mayores, nuevas opciones y posibilidades que no se dieron en el pasado y que le pueden dar más viveza, más diversidad económica y cultural a la aldea siempre y cuando —y en esto insistiremos una y otra vez a lo largo de este trabajo— no se olvide de su función territorial primigenia: la gestión agroecológica del campo.

La aldea tiene una larguísima historia y tiene aún más futuro, si somos capaces de mirarla con la perspectiva de la innovación retroprogresiva, con microscopio y con telescopio, por el parabrisas y por el retrovisor, y hacerlo con una nueva mirada inédita, futurista en lo tecnológico y clásica y revisionista en lo tocante a su organización ecosocial y a la recuperación de su determinante e imprescindible función territorial.

Esta pequeña entidad contiene en su ADN muchos de los principios activos que la humanidad necesita para salir de su laberinto, no en vano, podríamos definirla —ya lo hemos advertido— como una estructura urbana pensada y diseñada para gestionar un ecosistema, inicialmente natural, que con la introducción de la información y la cultura humana se convirtió en un agroecosistema más diverso y complejo que el original.

La aldea estableció con la naturaleza circundante una relación simbiótica, efectiva, afectiva y de respeto con la que generó un tipo de economía y una cultura únicas. Ese reconocimiento de lo que la aldea supo hacer en el pasado y puede volver a hacer en el futuro, se convierte en el primer acicate, la primera razón, por la que consideramos imprescindible diseñar una teoría económica y ecológica propia, adaptada a su singularidad, que es diferente de las economías industriales y urbanas y sirve tanto para desarrollar todas sus potencialidades como para cumplir una función de interés para el conjunto de la sociedad y la correcta gestión del territorio.

Los pequeños pueblos o aldeas de las zonas de montaña —y otros territorios con especiales dificultades estructurales— que durante siglos practicaron un tipo de agricultura que hoy denominaríamos ecológica y territorial —a los que debemos, entre otras muchísimas aportaciones. las razas autóctonas, las especialidades gastronómicas, la alimentación de la humanidad, la biodiversidad agraria y los más inteligentes y precisos agroecosistemas del país— viven en la actualidad en la zozobra, la despoblación y el abandono de sus ajustadas e inteligentes prácticas campesinas. Hora es ya de apostar por su rehabilitación y «rehabitación»[3].

[3] *Rehabilitar* hace referencia a volver a habilitar (devolverle las funciones originales) y *rehabitar* (volver a poblar, a habitar, a vivir).

2.
Historia de la aldea: de la Revolución Neolítica a la Revolución Industrial

> Debemos tratar de establecer una relación recíproca entre las unidades mayores y menores [ciudades y aldeas], una relación basada en que cada cual desempeñe el tipo de tarea que le corresponde por naturaleza...He aquí un modelo para una nueva constelación urbana que sea capaz de preservar las ventajas de las unidades más pequeñas y gozar del gran alcance de la organización metropolitana. En un mundo bien ordenado no habría límites físicos, culturales o políticos para este sistema de cooperación.
>
> Lewis Mumford, *La ciudad en la historia*

Dos cuestiones de fondo —y en muchos casos relacionadas entre ellas—podríamos esgrimir como determinantes para justificar este empeño en restituir la funcionalidad territorial de la aldea: el despoblamiento rural y el abandono de las tierras.

El actual despoblamiento de la aldea no es solo un problema demográfico que se pueda medir estadísticamente, es también un problema social, comunitario, ecológico, cultural y profesional. Lo es en la medida que afecta no solo al número de personas que emigraron a la ciudad, sino también a un perfil profesional y vital complejo que acumulaba una variadísima y extensa cantidad de informaciones y conocimientos sobre el manejo del lugar —el campesino o paisano al que Casiano de Prado llamaba el «hombre de la naturaleza»— que desapareció del medio; a su forma de organización, constituida por un grupo concertado y bien estructurado que se extinguió —la comunidad campesina compuesta por un grupo de familias, organizadas internamente en un conjunto de casas, que la habitaba y gestionaba— y a un estilo de gestión y ordenación territorial que creó complejos y armónicos agroecosistemas de especies domésticas y silvestres y de elementos y

procesos concertados entre lo natural y lo cultural que la propia aldea había creado y que se fueron desmontando y destartalando a medida que los vecinos fueron abandonando la aldea y abandonando el uso de las tierras.

En una primera aproximación podríamos decir que ambos asuntos se relacionan y retroalimentan y que estamos, por tanto, ante un problema de naturaleza «celular», es decir, ocasionado por un mal funcionamiento de unas pequeñas células del territorio —aldeas— que por las razones que veremos más adelante han dejado de funcionar, o lo hacen de forma parcial, limitada o descontextualizada.

La naturaleza celular del problema —que ciertamente alcanza extensos ámbitos territoriales del medio rural— nos indica que en todos los casos el abandono y el despoblamiento, o ambos a la vez, responden a igual etiología: todas las células del territorio tienen la misma, o muy parecida patología, que les provoca similares afecciones, aunque lo haga con distinta intensidad, desde los casos extremos de aldeas abandonadas, que están siendo subsumidas por el avance del bosque, a aldeas que han abandonado la actividad agroecológica original y se comportan como pequeñas urbanizaciones en el campo, como asentamientos residenciales, como núcleos de turismo o como concentradas explotaciones agrarias o ganaderas intensivas y monoespecíficas.

Por ello, por ser un problema de ámbito celular, el enfoque metodológico de regeneración de la aldea debe responder a un planteamiento de «terapia celular» o, en este caso y lo que es lo mismo, de regeneración aldeana desde la propia comunidad local y desde una intención política y metodológica trascendente que se apoye, entre otras herramientas conceptuales, en la equística[4], de la que hablaremos más adelante.

[4] La equística (del griego, *oikos*: casa, hogar) es la ciencia del hábitat vinculada a los asentamientos humanos, que son observados, estudiados, analizados y diagnosticados desde todos los puntos de vista, a partir de una metodología próxima a la ecología humana que también se apoya en muchas otras ramas del conocimiento. Tiene como objetivo último buscar soluciones a sus problemas, estructurales o coyunturales, de tales asentamientos. Aunque inicialmente fue concebida, principalmente, para los asentamientos urbanos (ciudades) tiene ahora indudable interés para diseñar el futuro de los pequeños asentamientos urbanos en el campo (aldeas). Fue desarrollada por Constantinos Doxiadis en su obra *Ekistic: an Introduction to the Science of Human Settlements*, Londres, 1968.

La solución, por tanto, además de compleja —los problemas complejos no se resuelven con soluciones simples y parciales— ha de ser también coral, ordenada y secuenciada, dirigida a restituir un conjunto de elementos, procesos, y conocimientos que van desde el diseño y fomento de una nueva profesión basada en el rescate —y la actualización tecnológica— del conocimiento holístico del campesino, que reorganice a la comunidad aldeana, hasta la restauración y rehabilitación de su complejo agroecosistema local y sus procesos concertados de gestión territorial ahora perdidos, pasando por el acceso a la vivienda, la producción local de energía, el cuidado de los mayores...

Mientras la aldea, como primera y esencial célula del territorio, estuvo activa y desarrollaba su función, el mundo rural estaba vivo, manejado de forma muy diversificada —en lo tocante a miles de pequeñas producciones agropecuarias organizadas a través de numerosos sistemas agroecológicos locales— y poblado, incluso hiperpoblado en algunas regiones, lo que dio lugar a intensos y extensos fenómenos de emigración. Eso ocurrió desde el origen del Neolítico hasta, más o menos, la generalización hegemónica del desarrollo urbano-industrial a mediados de siglo XX.

A lo largo de la historia la ciudad fue aprovechando las oportunidades que le ofrecía cada civilización, y se adaptaba y transformaba hasta confundirse con ella creando una tipología urbana acorde con la civilización de turno; la aldea, por el contrario, «mantuvo el antiguo estilo de vida popular durante milenios y sobrevivió al continuo ascenso y destrucción de sus rivales, más grandes, más ricos y más atrayentes» (Mumford, 2012:51) consiguiendo perpetuarse más allá de las grandes civilizaciones hasta que, en nuestros días, la industrialización y la explosión urbana la dejaron noqueada, fuera de juego y sumida en el abandono. Pero no está muerta, solo aturdida, esperando un nuevo tiempo, necesariamente posindustrial, que entienda lo que la aldea puede hacer para devolverle a la humanidad su sentido común y rescatarla de su dependencia y obcecación inorgánica, hipertecnológica, megaurbana y megacapitalista.

La aldea tiene una función determinada por la biogeografía local y está inserta en un territorio, con el que interactúa en un proceso de adaptación

y condicionamiento mutuo. Para ello tuvo que diseñar sus propias tecnologías y normas que facilitaron esa adaptación mutua y condicionada entre humanos y medio, naturaleza y cultura.

Ese determinismo territorial y biogeográfico hace que, por una parte, la aldea esté estrechamente vinculada al entorno que la acoge más que a las civilizaciones exteriores que la empujan, la explotan o la arrinconan y con las que, por lo general y como ocurre actualmente con la «civilización» industrial o urbanocéntrica, no se entiende y, por otra, influye en el diseño de la institucionalidad y en la conformación de la comunidad y sus normas que se conciben precisa y exclusivamente para la gestión integral ese lugar, y no para otro, creando con ello una altísima diversidad institucional —como bien sabe Elinor Ostrom— que, finalmente, acabó conformando sólidas comunidades ecosociales[5]. La aldea es tanto consecuencia de la naturaleza circundante como la naturaleza circundante lo es de la aldea.

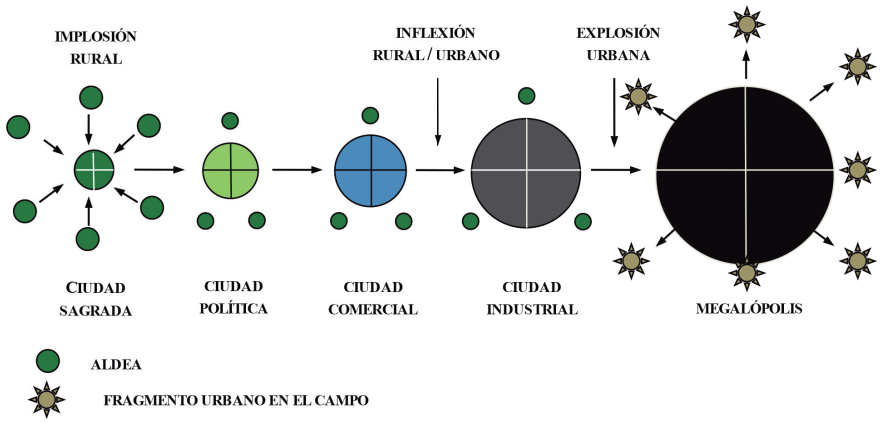
El objetivo parece claro: necesitamos activar y reorganizar de forma actualizada estas células, ahora durmientes, para volver a tener pobladas las aldeas con los contingentes organizados, necesarios y suficientes —no hace falta, ni por asomo, que sean como los que se dieron a principios del siglo XX— para que cumplan la función que por naturaleza le corresponde y para que, al hacerlo, generen atractivo y bienestar suficiente para sus pobladores y beneficios para la sociedad en general, tal como iremos exponiendo a lo largo de las siguientes páginas. A mayores, la aldea, gracias esencialmente a las nuevas tecnologías de la información y la telemática, tiene nuevas y excelentes oportunidades económicas impensables en el pasado.

Atendiendo a la historia, a sus relaciones y a la evolución funcional tanto de la aldea como de la ciudad —a través de las ideas de Lewis Mumford (2005, 2012) y Henri Lefebvre (1972)—, es posible establecer una secuencia esquemática de las distintas fases por las que ambas han pasado, tal como se representa en la figura 1.

[5] Una comunidad ecosocial es un modelo territorial de organización social y humana que integra su estilo de vida y producción económica en el medio ecológico en el que vive y con el que interacciona aprovechando de forma sistémica y sostenible los recursos naturales del entorno a través de intervenciones culturales, conocimientos y tecnologías diseñadas exprofeso para el lugar que habita.

FIGURA 1

Evolución funcional y relaciones entre la ciudad y la aldea



En esta larga secuencia histórica se dan tres momentos críticos:

En primer lugar, el nacimiento de la ciudad tiene lugar por implosión rural. Para Lewis Mumford la ciudad se forma a partir de una «implosión» de energías de naturaleza rural provocada por «múltiples elementos diversos de la comunidad esparcidos por un gran sistema de valles que fueron movilizados» para su fundación (2012: 61). En puridad el primer germen de la ciudad es la aldea y es la decisión de varias aldeas la que dio lugar a la ciudad. Podríamos decir que la ciudad nació y aprendió de la aldea y que en su ADN se encuentran vestigios de ese primer impulso vital. Por mucho que la historia, y las distintas versiones posteriores de la ciudad fueran alejándose de ese origen aldeano, en opinión de Lewis Mumford «sin ese dilatado periodo de desarrollo agrícola y doméstico no se hubiera conseguido el excedente de alimentos y de mano de obra que hizo posible la vida urbana. Y sin la previsión y la disciplina moral consciente que la cultura neolítica introdujo en todas las esferas, es dudoso que hubiera aparecido esa cooperación social más compleja que se desarrolló en la ciudad» (2012: 25).

En segundo lugar, a medida que se consolida y expande por todo el mundo la Revolución Industrial, tendrá lugar la inflexión rural/urbano. Tras la

Revolución Neolítica, la siguiente gran revolución de la humanidad será la industrial que dará lugar a un nuevo tipo de ciudad y, sobre todo, a un cambio radical en sus relaciones con el campo. El campo se convertirá en el suministrador de mano de obra a gran escala de la ciudad y eso conllevará un paulatino despoblamiento de grandes áreas rurales —que en el caso español se inició en las primeras décadas del siglo XX— y un aumento de la concentración productiva, tanto de la agraria como de los medios, que pasará a manos del capital industrial agrario —agronegocios y agroindustria— en detrimento de los pequeños productores. La industrialización del campo comportará también la extinción del campesino, de sus comunidades, de su cultura, de su sistema de valores y de sus agroecosistemas. En definitiva, de la aldea como expresión representativa de la principal y más extensa forma de poblamiento humano.

Y, en tercer lugar, asistiremos a la actual explosión urbana. Tras siglos de acumulación urbana y anulación campesina la ciudad ha terminado por explotar generando entornos urbanos hipertecnológicos y, en relación con la cultura de la tierra, aculturales, hasta el punto de que «vivimos, de hecho, en un universo inmerso en un estallido de invenciones mecánicas y electrónicas, cuyas partes se alejan, cada vez más, de su centro humano» haciendo que la explosión tecnológica «haya producido una explosión semejante de la propia ciudad: la ciudad ha estallado esparciendo sus complejos órganos y organizaciones por el paisaje entero» (Mumford, 2012: 61). El nacimiento de las megalópolis y el crecimiento de las ciudades no se ha detenido todavía y, a la par, se produce un fenómeno de difusión, invasión y distorsión que inunda el campo con estructuras, leyes, pensamientos y modas urbanas que se superponen —hasta borrarlos en ocasiones— sobre los vestigios de la «civilización rústica» preexistente a la que se refería Miguel de Unamuno. Henri Lefebvre lo expresó de forma sintética y contundente: «la ciudad se afirma, después estalla» (1972: 114).

La aparición reciente de la digitalización, las nuevas tecnologías de la comunicación y la Inteligencia Artificial (IA) están eclipsando y contribuyendo a la extinción de la *inteligencia natural* —que de forma tan brillante

desarrollaron nuestros antepasados campesinos— en un escenario confuso en el que parece que los instrumentos, los medios, están anulando a los valores, los principios. Lejos de renunciar a los avances tecnológicos el reto estará en evitar que se produzca ese «*sorpasso*».

3.
La pérdida del modelo genuino de aldea

> «Existe un modo de hacer idóneo y propio de cada comunidad humana que conviene conocer. Gracias al concepto de cultura podemos integrar, sin desnaturalización perturbadora, todo ese saber para actuar de acuerdo con las normas adquiridas por cada grupo humano a lo largo de milenios...El hombre con sus comunidades es naturaleza y con ella debería prosperar.»
>
> Pedro Montserrat, *La cultura que hace el paisaje* (2009)

Durante años la ciudad ha menospreciado el valor de la aldea. El origen de ese desdén se inició con el surgimiento y afianzamiento de los gremios medievales y los oficios netamente urbanos y fue creciendo con el tiempo hasta el punto de provocar la fractura entre el campo y la ciudad y de generarle a la aldea un complejo de inferioridad.

José Ortega y Gasset manifestaba, ya en 1915 su preocupación con respecto al devenir del campo y porque «su sentir y su pensar se evaporen vanamente, sin llegar a articularse en sentir y pensar nacionales», más aún cuando, en aquellos años, «cuatro quintas partes de los españoles» vivían en y del campo, pero su influencia en la «realización de la vida española» y en la política eran prácticamente nulas. Para revertir esta situación el filósofo no veía «otro remedio que una transitoria inversión de las influencias actuales: corregir a Madrid con las capitales de provincia y a las capitales de provincia con las aldeas» (1967: 46).

Siguiendo la recomendación de Ortega deberíamos soslayar las connotaciones prejuiciosas del pasado y del presente contra la aldea y, por el contrario, promover un estilo de pensamiento contemporáneo y avanzado, inserto en un nuevo tiempo, para complementar, y en cierta medida corregir, los excesos del hegemónico pensamiento urbano, cuando no totalitario

—que también necesita importantes reformas y correctivos— y alentar un porvenir atractivo y viable para la aldea.

Ambas formas de pensar, la que surge de la aldea, prácticamente extinguida, y la que surge de la ciudad, totalmente expansiva, necesitan ser reinventadas. Las dos, ciudad y aldea necesitan hacer una especie de «terapia de pareja» y reformularse para iniciar una nueva, complementaria, íntima y más satisfactoria relación.

Por su parte, la aldea tiene que «salir del armario», sacudirse su complejo de inferioridad, reivindicarse, repasar su exitosa historia como gestora integral del medio, reclamar un nuevo estilo de vida y rectificar algunos comportamientos y actitudes que no tienen cabida en unas comunidades locales que aspiran a la igualdad, la equidad y el respeto. Y, por la suya, la ciudad tiene que rebajar su soberbia y su etnocentrismo tecnológico, burocrático, político y absolutista.

Antes de adentrarnos en la caracterización de la nueva economía para la aldea se hace preciso repasar tanto las características de su economía preindustrial —a la que la mayoría de autores denominan «economía campesina»— como los cambios introducidos a partir de la industrialización que supusieron el final de esta.

El conocimiento de las claves históricas que explican la organización y el funcionamiento de la aldea, y de los acontecimientos, circunstancias y procesos que acabaron por desbaratarla, supone un ejercicio esencial para formular la futura estrategia económica y ecosocial de la aldea en el siglo XXI.

3.1. *Características de la economía campesina preindustrial: las cuatro facetas esenciales*

La referencia a la «agricultura campesina preindustrial» es una reiteración pues, por definición, la economía campesina es preindustrial y pertenece a ese extenso periodo de tiempo que abarca varios milenios, desde el inicio del Neolítico hasta el siglo XX. La economía y la sociedad campesina han sido estudiadas por numerosos investigadores de las ciencias sociales —antropólogos, geógrafos, historiadores, etnógrafos, economistas, soció-

logos... Chayanov, Galeski, Mendras, Dalton, Dumont, Lévi-Strauss, Caro Baroja, Bourdieu, Ostrom, Moyano, Pérez Yruela, Sevilla-Guzmán...— que han generado una profusa literatura científica tanto de sus aspectos generales y teóricos como de estudios de casos.

Siguiendo a Teodor Shanin (1976:8) podríamos definir la economía campesina como aquella que está caracterizada por cuatro facetas esenciales estrechamente interrelacionadas e interdependientes:

1.ª La explotación agrícola familiar —la casa— como unidad básica multifuncional de organización social de la comunidad.

2.ª La labranza de la tierra, el manejo del monte y la cría de ganado —organizados en un sistema de «agricultura territorial», del que hablaremos más adelante— como principal medio de vida y de producción económica.

3.ª La existencia de una cultura tradicional específica íntimamente ligada a la forma de vida de las pequeñas comunidades rurales —aldeas— que teniendo numerosos rasgos comunes a todas ellas tiene también diferencias para adaptarse a las realidades, características y peculiaridades de cada lugar.

4.ª La subordinación de la aldea, la comunidad campesina y la gestión del medio a la dirección e intereses de poderosos agentes externos

Veamos en detalle estas cuatro facetas pues necesitamos entenderlas como antecedente —no como reiteración o réplica para el futuro— para diseñar la economía a la que aspiramos, para aprovechar y actualizar aquello que formará parte del porvenir, para superar aquello que no debería volver y para explicar —y señalar en su caso— en qué nos hemos equivocado desde las instituciones en la forma de entender a la aldea y sus evidentes aportaciones al progreso de la humanidad y el cuidado del campo.

La primera faceta, se refiere a la familia, organizada alrededor de la casa —casería en Asturias; casal en Galicia; baserri o caserío en el País Vasco; masía en Cataluña o Baleares; mas o masada en Aragón, País Valenciá,...— que constituye tanto el núcleo empresarial multifuncional como el espacio donde se da la reproducción social endocultural y la «formación profesional» de los nuevos campesinos nacidos en su seno y en donde las tres ge-

neraciones que en ella conviven —abuelos, padres e hijos— se reparten las tareas mediante una división «estrechamente relacionada con la estructura familiar que se ajusta a las líneas de sexo y edad y en donde las funciones están rígidamente asignadas» (Shanin, 1976: 18).

Así como los padres son los reproductores biológicos de los hijos, los abuelos son los reproductores sociales que durante la infancia transmiten a los nietos, a través de la endoculturización, los valores de la familia y la comunidad campesina y buena parte de los conocimientos que necesitarán para trabajar las tierras y ganarse el sustento. Pero la casa no puede ser autónoma, ni «autosuficiente en ninguno de sus campos, ni en el productivo, ni en el reproductivo» (García Martínez, 2016: 39) de ahí que necesite formar parte de una organización social de mayor rango: la comunidad vecinal.

En el interior de la casa y la familia se daba una relación vertical que garantizaba parte de su supervivencia. La otra parte la garantizaba la relación horizontal con el resto de las casas —la comunidad vecinal como «organización social» a la que se refiere Shanin— bien a través de comportamientos de solidaridad vecinal tácita —ayuda mutua, intercambios diversos, auxilio, protección a los más débiles...— o bien a través de una reglamentación y detallada regulación —las ordenanzas locales— elaborada por los propios miembros de la comunidad y en la que se establecían las normas de convivencia, los trabajos colectivos —*sestaferias, andechas, vecerías...*—,[6] los tiempos y las formas de acceso a los bienes comunales del vecindario, los derechos y los deberes de los miembros de la comunidad, etc.

[6] Son tres de las figuras de trabajo comunitario de la tradición consuetudinaria asturiana que tienen sus equivalencias en Galicia y el País Vasco: la *sestaferia* es la reunión de los vecinos para realizar conjuntamente obras de utilidad pública, como arreglar caminos, puentes, limpiar montes, reparar abrevaderos...; la *andecha* es el trabajo conjunto que presta el vecindario al servicio de una casa para abordar una tarea que la casa en solitario no puede realizar, como levantar una cuadra, colocar una viga, reparar un tejado o recoger una cosecha que precisa del desempeño de mucha mano de obra en un breve periodo de tiempo; la *vecería* —de vez— es el trabajo repartido por riguroso turno y vez entre las casas de la aldea para el desempeño de una tarea colectiva, tal como pastorear conjuntamente el ganado menor de cada una de las casas o el pastoreo de los cerdos en montería.

Por último, la tercera parte de la supervivencia, la garantizaba la relación desigual que la casa campesina mantenía con el exterior a su espacio vital, la «sociedad otra» —en expresión de Adolfo García Martínez (2016: 51)—, a través de la venta de los escasos excedentes en el mercado y/o a través de las relaciones con los propietarios de las tierras que trabajaba la familia —cuando las tierras no eran propias o del pueblo— por medio de unas relaciones contractuales que mantenían a la casa al borde de la miseria y siempre en la subyugación a los poderes exteriores.

La segunda faceta se refiere a la labranza de la tierra y la cría de ganado que constituyeron el principal medio de vida de la familia y la comunidad campesina en el pasado. Cabe decir que esas actividades tienen en la actualidad un extraordinario interés pues su metodología de intervención —interrelacionando en organización sistémica la agricultura, la ganadería y el uso combinado e interdependiente de huertas, campos de cultivo y monte a través de complejos procesos agroecosistémicos cíclicos y regulares— se basaba en formas de organización, conceptos, principios y límites que ahora se reconocen como agroecológicos y se reclaman como esenciales para gestionar, canónicamente, el campo en aquellos lugares de alto interés natural apenas trastocados por la intensificación agraria y la difusión urbana. A este tipo de gestión agraria, ganadera y forestal integrada la denominaremos «agricultura territorial» y la analizaremos más adelante.

Asimismo, si alguna intención trascendente tiene este trabajo es precisamente alertar sobre la necesidad de rescatar esos principios y procesos agroecológicos locales de la economía campesina preindustrial —evidentes en los paisajes de los territorios rurales más despoblados del país— para rehabilitarlos, actualizarlos y darles una nueva vida al servicio de la nueva economía para la aldea, tal como comentaremos también más adelante, en referencia al sistema agroecológico local (SAL).

En definitiva, «las economías rurales de la aldea se configuraban como sistemas diversificados en los que la producción agrícola, la ganadería, los aprovechamientos forestales y otras actividades complementarias se articulaban en un modelo funcional integrado. En aquel contexto, la multi-

funcionalidad no respondía tanto a una estrategia deliberada —aunque también—, como a una necesidad de adaptación a la condición inherente al propio sistema de organización y configuración territorial»[7].

La tercera faceta hace referencia a la existencia de «una cultura tradicional específica íntimamente ligada a la forma de vida de pequeñas comunidades rurales». Esa cultura campesina local ha entrado en decadencia hace décadas por una combinación de factores: la desidia por parte de los poderes públicos; la influencia externa, urbana e industrial, en las formas de producción agraria y nuevos estilos de vida que ofrecían economías, oficios y profesiones más gratificantes; el triunfo del individualismo; la pérdida de la organización comunitaria y el desinterés del propio vecindario de la aldea no tanto por la conservación de su forma de vida original como por su actualización.

Para comprender la importancia del papel de la cultura campesina local en la gestión adecuada del territorio es preciso recordar que en el medio rural la relación entre los seres vivos fluye por medio de la información contenida en cuatro eslabones. Los tres primeros, genes, especies y ecosistemas, están sucesivamente imbricados y se relacionan entre ellos según la siguiente secuencia: los genes son los encargados de trasmitir la información codificada para conformar las especies y éstas, a su vez, a través de las relaciones entre ellas —para comerse unas a otras, para ayudarse o para aprovecharse—, y con el medio, conforman los ecosistemas.

Con la aparición de las primeras comunidades campesinas —organizadas en aldeas— esos tres niveles de información —naturales— fueron paulatinamente controlados, regulados e intervenidos por un cuarto nivel de información: el cultural. Es decir, el conjunto de conocimientos generados por dichas comunidades que resulta determinante para regular los aprovechamientos del medio, controlando, domesticando, filtrando, troquelando, hibridando, seleccionando o estimulando genes y especies y, por tanto, haciendo que los ecosistemas naturales pasaran a convertirse en agroecosistemas —paisajes culturales— en continua producción cíclica y regular

[7] Francisco García. Fundación Juana de Vega (comunicación personal).

y, por lo general, más biodiversos que los originales ecosistemas naturales. Y así fue como la naturaleza —genes, especies y ecosistemas—, aliándose con la cultura nacida en la aldea, creó el campo y alimentó a la humanidad durante milenios[8].

En España, y por extensión en el resto de Europa, hace varios milenios que no existe una naturaleza separada de las culturas campesinas. Información y conocimiento campesino, biodiversidad y naturaleza, están inextricablemente unidos formando parte de un único sistema y, en consecuencia, no deberían ser estudiados, diagnosticados y, mucho menos, gestionados por separado. De ahí la importancia de la aldea, que se reclama en este trabajo, como clave en la gestión de los territorios de mayor valor e importancia del país en términos de patrimonio natural.

Por último, la cuarta faceta que cita Shanin —la que hace referencia a la subordinación de la aldea «a poderosos agentes externos» —es quizás la que en estos momentos menos pese en términos de control sobre la propiedad pues, como ya hemos advertido, desde finales del siglo XIX y durante la primera parte del XX, el campesinado va a constituirse en pequeño propietario de las tierras que durante siglos había trabajado al servicio, en muchas ocasiones tiránico, de los estamentos económicos externos. Surgió, a partir del cambio de propietarios[9], la multipropiedad campesina y el minifundismo que constituyen en la actualidad uno de los asuntos cruciales y nudo gordiano interno al que se enfrentan los herederos de la comunidad, la cultura, la tierra, la identidad y la propiedad campesina para abordar su futuro.

[8] En ocasiones resulta conveniente recordar lo obvio porque, paradójicamente, se nos olvida. Y así, al olvidar lo evidente, dejamos de tenerlo en cuenta e iniciamos itinerarios que acaban por borrar de la memoria lo elemental. En el peor de los casos esa desmemoria hace que nos equivoquemos de camino. Como llamar «espacio natural» a lo que eran históricos «territorios de naturaleza campesina». Sobre esa idea de espacio natural se inició un proceso de regulación administrativa, normativa y legislativa que no tuvo en cuenta el cuarto nivel de información —la cultura campesina local— sobre el que pivotó, hasta la industrialización, no solo la acertada y acreditada gestión secular del campo, sino su misma existencia.

[9] El historiador Ramón Villares recoge en su libro (2019: 62) esta circunstancia que se da en Galicia —y en otras zonas del norte peninsular— de cambio de la propiedad de la tierra de las casas nobles e hidalgas a favor de las casas de los campesinos a finales del siglo XIX y la primera mitad del XX.

Sin embargo, el control económico ejercido por los intereses externos sobre la aldea fue siendo sustituido en el siglo XX, por una parte, por el control político-administrativo ejercido desde la ciudad, los gobiernos regionales y el Estado, a través de normas conservacionistas, grupos de presión y políticas públicas, a las que ya hemos hecho referencia, que generaron distorsiones y contribuyeron a provocar «antagonismos «motivados por la desigualdad en el acceso a los recursos naturales» que se han dado en diferentes épocas, sociedades y lugares. Este nuevo modelo de control externo pertenece a la variante, frecuentemente repetida, en la cual la imposición desde el poder de normas, regulaciones o planes ha enfrentado a las comunidades locales [...] con las élites regionales o foráneas» (Casado, 2010: 256).

Para superar ese antagonismo histórico, se pueden y deben pactar los principios de acción y los límites de estos en el aprovechamiento de los recursos naturales. De ello hablaremos más adelante en el apartado dedicado a la nueva economía de la aldea en lo tocante a su responsabilidad y protagonismo como gestora del sistema agroecológico local (SAL).

Por otra parte, y de forma más difusa y generalizada, la agricultura industrial, capitalista, intensiva y de concentración irá relegando a la extensiva, diversificada. agroecológica y en policultivo característica de las comunidades campesinas. La agricultura industrial irá eliminando la casería campesina histórica para dar paso a las modernas explotaciones agrarias.

En definitiva, por activa o por pasiva, por sustitución o por abandono, por influencia de las políticas agrarias industriales, o de las políticas conservacionistas urbanas, las economías campesinas históricas entrarán en un irreversible declive que solo puede ser revertido por un nuevo modelo, por una nueva economía campesina y por una rehabilitación funcional de la aldea y de la casería, como veremos más adelante.

3.2. *Características de la economía agraria industrial*

El proceso de transformación del modelo agrario de campesino y su paso a un modelo agrario industrial se inició en España y Portugal a partir de los

años 50 del pasado siglo XX y se consolidó en muy poco tiempo. Un conjunto fenómenos y cambios se concatenaron para crear un nuevo tipo de relación de la agricultura con la tierra que se caracterizará por la intensificación de los procesos, la especialización productiva en monocultivos, la elección de áreas más favorables para la producción agraria industrial y el descarte de las zonas menos favorables... que dieron al traste con las relaciones históricas entre comunidad local, territorio y sistema agroecológico y cimentaron la hegemonía de los principios organizativos de la industrialización.

Se extinguía así la histórica «agricultura territorial» propia de la economía campesina —ya mencionada y a la que volveremos, más adelante, para recuperarla de forma actualizada— y nacía así el concepto de «sector» para referirse a la agricultura. La agricultura campesina, que venía acompañando a la humanidad por medio de inteligentes alianzas locales entre comunidad y naturaleza, con beneficios mutuos para ambos, daba paso a la agricultura industrial que se abrazaba al capitalismo y al mercado, dando la espalda a la cultura y la tierra y rompiendo así el vínculo entre economía agraria y ecología local. El mundo rural se partió en dos: territorios intensificados como nunca se había visto en la historia, territorios abandonados y dejados al albur del avance del monte como preámbulo de los actuales grandes incendios.

Según Bernard Kayser (1972: 209–217), tres fueron los principales factores de cambio y consolidación que dieron paso a la economía agraria industrial:

1. La evolución tecnológica de los transportes y la consolidación de una tupida red de comunicaciones por carretera.

2. La revolución en los métodos de producción agrícola que favorecieron un aceleramiento en el proceso de cambio que «se liga a unos circuitos de comercialización «deslocalizados», es decir, que ya no utilizan los itinerarios locales». La absorción completa de la agricultura, dentro del modo de producción capitalista, se afianzará en muy pocos años. En ese contexto de nueva competitividad, el estamento tradicional, el campesino, quedará marginado pues la intensidad de los flujos económicos que manejaba era muy débil frente a las grandes fuerzas de transformación industrial.

3. La transformación y el cambio de mentalidad para pasar de una economía campesina escasamente «monetizada» a la industrial, intensiva y altamente capitalizada fue favorecido y fomentado por las políticas públicas de la época. El cambio de modelo productivo se produjo, como hemos advertido, con una relativa rapidez, comparado «con los cuarenta o cincuenta años que duró el mismo proceso en otros países occidentales pioneros de tal innovación, como Reino Unido, Holanda, Dinamarca, Nueva Zelanda y Estados Unidos de Norteamérica» (López Linaje, 2007:277).

En opinión de López Linaje (2007) «este proceso de modernización técnico-económico no hubiera sido posible sin la colaboración activa del campesino» al que atraía una nueva forma de producir que requería importantes cambios en la organización de la casa pero que, a cambio, «proporcionaba ingresos monetarios garantizados que se producían de forma regular y rápida» lo que suponía una ventaja comparativa importante «frente a la agricultura tendente a la autosuficiencia».

El resultado final es de sobra conocido y supuso la aparición de «un mercado nuevo, insensible a las oportunidades de producciones vinculadas a las consideraciones ecológicas locales, y regido por la estrategia de la ganancia monetaria» y el incremento de la productividad que está vinculado por la orientación al monocultivo lo que determinaría la «simplificación ecológica y cultural del campo» y el abandono y desertización demográfica «de los territorios campesinos que no fueron capaces de incorporarse a la «modernización»» (López Linaje, 2007: 285, 286).

No obstante, conviene aclarar que la modernización, concentración y mecanización agraria del campo también generó con el tiempo una merma demográfica importante debido a la mayor concentración de la propiedad, o el uso por alquiler de las superficies agrarias, en manos de un menor número de explotaciones. El campo intensificado y mecanizado no está abandonado, es cierto, pero sí notablemente despoblado.

La fecha clave para la transición de la histórica economía campesina a la agricultura industrial es el 21 de julio de 1959. Ese día se aprobó el Plan de

Estabilización con el que dimos paso al conocido como «milagro español» y el campo comenzó a partirse en dos.

Tras una primera fase de ajuste monetario y financiero —que generó más paro y mandó a la emigración a cientos de miles de españoles— el país entró de golpe en el desarrollismo industrial. Y lo hizo en un entorno marcado por la dictadura militar y por un cambio interno de perspectiva política: los militares y los ultranacionalistas, que habían ganado la guerra y gobernado bajo la autarquía, dejaron paso a los jóvenes tecnócratas ultracatólicos que liberalizaron la economía. El uniforme militar fue sustituido en el gobierno por el traje y la corbata.

La tecnocracia franquista diseñó una estrategia modernizadora de orientación industrial y urbana. A diferencia de lo ocurrido en el resto de los países de Europa occidental, en donde la industrialización nos llevaba muchas décadas de ventaja, la española fue explosiva —se fraguó en pocos años— y erosiva: borró de un plumazo la memoria campesina del país desmantelando cientos de pequeñas culturas locales que las comunidades rurales habían ido construyendo con la transmisión oral a lo largo de los siglos y que no tenían más registro de propiedad intelectual que la palabra. A los campesinos no les quedó otra que hacerse agricultores intensivos o emigrar a los centros industriales para convertirse en obreros

Topónimos, lenguas, ajustadas instituciones vecinales, razas ganaderas antiquísimas, figuras de derecho consuetudinario, conocimientos y procesos agroecológicos, variedades agronómicas, especies silvestres, reguladas y bien establecidas propiedades comunales, mercados agroalimentarios de proximidad, microsistemas complejos de gran diversidad cultural que constituían el soporte vital de la biodiversidad biológica ...fueron arrasados en pocos años por la irrupción corporativa de la tecnocracia industrial: la nueva política forestal se encargarían de desalojar a los cabreros del monte para plantar en monocultivo especies de crecimiento rápido de interés industrial o, por lo contrario, para «proteger la naturaleza» como ocurrió en los parques nacionales.

El Instituto Nacional de Colonización (INC) y, posteriormente, el Instituto Nacional de Reforma y Desarrollo Agrario (IRYDA) fueron los orga-

nismos encargados de impulsar la transformación económica y social del campo español y de generar las estructuras de intensificación agraria, mientras la Agencia de Extensión Agraria se encargaría de formar a los nuevos agricultores —los antiguos campesinos— en los conceptos industriales de producción, mercado y empresa.

En el tiempo que va desde el Plan de Estabilización (1959) a la incorporación de España a la Unión Europea (1986), cambiaron muchas cosas. En primer lugar, perdimos los mercados de abasto de proximidad y los sistemas agroalimentarios locales que llevaban siglos gestionado el territorio y produciendo biodiversidad y paisaje. Ahora, aldeanos y urbanitas, coincidimos en los centros comerciales haciendo la compra en las grandes cadenas de distribución. Y, segundo lugar, como hemos advertido, el campo se partió en dos.

Una parte del campo, la más fácilmente transformable, se intensificó con criterios industriales, con mayor o menor virulencia, desde los paisajes extremos de la agricultura biotecnológica bajo plástico del sureste peninsular, a los verdes paisajes del litoral cantábrico transformados por los monocultivos de la «leche mentolada» —pastos, maizales forrajeros y eucaliptos— en expresión coloquial del ecólogo Fernando Parra.

Y la otra parte del campo, la que no se pudo industrializar, y que había sido gestionada con tino y acierto por las aldeas y las comunidades campesinas, inicio un paulatino proceso de desmantelamiento, de aculturación, de vaciamiento y de abandono.

Que el campo entre en la modernidad restaurando las rupturas propiciadas por el pensamiento industrial, hegemónico desde el Plan de Estabilización hasta la actualidad, pasa por diseñar un amplio programa de reformas: promover la agricultura urbana —recreativa o dirigida al mercado interno de la urbe— en la periferia de las ciudades, pueblos y villas de cabecera comarcal; buscar un mejor acomodo ambiental a los territorios agrarios intensificados, que pueden y deben diversificarse y, por último, en los territorios de naturaleza campesina, en las aldeas y los campos donde todavía quedan los rescoldos de la antigua civilización campesina y que son objeto de interés de este proyecto de cooperación, revisar la idoneidad de la pasiva,

limitante y limitada política de conservación de la naturaleza y alentar, con el protagonismo y compromiso de la comunidad local, una nueva economía para la aldea y unas estrategias locales, territoriales y territorializadas, de conservación activa, agroecológica y de orientación cultural con la que devolver la dignidad a los territorios de naturaleza campesina ahora denostados.

4.
La necesidad de un modelo socioecológico y socioeconómico contemporáneo

> Será necesario, finalmente, ver si hay un modo de pensar, o un método, capaz de estar a la altura del desafío de la complejidad. No se trata de retomar la ambición del pensamiento simple de controlar y dominar lo real. Se trata de ejercitarse en un pensamiento capaz de tratar, de dialogar, de negociar, con lo real.
>
> Edgar Morin, *Introducción al pensamiento complejo* (1998)

Este proyecto de cooperación parte de una intención: o generamos desde las instituciones públicas, los grupos de desarrollo rural, las entidades interesadas en el futuro del medio rural y las propias comunidades locales un espacio genuino de respeto, estímulo y oportunidades para la aldea o no habrá futuro para los más bellos paisajes y agroecosistemas del país que ellas crearon. Esa es la cuestión.

Las aproximaciones conceptuales, teóricas y prácticas sobre el desarrollo local no fueron capaces de generar un espacio de reflexión propio y particular para la aldea: una singular estructura urbana vinculada al campo, distinta de la ciudad, de la villa y de la industria, que requería, en consecuencia, una propuesta socioeconómica también singular, original y propia y en consonancia con su peculiaridad.

La razón estriba en tres hechos que marcan radicalmente la diferencia entre la economía de la aldea y la de la ciudad industrial o la ciudad de economía de servicios. El primero es que la base productiva de la aldea es orgánica, biológica y natural, por tanto, está vinculada a la tierra, mientras que la ciudad tiene una base productiva inorgánica, fabril o comercial, por tanto, desvinculada de la tierra y por el contrario vinculada a las transacciones mercantiles entre distintos operadores.

El segundo es que la aldea[10] practicó durante siglos —desde el origen de los tiempos hasta el advenimiento de la industrialización— una economía que se fundamentaba en un aprovechamiento de bienes comunales[11] en la que se insertaba la economía privada de las casas y que tenía una concepción escasamente monetizada; en cambio, la ciudad desconoce[12] la economía comunal y basó su hegemonía en una economía pública o privada y, en todos los casos, monetizada y promovida por los gobiernos o el capital privado.

Y, el tercero, como hemos advertido, es que los campesinos no fueron propietarios de las tierras hasta muy recientemente por lo que trabajaban para propietarios rentistas, nobles e hidalgos de las casas grandes y estaban sometidos a condiciones de vida que, por lo general, les mantenían en régimen de mera subsistencia.

Cuando las familias campesinas empezaron a convertirse en pequeños propietarios de la tierra[13], la economía ya había empezado a cambiar empujada por el tráfico ultramarino y la organización industrial de manera que

[10] Al menos en las aldeas asturianas y gallegas del interior montañoso —que corresponden con los territorios de alto valor natural— la superficie de la propiedad comunal es muy superior al de las propiedades privadas. La economía alrededor de los bienes comunales entró en declive a partir del triunfo de la economía industrial.

[11] Las economías de los bienes comunales y las economías vinculadas a la gestión de los recursos renovables locales han sido bien estudiadas por Elinor Ostrom y José Manuel Naredo.

[12] Aunque no desconozca, y eso es esencial para el buen funcionamiento de la ciudad, la regulación a través de ordenanzas de las conductas y comportamientos propios del pensamiento comunal que deben observar los ciudadanos en el uso de los espacios comunes o públicos.

[13] Durante la primera mitad del siglo XX se produce en Galicia un fenómeno generalizado de transferencia de la propiedad de la tierra de las casas nobles e hidalgas a los caseríos de las familias de los antiguos foreros y aparceros. Ese proceso se va a dar también en muchas otras regiones cuando los históricos propietarios rurales pusieron sus ojos en nuevas actividades económicas industriales, urbanísticas y comerciales más lucrativas y, por ello, pusieron a la venta las tierras agrarias, consolidándose así el característico minifundismo del norte peninsular. En opinión de Villares, «Galicia nunca ha sido tan campesina como en la primera mitad del siglo XX, en el sentido de haber logrado su campesinado la tierra tanto cultivada como la que era «inculta» o de raíz comunal». Paradójicamente ese clímax del campesinado habrá de durar poco tras el triunfo del desarrollismo industrial que se inicia en la segunda mitad del siglo XX. A partir de entonces el «éxodo rural masivo y el desarrollo acelerado que experimenta España desde 1959 provocaron en Galicia la tasa de abandono rural o desagrarización más intensa que se puede encontrar en cualquier país de la Unión Europea», proceso que se dará también en circunstancias similares en otras regiones de la península Ibérica (2019:.62,63).

el factor principal de producción dejó de ser la tierra para ser el comercio colonial primero o el negocio urbanístico y la fábrica después.

En los albores de la ciudad industrial finisecular del XIX, muchos de los antiguos rentistas que habían acumulado capital a partir del trabajo campesino durante el largo periodo preindustrial, se convirtieron en los principales propietarios de las nuevas economías vinculadas al comercio, las minas y las fábricas a las que de nuevo —paradojas de la vida— llegaron a trabajar los antiguos campesinos, reconvertidos ahora en obreros, criados o empleados del servicio, y la aldea se vació.

La perspectiva urbana e industrial fue completando a lo largo del siglo XX su periplo de desconsideraciones hacia los territorios de naturaleza, cultura y economía campesina. El resultado final es una ordenación prototípica y tácita que segregó el territorio en dos grandes categorías: zonas para la producción concentrada en economía de escala —ciudades, áreas industriales, campos para la producción agraria intensificada y montes con extensos y continuos cultivos forestales con especies de rápido crecimiento...— y, como hemos advertido, zonas para la conservación, entendida esta con un sesgo de tutela administrativa y una regulación en la que primó la limitación de actividades económicas antes que la actualización, integración y fomento de las actividades agroecológicas esenciales para la conservación de los ecosistemas y los agroecosistemas históricos.

A la política agraria o forestal «productivista», tecnocrática, hegemónica e intensiva impuesta a partir de los años cincuenta del pasado siglo XX en los territorios campesinos, sucederá, como alternativa a partir de la década de los ochenta, una política forestal «conservacionista», por tanto de signo contrario a la productivista, pero también como la anterior corporativa, intervencionista, externa, intensiva y ajena a la cultura del territorio, a los conocimientos campesinos y a la prexistencia de unas prácticas agroecológicas y unas seculares economías locales que constituían el principal referente para la conservación de la naturaleza.

A las aldeas, que habían iniciado su proceso de despoblamiento décadas atrás, se les impuso un nuevo paradigma. Para ello, lo primero fue cambiar

los nombres y a los metaestables agroecosistemas creados por las comunidades campesinas a lo largo de los siglos se les denominó «espacios naturales» —en lugar de llamarlos en puridad como lo que son: territorios de naturaleza campesina y, por tanto, paisajes culturales que habían entrado en deriva ecológica por falta de manejo— y, sin conocer y reconocer el valor de la cultura campesina en la generación y mantenimiento de los ecosistemas, propusieron y armaron leyes y reglamentos «de protección de la naturaleza» al margen de la historia ecosocial del territorio y desatentas a que la economía campesina, bien regulada, resulta un aliado imprescindible para conservar la naturaleza y la topobiodiversidad.

Ya en democracia los partidos políticos a través de sus parlamentos y gobiernos abrazaron esta nueva ideología conservacionista por medio de los conocidos como planes de ordenación de los recursos naturales y demás legislación concurrente. Y así los destartalados pagos del campesinado se verán sometidos desde entonces a un control preferentemente burocrático —las más de las veces corporativo y científico reduccionista— que ignoró la existencia de una relación previa —y exitosa en la mayoría de los casos— entre los seres humanos —organizados en pequeñas comunidades aldeanas dispersas por el territorio rural— y el medio ambiente

La larga historia campesina del país quedó definitivamente oculta en aras de una mal entendida modernidad conservacionista alentada desde la ciudad y sus resortes de poder. Desde entonces al «campo» de toda la vida, obra singular y secular del campesinado, se le empezó a llamar «naturaleza». Esta crítica a la política de conservación de la naturaleza no debe presuponer desinterés por el objeto de esta, sino que pretende la constatación de que los métodos utilizados no han sido los adecuados y se necesitan reformas y nuevas visiones para conseguir el objetivo.

Por desgracia, la desmemoria sobre la cultura campesina y la desconsideración del valor que tiene como recurso para el futuro, no ha terminado y continúa vigente en estas primeras décadas del siglo XXI a través de determinados intentos de regeneración promovidos desde el exterior que no son capaces de enlazar la historia de la aldea con su porvenir. Aún no

hemos sido capaces de reconocer que conceptos como economía circular, biotecnología, conservación de la biodiversidad, retención del carbono en el suelo, conservación de la naturaleza, fertilización orgánica, agricultura ecológica, etc.[14], habían sido puestos en práctica por las comunidades campesinas durante siglos y mucho antes de que se nos ocurriera recientemente ofrecerlos como «novedad» en documentos oficiales.

De nuevo, volvemos a hacer caso omiso a la proverbial inteligencia campesina histórica al hablar ahora de las futuras «smart villages» —aldeas inteligentes— sin reconocer, y verbalizar, que las aldeas eran en su origen inteligentes y que fue la forma de entender el progreso promovida desde la perspectiva industrial la que las llevó al fracaso. No es que las aldeas hubieran dejado de ser inteligentes. No, no es eso. Fue la ciudad, y sus estamentos de poder, los que no entendieron su lógica, su inteligencia y la trascendencia que tuvo la economía campesina en la gestión sostenible del territorio y la conformación de los ecosistemas y de los paisajes agrarios, algunos de ellos —como los sistemas adehesados o los agroecosistemas de pastoreo de montaña— de una extraordinaria importancia.

Por ello la reformulación de las políticas de conservación no debería observarse como una posibilidad sino más bien como una necesidad. Conservar la naturaleza no pasa por seguir declarando espacios protegidos. Se trata, en los territorios de evidente conformación campesina, de volver los ojos a la gestión campesina conservando su fondo y actualizando sus formas. Conservar el qué y cambiar el cómo. Se trata, en definitiva, de buscar soluciones al principal problema de conservación de la naturaleza del país: el abandono de los territorios de naturaleza campesina y sus usos asociados.

La sociedad urbana no puede fiar solo a la ciencia especializada, o a las nuevas tecnologías, las soluciones. Estas se encuentran además en las instrucciones, las instituciones y las organizaciones de las culturas vernáculas que supieron hacer para cada lugar el traje que mejor le sentaba.

[14] A muchos de estos conceptos ya habían llegado las comunidades campesinas empíricamente a través de depurados mecanismos de prueba y error que dieron lugar a complejos sistemas locales de conocimiento que carecen de registros escritos pues su transmisión se producía de forma oral.

Ya no se trata de «conservar» tal o cual especie, tal o cual raza, tal o cual paraje sino de salvaguardar y hacer de nuevo viables complejos modelos culturales locales, informaciones, conocimientos y sistemas campesinos inteligentes para que gestionen localmente sus territorios con una nueva perspectiva que integre, en un único vestido sin costuras, razas, especies y parajes. En pocas palabras, lo que en el fondo hicieron los campesinos toda la vida y que ahora se llama «técnicamente» gestión agroecológica, multifuncional y sostenible del medio ambiente.

Por razones ya explicadas, España ha sido un país refractario a la consideración de la cultura campesina como activo patrimonial. Las vigentes políticas regionales de ordenación de los recursos naturales silvestres conservan aún ese estigma y por eso se diseñaron y aplican al margen, cuando no en contra, de ellas. Estamos en 2026 y no hemos sido capaces todavía, no ya de incorporar las culturas del territorio a la conservación activa y no solo contemplativa de la naturaleza, sino de vislumbrar su importancia estratégica.

No obstante, se hace preciso recordar que la campesina no fue nunca una vida fácil. Así y todo, nuestra atención no se fija ahora tanto en los contextos políticos de opresión y miseria que acompañaron al campesinado —reprobables desde cualquier punto de vista— sino en la trascendencia de sus lógicas, en el acierto de sus modelos organizativos e institucionales comunales y en los ajustados principios agroecológicos que alentaron.

¿Qué sabemos de nuestras culturas campesinas? Muy poco si exceptuamos lo recogido en trabajos históricos de algunos etnógrafos, geógrafos y antropólogos. Nada si hablamos de sus modelos culturales locales, aun a pesar de la contundencia con la que éstos se expresan en los apreciados parajes menos industrializados del país. Y menos que nada todavía si nos preguntamos qué pueden aportar hoy en día las culturas campesinas a la conservación de la naturaleza y cómo podemos actualizar sus valiosas informaciones.

La conclusión parece evidente. Si queremos conservar la cultura campesina que da soporte y estabilidad al patrimonio natural debemos abordar profundas reformas en política regional —sobre todo en conservación de la naturaleza, ordenación del territorio y agricultura— y estimular nuevos

instrumentos de intervención que reinventen, desde lo local, una nueva versión de la culturas y la organización campesina contemporánea para que lo doméstico controle y negocie con lo salvaje, ponga en producción los sistemas agroalimentarios locales conforme a la disponibilidad de los recursos renovables y cree un nuevo mercado dentro de una economía de alcance.

El futuro de la aldea pasa, en primer lugar, por adquirir una nueva visión con la «perspectiva técnica y la perspectiva histórica necesarias para promover una economía más a la medida» de las personas, de la comunidad y de su entorno ecológico; en segundo lugar, por dejar de estar aferrados en términos políticos, sociales y económicos a una mala copia de la «organización en masa centralizada para la producción» (Mumford, 2012: 561), que antes se expresaba en la fábrica y ahora en la ciudad de economía terciaria, como única posibilidad y, en tercer lugar, porque sea la propia comunidad local la que protagonice y se capacite, sola o con apoyos desde el exterior, para construir esa visión colectiva sobre el futuro y de comprometerse en su desarrollo, es decir, convertir la visión en misión.

Y esa nueva visión ha de ser necesariamente posindustrial. Conocemos a través de la historia, la geografía, la economía, la antropología o la etnografía cómo era y cómo desarrollaba su función territorial la aldea en el pasado preindustrial. Sabemos, gracias a las mismas fuentes, cómo fue y lo que le sucedió a la aldea durante el periodo de la modernización industrial hasta llegar al actual descalabro. Por tanto, la propuesta, a modo de hipótesis, que en este proyecto se defiende es la de visualizar y diseñar una nueva función para la aldea que, necesariamente, ha de ser distinta de la preindustrial y la industrial.

Eso no quiere decir que no se tengan en consideración algunas características de la aldea preindustrial, rehabilitando, adaptando o actualizando para ello algunos de los elementos y principios del pasado, como el conocimiento agroecológico histórico y la organización ecosocial; o las mejoras tecnológicas y mecánicas que se aplicaron con la industrialización, que sin duda contribuyeron a restar penosidad al trabajo campesino, además de otros avances en el bienestar social, el acceso al tiempo libre, las retribuciones justas, la

igualdad y la equidad entre personas y géneros y los cuidados y atenciones a los colectivos que lo precisen. Al contario, las características y conocimientos preindustriales y los avances de la pasada modernización industrial son referentes y cimientos para el diseño de la aún inédita aldea del porvenir.

En los planteamientos actuales, el desarrollo de la aldea del siglo XXI no precisa tanto de un plan magistral hecho por un individuo o un equipo, apelando para justificar su elaboración y posterior aplicación a la experiencia o la autoridad académica de la autoría, sino que dicho plan sea promovido por la comunidad local y elaborado en una conjunción equilibrada de saberes: conocimiento local, cultura del territorio, ciencia, técnica y tecnología. La idea de fondo es que la propuesta, el itinerario y el proyecto de futuro, tengan una base común de entendimiento compartido colectivamente por el vecindario, es decir, que sea querido, hecho propio, aceptado e impulsado por la comunidad.

Si utilizásemos términos ecológicos para referirnos metafóricamente a la aldea podríamos decir que es una «especie» —una especie territorial propia del hábitat rural—, altamente especializada, adaptada simbiótica y ecológicamente al medio natural del que se beneficia y al que favorece, ordena, mantiene, activa sus procesos vitales y aumenta en complejidad estructural. También podríamos decir que esa especie territorial está en la actualidad en peligro extremo de extinción.

Siguiendo por esa vereda de metáfora biológica podríamos decir que, por el contrario, la ciudad ha mutado y se ha convertido, a partir del siglo XX y empujada por la industrialización, en una «especie oportunista» que utiliza el medio en su beneficio y sus intereses, parasita y se nutre de otros territorios y está en expansión, hasta el punto de transformarse en una «especie invasora» que ha colonizado todo el mundo y cuyo frenético metabolismo de crecimiento económico y demográfico, consumo de recursos y generación de residuos está alterando gravemente el funcionamiento general de la biosfera.

La pérdida de la función agroecológica y económica de la aldea —la función territorial a la que hemos hecho referencia—, su abandono y des-

poblamiento, está detrás de muchos de los grandes desastres ecológicos y económicos que padece el mundo rural en la actualidad.

En lo relativo a la seguridad territorial el medio rural, tanto el más alejado de los alejado de las ciudades como el periurbano, se encuentra cada vez más amenazado por riesgos ambientales en los que el cambio climático actúa como acelerante, la producción de una chispa como detonante y la falta de manejo de la biomasa y el crecimiento de la vegetación como determinante. Una estrategia económica/ecológica para el manejo, diversificación y reducción de la biomasa acumulada, el factor determinante, haría que los riesgos fueran sustancialmente menores y los efectos de los incendios menos graves.

La aldea en su nueva y todavía inédita versión debe ser entendida como un asentamiento urbano, de pequeño tamaño, compacto, diseñado para actuar como regulador local de las relaciones orgánicas, energéticas y genéticas entre la comunidad humana residente y la naturaleza circundante y dotado de autocapacidades de organización, ecotecnologías de alto rendimiento y sistemas de regulación y transmisión informacional interna que utilicen preferentemente energías locales y renovables además, lógicamente, de una conexión telemática que le permita estar en contacto con el resto del mundo y un acceso a servicios públicos de calidad.

La aldea, pastoreando al sol, al viento, a la gravedad y a los animales, debe activarse para producir alimentos, paisajes, energías, hábitats, biodiversidad y economía para beneficio propio y para el conjunto de la sociedad. Y, sobre todo, debe ser un lugar deseable y atractivo para vivir, para el ocio, para el trabajo, para la convivencia y para la creatividad.

A propósito; no es cierto que el mundo de hoy sea «una aldea global». Es global, sí, pero no es aldea ¡Ya quisiera el mundo actual tener el orden, el concierto, la cohesión, la solidaridad, la ayuda mutua y la inteligencia en la gestión de los recursos naturales que tuvo la aldea!

5.
Características generales de la nueva economía

> En cierto sentido hay un «espíritu» de los territorios, lo que el sociólogo Jacques Beauchelard llama el «genio de los territorios», que es la expresión de la simbiosis hombre/naturaleza/cultura en un lugar dado.
>
> Sergio Boisier, *Huellas en el territorio y trazos en el mapa* (2012)

Recapitulando lo dicho hasta ahora —y enmarcándolo en la intención de este proyecto de cooperación— podríamos decir que una aldea es un pueblo que se fundó e inició su andadura a partir de la Revolución Neolítica con un objetivo único: organizar ecosistémicamente la producción agropecuaria del entorno, utilizando casi exclusivamente los recursos locales y haciéndolo de manera que los medios de producción y la fertilidad de la tierra estuvieran disponibles en el inicio de cada nuevo ciclo agrario. Eso que ahora se llama desarrollo ecológicamente sostenible —y al que aspiran lo sistemas de organización industrial— lo inventó la aldea hace ya varios miles de años.

Utilizando terminología actual —ya hemos recurrido con anterioridad a la ciencia ecológica y la teoría de la información para determinar su modo de funcionamiento— la aldea era un sistema agroalimentario y energético ecológico que funcionaba casi en circuito cerrado con energías renovables y recursos locales que, además de producir una alta variedad de alimentos, generaba su propia autofertilización. Y lo que era en el pasado debe volver a serlo, debidamente actualizado, en el futuro.

La aldea, por tanto, no solo evitaba la pérdida de biodiversidad, sino que la aumentaba y, por ello, conservaba la naturaleza y la estructura compleja e interdependiente entre los distintos elementos y procesos que hacen funcionar al ecosistema y se reflejan en los característicos paisajes reticulares

y en mosaico. A eso se dedicó la aldea durante un largo periodo —siglos e incluso milenios— de la historia y hasta su claudicación con la llegada de la organización industrial de la agricultura: a producir alimentos utilizando los recursos locales y a gestionar el territorio.

Para conseguir lo que no podía producir, la aldea comerciaba con sus excedentes utilizando distintos mecanismos de intercambio. El más conocido, aunque no el único: la venta de sus productos en los mercados urbanos de villas y ciudades.

Sin duda, la mayor debilidad económica /ecológica de la aldea actual es la pérdida y el olvido de su función original. El abandono de las tierras y la falta de una actividad agropecuaria y forestal adecuada a sus características estructurales —por lo general: minifundismo, alta parcelación, orografía compleja, predominio de la propiedad comunal, despoblamiento, envejecimiento...— y orientada tanto a la producción agroalimentaria como a la conservación de los capitales naturales, la biodiversidad y la estructura territorial y ecológica. Es decir, una forma inteligente de intervención territorial que utilizaba los insumos locales y los desplegaba de tal manera que el recurso y el residuo, lo productivo y lo no productivo, se retroalimentaban para dar estabilidad al sistema.

Uno de los objetivos de este proyecto, en consecuencia, sería sentar las bases para atreverse a diseñar y experimentar un modelo agroalimentario/agroecológico/economico de aldea genuino, multiproductivo, innovador y territorial que, utilizando los conocimientos y recursos locales junto con nuevas tecnologías, sea capaz no solo de producir una variada gama de alimentos de alto valor añadido, sino de conservar la naturaleza —o lo que es lo mismo el complejo agroecosistema local que orla a la aldea— , evitar riesgos ambientales y aprovechar las ventajas competitivas que supone producir alimentos de alto valor gastronómico, de alta calidad, ecológicos y, en muchos casos, exclusivos.

5.1. *Equística*

En el análisis del pasado campesino se reconoce la elevada presión demográfica en el medio rural, que llegó a sus máximos históricos a principios del siglo XX, como la causa principal que propició, por abuso, el deterioro de algunos recursos naturales, el extraordinario aumento de las superficies agrarias y con ello una notable deforestación del medio y una considerable disminución de las superficies arboladas.

Pero ese problema ecológico, generado por el exceso de la roturación y el uso agrario y pecuario del territorio, no puede imputarse al sistema campesino en sí, sino al exceso de la explotación que es asunto diferente. Con todo y con ello los problemas ecológicos generados por la sobreexplotación campesina, en el momento de su mayor expansión, no son comparables con los que se están generando ahora en estos tiempos de regresión por abandono del campo. Son problemáticas distintas. Durante el periodo preindustrial existía un modelo de economía campesina que se forzó y sacó de quicio por exceso, ahora no hay modelo campesino sino abandono rural y desequilibrio ecosistémico por deriva ecológica.

Tras el éxodo rural generalizado a partir de los sesenta, y la pérdida de las pautas culturales, ecológicas y económicas de manejo del campo, el modelo campesino se detuvo cambió y el sentido de la presión se invirtió. A partir de entonces la naturaleza silvestre y sus procesos de reasilvestramiento se impusieron en el control del territorio y tomaron el mando avanzando desde el monte hacia las aldeas e incluso llegando a las periferias de las ciudades. El crecimiento de la superficie de matorral, el avance del bosque, la expansión de las poblaciones de jabalíes o el aumento de las áreas de campeo y cría del lobo, por citar algunos fenómenos contemporáneos, son síntomas de una patología. La inteligente estrategia de conservación de la naturaleza por *renovación* ecológica que habían desarrollado las comunidades campesinas por medio de la cultura daría paso a la deriva del territorio por abandono y *sucesión* ecológica.

Desaparecidos los espacios en mosaico creados por la gestión cultural que propiciaron los campesinos, los riesgos ambientales derivados de los

extensos continuos forestales y la pérdida de biodiversidad paisajística son ahora, probablemente, mucho más graves que hace cien años, cuando, al contrario, se dieron los máximos de presión campesina sobre el entorno.

En los intentos por alumbrar un nuevo modelo campesino de gestión del campo, la equística, es decir, la ciencia interdisciplinaria que estudia los asentamientos humanos y tiene como objetivo descifrar en todos sus aspectos cómo viven, cómo se organizan y cómo se relacionan con el entorno las comunidades que ocupan un territorio, se nos ofrece como una herramienta análisis, diagnóstico y propuesta estratégica.

La equística entiende que un asentamiento humano es un sistema complejo constituido por siete elementos:

1.º El sistema ecológico, su estructura, funcionamiento, elementos y recursos naturales del territorio y sus característica bioclimáticas y físicas.

2.º Las personas y la atención a sus necesidades, que incluye la prestación de servicios públicos o privados, la atención de sus derechos y el compromiso con sus obligaciones.

3.º La comunidad local y sus estructuras y dinámicas de organización y funcionamiento.

4.º El medio construido con el conjunto de edificios, viviendas, cuadras, calles, equipamientos...

5.º Las redes de conexión tanto para la relación con el exterior —carreteras, telefonía, telemática— como para el abastecimiento, como el agua o la electricidad.

6.º La cultura y los conocimientos locales

7.º La economía, la generación o percepción de rentas y las características del sistema productivo local.

Para aplicar la equística se hace preciso revisar la memoria de los conocimientos campesinos y a partir de ahí buscar la forma de actualizar y rehabilitar las claves, los principios y los límites de sus estables modos culturales —para evitar que se olvide la esencia de lo que fuimos, sin tener que convertirnos otra vez en lo que fuimos— retomando la relación con una

forma de vida que conectaba con la tierra, el sol y las estaciones, sin perder en el viaje la confortabilidad del mundo moderno.

Y tenemos que poner a funcionar la innovación para generar sistemas viables de gestión territorial para que los campesinos del siglo XXI, convertidos en gestores integrales del paisaje, manejen con soltura y precisión las interrelaciones pertinentes que se dan en lo local entre lo doméstico y lo silvestre, entre los genes, las especies y los ecosistemas, tal como hicieron sus antepasados.

La equística aplicada a la arquitectura paisajística de la aldea deberá centrar sus objetivos tanto en la rehabilitación, restauración y actualización del medio construido —casas, corrales, henares...— y en la integración de las nuevas infraestructuras y equipamientos —antenas, placas solares, centro social...— como en la gestión integral y agroecológica del entorno. Tanto en los procesos derivados de la economía inorgánica como en los derivados de la economía orgánica.

5.2. *La gestión del campo entre lo manso y lo bravo*

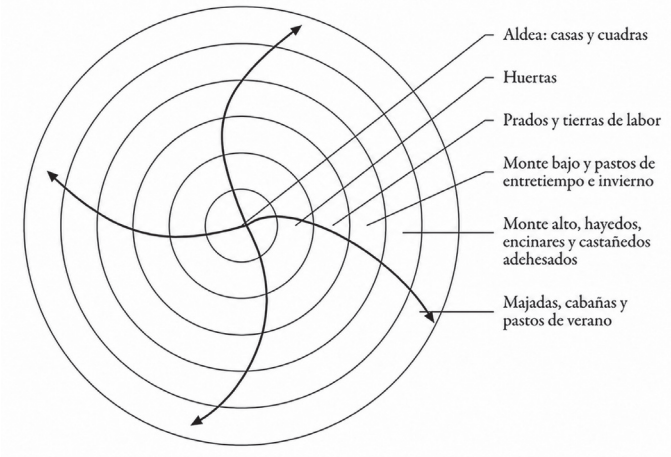
El antropólogo Adolfo García se refiere a lo «manso» como el conjunto de estrategias, técnicas, conocimientos y organizaciones que los campesinos desplegaron a lo largo del tiempo para «domar» —adaptar al criterio del *domus*, la casa— los recursos naturales del entorno. Por su parte, lo «bravo», *pravus*, lo inculto, lo que está fuera de lo cultivado, lo forestal en definitiva, es el ámbito territorial controlado principalmente por las fuerzas de la naturaleza silvestre.

Tras milenios de coevolución entre lo manso y lo bravo, lo doméstico y lo silvestre, algunas de estos antiquísimos pagos de naturaleza campesina han llegado hasta nuestros días. No son muchos los territorios en Europa donde estos excepcionales ingenios del ordenamiento original del campo han conseguido sobrevivir.

España —y, en especial, sus regiones montañosas— es uno de los países europeos con mayor representación de patrimonio paisajístico de naturaleza campesina. Por eso son tan importantes: porque son escasos en el conjunto de Europa, porque tras un milenario proceso de domesticación inte-

FIGURA 2.

Esquema prototípico de las relaciones históricas —de lo manso hacia lo bravo— en la ordenación del territorio propiciada por la cultura campesina asturiana de montaña

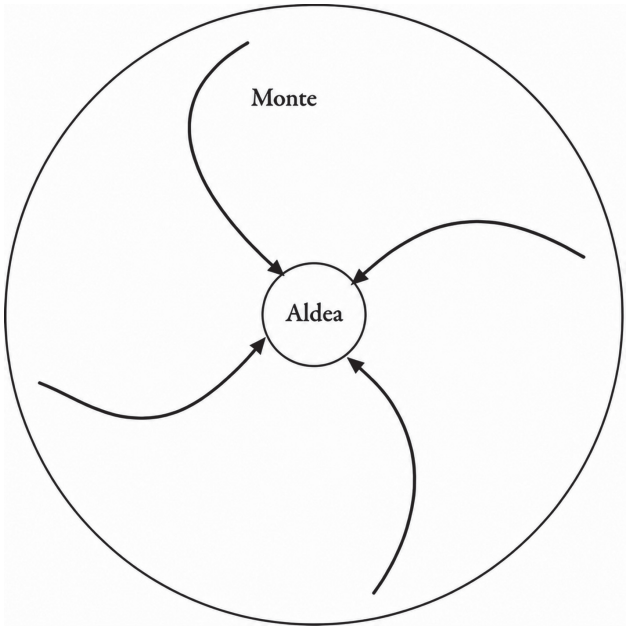


ligente las comunidades campesinas ibéricas han creado unos valiosísimos agroecosistemas y porque aquellos que se libraron de la industrialización conservan, en las propiedades emergentes de sus sistemas de conocimiento local, las claves y las informaciones necesarias para reformular la futura gestión ecológica del territorio.

El orden y el concierto establecido por la cultura campesina —que en esencia se mantuvo en muchas zonas vigente y estable, con algunas variaciones, durante el largo periodo temporal que va desde el origen mismo del inicio del Neolítico hasta la década de los sesenta del pasado siglo XX— generaron una organización espacial concéntrica alrededor de la aldea, como núcleo habitado y «cerebro» organizador del medio.

Adolfo García (ver figura 2) describe esta organización territorial propiciada por la aldea en Asturias de la siguiente manera: en el centro se sitúa el poblado y, a partir de él, se conformó, a través de una ordenada y reglamentada presión de trabajo, organización y manejo del territorio que pierde intensidad a medida que se aleja del caserío, una zonificación espacial prototípica.

FIGURA 3.
Aldea en declive por abandono y despoblamiento. Tras la desaparición del orden campesino clásico se incrementa la presión del monte sobre la aldea y se produce el asilvestramiento de su agroecosistema.



En las aldeas de montaña de la cordillera tendríamos, en primer lugar, las huertas intersticiales entre las casas o en las vegas próximas, a continuación, los campos de labor, los invernales y las praderías, el bosque adehesado de castaños, el monte para hacer cama al ganado y leña, los bosques y, por último, los pastos de verano con sus majadas o campamentos pastoriles y estivales de altura.

Cada uno de esos ámbitos concéntricos, relacionados y complementarios entre sí, cumplía una función ecológica y económica. Los campesinos activaban en su territorio más de veinte procesos agroecológicos esenciales para satisfacer sus necesidades y para preservar el potencial productivo y ecológico del medio. Es decir: conservaban la naturaleza de la que dependían a la vez que la manejaban con rigor siguiendo unas pautas que en su conjunto componían un sistema de conocimiento local recogido, mayor-

mente de forma oral, en lo que podríamos considerar el libro de estilo y de instrucciones para el uso pertinente del territorio.

Estas geografías campesinas, estos antiquísimos paisajes culturales europeos que han sobrevivido a la intensificación industrial, constituyen ahora valiosos agroecosistemas en peligro de extinción. Conservar la naturaleza campesina del territorio requiere el diseño de políticas innovadoras que eviten su desaparición por deriva, desidia y abandono.

Tras el éxodo rural generalizado a partir de los sesenta, el abandono del uso de la tierra y la pérdida de las pautas culturales de manejo, el modelo descrito cambió y el sentido de la presión se invirtió (ver figura 3). A partir de entonces las energías de lo *pravus* —matorralización de antiguos campos de cultivo, crecimiento poblacional de las especies oportunistas...— tomaron el mando presionando desde el monte hacia las aldeas e incluso llegando a las ciudades. El ajustado mecanismo de conservación de la naturaleza por renovación ecológica, que habían puesto en funcionamiento y manejado con acierto nuestros antepasados, se detuvo y comenzó a operar la estricta sucesión ecológica y el asilvestramiento del campo.

Rehabilitar la aldea y devolverle funcionalidad es una tarea compleja que requiere previamente un debate político de calado. Pero no por compleja puede seguir aplazándose *sine die*.

Para solucionar un problema —aunque parezca una perogrullada— lo primero es conocer el problema. Y en la aldea el problema es que la relación entre lo manso y lo bravo hace décadas que inició un cambio radical de sentido, al que no prestamos atención en su momento, y cuyas consecuencias se nos manifiestan ahora con una virulencia desconocida.

Las evidencias de lo dicho son tan inequívocas como sintomáticas: cada vez de forma más frecuente los jabalíes andan por los aledaños de la ciudad, los lobos atacan a los ganados cada vez cerca de las casas y los incendios, los grandes incendios, se han hecho más extensos, más intensos y frecuentes, como anticipo de lo que se nos viene encima si, definitivamente, lo bravo, lo montuno y lo asilvestrado se apoderan de lo manso, lo campesino, lo culto y lo domesticado.

5.3. *Desarrollo local y aldea*

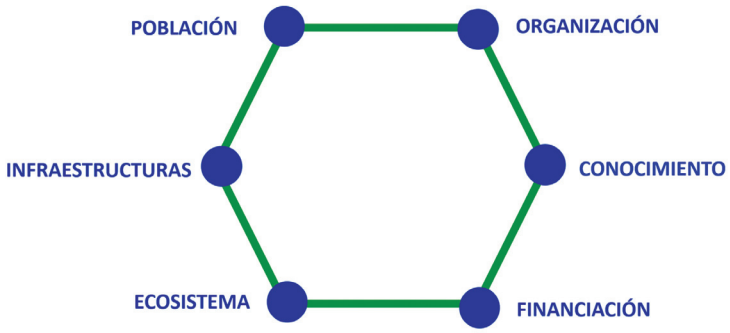
Por todo ello, y como ya advertimos, los modelos de desarrollo local para la aldea no pueden ser los mismos que para los entornos urbanos o industriales ni, incluso, para el medio rural intensificado, especializado y organizado en monocultivos. Necesitamos un ajuste más fino y una aproximación muy pegada a la tierra, a la propiedad, a la iniciativa vecinal y a la comunidad local organizada, puesto que las opciones de desarrollo más que de la iniciativa individual, que también, dependen de las iniciativas de transición que surgen del emprendimiento social y de la movilización comunitaria.

Como punto de partida podemos apoyarnos en lo que Vázquez Barquero (1993: 205, 206) denomina «formación de complejos productivos territoriales», que en el caso de la aldea significa apoyarse en la creación de un nuevo sistema económico local, genuino, inédito, y diseñado para el ámbito territorial de la aldea y en el que se relacionan, dentro de un ecosistema de innovación, pequeñas empresas de servicios, trabajadores autónomos, emprendedores, etc., con una cooperativa o empresa vecinal que gestione íntegramente el agroecosistema de la comunidad —en aquellos casos en los que se dé abandono de tierras de cultivo y montes— para producir alimentos de alto valor añadido, generar energías renovables, prestar servicios ecosistémicos de interés general y gestionar el paisaje. Los tres sistemas del modelo económico de la aldea —agroecológico, energético y el de pequeñas empresas— y el reforzamiento de la comunidad se activan con el concurso de la cultura del territorio y las nuevas tecnologías.

En el siguiente apartado ampliaremos con detalle este modelo de desarrollo local, o esta nueva economía para la aldea que, en cualquier caso y de forma general, se apoya en una adaptación del modelo genérico propuesto por Coccossis que señala los «factores críticos para el éxito del desarrollo estratégico de una región o ciudad» (Vázquez, 1993: 227-229) y que hemos reelaborado como modelo hexagonal de capitales.

La movilización articulada y concertada, en una lógica de sistema territorial, de estos seis grupos de capitales es esencial y determinante para promover la nueva economía de la aldea (ver figura 4).

FIGURA 4.
Capitales de la aldea



La *población*, es decir, los recursos humanos —niños, jóvenes, adultos y mayores— estará mejor posicionada como recurso si tiene una estructura equilibrada en la que prime el grupo en edad de trabajar (adultos) y haya relevo generacional (niños y jóvenes); la *organización* se refiere al movimiento asociativo y vecinal local, es decir, a la comunidad y a sus virtudes y capacidades: dinamismo, inteligencia, innovación, creatividad, espíritu emprendedor, visión colectiva,... y disponibilidad para abordar proyectos colectivos que necesiten indefectiblemente la perspectiva comunitaria comprometida, especialmente en aldeas con bienes y propiedades comunales; las *infraestructuras*, hacen referencia al hardware del territorio y están representadas tanto por las infraestructuras propiamente dichas como por los equipamientos, el patrimonio construido y los servicios públicos de los que dispone o a los que tiene acceso la aldea; el *conocimiento* se refiere al software, es decir, tanto al saber hacer local —la cultura del territorio— como a las capacidades cognitivas adquiridas por la comunidad local. Incluye también al conjunto de empresas locales que desarrollan su actividad económica desde la aldea; el *ecosistema* está representado tanto por las características físicas, geográficas y bioclimáticas de la aldea como por el patrimonio natural en su conjunto, especies, paisaje, recursos naturales y la variabilidad de ecosistemas, tanto silvestres como domésticos —agroecosistemas— que están a disposición de la comunidad y, por último, la

financiación es la capacidad propia, o el acceso a vías de financiación, que tenga la aldea para invertir y poner en marcha sus proyectos.

5.4. *La economía de alcance adaptada al territorio y a la medida del lugar*

Si la Edad Media fue el tiempo de la creación del sistema de ciudades y de la extensificación de la agricultura que roturó bosques y creó la estructura básica del paisaje rural en Europa —proceso que se amplificó con la llegada de los cultivos mesoamericanos a partir del siglo XVI—; la Revolución Industrial lo fue de la intensificación del campo, el surgimiento del agricultor industrial especializado, el dominio de las multinacionales de la alimentación, el control del capitalismo sobre la economía agraria y la desaparición del campesino y con él la comunidad y el abandono de los biodiversos territorios rurales de cultura y naturaleza campesina.

Toda la formulación sobre los conceptos de desarrollo y progreso que emanaron del pensamiento urbano industrial —sobre los que se cimentó la organización, la cultura y la administración de la sociedad española a partir de mediados del pasado siglo XX y en la que todavía estamos instalados—, se basó en la idea de que el desarrollo tecno-científico, económico, bastaba para arrastrar, como si fuera una locomotora, los vagones de todo el tren del desarrollo humano. Esta simplificación es incompatible con la evidencia de que el desarrollo humano —y el de los lugares con memoria campesina— es un concepto multidimensional y polifacético complejo.

Las consecuencias del desprecio hacia las culturas campesinas y la complejidad de la aldea provocaron «la pérdida de muchas aptitudes polivalentes del ser humano ante la hiper-especialización» y la fragmentación del conocimiento. Asimismo, el pensamiento tecno-científico industrial se hizo totalitario hasta el punto de desautorizar, rechazar y «despreciar culturas orales milenarias, que no sólo tenían supersticiones, sino también saberes y sabidurías» (Morin, 1999: 1) y de, paso, perseguir y cercenar la carrera profesional de investigadores alternativos que trataron de rehabilitar algunos de los más sensatos y acreditados conocimientos campesinos.

Con la implantación hegemónica del pensamiento industrial, tanto en su vertiente productivista como conservacionista, la naturaleza quedó huérfana de la cultura y pasó a ser tutelada por una tecno-ciencia burocrática y urbana.

Si la simplificación y el desprecio totalitario hacia las seculares culturas campesinas fue la primera característica del nuevo orden industrial, la segunda, vendrá del aislamiento de los valores y los principios éticos, humanísticos y ecológicos, que fueron sustituidos por las leyes del mercado y la productividad.

Y eso nos lleva a una paradoja trágica que Edgar Morin explica con la metáfora de un mundo convertido en un «Titanic planetario» impulsado por un cuatrimotor «técnico, científico, económico y de beneficios» que al carecer de dimensión ética, adaptación ecológica, pertinencia territorial, perspectiva humanista y dirección política navega hacia un naufragio de dimensiones colosales (1999: 3).

Y la tercera, es que el pensamiento y la reglamentación industrial vigentes tienden a actuar de forma absolutista hasta el punto de que algunas incipientes iniciativas innovadoras, que podrían dar a luz a nuevos escenarios si se las permitiera prosperar, sufren los embates de un ordenamiento administrativo sumamente burocratizado que impide el avance de un pensamiento alternativo.

Si hubiera que escoger una sola palabra para definir lo que sucedió a las relaciones entre la ciudad y la aldea tras el afianzamiento del pensamiento industrial esta sería segregación. La ciudad y la aldea, que siendo diferentes siempre habían estado territorialmente relacionadas a través del desempeño de funciones distintas pero complementarias, rompen y se separan.

En palabras de Henri Lefebvre «la segregación complica y destruye la complejidad» (1972: 139) y a medida que avanza en la sociedad y el territorio rural va rompiendo y sectorializando partes y elementos del anterior sistema para crear uno nuevo que se basará en la supremacía sectorial de los componentes tecnológicos, mecánicos e inorgánicos.

El campo dejará de funcionar localmente por medio de miles de pequeños sistemas agroalimentarios territoriales de proximidad para hacerlo a

través de un sistema global de alimentación que especializa los territorios por monocultivos, enlaza la producción agraria y la transformación en alimentos por medio de extensas y tupidas redes de comunicación marítima, aérea y terrestre, utiliza el ultraprocesamiento de los alimentos para conseguir mejores ventajas en el mercado y abusa de los aditivos bien para aumentar el tiempo de caducidad de los alimentos bien para fidelizar al consumidor a los mismos.

La nueva economía de la aldea retoma su relación con los históricos sistemas agroalimentarios y agroecológicos locales y los proyecta hacia el futuro con una nueva estrategia económica que denominamos «economía de alcance».

La *economía de alcance*[15] se fundamenta en el aprovechamiento conjunto e interrelacionado, integrado y sistémico, de los recursos naturales del lugar, del saber hacer local, de los procesos agroecológicos históricos del territorio, de los beneficios de la diversidad y de la alta densidad de lo complejo, entendidas como la existencia en la aldea de una gran variabilidad microbiogeográfica, genética y cultural que tiene su expresión más evidente en la diversidad de hábitats creados por las comunidades campesinas por medio de la aplicación concertada de la agricultura, la ganadería y la gestión del monte a lo largo de los siglos y que, finalmente, tiene su expresión en el paisaje rural, la identidad, el canon, el carácter y el singular sistema alimentario local de cada aldea.

La gran diferencia entre la particularidad económica que proponemos para la aldea, con respecto a los planteamientos de la convencional economía agraria industrial, es que, en primer lugar, opera en el territorio en su conjunto y no sobre un sector económico o una parte del territorio y, en segundo lugar, sus objetivos son tanto la producción primaria diversificada e integrada de alto valor añadido como de custodia del territorio y del mantenimiento de la estabilidad del paisaje, basándose para ello, además de

[15] Juan Sánchez García desarrolló conceptualmente la idea de *economía de alcance* y su aplicación para optimizar —en términos ecológicos, económicos y territoriales— los distintos y variados aprovechamientos agrarios en las medianías y territorios campesinos de las islas Canarias.

en la economía de alcance, en la *economía de valor añadido*[16] y rehuyendo por tanto de la *economía de escala*[17] y de la concentración especialización y monocultivo que lleva aparejada.

En ese sentido, el policultivo, el mantenimiento del ecosistema y la «concertación parcelaria» —de la que hablaremos más adelante— se despliegan para generar un paisaje en mosaico y conservar la biodiversidad local. El objetivo de gestión agroecológica local del medio adquiere tanta importancia como la producción agropecuaria y forestal.

Las diferentes estrategias de economía agraria de producción, mercado y consumo para los distintos territorios rurales[18] del país, se resumen en la tabla 1.

Por economía local de enclave[19] se entiende el aprovechamiento de las ventajas de localización y disponibilidad que ofrecen determinados emplazamientos y recursos —tierra de valor agronómico, cultivos de interés, proximidad, confianza y respeto entre productor y consumidor...— que se dan tanto en el medio rural periurbano como en las aldeas. El aprovecha-

[16] La *economía de valor añadido* es aquella que incrementa el valor de los bienes y servicios producidos como consecuencia de introducir, durante el proceso de producción o transformación, elementos distintivos pensados para mejorar la calidad, exclusividad o singularidad del producto final.

[17] La *economía de escala* es aquella en la que el aprovechamiento de cualquier situación de producción puede favorecer una disminución en el coste por unidad producida y en la que a medida que aumenta el número de unidades producidas disminuye el precio. Es la economía propia de la intensificación industrial.

[18] La ley 45/2007 para el desarrollo sostenible del medio rural establece (artículos 9 y 10) tres tipos de zonas rurales —a revitalizar, intermedias y periurbanas— que coinciden, respectivamente, con los territorios campesinos en proceso de abandono y despoblamiento (aldeas), las zonas rurales con intensificación agraria de corte industrial y las zonas rurales alrededor de las ciudades.

[19] Si bien por *economía de enclave* se entiende una estrategia económica de aprovechamiento, por parte de una empresa o un país extranjero, de un recurso valioso situado en un país subdesarrollado, o colonizado, que no tiene capacidad técnica, política, empresarial para organizar su explotación; en nuestro caso nos referimos a la oportunidad de aprovechar localmente recursos cuya ventaja competitiva se deriva y es consecuencia de su emplazamiento en el territorio y su disponibilidad. Mientras la economía de enclave industrial o colonial opera en la economía de mercado globalizado y netamente capitalista, la *economía local de enclave* lo hace en la proximidad y en una relación estrecha y respetuosa entre productor y consumidor.

TABLA 1.

Espacios agrarios y estrategias de producción

ESPACIO AGRARIO	ESTRATEGIA ECONÓMICA	MERCADO	ORIENTACIÓN PRODUCTIVA
PERIURBANO	Local de enclave	Local	Abastecimiento a la ciudad Redes informales de amigos o familia Circuitos de proximidad Grupos de consumo Abastecimiento a restaurantes
INTENSIVO	Escala	Nacional e internacional	Industria agroalimentaria Gran distribución, supermercados Centros comerciales
CAMPESINO (aldea)	Alcance, de enclave local y de valor añadido	Local y regional	Diáspora de la aldea, venta directa, ferias y mercados, circuitos de proximidad, grupos de consumo, abastecimiento a restaurantes asociaciones de interés aldea/ciudad

miento de estas oportunidades de enclave precisa, como contrapartida, un buen nivel de organización en la cadena local de distribución.

La aldea, como hemos comentado, tiene las mejores condiciones para poner en marcha una estrategia económica de alcance que se complemente y refuerce con las ventajas del enclave y con la orientación hacia la economía de valor añadido que se base en la calidad, singularidad y exclusividad del producto y no en la cantidad. Una estrategia basada en la economía de alcance es consustancial con la idea de calidad total, con la producción vinculada a la disponibilidad de los recursos locales —por tanto, de producción limitada— y a la conservación del agroecosistema, generando con ello importantes beneficios ambientales para el lugar donde se implante.

6.
Bases, requisitos, ejes de desarrollo, palancas de movilización y mercados de la nueva economía

> Sinceramente, no me desanimo nunca. Aunque no pueda levantar el viento que podría llevarnos a nosotros, a este nuestro barco, a un mundo mejor, al menos puedo izar las velas para que cuando ese viento sople pueda aprovecharlo.
>
> E.F. Schumacher, *El buen trabajo* (1980)

La aldea del futuro se construirá conjuntamente sobre dos oportunidades simultáneas. La primera, la de armonizar a la comunidad y su cultura local con la naturaleza del entorno. La principal función será, en consecuencia, la de concertar y volver a componer de manera actualizada unas sintonías y partituras genuinas, compuestas a lo largo de la historia, que se rompieron tras el paso de la industrialización, y sobre las que hoy es posible generar una pequeña e indispensable economía local de bienestar. Para ello debe aplicarse en una operación de rescate de la información, el conocimiento y la cultura del territorio. La segunda oportunidad, ciertamente inédita: la posibilidad de hacerse cosmopolita gracias a las nuevas formas de comunicación virtual que favorecen la localización en la aldea de nuevos profesionales. La posibilidad de hacerse cosmopolita le da a la aldea una potencialidad y una dimensión desconocidas para proyectarse hacia el desarrollo social y la economía del bienestar.

Dicho de forma resumida, la aldea necesitará trabajadores que utilicen las manos para gestionar agroecológicamente el territorio y además podrá albergar teletrabajadores, profesionales de las más variadas actividades, que podrán producir desde los más remotos lugares del país. Ambas formas de producir, la vernácula agroecológica (local) y la cosmopolita virtual (global) son más que compatibles, complementarias. El queso y la web, el pastor y el programador, serán los que rehabiliten a la aldea en la sociedad posin-

dustrial y completen la transición de los tiempos originales de la autarquía a los contemporáneos de la globalización.

6.1. *La aldea del futuro: local y universal, vernácula y cosmopolita*

Manuel de Terán define el hábitat rural «como aquella forma de poblamiento nacida en el campo y asociada a su cultivo y explotación» (1951: 5). Esta definición sigue siendo válida en la actualidad y nos sirve para identificar los componentes, procesos y funciones que debería desempeñar la aldea del porvenir como genuina forma de poblamiento del hábitat rural. En cualquier caso, podríamos decir que estamos ante una definición esencial, pero ampliable: la aldea, en cuanto hábitat rural debe, inevitable e incuestionablemente, gestionar el campo, pero, desde una perspectiva contemporánea, puede también desarrollar, como acabamos de explicar, otras tareas no estrictamente asociadas a él.

En cualquier caso, en esta definición encontramos los ingredientes necesarios no solo para hablar de la aldea original sino para hacerlo también de la aldea cosmopolita, de la aldea del porvenir. Utilizamos el calificativo de cosmopolita porque creemos que este es el principal atributo, y la principal diferencia, de la nueva aldea con respecto a la aldea histórica, o preindustrial, en la que su hinterland de relaciones con el exterior no pasaba de la villa o ciudad de referencia comercial a la que abastecía y de la que se abastecía. Los cinco componentes principales que subyacen en la definición de Terán son:

1) *Naturaleza*. Nacer, nación, naturaleza tienen la misma etimología y se enredan en un juego de palabras. La aldea nace, valga la redundancia, en la naturaleza original. En el momento de su nacimiento ese medio deja de ser natural y se convierte en cultural. La naturaleza, con el alumbramiento de la aldea, se convierte en campo. Por eso Terán asocia el nacimiento al campo —«nacida en el campo», dice— aunque en puridad la aldea nace en la naturaleza y crea el campo. A partir de la fundación de la aldea esta crea a su alrededor un hábitat de naturaleza doméstica, un nuevo hábitat humanizado, en el sentido de creado por el hombre y, por ello, dependiente de él. El

arquitecto paisajista portugués Henrique Pereira lo describe poéticamente cuando dice que «o homem é um animal de clareiras» (2010:24), es decir, que el hombre es un animal que hizo y mantuvo claros en los bosques para vivir y darles otra vida, creando una segunda naturaleza y un nuevo ecotono que, por lo general, contribuyó al aumento de la biodiversidad. Los seres humanos no viven en el bosque, viven desde entonces en los claros del bosque.

2) *Forma de poblamiento.* La estructura de poblamiento se caracteriza por dos aspectos: tiene un vecindario escaso —una aldea es un pueblo pequeño— y tiene un comportamiento social de tipo comunitario. Este segundo aspecto es esencial pues permite que la aldea, en tanto que comunidad, actué como equipo o, mejor y más precisamente dicho: como orquesta. Y lo hace a través de una asociación cooperativa puntual y regulada que se despliega cuando la ocasión lo requiere para acometer empresas imposibles de desarrollar individualmente. Por supuesto que esa condición comunitaria no solo no inhibe la individualidad, o la privacidad, sino que la proyecta y enriquece cuando se activa. Esa condición comunitaria y cooperadora, que fue clave para la vida de la aldea en el pasado, será clave también para la aldea del bienestar del futuro, pues sin ella no es posible gestionar los bienes del común, ni abordar tareas complejas que redunden tanto en el bien de la comunidad como en el de la individualidad.

3) *Asociada.* La aldea no se entiende sin su asociación a la cultura o cultivo del campo. Sin cultivo del entorno y del campo no hay aldea. De la misma manera que un coche sin motor no sirve como automóvil, una aldea que no cultive y mantenga su entorno no es una aldea: es un cascarón, un conjunto de casas y construcciones auxiliares que, al tiempo, será invadida por el avance de la la naturaleza silvestre. La aldea necesita estar permanentemente activa en la gestión del campo pues esa, y no otra, es su original y principal función, la causa de su nacimiento y, en el futuro, la justificación y la razón de su existencia.

4) *Cultivo.* Cada aldea tiene su modelo, su patrón, sus protocolos de trabajo de la tierra y del cultivo de tal o cual especie, de tal o cual variedad. A lo

largo de la historia la aldea fue incorporando nuevos cultivos, y, en algunos casos, sustituyendo unos cultivos por otros. Es cierto que en ocasiones hay una arcaica persistencia de cultivo que llega a nuestros días, pero también se dan situaciones mixtas de viejos y nuevos cultivos. No hay por tanto una foto fija de la tipología de cultivos, sino que estos pueden haber ido cambiando lentamente a medida que nuevos descubrimientos aportaban nuevas informaciones culturales o génicas. Lo que denominamos tradición no es una foto fija del pasado, no es un momento de la historia, sino un proceso de adaptación y ajuste bien medido entre la biogeografía determinante y el aterrizaje en el lugar de una novedad en forma de semilla, o de innovación tecnológica, que el tiempo se encargará de maridar.

5) *Explotación*. La explotación de la aldea entendida como proceso complejo —alumbrado por los principios agroecológicos, y contenida por los límites de la renovación de los recursos— tiene en la aldea posindustrial dos objetivos: el fomento de una economía del bienestar y la viabilidad ecológica conjunta de las naturalezas doméstica y silvestre del territorio.

6.2 *Dignidad, comunidad y funcionalidad*

La identidad de un territorio puede ser considerada como un «contrapunto necesario a la globalización o desterritorialización que caracteriza a la sociedad actual» (Villares, 2019:15). La aldea puede servir de antídoto a ambas tendencias —globalización y desterritorialización— a través de la recuperación de su identidad y del desarrollo y rehabilitación de sus capacidades para convertirse en una singular entidad de población, atractiva y eficiente, que ponga freno a la globalización por medio de una estrategia económica y ecosocial propia que apueste por la «localización» y la «territorialización» de su sistema productivo ahora abandonado, por falta de manejo, o pervertido por las influencias intensificadoras, concentradoras y de monocultivo propias del pensamiento industrial

Además de reforzar el sentido identitario, en el diseño y la puesta en marcha de la aldea contemporánea deben tenerse presentes tres objetivos imprescindibles:

1) *Dignidad*. Entendida como la posibilidad de satisfacer en la aldea todas las categorías de las necesidades humanas y alcanzar una vida con bienestar, plena, respetable y reconocida por el resto de la sociedad.

2) *Comunidad*. Entendida como el grupo humano en el que se reconocen sus miembros y al cual se honran en pertenecer para constituir un vecindario en el que todos y cada uno de ellos encuentra satisfacción, querencia por formar parte y sensación y sentimiento de arraigo e inclusión.

3) *Funcionalidad*. Entendida como el desarrollo de una actividad, o conjunto de actividades, que dan sentido a la aldea. Entre esas actividades se encuentran las primarias, las de transformación y las de servicios de interés mercantil, comercial o estratégico. La aldea debe volver a desarrollar las tareas que le fueron propias y que, desde que está ausente, ya no hace nadie: volver a producir un poco de todo para que no falte de nada y devolver al campo, ahora desvalido, el orgullo del buen paisaje. Además de actualizar esa función original como la mejor gestora agroecológica del medio, es posible emprender desde la aldea numerosas nuevas oportunidades de empleo, desde el turismo rural a la creación artística.

Estamos ante una oportunidad que permitirá corregir errores, incorporar nuevos recursos y rehabilitar aquellos que necesiten una puesta a punto. Quizá la principal característica de la aldea contemporánea sea que podrá, por primera vez en la historia, equipararse a la ciudad como generadora de un «medio ambiente especial para producir personas» más plenamente abiertas a las posibilidades de un crecimiento personal más completo —que decía Mumford con relación a la ciudad— y, a mayores, no solo a igualarla en aquello en la que la aventajó durante milenios sino además a superarla. Porque ahora en la aldea, a las oportunidades de crecimiento personal similares a las de la ciudad, habrá que añadir las que se generan a partir del contacto con la naturaleza y el campo, inexistentes en la ciudad.

El crecimiento personal en la aldea se desarrolla en un entorno natural, que tiene como contraparte simbionte, e indispensable, la cultura campesina, siempre local y siempre singular, que el habitante de la aldea deberá conocer, reconocer, rehabilitar y gestionar de forma eficiente y con arreglo

a un modelo diseñado, aceptado colectivamente e identificado como canónico.

La aldea debe recuperar la reputación del pasado como gestora del medio rural y convencer a la ciudad y las instituciones urbanas que ha vuelto a la historia renovada y rearmada conceptualmente. Retomar el prestigio, organizarse para asumir nuevas funciones y reclamar su posición, por definición inserta en el campo, para demostrar a la sociedad que es capaz de gestionar el territorio, producir una alimentación que cuide de la salud del planeta y de las personas, velar por la conservación de la naturaleza, de la fertilidad de la tierra, de la biodiversidad y del paisaje. Estas son algunas de las tareas de la aldea del futuro. Pero, en cualquier caso, la aldea no podrá avanzar hacia el futuro sin el aliento, el apoyo y la complicidad de la sociedad urbana. Por eso es tan importante que la aldea dialogue con la ciudad.

La ciudad estableció desde su origen un nuevo conjunto de instituciones «de naturaleza más universal y de asociación más espontánea» (Mumford, 2012: 229). Ese carácter universal de la ciudad es su mejor atributo y ahora, como nunca en la historia, está también disponible y al alcance de la aldea.

La aldea, al igual que la ciudad, «es siempre antigua» como dice Chueca Goitia, recordando a Julián Marías. Los que hoy vivimos en la ciudad, o en la aldea, lo hacemos sobre unas estructuras, o en unos paisajes, «que no han hecho nuestros coetáneos, sino nuestros antepasados».

Por tanto, vivimos «en una realidad, recibida, heredada, histórica» que usamos, transformamos y modificamos (1987:37). El patrimonio de la aldea, entendido como conocimiento y trabajo acumulado por los antepasados a lo largo del tiempo, se nos presenta ahora fosilizado o aletargado y también, en el peor de los casos, abandonado. El patrimonio fósil es aquel que pertenece a un tiempo y unas circunstancias que han pasado definitivamente a la historia —un foso o una muralla defensiva, por ejemplo—, el aletargado —un sistema local de pastoreo o un sistema agroalimentario local, por ejemplo— es aquel susceptible de reorganización, rehabilitación y actualización para que vuelva a desarrollar su función. Y el patrimonio abandonado es el que tiene como horizonte dejar de serlo y volver a reactivarse.

Con el legado patrimonial aletargado o abandonado adquirimos, en un contexto de nueva economía aldeana cosmopolita, tres compromisos: 1) mantenerlo vivo, actualizado, activado y rehabilitado; 2) respetarlo para que no pierda su «identidad esencial», el dinamismo metabólico óptimo o su complejidad sistémica vernácula y 3) gestionarlo conforme a sus principios agroecológicos y culturales para legarlo en las mejores condiciones posibles al futuro.

La aldea del futuro necesitará combinar, en las proporciones que estime adecuadas, una parte de pasado rehabilitado, una parte de pensamiento industrial adaptado y una parte de incorporación de actividades inéditas.

La nueva economía de la aldea no puede seguir estando segmentada, como sucede ahora, sino que debe cambiar para hacerse concertada. En la medida que debe gestionar «todo» el territorio y sus procesos de intercambio, no podemos aprovechar tan solo las partes más rentables y cómodas del mismo y abandonar las menos rentables y costosas pues estas son fundamentales para las otras y para el buen funcionamiento del sistema en su conjunto.

Por ejemplo: el aprovechamiento del matorral para hacer la cama del ganado y a partir de esta producir una fertilización orgánica o humus de lombriz para abonar las tierras de cultivo y las huertas, es una tarea que requiere dedicación y genera escasa rentabilidad económica, sin embargo, es esencial y valiosa para el funcionamiento general de la aldea y tiene un gran interés agroecológico por sus efectos positivos en el territorio, en la identidad cultural, en la conservación del paisaje y la biodiversidad, en la conservación del suelo, en la disminución de gases de efecto invernadero y en la prevención de incendios y de la contaminación de las aguas.

Por otra parte, y seguramente debido a la influencia del pensamiento analítico industrial, y su tendencia hacia la especialización, persiste la tentación de fijarse tan solo en un elemento de interés del sistema y no en el sistema en su totalidad. En materia de conservación de la naturaleza, por ejemplo, esto ha sido muy común. Nos fijamos en el oso o en el lobo, con perspectiva iconográfica, mítica, externa y urbana —y por ello descontextualizada— y nos olvidamos de que esos animales no solo destacan por su

interés faunístico sino porque su hábitat está humanizado y suelen generar conflictos locales graves. Por eso se insiste en que debemos intervenir en los sistemas y no solo en los elementos del sistema de forma aislada. Si el sistema mejora y funciona en sus niveles óptimos de complejidad, los elementos que lo constituyen tienden a conservarse funcionalmente. En cambio, si nos empeñamos en conservar elementos del sistema, sin contexto sistémico, el modelo no funcionará.

Podemos seguir haciendo lo de siempre, acumular fragmentos de economía industrial y urbana en la aldea, o fijarnos en un sector, actividad o elemento, o hacer lo que nunca: repensar la aldea en su conjunto y reconducirla hacia la rehabilitación de su función original de forma actualizada. Seguir por los derroteros actuales o tratar de recuperar los códigos culturales genuinos con los que gestionar localmente el territorio y rehabilitar la inteligencia que desplegaron nuestros antepasados campesinos durante tantos siglos para conseguir crear unos paisajes y agroecosistemas no solo tan eficientes, sino estéticamente tan bellos, armoniosos y equilibrados

Las ciudades actuales tienden hacia la *isotopía* a medida que el control del capital, la globalización y las multinacionales —a través de sucursales o franquicias—, sobre la alimentación, la moda, el comercio y el consumo en general, las van haciendo más homogéneas. Las aldeas, por el contrario, en la medida que están determinadas en su estructura, funciones y entorno por la naturaleza y la biogeografía local deberían aprovechar esa diferenciación para tender hacia la *heterotopía*.[20]

Si las aldeas consiguen sacudirse de encima la influencia urbana, industrial y multinacional que las aplana, tendrán más futuro. Si se atreven a explorar su singularidad e identidad como estrategia de desarrollo comprobarán que lo propio, la gastronomía, la cultura y el pequeño comercio de sus producciones pueden ser muy competitivos, en la medida que ofrecen algo que solo se puede conseguir en la aldea, en esa aldea. Y a la vez, a la ciudad, cuanto más se relacione con la aldea, cuanto más explore las oportunidades

[20] Entendida en el sentido de una pequeña estructura urbana diferente de la ciudad (del griego heteros, otro, y topos, lugar) y cuya singularidad y diferenciación deriva de su identidad territorial.

que le ofrece el campo, sea este periurbano o periférico, más identidad, más singularidad, más diferenciación y más oportunidades se le abrirán. Las aldeas, que conserven su identidad y aprovechen las oportunidades cosmopolitas, y las pequeñas ciudades que cuiden su relación con el campo, serán más atractivas en términos de calidad de vida.

6.3. *La nueva economía: un sistema territorial inteligente*

La memoria reciente puede jugarnos una mala pasada y hacernos creer que la calidad de vida aldeana siempre fue mala. Lewis Mumford da cuenta de algunos momentos de esplendor aldeano cuando «las instituciones de la ciudad medieval refluían al campo y producían aldeas y villas rurales cuya urbanidad resultaba realzada por su situación campestre».

Este mejoramiento «se expresó con máximo acierto en las aldeas de la Europa central y septentrional, desde Baviera a los Países Bajos, y de ahí pasó a Inglaterra». El resultado fue la transformación «de pequeños establecimientos malolientes, constituidos a menudo por una congregación de chozas de tamaño diminuto y construidas con materiales de desecho, en pequeñas comunidades elegantes, compactas y bien ordenadas». Algunas de las más bellas «aldeas que hay en Inglaterra —Burford, Bybury, Chipping Camden— datan en su forma definitiva del periodo que se extiende entre los siglos XVI y XVIII».

Pero lo más sorprendente de ese «renacimiento» aldeano es que probablemente la causa tuvo un «carácter económico: la paulatina evasión de los oficios de la ciudad gremial, demasiado protegida y demasiado controlada, y la situación cada vez más igualitaria del artesano rural, quien contaba con una huerta para complementar sus ingresos, en relación con el trabajador urbano, que vivía en un alojamiento congestionado, con un alquiler elevado» (2012: 551, 552).

Otro factor que favoreció este resurgimiento de la aldea fue la disponibilidad de energía propia, a través del «uso cada vez más difundido del molino de agua y el molino de viento que le dio a la aldea una fuente de energía que, con bastante frecuencia, por el hecho mismo del crecimien-

to urbano, había llegado a ser insuficiente en el centro congestionado. En estas innovaciones de corte localista, las contribuciones holandesas fueron especialmente significativas» (Mumford, 2012: 553).

Algunas de las razones que provocaron entonces la ventaja competitiva de la aldea frente a la ciudad —acceso a la energía, acceso a la vivienda, congestión, mala calidad ambiental, falta de espacio...— se repiten en la actualidad y, por ello, deberíamos aplicarnos en sacar partido a lo que el campo y la aldea pueden ofrecernos.

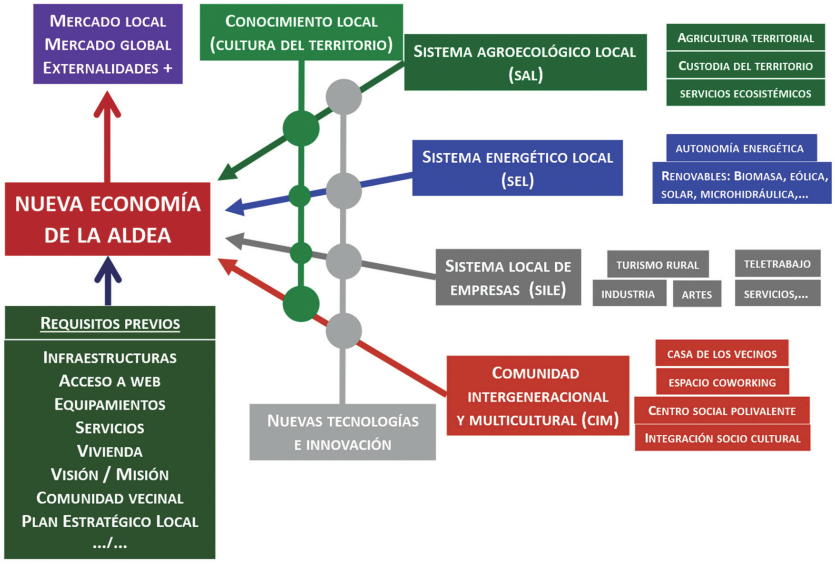
La aldea fue, en algunos momentos de la historia, un torrente de innovación tecnológica precientífica que fue acumulando, combinando, rehabilitando y ensamblando conocimientos, tecnologías, energías y producciones —desde el uso del fuego, la rueda, el molino hasta la invención del queso, el jamón, el pan, el vino...— que le permitieron consolidar un rico patrimonio material e inmaterial con el que creó una cultura local singular. Si la aldea hizo eso a través de la historia no hay razón alguna para que vuelva a hacerlo. En la revisión y actualización de todos los aciertos pasados reside la clave para la formulación de la aldea del futuro.

Para ello debería, entre otras cosas, impulsar una estrategia propia pensada, como principal objetivo, el reactivar la producción agroecológica local —aquella que produce a la vez alimentación de calidad diferenciada, diversidad biológica, energía renovable, paisaje, renta y empleo local— lo que le permitiría tener un proyecto propio, volver a tomar tierra y retomar la conexión telúrica que caracterizó al campesinado en la historia y que ahora ha de servir también a una nueva generación de campesinos del siglo XXI. A es primer objetivo, como veremos en este apartado, habrá que añadir tres más: aumentar la autonomía energética, diversificar las actividades económicas y reforzar la comunidad local.

La estructura de la nueva economía para la aldea se resume sintéticamente en la figura 5.

FIGURA 5.

La nueva economía para la aldea del siglo XXI



6.4. *Requisitos previos*

La nueva economía de la aldea se organiza sobre un cimiento inicial, los requisitos previos, sin los cuales no es posible, o al menos resulta más difícil, iniciar un proceso de regeneración de una nueva economía.

Digamos que los requisitos previos pertenecen a tres ámbitos esenciales: las infraestructuras, equipamientos y servicios que dependen de las administraciones públicas —infraestructuras físicas y telemáticas, equipamientos, servicios sanitarios, educativos, sociales relativamente próximos,...—; los «servicios públicos» de naturaleza privada —bar, comercio, vivienda,...— que atienden a la comunidad y aquellos otros que podríamos considerar «intangibles» y que se vinculan a la *actitud* —disposición de ánimo favorable a emprender o abordar un proyecto colectivo y a mantenerlo en el tiempo— y la *aptitud* —capacidad, habilidad o idoneidad para operar en la consecución de algún proyecto colectivo— de la comunidad vecinal y que se manifiestan a través de: liderazgos locales, organización asociativa, visión de futuro, capacidad estratégica para formular proyectos colectivos, dispo-

nibilidad e implicación para el trabajo, capacidad para establecer alianzas con organizaciones exteriores a la aldea, etc.

Esa disponibilidad de los requisitos básicos no tiene lugar, no se manifiesta, de forma homogénea en los distintos territorios. Algunas aldeas están más próximas que otras a los centros de salud o educativos; tienen una buena cobertura de asistencia social y buen acceso al comercio; otras sin embargo tienen una deficiente cobertura telemática o escasez de vivienda disponible para albergar a nuevos residentes, o sufren problemas de gentrificación.

En cualquier caso, siendo importante todos los requisitos, y más allá de las dificultades de acceso o disponibilidad a servicios, equipamientos o infraestructuras, hay un requisito esencial e insustituible: la actitud y la aptitud de una comunidad local proactiva y organizada con capacidad de liderazgo, compromiso y ánimo dispuesto sin la cual no es posible avanzar hacia la mejora de la aldea. Sin comunidad vecinal organizada, activa y propositiva no habrá aldea.

A medio camino entre la consideración de requisito para la rehabilitación de la aldea y elemento de activación económica, por tanto, difícil de encuadrar en uno u otro ámbito, cabe destacar la necesidad de abordar el ordenamiento, ornato, actualización, reforma y rehabilitación del «casco histórico» de la aldea. Desde el punto de vista estrictamente urbanístico, y por lo general, la traza urbana del caserío de la aldea responde a las necesidades y funciones del pasado. En la actualidad, el conjunto de casas y los equipamientos auxiliares —cuadras, henares, cuartos de aperos, cochineras, galpones, estercoleros, corrales, abrevaderos, hornos comunitarios...— conviven con nuevas edificaciones, nuevos materiales y equipamientos —garajes, transformadores eléctricos, farolas, contenedores de basura, depósitos de agua, aparcamientos...— y lo hacen, en muchas ocasiones, de forma discordante cuando no caótica y carente de armonía.

Coexisten en muchas ocasiones en la aldea ruinas de las antiguas funciones abandonadas —muchas de ellas carentes de valor patrimonial—, apaños de ocasión para albergar nuevos usos, mezclas de materiales —cantería,

ladrillo, uralita...— y elementos singulares del pasado campesino —lavaderos, fuentes, hornos...— que tienen que encontrar acomodo en la aldea contemporánea.

Probablemente sea necesario abordar en la aldea un ejercicio de integración entre lo viejo, proveniente del pasado campesino —lo antiguo, lo patrimonial y la ruina desprovista de valor— y lo nuevo, —las nuevas edificaciones, los nuevos materiales, las nuevas necesidades, los nuevos equipamientos— buscando nuevos usos, nuevas armonías, e integrando antiguas funciones en un diálogo respetuoso entre el pasado y el presente.

No se trata de convertir a la aldea en una especie de parque temático del pasado campesino, ni en una maqueta preciosista de interés turístico o, por lo contrario, abandonarlo a la desidia, pero tampoco de dejarse avasallar por la modernidad urbana hasta el punto de perder la identidad campesina. Probablemente las aldeas deban iniciar, desde la misma comunidad, un proceso interno de formulación estratégica para abordar algo así como un plan especial de reforma interior (PERI)[21]. Un PERI aldeano.

6.5. *Ejes de desarrollo*

Los ejes de desarrollo son la columna vertebral de la nueva economía de la aldea. Tres de estos ejes son de naturaleza económica —el sistema agroecológico, el energético y el empresarial— y uno, la comunidad intergeneracional y multicultural, de naturaleza social. Los cuatro ejes, los económicos y el social, tienen en común, por una parte, su estrecho vínculo a la ecología local —que los impulsa, los condiciona y los limita— y, por otra, que su funcionamiento está íntimamente interrelacionado de manera que

[21] Un plan especial de reforma interior, PERI, es una figura de planeamiento urbanístico que se utiliza para transformar, mejorar o rehabilitar zonas o barrios de una ciudad y así solucionar de forma planificada y ordenada problemas de renovación urbana, mejora de dotaciones, sustitución de elementos, instalación de nuevos equipamientos públicos o comunitarios, ornato, etc. Por analogía se puede plantear también para las aldeas. Por cierto, y sin llegar a esa formulación, pero en esa línea, la aldea de Asiegu abordó algunas iniciativas de reforma interior —aparcamientos, rondas de circunvalación, plazas, miradores...—a partir de una intervención sectorial: una concentración parcelaria. Para más información ver el capítulo dedicado a Asiegu.

no actúan independientemente uno de otro, sino que lo hacen en conjunto como subsistemas de un único sistema territorial inteligente.

6.5.1. *El sistema agroecológico local (SAL)*

Quizá la mejor manera de explicar la importancia y la razón para rehabilitar el sistema agroecológico local (SAL) de la aldea y la forma de hacerlo sea con un ejemplo. En los últimos años, a partir de la década de los ochenta del pasado siglo, algunas aldeas experimentaron un cierto dinamismo económico vinculado a la aparición de una modalidad turística emergente que rompía con la forma de entender el turismo que, hasta entonces, funcionada como una industria, concentrada y polarizada en torno a determinados lugares y a determinados focos de atracción, principalmente, la playa y el esquí, que dieron lugar a partir de la década de los sesenta al conocido como turismo de sol y nieve y al auge del turismo de masas.

Desde la administración pública se propició, de forma experimental e innovadora, una modalidad turística diferente y alternativa a la industrial que se adaptase a las características del medio rural, a la aldea y a sus posibilidades y disponibilidad de alojamiento, ofreciendo como atractivo los propios recursos locales: paisaje, calidad del aire, actividades deportivas, senderismo, gastronomía, tranquilidad...Y, lógicamente, esa nueva forma de entender el turismo no podía concebirse a partir de la legislación y las normativas que impulsaron al turismo industrial. Se necesitaba una estrategia y, sobre manera, una legislación y normativa específica. Nació así el turismo rural como alternativa al turismo industrial, con su propia y singular legislación y los incentivos y apoyos públicos necesarios para su desarrollo.

A partir de esta evidencia y de los antecedentes en los que surge el turismo rural —innovadores y atrevidos en su momento— cabe hacerse ahora una reflexión y una pregunta: si fuimos capaces de organizar una modalidad de turismo para la aldea, para el medio rural, distinta del modelo industrial de turismo concentrado, ¿por qué no podemos organizar y reactivar un sistema agroalimentario para la aldea distinto de los modelos agrarios especializados, concentrados, intensivos, en monocultivo propios

de la agricultura industrial? Y más aún, si asumimos que la actividad agroecológica es fundamental para prevenir riesgos ambientales, gestionar el paisaje, mejorar la biodiversidad y dar estabilidad a los ecosistemas, ¿por qué no orientamos esa «nueva agricultura para la aldea» para que gestione el territorio, de acuerdo con un modelo preestablecido y acorde con el carácter histórico del paisaje?

La aldea del futuro no puede copiar los modelos agrarios industriales, tiene que diseñar y activar su propio modelo y para ello los modelos agroecológicos del pasado le sirven de inspiración y aprendizaje porque la forma de producir agricultura que tuvo la aldea en el pasado —y la que puede tener en el futuro— es tan diferente de la agricultura industrial como el turismo rural lo es del turismo industrial.

Por lo demás, la aldea tiene, por así decirlo, un as en la manga: si se reorganiza para diseñar su propio sistema de gestión agroecológico podrá hacerse cargo de una función territorial y estratégica —esencial para las regiones— que no pueden desempeñar ni la agricultura industrial ni, mucho menos la ciudad, como es la custodia de la naturaleza, la prevención de riesgos ambientales y la recuperación de la biodiversidad. Ese es el valor de cambio que le permitiría a la aldea negociar con las instituciones para hacer lo que estas no pueden.

Además, el sistema agroecológico local es, probablemente, el principal rasgo identitario de la aldea, un hecho cultural de enorme trascendencia en términos de seguridad ambiental —contribuye a disminuir el riesgo de incendios forestales y, en cualquier caso, evita que el incendio entre en la aldea—, que habla por sí solo de la educación, el orden, el cariño por lo propio de sus habitantes. Como es sabido, los idiomas, las expresiones, las formas de hablar de cada región, pueblo o aldea, son un elemento patrimonial de primer orden sobre el que existe un amplio consenso de conservación. En igualdad de valor deberíamos preocuparnos y ocuparnos en que las aldeas no solo no pierdan su lengua, sino que tampoco pierdan la forma en que se relacionaban con el medio. El sistema agroecológico local es la expresión más culta y elaborada de la relación entre una comunidad humana y la naturaleza circundante.

Para plantear un itinerario de rehabilitación del sistema agroecológico de la aldea, vamos a necesitar desarrollar y ensayar los siguientes nuevos conceptos:

Agricultura territorial
Estrategia de conservación: renovación frente a sucesión
Relevo organizacional
Casería extendida
Cooperativa TAC
Concertación parcelaria
Rebaño comunitario
Nueva profesión para el campesino

Agricultura territorial

En el diseño de ese nuevo sistema agroecológico, ese nuevo modelo canónico de agricultura para la aldea, recurrimos al concepto de *agricultura territorial*, recogido en el artículo 16 de la Ley 45/2007[22] para el desarrollo sostenible del medio rural, A mayores, el citado artículo abre la puerta a la posibilidad de implantar «contratos territoriales de zona rural» que son definidos como un «instrumento que establece el conjunto de compromisos a suscribir entre las administraciones públicas y los titulares de las explotaciones agrarias [incluso se puede hacer extensible a propietarios de fincas rústicas] que orienten e incentiven su actividad en beneficio de un desarrollo sostenible del medio rural».

No existiendo una definición formal para la agricultura territorial —la ley no la recoge— podemos aventurarnos a decir que es una nueva versión, actualizada y contextualizada, de la agricultura que practicaron históricamente las comunidades campesinas en las aldeas hasta la irrupción de la agricultura industrial.

[22] La ley se define en su preámbulo, y en lo que aquí interesa, como una norma «de orientación territorial» que pretende «una mayor integración de las zonas rurales, facilitando una relación de complementariedad entre el medio rural y el urbano» y que tiene un claro objetivo de promoción y «fomento de un desarrollo sostenible».

Por tanto, la historia agroecológica local, la conservación del carácter del paisaje, de los principales rasgos estructurales y sus agroecosistemas, aún visibles en aquellos lugares no transformados por las prácticas agrarias intensivas, deben servir de referente inspirador y referencial para definir de forma contemporánea y local un modelo canónico de agricultura territorial. Esa fue la intención del proyecto desarrollado en Moal, del que daremos cuenta en el capítulo dedicado a esa aldea.

La agricultura territorial tiene interés estratégico y funcional como gestora integral del medio, tanto por la producción de alimentos singulares como por contribuir a la conservación de la biodiversidad, la estructura ecológica y la lucha contra los riesgos ambientales, tal como hemos comentado. En definitiva, es la agricultura que reconcilia a los vecinos con la naturaleza circundante, la que da continuidad coherente a su historia agraria, la que mantiene la identidad del lugar, la que se inserta, conserva y custodia el paisaje y a través de la cual la comunidad local se convierte en una entidad ecosocial. Y es, en términos políticos, la que la avala para negociar con las instituciones de ámbito regional y estatal su papel determinante en la gestión del medio ambiente y la conservación de la naturaleza.

Además, la activación del sistema agroecológico local no es solo una necesidad indispensable para que la aldea sea la protagonista de una función territorial ineludible —la gestión integral de las tierras vinculadas a la misma— sino que su activación resulta fundamental para generar externalidades económicas de interés para los otros sistemas: el sistema local de empresas (SILE) —turismo rural, gastronomía, restauración...— y el sistema energético local (SEL) —limpieza del monte, aprovechamiento y recolección de leñas,...—, así como externalidades ecológicas de interés local y general: mantenimiento de la estructura, carácter y canon del paisaje, control de los riesgos ambientales, conservación de especies, mantenimiento de los senderos y caminos, incremento de la biodiversidad local, etc. y, muy especialmente, la identidad territorial de la aldea y la cultura campesina local.

La agricultura territorial con la que se activa el sistema agroecológico local se apoya en la observación de siete principios:

1.º Por definición es una *economía ecológica y territorial*. A diferencia de la agricultura industrial —organizada por sectores y especializaciones en agricultura, ganadería y montes— no está sectorializada, especializada, ni compartimentada, sino que, como hacía su predecesora, la agricultura campesina, está sujeta a principios (agroecológicos) y límites (los de la disponibilidad de los recursos y su capacidad de renovación). Es decir, es una economía agraria vinculada a las posibilidades productivas locales del medio y a sus procesos ecológicos que, en tanto opera sobre los recursos locales de naturaleza agraria, ganadera y forestal, realiza transformados agroalimentarios —pan, queso, vino, embutidos...— y presta servicios agroecosistémicos —gestión del paisaje, de la biodiversidad, conservación *in situ* de semillas, cultivos, razas y variedades locales, del ciclo del carbono...— , manejando integradamente, en organización ecosistémica, los ámbitos primario, secundario y terciario de la economía. A diferencia de la agricultura industrial, pensada para aumentar la producción, la agricultura territorial está pensada para gestionar un agroecosistema y, a partir de ahí, generar una producción de alto valor añadido en dos ámbitos: alimentos ecológicos y paisajes rurales de alta biodiversidad.

2.º Se define como una *agricultura para la conservación*. Es decir, en su diseño se interpone una determinada lógica económica / ecológica ajustada a la disponibilidad de insumos locales que garantice tanto la conservación de los recursos naturales como una producción agroalimentaria y paisajística de calidad. Es, como hemos advertido, una economía sostenible en lo ecológico que debe servir también para alentar la sostenibilidad económica y social de la aldea y la conformación de una comunidad ecosocial responsable de la conservación integral del territorio.

3.º Se basa en el *conocimiento, reconocimiento y actualización de la cultura del territorio*, que incluye el conjunto de conocimientos y saberes acumulados a lo largo de la historia por la comunidad local que le han servido para gestionar el territorio y legarlo en condiciones óptimas a sus descendientes.

4.º Tal como hacía la economía campesina, utiliza casi exclusivamente los recursos locales como insumos y lo hace en *relación ecosistémica* lo que implica también hacerse cargo de la autofertilización orgánica del medio.

5.º Se organiza en *policultivo* lo cual no impide, si las características locales lo indican, que pueda tener una preferencia, o especialización, hacia un determinado producto, pero, en cualquier caso, sin convertirse en monocultivo.

6.º Es una agricultura *extensiva y multiactiva* que combina de forma interrelacionada prácticas e instrumentos propios de la agricultura, la ganadería, la fruticultura y la silvicultura rehabilitando conocimientos locales e incorporando nuevas tecnologías e innovación.

7.º En la medida que el objetivo es gestionar la totalidad del territorio vinculado a una aldea y no solo a una finca o una explotación ecológica, la agricultura territorial necesita de un amplio consenso comunitario y de un innovador sistema de organización del trabajo y de la producción que implique a los propietarios de las tierras de la aldea y a los gestores. El problema del abandono del campo en las aldeas no es solo de «relevo generacional» sino de «*relevo organizacional*», del que hablaremos más adelante, puesto que se extinguió la sólida organización comunitaria campesina histórica, basada en la casa campesina, sin que haya habido recambio. Para gestionar la nueva agricultura territorial necesitamos, en consecuencia, una organización funcionalmente equivalente a aquella, pues la casa campesina se ha extinguido y no va a volver.

Los tres elementos fundamentales para organizar un modelo de agricultura territorial son:

1.º La *clarificación de la propiedad* de la tierra, su disponibilidad y la elaboración de una estrategia de movilización para que deje de ser un activo ocioso.

2.º El *diseño de un canon y un modelo paisajístico* idóneo y viable que rehabilite el carácter paisajístico genuino.

3.º El *proyecto de gestión*, que implica, además de un estudio de viabilidad y un análisis de inversiones, costes y beneficios, la reorganización de la gestión conjunta y la forma de participación de las iniciativas agropecuarias y/o forestales particulares con el objetivo de realizar la activación integral y concertada de la producción agropecuaria y forestal pertinente.

Estrategia de conservación: renovación frente a sucesión.

La estrategia de conservación de la naturaleza en la aldea es la *renovación ecológica*. Por el contrario, las políticas estatales y regionales de conservación de la naturaleza, que resurgen con fuerza en el último tercio del pasado siglo XX, y como réplica a las políticas de intensificación productiva, tendrán fundamentalmente como estrategia de conservación de la naturaleza la *sucesión ecológica*.

En ese sentido, y en dirección contraria al *desarrollismo industrial*, la conservación por sucesión ecológica fue concebida bajo las influencias del pensamiento urbano, industrial y la especialización científica, que podríamos denominar como *conservacionismo industrial* y en el que está ausente la gestión agroecológica que propició la economía campesina preindustrial.

Desde que lo sentenció el marqués de Villaviciosa[23] a principios del siglo XX —en su búsqueda de regreso a la naturaleza «virginal» y los paisajes «prístinos»—, la práctica de cualquier actividad económica, incluyendo por supuesto la campesina, era incompatible con la conservación de la naturaleza. Por increíble que pueda parecer, esa idea —que no era sino una creencia acientífica convertida en dogma— acabaría por ser elevada a la categoría de principio político y a consolidarse como el principal argumento de una política conservacionista que segregó producción y conservación, ecología y economía, y condenó al ostracismo, cuando no a la persecución, a las exitosas e inmemoriales prácticas campesinas de gestión agroecológica del medio.

Sin embargo, y con anterioridad a la formulación de la idea de la conservación de la naturaleza intocada e intocable, Fray Benito de Santo Tomás y Pumarada[24], escribió en su obra *Arte general de granjerías*:

[23] El marqués de Villaviciosa, Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós, está considerado el padre de la política conservacionista en España. Con el apoyo del rey Alfonso XIII impulsó en 1916 la Ley de Parques Nacionales.

[24] Fray Benito de Santo Tomás y Pumarada (1658-1715) fue un fraile dominico que escribió entre 1711 y 1714 el *Arte general de granjerías* como legado a su sobrino para explicar cómo debía manejar las tierras y la economía de la casa y cómo debía conducirse moralmente por la vida. En ese sentido, y entre muchas otras virtudes, la obra puede considerarse un manual de economía campesina. Fue transcrita y editada en 2006 por el Museu del Pueblu d´Asturies.

> La razón es porque, como dizen los philósophos, la conservación de una cossa es su continua producción, y se reputa el conservar por lo mismo que producir, y lo mismo es estar conservando una cossa que estarla siempre produciendo (sic).

¿Por qué razón el marqués y el fraile tenían visiones tan opuestas sobre el significado de la conservación de la naturaleza? Pues porque el primero era consciente de la capacidad *destructora* de la economía industrial basada en un recurso de fondo —el carbón— y el segundo, por el contrario, lo era de la capacidad *regeneradora* de la economía campesina basada en un recurso de flujo, el sol.

Porque el primero sabía que la producción industrial generaba efectos negativos para el entorno —externalidades las llaman los economistas— y el segundo sabía que, bien regulada, la producción campesina los generaba positivos. Porque el primero no conocía otra economía que no fuera la de producción industrial y el segundo no conocía otra que no estuviera vinculada a la tierra y la economía campesina.

La *sucesión ecológica* —la que quería el marqués aún sin referirse a ella en esos términos— se podría definir como los cambios que experimenta un ecosistema en ausencia de cualquier intervención humana. Los parques nacionales españoles, a diferencia del resto de Europa, concibieron la conservación desde esa idea.

Paradójicamente esta estrategia de «conservación» comenzó a triunfar, sin pretenderlo, también fuera de los parques nacionales —los recintos acotados para los que había sido concebida— cuando el desarrollismo industrial vació el campo y el territorio rural entró en deriva empujado por la sucesión. Por tanto, en puridad, la sucesión no es una estrategia de conservación, sino de abandono en la medida que no mantiene el estatus del paisaje campesino preexistente, sino que alienta que se convierta en otro distinto y cuanto más alejado de la cultura y el manejo campesino, mejor.

Alguno de los riesgos que conlleva esa naturaleza en proceso de abandono y sucesión, en el contexto actual de una sociedad urbana en difusión que

literalmente echa chispas, se traducen ahora en la proliferación de grandes incendios precisamente en las zonas más abandonadas del país. Desaparecida la gestión campesina, lo urbano y el monte —uno en *difusión* y el otro en *sucesión*— han empezado a chocar violentamente cada vez que se encuentran y salta una chispa.

La renovación biológica —la que enunció de fray Toribio—, por el contrario, pretende conservar la forma en la que se expresa la naturaleza conforme a un estatus paisajístico determinado, estable y necesariamente intervenido por una comunidad humana. En este caso los ecosistemas se convierten en agroecosistemas, que se conservan porque son atendidos regular y reguladamente por una comunidad campesina. Gracias a esa intervención cultural el territorio rural, además de seguro y resiliente, alcanzaba un alto grado de diversidad biológica y paisajística.

Los modelos campesinos inteligentes gestionaban desde la aldea, de forma combinada, compleja y con estrategia de sistema —a través de la agricultura, la ganadería, la fruticultura o el uso forestal—, pequeñas parcelas manejadas intensamente y simplificadas —huertas, cultivos de cereal...—, junto con otras también intervenidas pero más diversas —prados de siega separados por cierres vegetales (sebes, en asturiano), brezales, pastizales, dehesas...— y, finalmente, otras más maduras y estables y menos intervenidas —los bosques de los grandes árboles— gestionadas siguiendo ciclos temporales más largos —decenas de años en ocasiones— o bien en recolección anual de frutos: bellotas, hayucos, flor de tilo, castañas,...

En definitiva, se trataba de cultivar un poco de todo para que, a ser posible, no faltase nada de nada. Para que la estrategia de conservación por renovación funcione los sistemas locales de gestión deben cumplir dos condiciones: estar sujetos a regulación propia y comunitaria, bajo la advocación de los conceptos agroecológicos de principio y límite, y establecer un modelo económico local viable, apoyado en un sistema de conocimiento pertinente, es decir, en una cultura sólida, organizada y socialmente legitimada.

La principal diferencia entre ambas formas de entender la conservación de la naturaleza estriba en que mientras la *sucesión* rehúye cualquier inter-

vención económica, la *renovación* considera imprescindible la intermediación de una economía local pertinente.

La conservación de la naturaleza es, por tanto, un hecho de interés económico, cultural y, sobre todo, político, antes que estrictamente biológico. En definitiva, se trata de entender la conservación de la naturaleza en términos territoriales, fisiológicos y metabólicos, sobre la base de los complejos y diversos modelos culturales y locales vernáculos, y superar la visión estática y reduccionista a la que nos abocó la perspectiva industrial.

La reconciliación de la economía con la naturaleza no es una simple opción política, es una urgente necesidad política. Hasta que las dos ciencias de la casa, la que estudia las relaciones sistémicas entre las partes —es decir, la ecología— no entre en relación copulativa, e insisto política, con la que estudia la administración de los procesos productivos y mercantiles que se dan entre las partes —es decir, la economía—no habrá solución para la naturaleza, ni para la sociedad, tanto en la escala global de la biosfera como en la local de la más humilde aldea de montaña.

En el ámbito regional, y en lo que aquí interesa, se precisa determinar los «gradientes de explotación» de la naturaleza y establecer los modelos locales de manejo idóneos en cada lugar —teniendo como referencia preferente los vernáculos— para regular los balances entre capitales naturales y réditos de estos.

Con el apoyo de la conservación por renovación tenemos que aprender a producir localmente sostenibilidad, estabilidad ecosistémica, renta, empleo, paisaje, biodiversidad y comercializar los excedentes expresados tanto en producción agroalimentaria como en los servicios recreativos, ambientales y ecológicos que desde las aldeas se prestan al resto de la sociedad.

Sin la definición de nuevos modelos económicos locales, basados en la conservación por renovación, es decir, sin la «continua producción» que reclamaba fray Toribio, no habrá manera de conservar la naturaleza circundante a la aldea.

El «relevo organizacional», la «casería extendida» y la «cooperativa TAC»

Las aldeas no solo padecen un problema generalizado de despoblamiento, abandono de tierras, minifundismo y relevo generacional, que también, sino sobre todo de «relevo organizacional», es decir, carecen de una fórmula de organización comunitaria, o concertada, de la gestión de las tierras de cultivo y el monte que sustituya eficientemente, con menos coste de esfuerzo y dedicación y con mayor prestigio y consideración social, al sistema de gestión practicada por la antepasada y ya extinguida comunidad campesina.

La aldea, salvo escasa excepciones individuales que vienen de la mano de emprendedores que practican la agroecología, ya no hace agricultura campesina. Es más: no tiene campesinos entendidos como tales o, si los tiene, son muy mayores y ya no trabajan las tierras y el ganado. En el mejor de los casos tenemos agricultores, ganaderos o gestores del monte, más o menos extensivos, más o menos intensivos, que trabajan las tierras pero que no son campesinos organizados en comunidad. Y desde luego, no están vigentes, ni se practican de forma cotidiana salvo de manera testimonial, las fórmulas de trabajo comunitario. Y en los comunales manda más el caos y el desgobierno que el orden. De la misma manera que no se puede ser futbolista sin pertenecer a un equipo de fútbol y jugar conforme a unas normas y unos conocimientos técnicos, no se puede ser campesino sin pertenecer a una comunidad campesina y ejercer el oficio sin conocimientos y sin seguir una reglamentada actividad local de manejo de la tierra.

Además, ya no están, se han extinguido para siempre, las familias y casas campesinas que, organizadas en comunidad y como resultante de su sumatorio, gestionaban la totalidad de las tierras y el monte de la aldea. Todas esas ausencias y faltas nos obligan a pensar en una alternativa equivalente, tanto en fuerza como en método y organización de trabajo, porque siendo cierto que se han extinguido también lo es que la función territorial que desempeñaban resulta ahora imprescindible para la conservación de los ecosistemas y por extensión de la naturaleza.

La extinción del campesinado y sus formas de organización —ya hemos hablado de ello— responde a una concatenación de causas, externas

e internas, que lo han situado fuera del interés de las economías, oficios, profesiones y culturas de la urbana, industrial y tecnológica sociedad contemporánea.

Los costes de transacción en su actividad —dedicación absoluta, jornadas de trabajo interminables, ausencia de tiempo libre y ocio, esfuerzo físico, escasa rentabilidad económica, numerosas contingencias negativas derivadas de la vida a la intemperie, falta de prestigio y reconocimiento social...— eran altísimos y repercutían directamente sobre el campesino, su familia, su autoestima y su bienestar.

Por el contrario, los beneficios ecológicos para el territorio, derivados de sus actividades, eran numerosos, muy apreciables y con repercusiones positivas para sociedad en general —paisajes en mosaico y abiertos, caminos y senderos limpios, agroecosistemas más entretenidos y complejos, quesos y carnes de alta calidad...— pero no estaban retribuidos ni, en muchas ocasiones, reconocidos.

De ahí que en este proyecto de cooperación estemos dedicando una atención especial tanto a la recuperación integral del sistema agroecológico local cómo a la búsqueda de la viabilidad de gestión y, por supuesto, de rentabilidad económica además del inherente beneficio ecológico. Por eso estamos poniendo el foco principal de atención en el diseño y desarrollo de nuevos conceptos tales como: agricultura territorial, concertación parcelaria, gestión unitaria y cooperativa de las tierras, rebaños comunitarios, cooperativos, vecinales o concejiles, nueva profesión para el campesino...

En esa panoplia de nuevos conceptos destaca, en primer lugar, la forma de organización de la unidad de producción campesina por excelencia: la casería —de la que ya dimos cuenta con anterioridad— que estuvo vigente durante todo el tiempo que la economía campesina gestionó el campo. Indisociablemente vinculada a la casa, la familia y la organización prototípica de la producción en la aldea la casería fue reemplazada por la «explotación agraria» tras la irrupción de la agricultura industrial.

Conceptualmente la casería y la explotación agraria son extremadamente diferentes. Sus formas de organización difieren tanto como las economías

a las que atienden. Para la reorganización de la nueva economía de la aldea es la casería el modelo de referencia, no la explotación agraria.

Por lo demás, y a pesar de que la explotación agraria es actualmente hegemónica en la producción agroalimentaria en todo el mundo, la casería, cuando está bien ajustada a una base territorial bien dimensionada y en policultivo, sigue siendo más eficiente en términos económicos y ecológicos, menos dependiente de la financiación y más independiente de los grandes mercados que la explotación agraria.

La casería tiene, con mucho, mayor capacidad para generar y gestionar su propio mercado que la explotación agraria en monocultivo, que no tiene ninguna capacidad para intervenir en los precios de los insumos que necesita y en los productos que genera. Cuando los primeros incrementan su precio y los segundos lo disminuyen —algo que ocurre con frecuencia en la actual economía globalizada— la explotación agraria entra en crisis.

La aldea del pasado, lo hemos comentado con anterioridad, estaba gestionada por un conjunto de casas-familias-casería que funcionaban con una estrategia económica doble: cada casería trabajaba de forma individual e independiente la mayor parte del ciclo agrario pero puntualmente, para abordar determinadas tareas que requerían mayor fuerza e intensidad de trabajo, las caserías se asociaban en una estrategia colaborativa, cooperativa y comunitaria siguiendo fórmulas, protocolos y procedimientos exactamente regulados por las ordenanzas de la aldea.

La aldea del siglo XXI, si quiere desarrollar una funcionalidad ecológica equivalente a la aldea del pasado, tendrá que dotarse de un modelo de gestión similar al de la casería preindustrial. Con una salvedad: no será posible volver a tener diez, veinte o cuarenta caserías en cada aldea; ni será viable tampoco que cada casería se estructure sobre una familia troncal de tres generaciones y numerosos hijos y se organice como una empresa, tal como sucedió el pasado. Lo que interesa de la casería en la sociedad contemporánea es su función, no la organización interna de corte familiar del pasado. Para el futuro bastaría con que una sola casería se dimensionase y organizase como sociedad cooperativa vecinal para gestionar el terrazgo y el monte de

la aldea. A esa nueva casería vecinal, comunitaria y cooperativa la hemos denominado «casería extendida».

La casería extendida será, por tanto, la unidad operativa encargada de gestionar íntegramente el sistema local (SAL), de comercializar la producción agroalimentaria de la aldea, de gestionar y aprovechar los bienes comunales, de mantener abiertos los caminos, bien atendidas las huertas, los campos de labor, los prados y los pastizales, de atender al rebaño de la aldea, etc. Y también de desarrollar todo aquello que redunde en la mejor gestión del sistema energético local (SEL) e incluso, si no existen en la aldea iniciativas privadas que lo aborden, de poner en funcionamiento los negocios del diversificado sistema local de empresas (SILE) vinculados a la prestación de servicios de interés público —bar, atención a las personas mayores, pequeño comercio, etc.— o las actividades recreativas y turísticas.

Para gestionar esa casería extendida la forma empresarial más adecuada, sin prejuicio que se pueda recurrir a una empresa de servicios, sería un tipo singular e inédito de cooperativa vecinal que hemos denominado «cooperativa TAC», acrónimo de Territorial, Agroecológica y Comunitaria.

Una cooperativa TAC es un tipo de cooperativa, de titularidad vecinal, diseñada para gestionar local, sistémica e integralmente el conjunto de procesos agroecológicos, las producciones agroalimentarias y el paisaje de un territorio determinado —una aldea, por ejemplo— siguiendo un modelo predeterminado e inspirándose en los conocimientos campesinos vernáculos. La cooperativa TAC, en lo relativo a la gestión de las tierras y el monte de la aldea, es la sucesora de la comunidad campesina histórica.

Conceptualmente fue desarrollada de forma genérica y teórica en *Asturias, región agropolitana* (Izquierdo, 2008: 207) y, más detalladamente, en *La casa de mi padre* (Izquierdo, 2012: 260-278).

Desde el punto de vista operativo, la cooperativa TAC aporta:

1. Una gestión más racional, integral, integrada, atractiva y profesional del trabajo en el campo por medio de la *agricultura territorial* que permite una mejor optimización de la dedicación laboral y de los descansos y va-

caciones de los trabajadores y, sobre todo, contribuye a profesionalizar el trabajo del campo y a hacerlo más atractivo para los jóvenes.

2. Una mejor reorganización, integración y una conectividad óptima de los distintos ámbitos internos de la aldea —*urbe, ager, saltus* y *silva*: agrícola, ganadero y forestal—, de las actividades agroecológicas que en ellos se dan —horticultura, fruticultura, silvicultura, agricultura, apicultura, pastoreo...— y de los hábitats favorables para las especies silvestres.

3. Una producción agroalimentaria de alta calidad vinculada al territorio y al consumo de proximidad.

4. En la medida que gestiona íntegramente el SAL, además de producir alimentos de alto valor añadido y recursos energéticos, elimina o minimiza los riesgos ambientales —como los incendios o las plagas— y ejerce el control sobre el crecimiento de especies oportunista o invasoras.

Desde el punto de vista organizativo la cooperativa TAC se compone de cuatro tipos de socios:

Socios propietarios de las tierras y de los derechos de aprovechamiento del comunal que ceden a la cooperativa la gestión y aprovechamiento de estos sin renunciar al derecho de propiedad particular o vecinal. Los socios propietarios, organizados en *junta general de propietarios*, son los promotores y los propietarios de la cooperativa. El porcentaje individual de participación en la misma se establece por la superficie y la calidad de las tierras que aportan a la cooperativa.

Socios gestores son los trabajadores de la cooperativa. Son responsables de la gestión y la administración de la cooperativa

Socios consumidores son los que adquieren los productos agroalimentarios.

Socios protectores son aquellos que contribuyen altruistamente al sostenimiento de la cooperativa a través de aportaciones o patrocinios.

Asimismo, y para determinadas actividades de interés comunitario o ambiental esta puede contar con un *sistema de voluntariado* a través del cual desarrollar dichas actividades.

Por último, la cooperativa puede ejercer función docente como *escuela de campesinado* ofreciendo programas formativos completos e integrales

—formación para hacerse campesino—, programas puntuales temporales —estancias para adquirir conocimientos en alguna de las tareas de la aldea— o píldoras formativas: elaboración de pan, quesos, embutidos, sidra, vino, etc.

Concertación parcelaria

El objetivo de la «concertación parcelaria» es triple. Por una parte, buscar un orden, una armonía, en la acción en común de un conjunto diverso de parcelas y de propietarios que buscan la complementariedad entre ellas a través del aprovechamiento de sus distintas vocaciones —bosque, dehesa, cultivo de cereal, huerta, frutal, pastizal, monte bajo...— y sus distintas potencialidades productivas manejadas de forma integral, integrada e interdependiente entre la agricultura, la ganadería y la selvicultura.

Por otra, conseguir una rentabilidad en la producción agropecuaria y forestal de un conjunto de minifundios abandonados y dispersos —lo que propicia el asilvestramiento de las tierras agrarias y el monte y abre las puertas a los riesgos ambientales— que no tienen viabilidad económica de forma aislada, no tanto porque sus actuales propietarios no las tengan en producción sino porque, incluso aunque lo pretendieran, su limitado tamaño se lo impediría. Y, por último, porque al unir, conjugar y poner en producción en una acción unitaria un parcelario constituido por numerosas parcelas —minifundios— conseguimos una base territorial mayor —un latifundio— que garantiza una rentabilidad productiva, una mayor seguridad ante los incendios forestales, un mejor control de las plagas y una gestión paisajística y agroecológica óptima.

El concepto de «concertación parcelaria» se utiliza por contraposición al de «concentración parcelaria», tan profusamente utilizado en las regiones con predominancia del minifundismo y desde el que se abordó la modernización industrial del campo a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Por decirlo de forma abreviada, mientras que en la concentración parcelaria de la industrialización del campo se buscaba como objetivo principal maximizar la producción agraria, modificando y agrupando la estructura

de la propiedad para hacerla más rentable, más mecanizable y más accesible al agricultor, en la concertación parcelaria el proceso se construye, por decirlo metafórica, de la misma manera que un compositor musical crea y diseña una obra sinfónica que acaba plasmando en una partitura y es interpretada por una orquesta. Para hacer concentración parcelaria hay que pensar como un ingeniero agrónomo industrial, para hacer concertación parcelaria hay que hacerlo como lo haría un agroecólogo, un ingeniero, un compositor musical y un director de orquesta.

El primer paso para iniciar un proceso de concertación parcelaria es la toma de conciencia por parte de los vecinos. El abandono de las fincas alrededor de la aldea no es solo un problema de falta de aprovechamiento. Es, sobre manera, un problema de riesgo que puede terminar en tragedia y que es preciso abordar de forma colectiva, comunitaria.

Entre los propietarios que, por lo general, aprecian sus fincas —pues una cosa es que no las puedan atender y otra muy diferente que no manifiesten querencia por ellas y deseos de verlas cuidadas— puede tener buena acogida la idea de organizar una forma de manejo y atención comunitaria que preste servicio a las fincas de las que son propietarios y de las que, además, pueden obtener algún tipo de beneficio, aunque sea exiguo. No obstante, el verdadero beneficio para el propietario que ceden sus fincas ociosas estriba en la seguridad de las viviendas de la aldea frente a los incendios y en mantener bien atendido el terrazgo y el monte. Además, la cesión de las fincas no supone pérdida de la propiedad, ni cambios en la morfología de estas.

El propietario de una parcela abandonada debe interiorizar una idea fundamental: su finca, como unidad, forma parte de una unidad mayor y más compleja y, para que esté bien atendida, debe estar bien atendida y gestionada la unidad mayor. Me explico con un ejemplo más reconocido por habitual: el de la comunidad de propietarios de un edificio de pisos. Para que la vivienda particular (el equivalente a la finca rústica) sea habitable y confortable, el edificio (la concertación parcelaria) debe ser objeto de atención por unos servicios de gestión comunitaria: ascensor, limpieza de escalera y portal, mantenimiento de la iluminación, de los extintores, de

las zonas comunes, etc. Por lo demás, en un edificio que no se mantengan y cuiden los espacios comunes, el precio de mercado de las viviendas tenderá a la baja. Algo parecido pasa en una aldea, además de los evidentes y ya constatables riesgos para las casas por tener el terrazgo matorralizado y el monte abandonado, una aldea que cuide sus tierras tendrá más futuro. Por eso afirmamos que los primeros interesados en constituirse como concertación parcelaria son los propios vecinos.

Razones de seguridad para la aldea que por medio de la gestión agroecológica concertada consigue que no se disparen las poblaciones de especies oportunistas —jabalíes por ejemplo—, que se pueda controlar más eficientemente a las especies invasoras y las plagas, y que se pueda gestionar la producción y acumulación de biomasa y reducir así los riesgos de incendio; y razones vinculadas a un manejo que incrementa la biodiversidad y el atractivo del paisaje rural que redundan en beneficio de la comunidad y sus posibilidades de desarrollo, justifican la importancia de promover la concertación parcelaria en las aldeas.

Rebaño comunitario

El pastoreo sigue siendo la más eficiente forma de control y aprovechamiento de la vegetación y, a la vez, la única manera de convertir unos hidratos de carbono que no pueden ser aprovechados directamente en la alimentación humana en proteínas y grasas de alta calidad. Los herbívoros domésticos, organizados en sistemas territoriales de pastoreo bien dimensionados, son los intercambiadores energéticos que transforman la energía contenida en la biomasa del monte en alimentos de calidad, paisaje, biodiversidad y seguridad ambiental. En ese sentido, son los más eficientes sistemas antiincendios.

Esta afirmación, incuestionable por otra parte, pone de manifiesto que la reactivación del pastoreo —una actividad prácticamente extinguida en nuestros días— a los efectos que en este proyecto se persiguen, depende de tres factores: la existencia de unos profesionales expertos en el manejo de los herbívoros en el territorio (los pastores), una nueva fórmula de organi-

zación del pastoreo que suceda y sustituya al pastoreo familiar (los rebaños comunitarios) y un ajuste y dimensionamiento adecuado tanto del rebaño como del territorio para que el pastoreo se practique en el marco de la gestión del SAL (base territorial y plan local de pastoreo).

El principal escollo radica en la falta de una nueva organización de la actividad que sustituya a los últimos pastores. El problema más que de relevo generacional, ya lo hemos advertido, es tanto de relevo organizacional como, y muy especialmente, de carencia de perspectiva de las políticas públicas para entender que el pastoreo es también, sobre todo, un «servicio público» imprescindible para la gestión territorial de las aldeas, pueblos, villas y la periferia de las ciudades en las que la vegetación herbácea y arbustiva estuvo históricamente gestionada por el ganado y ahora, huérfano del diente del herbívoro y de la mano del pastor, se ha convertido en pasto potencial para las llamas. O volvemos a reorganizar desde lo público y lo privado el pastoreo o los incendios acabaran entrando no ya en las aldeas sino en las ciudades.

Si se extingue, como se ha extinguido, la casa campesina y la economía familiar subyacente, es lógico que el pastoreo, una de sus principales ramas de actividad, haya desaparecido. Por eso se hace tan imprescindible la búsqueda de un modelo, de un nuevo sistema de organización del pastoreo extensivo, que sustituya al extinto sistema de pastoreo campesino familiar.

La verdadera innovación con el pastoreo sería, por tanto, ensayar esas nuevas fórmulas de rebaños comunitarios (del vecindario), corporativos (del ayuntamiento o de alguna entidad con interés ecosocial) o corporativos mixtos (del ayuntamiento y el vecindario) bien dirigidos y operando en los montes abandonados y huérfanos de pastores y buenos pastos. Para organizar los nuevos rebaños tenemos que poner el pensamiento lateral al servicio de la innovación. No podemos quedarnos en el lamento y en echarlos en falta porque los pastores, tal como los conocimos en el pasado, no van a volver y los pocos que quedan no son suficientes.

La toma de conciencia del problema y la búsqueda de la solución pasa, en primer lugar, por interiorizar la idea de que es mejor, más rentable y

beneficioso para la conservación de la naturaleza, y de paso la agroalimentación local de calidad, invertir en sistemas organizados de silvopastoreo y manejo del monte en lugar de fiarlo todo a incrementar las dotaciones y los medios técnicos de los parques de bomberos. Es decir, invertir en el diseño de rebaños bien organizados de ovejas y cabras del país y en nuevas organizaciones y visiones del pastoreo, porque seguir invirtiendo solamente en hidroaviones y bomberos no atiende lo importante y se queda solo en lo urgente.

Un buen equipo profesional de pastores haciendo silvopastoreo y encargándose de la gestión agroecológica de un monte es tan necesario en la actualidad como un buen sistema de salud pública, un buen plantel de maestros en una escuela o un buen servicio de jardinería urbana. La rehabilitación funcional del pastoreo no responde a una reclamación nostálgica sino a un requerimiento innovador que resitúe el oficio como una profesión prestigiosa y de reconocido interés público. Ese día habremos logrado que un oficio que nos acompaña desde el inicio de la Revolución Neolítica y está ahora al borde de la extinción, remonte el vuelo y se integre plenamente en la sociedad rural posindustrial y en la aldea del futuro.

El rebaño vecinal comunitario, concejil o corporativo[25] —cualquiera de las fórmulas colectivas sirven— en tanto que es el instrumento esencial en la gestión del monte y de los pastos forestales, es una de las piezas fundamentales de la cooperativa TAC que requiere, previamente, de un ejercicio de clarificación de la propiedad y de constitución de la concertación parcelaria, así como de una planificación de pastos, diseño de rebaño y proyecto de gestión y viabilidad: equipamientos, instalaciones ganaderas, número de pastores, memoria económica / ecológica, etc.

[25] El rebaño colectivo, con independencia de la titularidad de este y del ámbito territorial en el que opere —aldea, pedanía, parroquia, municipio, parque natural, asociación de propietarios forestales, etc.—, debe entenderse no solo como una solución para mejorar la estructura ecológica del monte y abrir el paisaje para crear mosaicos y dar seguridad frente a la eventualidad de incendios, sino también para producir localmente leches de alta calidad para abastecer a las queserías, especialmente a las de denominación de origen, y carnes ecológicas que tienen mayor valor añadido y una mayor demanda por parte del consumidor.

Una nueva profesión: el campesino del siglo XXI

Un campesino del siglo XXI, además de productor de alimentos saludables debe ser, sobre todo, un profesional «gestor cultural del ecosistema», un «conservador de la biodiversidad», un «profesional del paisajismo» y un «*edafoterapeuta*»[26]. Un campesino de nuevo cuño debe aspirar a esa nueva dimensión de su trabajo, hacer emerger una caracterización profesional que estaba implícita de forma latente en sus antepasados, los campesinos clásicos anteriores a la industrialización de la agricultura, pero que ahora debemos reconocer y hacer patente.

Los campesinos que gestionen el sistema agroecológico local (SAL) de la aldea deben ser considerados como profesionales altamente cualificados para el desarrollo de un conjunto de tareas, secuenciadas, protocolizadas, reguladas y organizadas de forma interrelacionada dentro de marco territorial preestablecido. Y deben gozar del respeto, el prestigio profesional y la dignidad de la que no gozaron sus antepasados.

Ya no quedan campesinos en la aldea, pero si queremos que la aldea recupere su prestigio como gestora integral del medio necesitamos que vuelvan. Ser campesino puede y debe convertirse en una nueva profesión de futuro para gestionar la tierra con sentido, con arraigo y con responsabilidad territorial e intergeneracional. Los campesinos fueron los fundadores y gestores de las aldeas, los constructores del país y los guardianes del saber hacer local. Para iniciar un proceso de regreso necesitamos que la escuela y la universidad, donde ahora anida hegemónica y exclusivamente la pedagogía y la ciencia de la industria y la tecnología, con un sesgo esencialmente urbano, retomen el interés por restaurar de forma actualizada ese «conocimiento huérfano»[27] campesino y local, sin necesidad de convertirlo en un título oficial, pero no por ello carente de rigor y valor. Hablaremos de ello más adelante, en el apartado dedicado a los aspectos

[26] Persona que, por medio de sus actividades, cuida de la salud de la tierra. Del griego *édaphos*, suelo; y *therapeia*, cuidado.

[27] La desaparición de la casa campesina supuso el final del sistema de «formación profesional» por el que los niños, y con un sesgo sexista las niñas, se convertían en campesinos. De ahí la idea de conocimiento huérfano.

formativos vinculados a la conformación de la comunidad intergeneracional y multicultural.

Por último, una consideración y una advertencia que afecta no solo al SAL sino también al sistema energético local (SEL) y, por extensión, a la dinamización integral del proceso de regeneración para conformar una nueva economía ecosocial en la aldea: la rehabilitación del sistema agroecológico local (SAL) no puede abordarse tan solo con la voluntad y la predisposición de los vecinos, sino que debe implicar un compromiso activo de las instituciones públicas, tanto en los aspectos instrumentales a través de organismos y departamentos vinculados a la política agraria, el medio ambiente, la conservación de la naturaleza, la investigación aplicada,... que puedan actuar de forma conjunta y coordinada sabiendo que forman parte de una acción sistémica y horizontal y no sectorial y vertical —que suele ser la forma habitual con la que despliegan sus competencias en el territorio—, como en lo relativo a una actitud innovadora y de acompañamiento que motive, arrope e incentive a la comunidad en su intención de promover una agricultura territorial, integral y agroecológica.

Si la administración pública, por el contrario, lejos de colaborar, implicarse y apostar por la innovación se mantiene al margen, o peor aún dificulta o entorpece este proceso de transformación por medio del despliegue de acciones sectoriales de fiscalización, denuncia, desconfianza, recelo o incapacidad para entender la complejidad, estará contribuyendo al fracaso y no al éxito de la regeneración de la aldea.

La rehabilitación de la aldea para que vuelva a tener una función esencial e imprescindible en la gestión ortodoxa del territorio requiere altura de miras y compromiso político de las instituciones. Para repensarla y reactivarla tendremos que contar con una nueva generación de campesinos contemporáneos, los nuevos gestores de la tierra. Al igual que los *haikus*, esos breves y hermosos poemas propios de la literatura japonesa, que son delicadamente construidos para «conseguir el máximo efecto con el mínimo de recursos»[28], los campesinos también fueron capaces de intervenir el

[28] *El pájaro y la flor. Mil quinientos años de poesía clásica japonesa.* Ed. de Carlos Rubio. Alianza.

paisaje durante siglos con la misma efectividad. Por eso resulta imprescindible que vuelvan a hacerse cargo de la tierra y, por extensión, de la Tierra.

6.5.2. *El sistema energético local (SEL)*

El sistema energético local (SEL) debe organizarse sobre la disponibilidad de los recursos energéticos locales —y, en las aldeas enclavadas en entornos forestales, especialmente sobre la biomasa del monte— y a través de la creación de una comunidad energética vecinal.

Como comentamos anteriormente con respecto al SAL, para poner en marcha un sistema energético local se necesita la colaboración de los organismos públicos vinculados a la promoción de las energías renovables. Y no solo para el diseño de los aspectos técnicos del proyecto sino para todo lo relativo a la animación y el acompañamiento de los vecinos en la toma de conciencia y en la decisión de organizarse en comunidad.

6.5.3. *El sistema local de empresas (SILE)*

El sistema local de empresas (SILE), está representado tanto por las empresas preexistentes como, muy especialmente, por las iniciativas empresariales de nueva implantación que han contribuido a la diversificación económica de la aldea y suponen una novedad en relación con la aldea preindustrial.

Estas iniciativas han surgido con fuerza en las últimas décadas y se mueven principalmente en el mundo de los servicios, con lo cual han contribuido a la terciarización de la economía, pero también, y este es su aspecto más negativo, al abandono de las actividades agrícolas, ganaderas y forestales de la aldea. Ese fenómeno de terciarización se ha dado en muchos casos alrededor del turismo que, en ocasiones, en algunas aldeas, actúa como un monocultivo y, además de eclipsar a las actividades propias del primario, contribuye a erosionar la identidad, banalizar el patrimonio y acaba por constituirse en un incremento de los precios, en especial el de la vivienda.

Además del turismo, que comenzó su despegue en la aldea a finales de la década de los ochenta del pasado siglo, más recientemente han aparecido

nuevas oportunidades empresariales en la aldea de la mano de las opciones que abren las comunicaciones telemáticas. Los teletrabajadores, algunas profesiones liberales autónomas o los creadores artísticos encuentran en la aldea mejores y más atractivas condiciones para trabajar y vivir.

6.5.4. *La comunidad intergeneracional y multicultural (CIM)*

La aldea más allá de aspirar a constituirse como una unidad de producción económica y ecológica debe recuperar su condición de comunidad, o más exactamente, de «comunidad intergeneracional», tanto porque tenga una estructura demográfica equilibrada en contingentes, edades y sexos, como porque desde ella sea posible atender las necesidades de las distintas etapas vitales de las personas —desde la infancia a la vejez— y respetar la diversidad de los vecinos por razón de género, pensamiento, religión...

Pero no solo se trata de atender las necesidades de los diferentes grupos de edad de la comunidad sino de aprovechar y trasmitir los conocimientos locales, de generación en generación, para evitar la pérdida de cultura e identidad. Los sistemas de trasmisión de conocimiento en la aldea, que tenían en la casa campesina su principal referente educativo y formativo, se han extinguido o están seriamente dañados. Es necesario, por tanto, buscar una alternativa que permita recuperar la línea de trasmisión cultural propia de la aldea, en especial en lo relativo a los conocimientos y saberes campesinos —cultivar, manejar animales, gastronomía, artesanías, folclore, etc.— y recopilar toda esas informaciones, saberes y experiencias pues en ellas, además de radicar la identidad cultural de la aldea, se encuentra una fuente de inspiración para diseñar nuevos productos.

La aldea, o mejor dicho la comunidad de la aldea, deberá diseñar su propia escuela de transmisión cultural que puede funcionar en un doble sentido: en primer lugar, para formar a los niños en los conocimientos locales y complementar así a la educación que reciben en los centros oficiales que, por lo general, imparten los conocimientos con un sesgo urbano que ha contribuido en las últimas décadas a educar y formar para emigrar del campo; en segundo lugar, como *escuela de campesinado*, de la que ya hemos

hablado con anterioridad, y que con un programa formativo de amplio espectro puede abarcar desde la formación integral para convertirse en campesino, hasta conocimientos parciales en cualquiera de las habilidades y conocimientos campesinos, desde el manejo de fibras vegetales para elaborar enseres o estructuras, hasta la elaboración de sidra, vino o embutidos. No estamos hablando de una formación reglada que desemboque en la concesión de un título académico, estamos hablando de algo más informal, más flexible, pero no por ello menos valioso y riguroso, con una orientación más práctica que teórica y con una dinámica clásica de relación entre maestro y aprendiz.

Estamos hablando de implantar un sistema, un modelo formativo de transmisión de valores y conocimientos entre mayores y niños / jóvenes de la aldea que reproduzca la educación y formación perdida con la extinción de la casa campesina. Elaborar una nueva metodología genérica y un programa educativo / formativo equivalente al que históricamente desarrolló la casa campesina, ahora extinta. Como hemos advertido, el complejo conocimiento campesino es ahora un conocimiento huérfano. En la medida que ya no reproducimos social y profesionalmente campesinos, no tenemos campesinos, Y la educación oficial no enseña a ser campesino, ni prepara para vivir con satisfacción en una aldea.

En esa rehabilitación del proceso formativo deben intervenir activamente las personas de mayor edad que han conocido y practicado esos saberes y habilidades que queremos transmitir. Y eso, además de ser necesario para garantizar un proceso genuino y con «denominación de origen» en la transmisión de la cultura, sirve al objetivo de revalorizar y activar el papel de los mayores en la aldea.

Por su parte, los jóvenes, mejor formados por lo general en el manejo de las nuevas tecnologías de la comunicación, pueden ayudar a las personas mayores en el desarrollo de esas nuevas habilidades

Esa doble dirección de la transmisión de conocimientos, de los mayores a los jóvenes, de los jóvenes a los mayores, contribuye a conformar la comunidad intergeneracional a la que debe aspirar la aldea del siglo XXI y,

asimismo, a mejorar la autoestima de los mayores y a afianzar el arraigo con lo propio entre los niños y los jóvenes.

Ese proceso de arraigo a la aldea durante la infancia, ese periodo tan esencial en la conformación de la personalidad, la adquisición de los valores, los aprendizajes del campo, la educación y la querencia por la tierra[29], nos va a acompañar el resto de la vida. Por eso es tan importante que desde la aldea se creen las mejores condiciones para la educación y el cuidado de la infancia.

En ese sentido no existe ahora ninguna limitación objetiva para conseguir que el proceso de educación y conformación de la infancia desde la aldea sea un éxito. Es más, probablemente, sea más factible y satisfactorio que en las grandes ciudades donde la ausencia de elementos naturales, el exceso de artificio, la deficiente calidad ambiental o la escasa disponibilidad de espacios libres, generan condiciones poco favorables e impiden desplegar todos los requisitos que una buena formación infantil precisa.

Ese periodo de arraigo a la tierra y a la generación propia es también un buen anclaje para la vejez, para los últimos años de la vida, bien como una continuidad de la vida desarrollada en la aldea, bien como un regreso al origen. La aldea también debe prepararse para atender a los mayores, para que sea un lugar confortable, amigable y seguro para ese delicado periodo de la existencia. Al igual que ocurre con la infancia, también en la vejez la aldea, a través de la comunidad, puede ofrecer un trato más humano.

El segundo aspecto relacionado con la comunidad, más allá de la conformación intergeneracional, es el relacionado con la condición multicultural. Nos encontramos ante una realidad contemporánea e inédita en su larga historia: a la aldea están llegando nuevos vecinos, nuevos pobladores, mayoritariamente urbanos y con diferentes bagajes culturales que deben integrarse e incorporarse a la vida comunitaria. Pero además de ser una realidad es una circunstancia no solo inevitable sino imprescindible: las aldeas, muy envejecidas y despobladas, no tienen capacidad endógena para

[29] «La infancia es la patria del hombre» sentencia atribuida al poeta austriaco Rainer María Rilke.

generar un relevo poblacional. Por tanto, su futuro depende de la llegada de nuevos pobladores, de personas que no han nacido en la aldea pero que han decidido, por las razones que sean, recalar en ella.

La aldea es también ya, en muchos casos, una «comunidad multicultural» y, por ello y en cierta medida, también cosmopolita, tanto por la llegada de personas de diferentes regiones y países, como por la apertura telemática hacia el exterior. Sin duda, esta realidad contemporánea generará cambios y necesitará ajustes.

Las aldeas que tengan una estructura asociativa de carácter cultural, por lo demás una entidad imprescindible para animar el porvenir, deben activarse como instrumento para hacer que la diversidad y multiculturalidad actúen como activos importantes en la rehabilitación de la aldea.

Las comunidades multiculturales, por definición más complejas que las monoculturales, pueden ser más ricas, más entretenidas y generar más oportunidades que las que no lo son, pero también, y ese es el riesgo, pueden resultar más conflictivas y provocar rupturas y segregaciones internas si no se integran en una estructura comunitaria que tenga capacidad para actuar de forma colectiva en lo esencial —el mantenimiento de la identidad socioecológica y la cultura territorial de la aldea, por ejemplo—y para aprovechar la riqueza de lo particular, de lo nuevo, de lo recién llegado.

6.6. *Palancas de movilización*

Por último, tanto los diferentes sistemas económicos de la aldea —SAL, SEL, SILE— como la comunidad intergeneracional y multicultural —CIM—, se activan y se dinamizan por medio de dos instrumentos, dos palancas: en primer lugar, la «cultura del territorio», que se puede definir como el conjunto de informaciones, conocimientos, fórmulas de organización comunitaria y saberes que han permitido a la aldea transitar y evolucionar desde su fundación hasta nuestros días y donde reside, en buena medida, la exclusividad, singularidad e identidad de cada aldea.

Se incluyen en este apartado no solo los aspectos netamente culturales sino también los patrimoniales, tanto las variedades de cultivos y semillas y,

La vestimenta histórica de la aldea inspira ahora las nuevas creaciones. Rodrigo Cuevas, Constantino Menéndez y Yolanda González trabajando en nuevos diseños. Foto: <https://madebykos.com>.



en definitiva, el patrimonio fitogenético, como las razas domésticas locales o adaptadas, es decir, los recursos zoogenéticos modelados y mantenidos por las comunidades campesinas. Así como la arquitectura local y el saber hacer en diversos campos: agricultura, ganadería, silvicultura, artesanía, gastronomía, construcción... Estos saberes locales, históricos, de la tierra, necesitan, en algunos casos, actualización o renovación. En otros no, sino tan solo transmisión.

Por último, cabe añadir que la cultura local de la aldea, a lo largo del extenso periodo preindustrial, era muy homogénea, estaba muy arraigada y se transmitía de forma endocultural, con apenas variaciones entre generaciones, lo cual aportó como principal rasgo de identidad la conformación de unos paisajes y agroecosistemas estables y unas comunidades humanas ecosociales. Sin embargo, las nuevas comunicaciones y la apertura de la aldea al exterior provocaron grandes modificaciones e influencias que afectaron a la cultura local, desdibujaron o erosionaron sus rasgos más identitarios

Una relación saludable con el pasado se basa en conservar aquello esencial —algunos valores morales, principios agroecositemas de gestión, sentido de pertenencia y arraigo territorial y comunitario...—, actualizar lo que necesita ser puesto al día y superar los elementos y comportamientos no compatibles con los valores contemporáneos.

En segundo lugar, las «nuevas tecnologías y la innovación», que incluyen tanto los aspectos propiamente tecnológicos, de marcado carácter instrumental, como los aspectos relacionados con la innovación en todas sus modalidades —social, organizacional, retroprogresiva,...— a través de los cuales la aldea se actualiza y se hace contemporánea y cosmopolita, universal y local al mismo tiempo.

6.7. Los nuevos mercados de la aldea

El mercado, el lugar o espacio comercial en donde la aldea puede vender sus producciones es, potencialmente, más amplio ahora que nunca en la historia. La nueva economía que estamos tratando de forjar se lo va a permitir.

Eso es debido a la confluencia de dos circunstancias inéditas: una vinculada a la *globalización económica*, a las posibilidades que abre la comunicación telemática por Internet, que habilita a la aldea hacerse cosmopolita, relacionarse con el resto del mundo y vender sus producciones, sus creaciones, en cualquier lugar de la Tierra. La única limitación para ello es su capacidad creativa y su habilidad para seducir al mercado.

La otra vinculada a la reorganización de la *localización económica*, es decir, al valor del lugar, a la tierra, a la historia agroecológica antigua, a la aldea más auténtica: la venta de productos de alto valor añadido, exclusivos de cada aldea, genuinos, saludables, producidos a partir de la recuperación de un complejo sistema de agricultura territorial —que, por tanto, integra agricultura, ganadería y gestión del monte— que no pueden adquirirse en un supermercado o en un centro comercial, sino que solo se pueden comprar directamente en la aldea o a través de un sistema de envío.

Desde la aldea de Merza (Pontevedra), la zoqueira Elena Ferro ha reinventado y actualizado los zuecos, el calzado tradicional de los campesinos gallegos, que ahora son objeto de interés de los mercados urbanos. Foto: Eferro.



A mayores, y además de la vinculación principal de la aldea a la rehabilitación de su sistema agroalimentario, surgen nuevas posibilidades que se inspiran en técnicas, diseños, útiles, artesanías, músicas y coplas de la aldea antigua para dar forma a nuevas creaciones artísticas o comerciales.

A pesar de ello y, paradójicamente como hemos comentado, la aldea produce y comercializa ahora menos que nunca. ¿Cuál es la razón de este desajuste? Primera, que a la aldea le persigue su complejo de inferioridad, su falta de confianza en sus posibilidades y su descoyunte demográfico, geográfico y social. Segunda, que no ha sabido encontrar su fórmula de «reorganización» económica, agroecológica y comunitaria que le permita sacar partido a sus potencialidades y superar los obstáculos estructurales que la mantienen en estado de postración. El día que eso suceda, la aldea habrá vuelto a la vida, a la economía, y la ciudad y la sociedad empezarán a tratarla con respeto.

La aldea ni puede, ni debe, ni le interesa, ni quiere competir con los supermercados, con la agricultura industrial intensiva, con el *agrobusiness* de las poderosas multinacionales de la alimentación. Su estrategia de producción alimentaria es similar a la de la aldea preindustrial —producir un

poco de todo para que no falte de nada—, a través de una organización en sistema —los elementos, procesos y ciclos están interrelacionados y son interdependientes—, basándose en la disponibilidad de recursos e insumos locales —sin recurrir, o hacerlo de forma muy limitada, a insumos procedentes del exterior—, apoyándose en la exclusividad que emana de su singular cultura y, en definitiva, utilizando los principios y limites agroecológicos de los antepasados campesinos para no hacer merma de los capitales naturales y aprovechar las rentas que estos generan.

Si bien, en esencia, en el sistema productivo de la aldea renovada no habrá grandes novedades con respecto a las características del sistema campesino original, más allá de la incorporación de maquinaria y tecnología que facilite el trabajo y disminuya la penosidad, en cambio, donde si van a darse novedades será en la venta y la comercialización de las producciones, es decir, en la forma de relación con el mercado.

En ese aspecto la aldea deberá fijar dos objetivos: generar su propio mercado, con su oportuna estrategia de comercialización, y ser fiel a sus principios para generar un entorno de confianza y prestigio con los consumidores. Es decir, hacerse independiente de los mercados industriales, que son los que fijan el precio a los agricultores especializados y los someten a sus criterios, y poner en práctica una comercialización de alto valor añadido y calidad total.

Las aldeas no tendrán nunca —por razones de su limitada disponibilidad de tierra y de la capacidad agronómica de estas, así como por la diversidad y variabilidad de sus producciones— una gran capacidad productiva, ni practicará el monocultivo, ni serán los lineales de los supermercados sus destinos de venta.

Los potenciales consumidores de sus producciones serían: las pequeñas tiendas y clientes de los mercados semanales de villas y ciudades próximas; los pequeños hoteles, bares y restaurantes de la zona; los turistas y visitantes; los grupos de consumo y, sobre todo, la diáspora aldeana: los nacidos o los vinculados por razones de origen familiar a la aldea[30].

[30] En el contexto del proyecto de investigación e identificación del sistema agroecológico local (SAL) de Moal se realizó, con la implicación directa de los vecinos, una investigación para conocer

Estos últimos, además de consumidores están llamados a ser los «*agentes comerciales*» de los productos de la aldea entre vecinos, amigos y compañeros de trabajo en la ciudad. La diáspora aldeana, si se vincula a la comercialización, se convierte en una poderosa herramienta de difusión mercantil y de creación de mercado propio controlado por la aldea y no por intermediarios y agentes externos. El pequeño tamaño y la heterogeneidad de la aldea juegan a su favor en un mundo controlado por la escala, las franquicias, lo homogéneo y la gran distribución. Si maneja bien sus recursos y se organiza la aldea podrá ser económica y ecológicamente más eficiente que los sistemas productivos y comerciales de la gran industria.

Si la aldea reorganiza su sistema productivo local y genera su propio espacio de mercado, habrá resuelto la gestión integral del sistema agroecológico local (SAL) y podrá producir conjuntamente alimentos y paisajes, conservación de la biodiversidad y gestión inteligente del territorio. En definitiva, y como nos enseñaron los antepasados campesinos, habremos recuperado la capacidad para congeniar ecología y economía. La nueva economía de la aldea va de eso.

---

el alcance de la diáspora de la aldea, que se explica con más detalle en el capítulo dedicado a Moal.

SEGUNDA PARTE

Rastreando la nueva economía de la aldea

Asiegu



Vista general de Asiegu. Foto: J. Niembro.

Un viaxe al mundu de Guillermina

Manuel Niembro Fernández
Javier Niembro Fernández
Emprendedores campesinos

Para ser buen arriero hay que nacer entre las albardas y, si es posible, ser engendrado por los mismos pollinos. Esta era una de las muchas reflexiones que hacía *el nuestru güelu Enrique* en la cocina de su casa de La Caleya, la humilde casa de sus padres en la que había pasado toda su vida frente a la *riega,* como uno de sus hermanos le recordaba por carta en cierta ocasión. Ese fue el lugar preferido de nuestra infancia. Allí acudíamos todos los días a tomar el café desde bien pequeños y a escuchar todas las historias de lo de antes, las que tanto nos fascinaban y de las que nunca nos cansábamos porque siempre conservaban la frescura de la primera vez.

Nos contaba *el nuestru güelu* que apenas había ido un invierno a la escuela, porque a la edad de 8 años ya lo habían mandado a *servir amu* a Arangas. No tenía buen recuerdo de aquella experiencia porque se pasaba desde la mañana a la noche en el monte *curiando'l ganáu*[1] con tan solo un trozo de pan duro y una sardina arenque, que, la mayoría de las veces, ya lo había comido antes de abandonar el pueblo. También sirvió amo en Para, Peñamellera Baja, aunque en este caso si guardaba un buen recuerdo de aquella familia, pues le daban bien de comer y además no lo regañaban tanto a pesar de sus travesuras, lo que le permitía en cierto modo seguir siendo niño.

Mientras Enrique contaba estas historias, *la nuestra güela* Josefa se mantenía en un segundo plano sentada *nel escañu* azul, con sus impolutas manos sobre las rodillas, aunque la mayor parte de las veces no paraba de trajinar por la cocina. Entonces, de sus manos salían los *borrachinos y las hiyuelas* más ricas del mundo. Josefa había sido una alumna brillante en la escuela del *Tíu Aquilino,* había aprendido a leer y a escribir muy bien, incluso había ganado un premio de poesía cuyo diploma aún conservaba. Nos hablaba con vene-

[1] Atendiendo el ganado.

ración del maestro, de la fiesta del árbol, y su memoria prodigiosa le permitía recitarnos las poesías que había aprendido en la escuela. Incluso algunas que tal vez no le enseñara el *Tíu Aquilino, c*omo aquella que decía: El día cinco del mes de octubre con energía y gran valor Asturias sola salió a la calle al grito de revolución... Otra persona de referencia para ella era su padre *el Tíu Juan Pérez,* un hombre bueno y valiente, que en más de una ocasión se había tenido que enfrentar a los lobos. Nos contaba que, siendo su padre molinero, una noche de invierno cuando iba al *Molín de Ricao* le salieron al paso dos lobos en la Pandiella, y lo acompañaron durante todo el camino sin llegar a atacarlo gracias al candil que llevaba y a Lolo, el perro que permaneció todo el rato a su lado, protegiéndolo, afirmaba sin atisbo de duda *la nuestra güela Josefa*.

Muchos años después de que los lobos *tomaran la pasada nel Colláu Alluengu*[2] a nuestro bisabuelo Juan Pérez, allí mismo estábamos nosotros con unos cuantos paisanos *sapozando*[3] una vaca de Alberto el de Clementina. La muerte de una vaca entonces era una tragedia para la familia y el entierro revestía cierta solemnidad. Allí llegó nuestro amigo Toni, unos años mayor que nosotros, diciendo con gran pesar ¡Vaya lo que pasó! Sí, le contesté, *morriose* la vaca de Alberto. No, no, dijo él, *estrellose* la avioneta de Félix Rodríguez de la Fuente en Alaska y murieron todos.

Aquel 14 de marzo de 1980 nacía, sin que nadie nos lo anunciara, nuestra conciencia ecológica, y tras ella vendría la militancia en el FAPAS y todo un activismo ecologista en el Asiegu de nuestra infancia. Entre las hazañas más reseñables, la que llevó a cabo mi hermano Javier cuando, sin previo aviso, abrió las puertas de las jaulas donde Juanito encerraba los *paxarinos* que capturaba con liga para venderlos en Bilbao. Los paisanos también callaban y miraban para otro lado, y en el fondo se alegraban de la travesura porque ya estaban temiendo que, en el tiempo de la siega, con menos *paxarinos*, habría más tábanos.

En una carta que nunca llegó a su destino, contaba nuestra madre a Luz, una amiga suya que había emigrado a Suiza, que en Asiegu todo el mundo

[2] Le salieran al encuentro en el Collado Alluengu.

[3] Enterrando.

se estaba marchando y que los que se quedaban era porque no servían para otra cosa. Este era el pesimismo que se apoderaba de quienes no se habían decidido a marchar y, a pesar de los deseos de nuestra madre, ellos nunca emigraron. La decisión la tomó nuestro padre aquel día en que su fuerza de voluntad se sobrepuso al pesimismo y logró vencer a demasiados malos quereres. Trabajador incansable y emprendedor por vocación, nuestro padre tenía claro que las dos vacas pintas de *la nuestra güela Guillermina* no daban para mantener una familia y por eso decidió ser *chigreru*[4], taxista, albañil... y seguir con las vacas.

Poco a poco fue montando una empresa familiar a imagen y semejanza de la vieja casería asturiana, inspirado en ese principio de la cultura campesina según el cual muchos pocos son más que pocos muchos, aunque con algunas diferencias notables. Y así mientras nuestro padre seguía al pie de la letra las tablas de alimentación de los técnicos de extensión agraria y plantaba los manzanos de la Caja de Ahorros según sus consejos, nuestro abuelo consideraba que no era bueno que las vacas diesen mucha leche porque enfermaban y duraban menos años. ¡Qué grata sorpresa cuando, no hace mucho tiempo, decía lo mismo un joven productor de queso de Cabrales!

Así discurría nuestra infancia, entre un mundo viejo que nos fascinaba y un mundo nuevo que no acababa de llegar, y que arrastraba demasiadas cosas del viejo. Por eso en la escuela de Arenas de Cabrales nos preparaban para tener un futuro como los de la carretera general, aquellas familias que ya habían conseguido desprenderse de todo el lastre del pasado campesino. En la escuela no tenía cabida nada que *goliera a cuchu*[5], nos enseñaban a hablar fino para que nadie nos llamara aldeanos, los maestros nos corregían constantemente cuando empleábamos palabras o expresiones en asturiano y, por supuesto, negaban la existencia de nuestra propia lengua. Si queríamos ser alguien en la vida teníamos que prepararnos para trabajar en la fábrica o, aún mejor, en la oficina; para emprender un viaje cuyo destino no podía ser otro sino la ciudad.

[4] Encargado o dueño de un chigre (bar).

[5] Oliera a estiércol.

Ese viaje se inició el 15 de octubre de 1984, el día que ingresé en el internado de la Universidad Laboral de Xixón. Aquella fue la primera vez que vi llorar a *la mio güela* Guillermina en el momento de la despedida. Seguro que ella pensaría que era un viaje sin retorno, como el de su hermano Avelino que un día marchó para Buenos Aires y que, a pesar de tener una buena posición económica, nunca más volvió a Asiegu, ni de vacaciones.

Como los padres que se despedían de tantos niños dejándolos solos en el imponente edificio de la Universidad Laboral, los nuestros insistían en que había que ser fuertes y que había que sacrificarse para tener un futuro mejor. Nosotros lo tomamos al pie de la letra y los años de la laboral, al igual que nuestros compañeros internos de diferentes lugares de España y procedencia rural, estudiábamos duro para no perder la beca y terminar el bachillerato. Eran los años ochenta, cuando empezaba a triunfar el neoliberalismo y la meritocracia, y yo, los primeros cursos, me lo creía y estudiaba sin descanso.

Nunca me olvidaré de Santiago, el último profesor de religión que tuve cuando yo era católico practicante: un día nos dijo en clase que a él le gustaban más los cabritos que los corderos, porque éstos eran demasiado mansos. Algunos años después lo empecé a comprender cuando l*a nuestra güela Guillermina* nos aseguraba que las cabras tenían siete pelos del diablo. Santiago era un cura jesuita que había estado muchos años de misionero en Brasil, donde había pertenecido a la teología de la liberación. Las clases de filosofía de Fernando Montes me abrieron definitivamente la mente al pensamiento crítico.

La llegada al Caserón de San Francisco para estudiar derecho y culminar ese viaje que tenía como destino irrenunciable la ciudad, la afronto con el mismo espíritu de sacrificio que en la etapa anterior. Iniciado el segundo curso de derecho, en la convocatoria de febrero apruebo la asignatura de Derecho Político I, y completo con ello el primer curso. En el manual de esta asignatura, Derecho Constitucional Español de Ignacio de Otto, descubro que el verdadero concepto de democracia no se basa en el principio mayoritario, que tiene un carácter instrumental para la toma de decisiones, sino que dicho principio democrático se basa en el reconocimiento y respeto a

la minoría, según el cual la mayoría no puede suprimir democráticamente a la minoría. Así surge mi convicción radicalmente democrática y con ello encuentro el sentido de aquella afirmación que siempre hacía Urbelino Pérez al terminar los *conceyos vecinales* de Asiegu*:* yo voy con la mayoría. Esto no quería decir que hubiese cambiado de opinión, sino que adoptado un acuerdo lo acataba con lealtad a los vecinos, la misma lealtad que esperaba de ellos cuando, en otra ocasión, se invirtiese el orden de la mayoría.

Aquellos años de derecho coincidieron con el arranque de la autonomía asturiana con un presidente de convicciones autonomistas, Pedro de Silva, quien, a pesar de que el aparato del partido le impidió desarrollar su proyecto para Asturias, alcanza dos importantes logros: el Parque Natural de Somiedo y el turismo rural. Y con el turismo rural, además de crear una nueva oportunidad de trabajo en el campo, levanta la autoestima de un sector minoritario de la sociedad asturiana que va a poner en valor el paisaje y la cultura asturiana frente a la renuncia promovida desde el sector oficial, que magistralmente explica David Guardado en su ensayo Nunca Vencida. Casi seguro que sin ser conscientes de todo esto, mi hermano Javier emprendía, en el mes de junio de 1991 y mientras yo estudiaba duro para los exámenes finales, las obras para convertir la casa de *la nuestra güela Guillermina* en alojamiento rural. De este modo, con la Casa d'Aldea Pamirandi se inicia el cambio de rumbo en el viaje de nuestras vidas.

Los estudios de derecho avanzaban a un ritmo mucho más lento de lo que yo quería, y poco a poco el desánimo hizo acto de presencia. Sobre todo, porque, paradójicamente, en la Facultad de Derecho parecía que había dejado de estar vigente el artículo 14 de la Constitución del 78: un profesor de derecho natural se refería despectivamente a los que no éramos del Oviedín del alma como los de Colloto[6]; otro decía que los juristas tenían que emplear un lenguaje críptico porque eso les daba poder, y lo consideraba un mérito. Y lo más de lo más fue cuando Arturo Merino, *el guapu,* como lo calificaron los alumnos contestatarios que colgaron de la puerta del decanato una caricatura suya de cawboy, se propuso hacer un auténtico

[6] Colloto es una localidad a las afueras de Oviedo.

apartheid académico creando el aula de los listos, con unas condiciones docentes mejores que las del resto, entre ellas que no superara los 50 alumnos. Todo parecía indicar que el criterio de selección no solo tenía en cuenta las notas sino también el tamaño de los apellidos compuestos.

Tanto clasismo y tanta pijería no estaba a la altura de un joven estudiante de derecho que creía en la igualdad de oportunidades del artículo 14, de modo que decidí hacer un paréntesis para cumplir con la patria ofreciéndome voluntario para la prestación social sustitutoria plantando árboles en la Sierra de San Isidro, en Pastur, concejo de Eilao. Y esta fue una gran oportunidad para conocer la forma que iba tomando el turismo rural en Taramundi y Los Oscos: arquitectura de estilo rústico, el llagar de sidra Solleiro, el complejo etnográfico de Os Teixois, los artesanos de las navajas de Taramundi, el hotel rural de la Rectoral, etc.

En ese momento la Casa d'Aldea Pamirandi ya nos proporcionaba unos ingresos suficientes para alargar nuestra vida universitaria en Oviedo, y ya intuíamos que, con algún otro alojamiento y ofreciendo alguna actividad de turismo rural, podríamos llegar a constituir una empresa turística viable y continuar formándonos al mismo tiempo. Retomar los estudios de derecho no figuraba entre mis planes, de modo que busqué otras opciones y me encontré con un recién aprobado plan de estudios de geografía muy atractivo, que además ofrecía una formación que consideramos útil para seguir desarrollando el negocio rural.

Se lo propuse a mi hermano Javier, lo convenzo y los dos nos matriculamos en Geografía en el campus de El Milán. Allí sí que disfrutamos de una magnífica experiencia universitaria por el compañerismo entre los alumnos, la relación con los profesores y las numerosas excursiones geográficas en las que participamos, unas organizadas por la facultad y otras por nuestra cuenta. De estas excursiones geográficas surge la idea de crear una excursión por Asiegu para explicar a los turistas con rigor científico y con conocimiento campesino de primera mano, la organización territorial del campo asturiano, y así es como nace la Ruta'l Quesu y la Sidra: itinerario geográfico por la aldea.

Con esta actividad ampliamos el negocio mediante la oferta de un servicio a otros alojamientos de turismo rural, y al público en general. Tal vez el acierto fuese combinar en un mismo producto cultura y gastronomía asturiana. El queso de Cabrales y la sidra natural, unidos al paisaje de Asiegu, se convierten en el hilo conductor de una excursión que permite a los turistas descubrir al mismo tiempo la compleja organización histórica del campo asturiano y la elaboración artesanal de ambos productos. A todo ello se suma la espicha que ofrecemos al grupo de asistentes, quienes disfrutan tanto del ritual de la sidra asturiana como del momento de relación social que lo acompaña, compartiendo mesa, conversación y risas.

Con la Ruta'l Quesu y la Sidra se inicia ya definitivamente el viaje de retorno al mundo de Guillermina, ante la sorpresa y la incredulidad de los vecinos: *¡Merecio-yos bien la pena estudiar tantos años pa tornar otra vuelta a l'aldea!*[7]

En el retorno tuvimos la suerte de que los *güelos* aún estuvieran para darnos la bienvenida al nuevo mundo del turismo rural. A la *güela Josefa* le gustaba más la geografía que el derecho, al parecer no se fiaba mucho de los abogados, y lo manifestaba declamando todas las capitales de los países de Europa y América que le había enseñado el Tíu Aquilino, y por eso decía toda convencida: *Holanda, capital La Haya.* Enrique todos los días preguntaba cuántos turistas *tuviestes güei*[8]*,* echaba cuentas y daba el número exacto de las visitas de toda la semana. Y Guillermina charlaba con los turistas en el chigre y, aunque decía que no le gustaba, al final se hacía fotos con ellos.

En cierta ocasión un turista que acababa de hacer la ruta y conocer el mito del cuélebre, le preguntó si lo había visto en alguna ocasión, a lo que ella, adivinando la intención del turista gracioso, le contestó que si él no creía que hubiera cuélebre, ella tampoco tenía por qué creer que el hombre había subido a la luna. Tal vez sin saberlo ella, y sin entenderlo el turista, quedaba claro que, aunque fuesen distintos, cada uno de los mundos estaba gobernado por sus propios mitos.

---

[7] ¡Les mereció bien la pena estudiar tantos años para volver otra vez a la aldea!

[8] Tuvisteis hoy.

El regreso fue posible gracias a la generosidad de nuestros padres, que pusieron a nuestra disposición *la casa, el llagar y los praos*, y también a los vecinos que nos permitieron visitar la quesería Asiegu, la cueva Los Sotámbanos y también usar el Güertu La Vera. También gracias al esfuerzo de todos los compañeros de trabajo a lo largo de estos años. Desde el inicio todo se planteó como un proyecto abierto al que le fue dando forma el espíritu de la vieja casería asturiana, y que se fue construyendo año tras año con humildad y mucho trabajo. Con el tiempo también recibió apoyo público para la renovación de las *pumaradas* tras la concentración parcelaria y, recientemente, en la adquisición de la prensa neumática del *llagar*.

Tras la jubilación de nuestra madre, en 2011, decidimos mantener abierto el chigre de Asiegu, porque una aldea sin chigre pierde el principal espacio para la relación social entre los vecinos, y también se cierra al mundo al carecer de un lugar para la recepción de los visitantes. En este momento Clara Caso, que ya trabajaba como cocinera de la espicha de la Ruta'l Quesu y la Sidra desde 2002, se incorpora como socia de la Sidrería Casa Niembro e impulsa la creación del primer restaurante de Asturias con carta libre de gluten. Nuestra apuesta por la sidra y la cocina asturiana nos ha permitido obtener recientemente los sellos de Sidrerías de Asturias- Calidad Natural y Sidraturismo Asturias.

La Ruta'l Quesu y la Sidra es el puente que conecta las *oveyas xaldas y la pumarada* con el *chigre* Sidrería Casa Niembro a través del *Llagar de Sidra Pamirandi*, y también es el puente que comunica paisaje y cultura asturiana con los visitantes y los asturianos que se reconocen en su propio país. Es un espacio para el disfrute consciente de Asturias y para la reflexión sobre el mundo campesino. Es la misión pedagógica que nos hemos propuesto desde 1999 y que impartimos exclusivamente Javier y yo, no como guías turísticos, sino como los herederos del mundo de Guillermina. Y es así porque nosotros, como los buenos arrieros, también nacimos entre las albardas.

En Asiegu, conceyu Cabrales, a 25 de mayu de 2026

Breve descripción socioeconómica y territorial

1. *Marco geográfico y socioeconómico*

La aldea de Asiegu pertenece a la parroquia de Carreña, en el concejo de Cabrales, Asturias. Está situada a una altitud de 425 m.s.n.m, en la cara sur de la sierra de Cuera y al norte del macizo montañoso de los Picos de Europa. Tiene una población (2024) de 85 personas (40 hombres, 45 mujeres, de los cuales, por cierto, 11 son menores de edad) y su principal actividad económica está vinculada a la ganadería y al turismo rural. Dista 7 km. de Arenas de Cabrales, la capital del concejo, y 102 km. de Oviedo.

2. *Antecedentes históricos*

Asiegu, como todas las aldeas que bordean el Macizo de los Picos de Europa y la Sierra de Cuera, es una aldea de pastores. Más exactamente de pastores queseros. Durante varios miles de años, desde el origen del Neolítico en la comarca, la actividad socioeconómica esencial, la que contribuyó a conformar la idiosincrasia territorial, cultural, biogeográfica. comunitaria y económica fue la elaboración de queso —conocido actualmente como de Cabrales— a partir del pastoreo de ovejas, cabras y, en menor medida, de vacas.

La dominancia territorial y el atractivo paisajístico de los Picos de Europa será también el desencadenante de una nueva economía, que se inició con la llegada a la comarca de los pioneros del alpinismo y el excursionismo, y que evolucionará y se consolidará a partir del último tercio del siglo XX por medio del turismo hasta convertirse en la actualidad en el primer motor económico del Oriente de Asturias. La economía local, como ha ocurrido en los territorios de «éxito» turístico, se centra ahora predominantemente en el sector servicios en detrimento de las actividades primarias vinculadas a la ganadería o la agricultura.



Pepe Mier, pastor, en la Pica la Mata, sobre la Mayada de Tebrandi. Foto: J. Niembro.

3. *Antecedentes y desencadenantes contemporáneos*

En la década de los noventa del pasado siglo, y en un contexto de declive demográfico, cultural y económico, regresaron a su aldea los hermanos Niembro, dos jóvenes formados en la infancia en el seno de una familia campesina, con un destacado protagonismo de su abuela Guillermina como «maestra de la casa» y trasmisora de los valores y las claves endoculturales del antiquísimo mundo campesino.

Tras el periplo académico que los licenció en Geografía en la Universidad de Oviedo, Manolo y Javier Niembro volvieron a su aldea con la intención de combinar el conocimiento local de Guillermina con la cultura universitaria y universal adquirida en el exterior.

Manolo y Javier no estaban dispuestos a ser emigrantes e iniciaron un proceso personal y empresarial como un primer eslabón para que la aldea «deseada» se convirtiese en una realidad. En sus primeros movimientos, guiados por la intuición, el conocimiento y la genialidad, comenzaron a experimentar y, a la vez, a poner los cimientos de una aldea rediviva: la aldea posindustrial que mira tanto a su pasado para rehabilitarlo —en especial al sistema agroalimentario local y a las estrategias para negociar con la naturaleza tanto doméstica como silvestre— como a un futuro cosmopolita y



Guillermina. Foto: J. Niembro.

abierto al mundo. Una aldea que mira por igual hacia su identidad y hacia su universalidad y a la que el escritor portugués Miguel Torga se refería como la aldea «sin paredes».

En el documento presentado por Asiegu a la convocatoria al «Pueblo Ejemplar de Asturias»[9] de la edición de 2018 —que acabaría por ganar— se acuño el lema *Asiegu aldea pensada* por las siguientes razones que constituyen no solo una declaración de intenciones sino, en algunos casos, de realizaciones:

> *Pensada* en tiempos pretéritos, y de cuya ordenación y normas aún nos servimos.
>
> *Pensada* para disfrutar del privilegio del sol y la piedra caliza en sus frutos.
>
> *Pensada* para abanderar el paisaje de Cabrales y promocionar Asturias por el mundo.
>
> *Pensada* para disfrutar de la mirada del Urriellu desde todos sus rincones.

[9] El Premio al Pueblo Ejemplar de Asturias es un galardón que concede anualmente la Fundación Princesa de Asturias y del que han sido merecedores en distintas ediciones las cuatro aldeas asturianas que participan en este proyecto de cooperación: Porrúa (2005), Moal (2018), Asiegu (2019), y Peón, junto a Arroes y Candanal (2023). Para más información consultar: <https://www.fpa.es/es/premio-al-pueblo-ejemplar-de-asturias/>.



El Picu Urriellu y el macizo central de los Picos de Europa desde Asiegu. Foto: J. Niembro.

Pensada para vigorizar el legado de sus antepasados y tomar sus obras como ejemplo de reivindicación constante.

Pensada para convertir la cultura campesina y su paisaje como recurso vital contemporáneo, reconociendo esta labor la Organización Mundial de Turismo como ejemplo de buenas prácticas.

Pensada para proyectar una concentración parcelaria como oportunidad de reordenar y planificar su territorio y no sólo sus parcelas.

Pensada para trabajar la tierra con sus pumaradas ecológicas de variedades de la D.O.P. sidra de Asturias.

Pensada para crear queso de la D.O.P. Cabrales en sus cuevas y queserías.

Pensada para reinventar la Casería Asturiana como modelo de economía-territorio.

Pensada para convertir a su *chigre*[10] en referencia nacional de la cocina sin gluten, el producto local y la cultura musical asturiana.

[10] Bar, en asturiano.



Javier Niembro dando explicaciones sobre la aldea a un grupo de visitantes.

Pensada para apostar por las razas autóctonas y la *reciella*[11] con la mayor concentración de ovejas Xaldas de toda Asturias.

Pensada para hacer de sus quesos y sus sidras oportunidad de riqueza y empleo para sus habitantes.

Pensada para celebrar el 20 aniversario de la Ruta del queso y la sidra con la primera cosecha elaborada 100% con manzana propia, ecológica y de Asiegu.

Pensada, en definitiva, para vivirla y disfrutarla, pero también para trabajar por el futuro de sus hijos.

La primera acción de los hermanos Niembro consistió en organizar una ruta para explicar y dar a conocer a los turistas que visitan los Picos de Europa y la cercana costa oriental de Asturias cómo es y cómo funciona una aldea de pastores. Con una invitación que proponía, más o menos, «venga a conocer nuestra aldea y luego se la come», nació la *Ruta 'l quesu y la sidra* en el año 1999.

[11] Rebaños de cabra y oveja.



Mirador Pedro Udaondo. Foto: J. Niembro.

Los visitantes hacían un recorrido guiado en la que los hermanos Niembro les explicaban todos y cada uno de los aspectos de la organización espacial y social de la aldea, la funcionalidad de los distintos elementos que la componen, los ciclos vitales y anuales, la arquitectura... y en la que iban descubriendo tanto el sistema agroecológico como las pequeñas producciones. El recorrido finalizaba con una espicha —comida tradicional con sidra— en la que los participantes tenían ocasión de degustar los productos de la tierra: chorizo, queso, tortilla, tortos de maíz... y, por supuesto, sidra casera.

Los beneficios de la «empresa», que había nacido de la movilización del capital cultural atesorado por los Niembro antes que del capital financiero —prácticamente nulo en el inicio— les permitió comenzar a realizar diversas inversiones en plantación de manzanos, en un pequeño rebaño de oveja Xalda, en reformar el bar para convertirlo en un restaurante y en construir un lagar de sidra de mayor capacidad. Nació así la empresa Casería Pamirandi con la que fueron cerrando y aumentando a la vez el ciclo de la producción agropecuaria local, el primer e indispensable eje de la nueva economía de la aldea.

4. *Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico*

A partir de la primera acción de corte empresarial —la puesta en marcha de la Ruta del queso y la sidra— se van a desarrollar en Asiegu una serie de acciones, algunas de carácter comunitario y de ordenación del ámbito territorial de la aldea que crearon un «modelo» de referencia e imprimieron un estilo que marca la línea a seguir por otras iniciativas particulares contextualizadas en una dinámica de «renacimiento» de la aldea.

La actual reorganización territorial de Asiegu es la consecuencia de la visión espacial y territorial de los hermanos Niembro en su vertiente de científicos sociales —son geógrafos además de herederos de la tradición campesina— que orientaron las acciones de reforma en la mejora de la ordenación de los tráficos interiores, la disposición de los aparcamientos perimetrales, el aprovechamiento complementario y recreativo de la ería para disfrutar del paisaje —el mirador Pedro Udaondo, por ejemplo— o el paseo, sin perder con ello la funcionalidad esencial de carácter agropecuario que tiene una concentración parcelaria.

A esa visión de reforma exterior de la periferia del casco de la aldea y de las nuevas funcionalidades adaptadas a las demandas emergentes y el aprovechamiento de las oportunidades, ejecutada con una magnífica integración entre lo nuevo y lo existente, se añadieron nuevos planteamientos de reforma interna dentro del casco entre las que cabe destacar algunas acciones entre lo artístico, lo ingenioso y lo funcional.

Como la *Venida les Vaques* —un juego de palabras entre el concepto urbano de *avenid*a y el de tránsito, *venida*, por donde antiguamente circulaban las vacas en la aldea para recogerse en las cuadras al atardecer o para salir al pasto en la mañana— cuya barandilla de protección es una escultura lineal hecha en acero y financiada mediante *«cowfunding»* —puesto que el objeto a financiar tenía que ver con las vacas parecía más propio denominarlo así en lugar de *crowdfunding*— que se ha convertido en uno de los atractivos de la aldea y evidencian el estilo y le saber hacer de los promotores.

La asociación Asiegu XXI, que nació a finales de 1999, se concibió como «una herramienta para reactivar la iniciativa vecinal y evitar la quiebra de la conciencia de comunidad y la desmovilización».

Antes de la creación de la asociación, Asiegu se había hermanado con Porrúa, con la que le unen antiquísimos lazos históricos forjados a través del pastoreo en la Sierra de Cuera y ahora, también, en una visión estratégica compartida sobre el futuro de la aldea.

La asociación organiza numerosas actividades festivas, educativas y culturales, como el homenaje al Tíu Aquilino —Aquilino Fernández Berridi—, el maestro de Asiegu que impulsó la creación de la llamada escuela nueva en 1925, las jornadas en torno a la histórica apertura de la carretera, presentaciones de libros, etc.

Pero, sin duda, la operación más trascendente en términos de lo que podríamos denominar un ejercicio original e inédito de «aldeanismo y ordenación del territorio»[12], sería la concentración parcelaria de Asiegu. Una operación de política agraria, y por tanto sectorial, que gracias a las aportaciones y la visión de los hermanos Niembro, la colaboración de la comunidad y la sensibilidad de los técnicos y responsables políticos de la Consejería de Medio Rural de entonces, se convirtió en un magnífico ejemplo de ordenación integral de la aldea y su terrazgo.

Los objetivos iniciales de la concentración parcelaria de Asiegu —el aumento de la superficie de las parcelas por concentración de los minifundios y la mejora de la accesibilidad— fueron complementados con actuaciones

[12] El urbanismo y la ordenación del territorio, conceptos que suelen presentarse de forma conjunta carecen, sin embargo, de visión estratégica suficientemente afinada y adaptada a la escala micro de la aldea además de estar, en muchas ocasiones, viciados y lastrados por la perspectiva urbana, tan diferente de la perspectiva campesina. Por ello, en este caso utilizamos los conceptos de aldeanismo —visión conjunta, sistémica y sintética de la forma de habitar y gestionar el campo concebida desde la aldea— y ordenación del territorio, como más acertada. Queda pendiente para un mayor y más profundo desarrollo de esta idea el objetivo de teorizar y reflexionar sobre la ordenación del territorio a partir de una actualización del pensamiento campesino, por definición ecosistémico, y superar así tanto las limitaciones de la ordenación del territorio con perspectiva estrictamente urbanística y, por deriva, urbana, como las aplicaciones de políticas sectoriales —agrarias, forestales, ganaderas, turísticas, económicas...—desprovistas de una perspectiva aldeana e integradora.

y previsiones que permitieron hacer reservas de suelo para otros objetivos no agrarios.

En lo tocante a las infraestructuras y equipamientos, la concentración parcelaria facilitó que se añadieran los terrenos donde se construyeron las instalaciones deportivas —pista y bolera—, anexos al terreno donado por parte de los herederos de Dionisio Cándido Viejo Bueno, donación gestionada por la asociación Asiegu XXI y el poeta mexicano Fernando Fernández y destinada a la construcción de una plaza pública —el *Asomu*— con una doble función de foro y espacio público de reunión, y de mirador.

La concentración también permitió establecer una reserva de suelo para la deseada ampliación del ancho y mejora de la carretera, amén del viario de circulación por medio de rondas y un sistema de aparcamientos exteriores que evitan la entrada de vehículos en el casco de la aldea, quedando la entrada reservada a los vecinos y puntualmente a los proveedores.

Asiegu está también avanzando en planteamientos conceptuales que interesan a la nueva economía de la aldea como son la rehabilitación funcional de la casería, la unidad productiva histórica de la aldea que actualizada y ampliada en funciones se convierte en la unidad productiva del futuro, y el pastoreo del siglo XXI entendido no solo en términos de relevo generacional sino en términos de *relevo organizacional*, al igual que la casería.

4.1. *Requisitos previos*

En lo relativo a los servicios públicos, sanitarios, educativos o sociales siempre existe margen de mejora, sin duda, pero no son hoy en día un obstáculo que limite las opciones de Asiegu. No así la vivienda, escasa en cuanto a disponibilidad y con el riesgo del incremento de precio derivado del interés turístico o de segunda residencia por encima de la disponibilidad económica de potenciales nuevos residentes. En cuanto a las comunicaciones si las virtuales y telemáticas están bien resueltas el talón de Aquiles se encuentra en las físicas.

La carretera de acceso a Asiegu se ha hecho pequeña. Su ancho no permite garantizar una circulación suficientemente segura, sobre manera teniendo en cuenta el considerable aumento de tráfico y el mayor tamaño de los vehículos

que acceden a la aldea —camiones y furgonetas de reparto, pequeños autobuses, autocaravanas de turistas...— que, previsiblemente, se va a convertir en una constante los próximos años. Una reforma de la carretera con una pequeña modificación en el ancho de esta no generaría demasiado impacto ambiental, seguiría siendo una carretera de montaña, pero haría más seguro y confortable el tráfico. En lo tocante a organización comunitaria, visión y misión, Asiegu está en la vanguardia de las aldeas del país. Es un referente que puede aspirar a convertirse en una aldea-escuela para difundir y replicar cómo se revierte la situación de declive y abandono, que afecta mayoritariamente a las aldeas, en un centro, un pequeño polo de desarrollo agroecológico.

4.2. *Ejes de desarrollo*

En relación con los ejes de desarrollo, probablemente sea la reconsideración del sistema agroecológico local y la restructuración y reordenación del terrazgo y del propio casco de la aldea, vinculados a dinámicas relacionadas con el turismo rural, los elementos aglutinantes de la transformación de Asiegu a partir de la lectura de la cultura local y de la reafirmación de una identidad de aldea en un contexto contemporáneo.

4.2.1. *Sistema agroecológico local (SAL)*

Como sucede en la mayoría de las aldeas, el sistema agroecológico local (SAL) es la pieza más débil, el menos estructurado de los ejes de desarrollo de la nueva economía, junto con el sistema energético local (SEL). En el caso de Asiegu, el sistema agroecológico histórico estaba articulado en torno al pastoreo de ovino y caprino de vocación quesera que decayó, por diversas razones, y se ha sustituido parcialmente por la ganadería extensiva de carne de la raza Asturiana de la Montaña.

El actual SAL de Asiegu combina algunas novedades e iniciativas de interés, como el rebaño de oveja Xalda, el incremento de la producción de manzana de sidra o la quesería en ecológico, pero estamos todavía lejos de desarrollar todas las posibilidades y potencialidades que en materia agroalimentaria y agroecológica ofrece Asiegu y, más lejos aún, de recuperar el

sistema de trasterminancia de ovino-caprino, Asiegu-Sierra del Cuera, de orientación quesera extinguido por razones estructurales —desaparición de la familias pastoras, elevados costes de transacción, oferta de formas de trabajo más atractivas, confortables y rentables, desinterés local por rehabilitar el pastoreo histórico...—, coyunturales —presencia estable de manadas de lobo que imposibilitan o dificultan la seguridad del ganado en los pastos de altura— y ausencia de un modelo de pastoreo actualizado y alternativo al original que se vincule al necesario «relevo organizacional», a la implantación de rebaños comunitarios o vecinales y a reformas en las políticas de conservación de la naturaleza —actualmente más interesadas en atender lo salvaje que en rehabilitar lo culto—, de los que se ha dado cuenta en la primera parte de este libro. Una circunstancia parecida se produce en la aldea de Porrúa que, como Asiegu, también tiene derechos de pasto en la Sierra de Cuera y padece una problemática similar.

4.2.2. *Sistema energético local (SEL)*

Durante la vigencia del proyecto «Aldea 0» se realizaron algunos tímidos avances en el desarrollo de una posible comunidad energética vinculada a la energía solar fotovoltaica a través de la Fundación Asturiana de la Energía (FAEN). Ese asunto es uno de los ejes que necesita ser retomado para aumentar la autonomía energética de la aldea que, por lo demás, tiene una orientación excelente para el aprovechamiento de la energía solar.

4.2.3. *Sistema local de empresas (SILE)*

Conviven el Asiegu los tres modelos de economía que viene caracterizando la evolución reciente de las aldeas: los negocios locales con raigambre —el chigre, evolucionado en Asiegu hacia un restaurante con prestigio, pero sin perder el carácter de punto de reunión de la comunidad local o la quesería, evolucionada hacia el queso ecológico—, junto a los alojamientos y actividades de turismo rural y, más recientemente, y de la mano de nuevos vecinos que procedentes de diferentes países —Escocia, USA, Canadá—, pueden teletrabajar y desarrollarse profesionalmente desde la aldea como

consultores internacionales en geología del petróleo, arquitectos o diseñadores de software para Inteligencia Artificial.

Es de esperar que, con el desarrollo de los ejes vinculados al sistema agroecológico y la energía local, más la llegada de nuevos pobladores teletrabajadores, residentes permanentes o temporales, la población aumente y, lo que es más importante, la estructura demográfica se rejuvenezca.

4.2.4. *Comunidad intergeneracional y multicultural (CIM)*

Una de las características de la dinámica socio económica y cultural de Asiegu tiene que ver con la preocupación por la infancia, el cuidado de los niños y su vinculación con la aldea como futuros gestores de esta. En este campo, el de los cuidados y la atención de los colectivos más frágiles —niños y mayores—, junto con el de la recuperación y transmisión de los conocimientos locales para garantizar una correcta evolución de la aldea, es en donde sería deseable seguir insistiendo.

4.3. *Palancas de movilización*

La cultura local, entendida en toda su extensión del concepto, tiene un arraigo importante en Asiegu y con la participación activa de la asociación vecinal seguirá creciendo en los próximos años. El proyecto Asiegu —*Aldea pensada*— irá desgranando nuevas actividades y acciones, por tanto, la capacidad de innovar y el apoyo de las nuevas tecnologías seguirán desplegando sus efectos con iniciativas que sigan la estrategia y la línea trazada.

4.4. *Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades*

Potencialidades

La situación geográfica vinculada a los Picos de Europa
Los avances en rehabilitación y reordenación de la aldea y la ería
El pensamiento campesino actualizado
Una estrategia propia: la aldea pensada
La disponibilidad de nuevas tecnologías

Los recursos naturales locales
La toma de conciencia sobre el valor de lo propio
Incipiente presencia de niños en la aldea

Obstáculos

Envejecimiento
Falta de relevo generacional
Exceso de burocracia
Legislación no adaptada a la aldea
Complejidad administrativa

Riesgos

El abandono del monte y la ería

Debilidades

La estrecha carretera de acceso

Oportunidades

Continuar desarrollando el SAL
Las nuevas tecnologías energéticas y de comunicación
La llegada de nuevos vecinos

5. *Conclusiones*

Probablemente, Asiegu sea una de las principales referencias netamente endógenas en el complejo proceso de avanzar hacia la aldea del porvenir combinando ciencia, técnica y conocimiento local.

Los hermanos Niembro pertenecen a ese selecto grupo de personas que aúnan la doble condición de campesinos e intelectuales, de trabajadores del campo y pequeños empresarios, de científicos sociales y aldeanos de pro, y eso les confiere un valor extraordinario no solo como líderes locales, que lo son por mérito propio y con generalizado reconocimiento de la comunidad local, sino como líderes «intelectuales» del proceso que a este proyecto de

cooperación interesa: la generación de una nueva economía en los territorios de naturaleza campesina que tienen en la aldea y en la activación de la comunidad sus principales resortes.

El liderazgo empresarial de la casería Pamirandi y la quesería ecológica de Asiegu son excelentes cimientos para impulsar la acción económica y agroecológica en la aldea. Asimismo, ese liderazgo se percibe también en la acción comunitaria y en la dinamización social y cultural de la aldea.

El ejemplo de Asiegu permite albergar la esperanza de que es posible regenerar la actividad económica, cultural y comunitaria en la aldea y que es posible diseñar una estrategia local para el desarrollo de esta.



El futuro de la aldea ya gatea. Foto: J. Niembro.

Infesta



Vista general de Infesta. Foto: AGADER.

Introducción a las aldeas modelo de Galicia

Inés Santé Riveira
Laboratorio del Territorio. Escuela Politécnica Superior de Ingeniería.
Campus de Lugo. Universidad de Santiago de Compostela.

El origen de la figura de las «aldeas modelo» se remonta a la ola de incendios que sufrió Galicia en 2017 y que dio lugar a una Comisión del Parlamento gallego que en 2018 aprobó el *Dictamen de la comisión especial no permanente de estudio y análisis de las reformas de la política forestal, de previsión y extinción de incendios forestales y del Plan Forestal de Galicia*. Las recomendaciones 41 e 42 de este dictamen aludían respectivamente a:

> Impulsar la ordenación progresiva de las franjas de protección alrededor de los núcleos de población, empezando por las áreas de mayor riesgo de incendios. Se trataría de que en esas franjas se desarrollasen actividades agrarias (cultivos de viñedos, huertas, árboles frutales, pastos para ganadería...) que actuasen como zona de protección de los núcleos habitados.

Y a:

> Aplicar de forma prioritaria en estas franjas alrededor de los núcleos de población los mecanismos de investigación de la propiedad y de movilización de tierras.

Con el fin de dar cumplimiento a dichas recomendaciones se modificó la entonces vigente *Ley 6/2011, de 13 de octubre, de movilidad de tierra* para incorporar una nueva figura denominada «aldea modelo», que se basó en los ya existentes proyectos de movilización de tierras. Estos proyectos tenían como objeto recuperar zonas mayoritariamente abandonadas de más de diez hectáreas mediante su incorporación al Banco de Tierras de Galicia y su cesión a empresas agrarias, asociaciones de productores o explotaciones individuales mediante cesión pactada de mutuo acuerdo. En el año 2019 se

incorporó a esta ley el programa de aldeas modelo como un instrumento promovido por la Agencia Gallega de Desarrollo Rural, en colaboración con los respectivos ayuntamientos, para recuperar la actividad productiva de las tierras que rodean la aldea, pero también para promover la rehabilitación y recuperación arquitectónica y urbanística del núcleo y la promoción del empleo.

Las condiciones para la declaración de una aldea modelo en ese momento incluían su localización en terrenos de alta capacidad productiva que se encontraran en estado de abandono o infrautilización, así como la solicitud por parte del ayuntamiento en la que se justificase el acuerdo de los titulares de los derechos de aprovechamiento de un mínimo del 70% de la superficie incluida en el perímetro de la aldea. A través de este acuerdo, los titulares cedían sus parcelas durante un período de cinco años al Banco de Tierras para que las pusiese en arrendamiento tras establecer la ordenación de usos agrarios más adecuada para estos terrenos.

Una vez conseguido el acuerdo de los titulares, la Consejería del Medio Rural asumía el desbroce y acondicionamiento de los terrenos para ponerlos en condiciones de iniciar una actividad agraria, en la mayor parte de los casos agroganadera. Además, la Agencia Gallega de Desarrollo Rural era la responsable de elaborar y ejecutar los proyectos de obras e instalaciones necesarios para la puesta en marcha de la actividad. En ese momento se establecía que la Agencia Gallega de Desarrollo Rural promovería acuerdos con operadores económicos para garantizar la viabilidad económica de la aldea modelo. Así mismo, ya se establecía la creación de una red de aldeas modelo con el fin de intercambiar experiencias y conocimientos.

La figura de la aldea modelo se desarrolló con más detalles tras la entrada en vigor de la *Ley 11/2021, de 14 de mayo, de recuperación de la tierra agraria de Galicia*, que incorporó como novedades, entre otras, su declaración de utilidad pública e interés social, la regulación de un procedimiento de concurrencia competitiva para la selección de las propuestas de aprovechamiento de los terrenos de la aldea y la introducción del *Plan de dinamización del núcleo rural de las aldeas modelo*.

De este modo la aldea modelo se convierte en un instrumento que incluye dos tipos de actuaciones claramente diferenciadas, aunque ambas persiguen un objetivo común centrado en la revitalización socioeconómica y demográfica de la aldea. Con respecto a las actuaciones de recuperación de la tierra agraria, la Ley 11/2021 incorpora matices importantes como son la obligación de conservar y recuperar las infraestructuras agrarias tradicionales, especialmente los muros de piedra antiguos y la red de caminos interiores, así como de desarrollar una actividad agraria basada en métodos de producción sostenibles. Además, se regula un procedimiento público para la selección de las mejores propuestas de aprovechamiento de los terrenos de la aldea, en el que se prioriza a las personas residentes o propietarias de terrenos o explotaciones en la zona, a las producciones sostenibles e innovadoras o a las entidades de economía social, entre otras.

Por otra parte, la incorporación en la ley del *Plan de dinamización del núcleo rural de la aldea modelo* permite ampliar el alcance de la figura de la aldea modelo, que deja de ser exclusivamente un instrumento de recuperación de la tierra agraria para configurarse como una herramienta integral para la dinamización del conjunto de la aldea. Este plan se define como una programación de actuaciones destinadas a la rehabilitación de edificios, la mejora del espacio público, la innovación tecnológica y, en definitiva, la mejora de la calidad de vida. Se mencionan explícitamente las actuaciones destinadas a la rehabilitación de las viviendas con criterios de eficiencia energética e integración paisajística, las vinculadas a la producción agroalimentaria, como la implantación de canales cortos de comercialización y la generación de valor añadido, o al medio ambiente, mediante el desarrollo de soluciones basadas en la naturaleza. Estos planes de dinamización deben ser formulados por los ayuntamientos y pueden contar con la colaboración de la Agencia Gallega de Desarrollo Rural.

Desde 2019 se aprobaron 21 aldeas modelo y en todas ellas se ejecutaron las actuaciones de acondicionamiento de los terrenos. En la actualidad, en 18 de las 21 aldeas se está desarrollando una actividad agroganadera por parte de productores privados (Tabla 1).

TABLA 1.

Características y situación de las aldeas modelo

MUNICIPIO	ALDEA MODELO	ESTADO
Cenlle	Osmo	En producción
O Incio	Trascastro	En producción
Boborás	Penedo	En producción
Carballeda de Avia	Muimenta	Aprobada
Monterrei	Infesta	En producción
A Pobra de Brollón	Parada dos Montes	En producción
Folgoso do Courel	Moreda	En producción
O Pereiro de Aguiar	Reboredo	En producción
Quintela de Leirado	Xacebáns	En producción
Toén	Trelle	Aprobada
A Veiga	Meixide	En producción
Quiroga	Bustelo de Fisteus	En producción
Riós	Pedrosa	En producción
Sober	Francos de Proendos	En producción
Cualedro	Carzoá	En producción
Taboadela	Covelo	Aprobada
A Gudiña	O Seixo	En producción
Cerdedo-Cotobade	Mouteira-Parada	En producción
Ames	Ferreiros	Aprobada
Avión	Cortegazas	Aprobada
Vilariño de Conso	Soutogrande	Aprobada

Fuente: <https://agader.xunta.gal/>

A modo de proyecto piloto, en cuatro de estas aldeas se elaboraron los correspondientes Planes de dinamización, que hasta el momento no se han hecho públicos. Estos planes corresponden a las aldeas de O Penedo de Xuvencos (Boborás), Muimenta (Carballeda de Avia), Trascastro (O Incio) y Osmo (Cenlle) e incluyen el análisis y propuestas para la vivienda, el

DECLARACIÓN	SUPERFICIE	PARCELAS	PROPIETARIOS CATASTRO
FECHA	Ha	n.º	n.º
07/08/2019	18,32	153	48
12/11/2019	14,00	136	82
12/11/2019	23,41	665	131
12/11/2019	29,10	1.660	241
12/11/2019	36,65	930	232
20/02/2020	15,55	278	73
20/02/2020	38,86	73	44
20/02/2020	15,13	158	95
20/02/2020	31,67	606	127
20/02/2020	28,18	515	157
24/09/2020	71,25	646	151
21/05/2021	12,68	269	38
21/05/2021	52,03	922	164
21/01/2022	12,87	119	70
21/01/2022	53,68	389	215
21/01/2022	15,05	223	109
24/01/2022	30,60	223	76
25/01/2022	17,99	427	109
12/08/2022	8,55	128	52
12/08/2022	15,11	727	99
12/08/2022	33,50	99	4

espacio público, la dinamización económica y social, las infraestructuras y los servicios y la movilidad en el núcleo. Los planes de dinamización configuran una propuesta para la rehabilitación integral de la aldea, en la que se describe de forma muy precisa las actuaciones programadas para esta recuperación.

Breve descripción socioeconómica y territorial

Francisco García
Fundación Juana de Vega
Inés Santé

1. *Marco geográfico y socioeconómico*

La parroquia de San Vicenzo de Infesta tiene dos entidades de población: Guimarei y la propia Infesta. Pertenece al concejo de Monterrei (Ourense) y se sitúa en la vega del río Rubín, a 450 m.s.n.m. al sur de la provincia y al noroeste de Verín, capital de la comarca —de la que dista 8 kilómetros—, a 61 kilómetros de Ourense y a 38 kilómetros de la ciudad portuguesa de Chaves. La aldea tiene una superficie de 43 hectáreas, que incluyen el suelo de núcleo rural y de las cuales 37 son tierra agraria.

La población se sitúa en torno a 70 habitantes, con una estructura claramente envejecida: aproximadamente un 30% de la población supera los 65 años, mientras que los grupos de edad más jóvenes presentan un peso significativamente reducido (IGE, 2024). Esta configuración demográfica refleja un acusado desequilibrio generacional y una limitada capacidad de renovación poblacional, en un contexto de pérdida progresiva de efectivos y baja intensidad de iniciativa económica.

A escala municipal, la estructura económica muestra una fuerte terciarización, con un predominio del sector servicios frente a un peso reducido del sector agrario, que representa en torno al 9% del empleo (IGE, 2024). Este patrón evidencia una progresiva desconexión entre la base territorial agraria y la estructura económica efectiva, a pesar de la persistencia de recursos productivos relevantes vinculados al sector primario.

2. *Antecedentes históricos*

Infesta, como la práctica totalidad de las aldeas de Galicia o Asturias, presentaba ya en el siglo XIX una estructura productiva diversificada basada en cultivos, ganadería y aprovechamientos forestales, gestionada en térmi-



Participantes del proyecto de cooperación «*Una nueva economía para la aldea del siglo XXI*» posan delante del Castillo de Monterrei. Foto: G. Romano.

nos de lo que en este proyecto de cooperación se ha definido como «agricultura territorial» y que responde a las formas propias de la agricultura campesina clásica. Esa integración funcional de los sistemas agroecológicos tradicionales se pone en evidencia en la siguiente descripción (*sic*) del diccionario de Madoz (Madoz, 1845–1850):

> INFESTA (SAN VICENTE). *Feligresia en la provincia y diócesis de Orense (9 leg.), partido j u d .de Verin (1) , ayuntamiento de Monterey (1 / 2) SIT. en el valle de este nombre, y en la vereda real que desde la cap. de provincia conduce á Castilla y Portugal. Reinan todos los vientos, y el CLIMA es bastante sano. Tiene unas 80 CASAS distribuidas en los L. de Infesta y Guimarey. La iglesia parr. (San Vicente) está servida por un cura de entrada y patronato laical. Confina el término N. Rebordondo; E. Estevesiños; S. Albarellos, y O. Montes. El TERRENO en lo general es llano y medianamente fértil. Le cruza por la parte oriental un riach.* que nace en la feligresia de Baldris, y de N. á S. se dirige al r. Bubal, donde deposita sus aguas mas abajo de Villaza. PROD. maiz, centeno , patata s , castañas, vino y pastos; se cria ganado vacuno, mular, de cerda, lanar y cabrío ; hay alguna caza

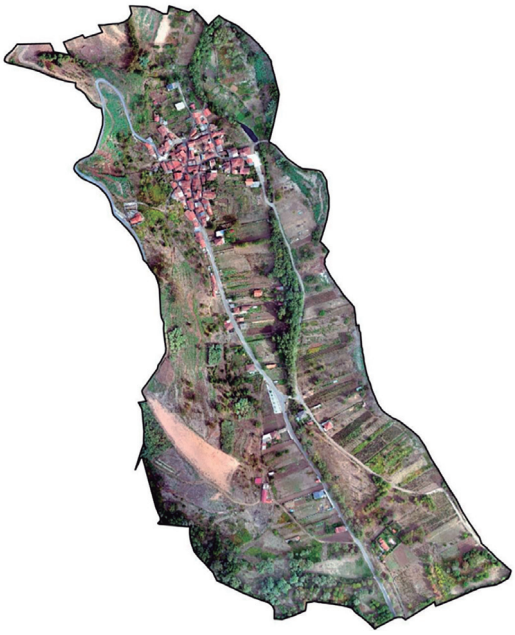


y pesca de varias clases, IND. la agrícola y molinos harineros, POBL. 84 v e c , 3 2 0 almas CONTR. con su ayuntamiento.

3. *Antecedentes y desencadenantes contemporáneos*

La mayor parte de la superficie de la aldea corresponde a antiguas tierras de viñedo y de labor, que en el momento de la declaración de la aldea modelo se encontraba en estado de abandono, colonizadas en gran parte de su extensión por vegetación arbórea de coníferas y acacias.

Por ello, la *Guía de ordenación productiva* estableció una zonificación para los terrenos de la aldea que los dividía entre aquellos destinados a cultivos leñosos (vid, olivo, frutales, etc.) y aquellos orientados a cultivos agrícolas de ciclo corto como actividad principal, permitiéndose además como actividad secundaria la ganadería en extensivo. Tras el procedimiento de concurrencia competitiva, se adjudicaron los terrenos de la aldea a una cooperativa que los está destinando actualmente a viñedo, a través de la recuperación de las antiguas terrazas y dentro de la Denominación de



Fotografías aéreas de la aldea modelo de Infesta. Fuente: Agencia Gallega de Desarrollo Rural (2026)· (AGADER, 2026). Guía de ordenación productiva de la aldea modelo de Infesta.

Origen Monterrei, así como a la plantación de árboles para frutos secos autóctonos.

El marco legal anteriormente descrito, unido a las actuaciones de recuperación de la tierra agraria, que requerían el consenso de los propietarios de más del 70% de la superficie de los terrenos incluidos en la aldea, dio lugar a un sistema de gobernanza social que posibilitó la implantación de nuevas iniciativas.

La puesta en marcha de una aldea modelo implica la colaboración entre el Ayuntamiento, que solicita la declaración de la aldea modelo; la Xunta de Galicia, que ejecuta el proyecto; los vecinos y propietarios de los terrenos, que tienen que dar su consentimiento y arriendan los terrenos; y el productor, que desarrolla la actividad productiva en los terrenos de la aldea tras resultar adjudicatario en el proceso de concurrencia.

Esta colaboración entre los diferentes agentes creó un ecosistema que convirtió las aldeas modelo, en especial la de Infesta, en un *living lab* idóneo para aplicar soluciones o proyectos innovadores. Así, las aldeas modelo se convirtieron en «espacios vivos» en los que desarrollar proyectos piloto e innovadores destinados a mejorar la calidad de vida en el medio rural, contribuyendo a revertir la despoblación y reforzar las estrategias de lucha frente a los incendios.

El primer paso fue el proyecto de investigación Horizon 2020 Rustik-*Rural Sustainability Transitions through Integration of Knowledge for improved policy processes* (<https://rustik-he.eu>), en el que las aldeas modelo de toda Galicia constituyeron un *living lab* para el análisis de políticas rurales. Posteriormente, se pusieron en marcha en Infesta dos proyectos Interreg-poctep: Paisactivo y Aldealix.

En Paisactivo (*Paisajes cortafuegos: activación del espacio rural para un territorio resiliente*; <https://paisactivo.eu>) se utiliza la aldea modelo de Infesta como ejemplo de un nuevo instrumento destinado a aumentar la resiliencia del territorio frente al riesgo de incendios mediante la valorización y la gestión sostenible de las tierras agroforestales y la dinamización de los asentamientos rurales. En este proyecto se elaboró un Plan territorial modelo para el conjunto de la aldea y de los terrenos que la rodean, que incluyó varias actuaciones de mejora de los espacios públicos de la aldea y la plantación de árboles frutales autóctonos en los terrenos que la rodean.

El proyecto Aldealix (<https://aldealix.eu>), iniciado a finales de 2023, tiene como objetivo poner en valor los recursos forestales mediante la creación de redes de calor con biomasa en las aldeas modelo de Infesta y de Mouteira-Parada (Cerdedo Cotobade).

Gracias a este proyecto en Infesta se constituyó una Comunidad Energética Local[1] que produce energía de proximidad a partir del aprovechamiento de la biomasa que se produce en los montes de los alrededores de la aldea y

[1] Montero, C. L. (2026). «Infesta, en Monterrei, ya calienta sus hogares de forma comunitaria y sostenible». *La Región.*



Instalaciones de la red de calor de la comunidad energética local de Infesta. Fuente: Montero (2026)

que carece de salida comercial. La comunidad energética y la red de calor son ya una realidad que da servicio a las viviendas adheridas voluntariamente.

Más recientemente, dentro del proyecto PAISACTIVO, tuvo lugar una jornada de participación vecinal en la que se analizaron los valores ambientales y paisajísticos, los usos históricos del territorio y las dinámicas comunitarias y sociales, como punto de partida para diseñar el futuro de la aldea.

Así, la figura de la aldea modelo, que nació con el objetivo principal de lucha contra los incendios y recuperación de la actividad agraria, propició la implantación de diversos proyectos y actuaciones que contribuyeron a la dinamización social, económica y ambiental de la aldea, convirtiéndose en el medio para la rehabilitación integral de la aldea.

Por último, destacar que la aldea modelo de Infesta participa en el proyecto de cooperación *Nueva Economía para la Aldea del Siglo XXI*, una iniciativa orientada a explorar nuevas formas de activación socioeconómica y socioecológica en el medio rural a partir de la articulación de modelos integrados de desarrollo territorial, en los que diversas aldeas funcionan como espacios piloto para la implementación de estrategias y el intercambio de experiencias.

Este tipo de iniciativas se inscribe en un contexto europeo más amplio en el que la revitalización de las áreas rurales se aborda mediante enfoques

integrados que combinan transición ecológica, innovación territorial y gobernanza multinivel, en línea con las orientaciones de la política de cohesión y los programas de desarrollo rural (European Commission, 2021).

Esta doble condición de Infesta —aldea modelo y aldea participante en el proyecto de cooperación a favor de una nueva economía para la aldea— sitúa a la aldea en una posición especialmente relevante para analizar la articulación entre distintos dispositivos de intervención, estratégicos, metodológicos y operativos, en un contexto rural concreto.

En cualquier caso, lejos de constituir un caso de dinamización plenamente consolidado, Infesta permite abordar el análisis de un proceso en curso, caracterizado por un impulso inicial de carácter institucional y por la progresiva estructuración de instrumentos técnicos, productivos y organizativos orientados a la activación del territorio. En este sentido, el interés del proceso radica no tanto en los resultados finales alcanzados, como en la secuencia de intervención, los mecanismos desplegados y las condiciones que configuran su evolución.

4. *Marco metodológico: enfoque aplicado para la dinamización territorial*

El enfoque de estudio aplicado en Infesta se fundamenta en el análisis de procesos de activación territorial en contextos rurales, en línea con propuestas metodológicas que utilizan el análisis de casos como herramienta para la identificación de principios transferibles en territorios de baja densidad (Loures et al., 2025).

La base metodológica se apoya en el modelo desarrollado en el ya citado proyecto PAISACTIVO, que estructura la intervención a partir de la integración de diagnóstico territorial, análisis de actores, definición de escenarios, diseño de programas y articulación de mecanismos de gobernanza.

Este enfoque se complementa con la *Estratexia de Desenvolvemento Local Participativo* del Grupo de Desarrollo Rural Monteval que aporta el marco estratégico y organizativo de referencia, incorporando procesos sistemáticos de participación, identificación de actores y definición de líneas de actuación en función de las dinámicas territoriales. La combinación de



Encuentro entre agentes locales de Infesta, equipo técnico del proyecto *Paisactivo* y alumnado del IES Cidade de Antioquía, de Xinzo de Limia, en el marco de la iniciativa *Academia de Aldea*, un espacio de aprendizaje e intercambio sobre territorio, paisaje y desarrollo rural. Foto: AGADER.

ambas aproximaciones permite articular un modelo de intervención que integra planificación técnica y gobernanza territorial.

El análisis se basa en la revisión de documentación técnica generada en el marco de estos procesos (planes territoriales, instrumentos de ordenación agraria y documentos estratégicos), así como en la interpretación de las dinámicas de implementación en el caso de Infesta.

Este enfoque metodológico se alinea con las propuestas desarrolladas en el marco del proyecto PAISACTIVO, que plantea una metodología estructurada para el análisis de casos de éxito y la identificación de buenas prácticas basada en la sistematización de experiencias, la comparabilidad territorial y la transferencia de conocimiento entre regiones (European Commission, 2020).

4.1. *Condiciones de partida*

La aldea de Infesta se sitúa en un contexto territorial caracterizado por una baja densidad de población y envejecimiento. Su localización en la margen noroeste del valle de Monterrei, en una posición intermedia entre el fondo aluvial y las primeras pendientes de ladera, configura un espacio de

transición con elevada aptitud agraria y una estructura territorial históricamente vinculada a sistemas productivos diversificados. Desde el punto de vista sociodemográfico, y como hemos referido, el ámbito presenta dinámicas regresivas propias del rural interior gallego.

En términos agrarios, el territorio se caracteriza por una elevada fragmentación de la propiedad, la presencia de superficies infrautilizadas y una significativa proporción de tierras en abandono. Este fenómeno, ampliamente documentado en el contexto gallego, responde tanto a transformaciones estructurales del sector agrario como a dinámicas demográficas y socioeconómicas más amplias (Axencia Galega de Desenvolvemento Rural [Agader], 2023).

La coexistencia de tierras agrarias sin uso con la necesidad de ampliar la base territorial de las explotaciones activas configura una de las principales tensiones del sistema agrario local, con implicaciones directas en la gestión del territorio, incluyendo el incremento del riesgo de incendios forestales.

Un elemento estructural clave en el territorio de Infesta es la existencia del Monte Vecinal en Mano Común de Sierra de San Salvador y Sierra de Meda, clasificado oficialmente en 1976 como propiedad colectiva de los vecinos de Infesta y Paradiña (Xunta de Galicia, 1976). Este monte, con una superficie superior a 1.200 hectáreas, configura una unidad territorial continua que abarca laderas, cuencas hidrográficas y sistemas de aprovechamiento tradicional.

Su régimen jurídico, basado en la cotitularidad vecinal, la indivisibilidad del patrimonio y el uso vinculado a la condición de vecino introduce una forma específica de gobernanza territorial de base comunitaria. Esta estructura, con raíces históricas profundas, constituye no solo un soporte productivo, sino también un marco institucional potencial para la gestión colectiva del territorio en el contexto actual.

El sistema territorial de Infesta no solo se caracteriza por procesos de despoblación y desarticulación agraria, sino también por una creciente exposición a riesgos ambientales asociados al cambio climático; a la falta de manejo de tierras agrarias y el dominio paisajístico de los monocultivos

forestales. Episodios recientes de precipitaciones intensas han provocado fenómenos de escorrentía, inundación y deslizamientos en las laderas que estructuran la cuenca local, evidenciando la fragilidad de un territorio con baja gestión activa.

A esta dinámica se suma el riesgo estructural de incendios forestales, especialmente relevante en Galicia, donde su incidencia se vincula estrechamente a factores socioeconómicos como el envejecimiento, la baja densidad poblacional y el abandono del territorio. El carácter mayoritariamente antrópico de los incendios subraya la dimensión social del riesgo y la necesidad de estrategias de gestión colectiva del territorio (Bruña & Marey-Pérez, 2014).

En este contexto, el monte vecinal en mano común adquiere un papel potencialmente estratégico como infraestructura socioecológica capaz de articular respuestas colectivas frente a estos riesgos, reforzando la resiliencia territorial y el manejo de amplias superficies forestales continuas.

No obstante, el ámbito presenta también oportunidades relevantes vinculadas a la valorización de sus recursos territoriales. La inclusión del municipio en la Denominación de Origen Monterrei y la progresiva orientación hacia producciones de mayor valor añadido, especialmente en el sector vitivinícola, apuntan a la existencia de potenciales vías de reactivación económica. Asimismo, la persistencia de actividades ganaderas y el carácter mosaico del paisaje agrario refuerzan la capacidad del territorio para articular modelos productivos multifuncionales.

Estudios recientes sobre el ámbito de Infesta subrayan, además, la relevancia de integrar la dimensión paisajística y la resiliencia territorial en los procesos de intervención, destacando la necesidad de actuaciones que combinen la recuperación de la funcionalidad productiva con la mejora del entorno y la prevención de riesgos.

En conjunto, Infesta presenta un escenario de partida caracterizado por la combinación de limitaciones estructurales como son envejecimiento, baja densidad demográfica, fragmentación de la propiedad y pérdida de funcionalidad agraria y oportunidades territoriales vinculadas a la calidad de



Visita de los participantes del proyecto de cooperación a Infesta. Foto: J. Izquierdo.

sus recursos y su potencial productivo. Este contexto configura un entorno en el que los procesos de dinamización no emergen de forma espontánea, sino que requieren de la activación coordinada de instrumentos públicos, la reorganización del uso del suelo y la construcción progresiva de estructuras de gobernanza territorial

4.2. *Proceso de dinamización*

El proceso de dinamización de Infesta combina cinco elementos o fases de activación:

4.2.1. *Activación institucional del ámbito*

El proceso de dinamización de Infesta se inscribe en un contexto normativo marcado por la aprobación de la Lei 11/2021 *de recuperación da terra agraria de Galicia*, que establece un conjunto de instrumentos orientados a la movilización de tierras agrarias en estado de abandono y a la reactivación de su capacidad productiva. En este marco, la figura de las aldeas modelo se configura como uno de los principales dispositivos de intervención, articulando mecanismos de gestión colectiva del suelo y facilitando su puesta en producción.

La inclusión de Infesta en esta figura, formalizada en el contexto de desarrollo de esta ley, supone el punto de partida del proceso, activando el territorio como ámbito prioritario de intervención. A este marco se suma la Lei 7/2008 *de protección da paisaxe de Galicia*, que refuerza la considera-

ción del paisaje como elemento estructurante en la planificación territorial y en las políticas de gestión del suelo.

4.2.2. *Construcción de la base territorial*

A partir de esta activación inicial, el proceso se orienta hacia la reorganización del uso del suelo y la recuperación de la funcionalidad agraria del territorio. Durante esta fase, desarrollada en paralelo a la implementación de los instrumentos derivados de la legislación agraria, se abordan procesos de identificación de parcelas en desuso, incorporación voluntaria de propietarios y definición de modelos de aprovechamiento productivo.

Este proceso responde a una problemática estructural ampliamente documentada en Galicia, caracterizada por la elevada fragmentación de la propiedad y la coexistencia de superficies agrarias abandonadas con explotaciones que presentan limitaciones de base territorial (AGADER, 2023). La intervención mediante la figura de aldea modelo permite actuar sobre esta disfunción, generando una base territorial más continua y funcional, sobre la que se pueden articular nuevas actividades productivas.

4.2.3. *Estructuración técnica del proceso*

En una fase posterior, y en coherencia con el desarrollo de la programación europea 2021–2027, el proceso se ve reforzado por la elaboración del Proyecto Territorial Modelo (PTM) de Infesta, desarrollado en el marco del proyecto de cooperación nueva economía para la aldea. Este documento, elaborado en 2024–2025, introduce una capa de análisis y planificación estratégica que trasciende la dimensión estrictamente agraria.

El PTM articula un diagnóstico integral del territorio, incorporando variables físicas, socioeconómicas y organizativas, así como un análisis estructurado de actores y dinámicas locales. A través de herramientas como el análisis DAFO y la definición de escenarios, se construye una base técnica orientada a guiar la intervención, integrando dimensiones como la bioeconomía, la resiliencia territorial o la gestión sostenible del paisaje.

4.2.4. *Definición programática y líneas de acción*

Sobre la base del diagnóstico y los escenarios definidos en el PTM, el proceso avanza hacia la formulación de programas y líneas de actuación. Estas se estructuran en torno a diferentes ejes, entre los que destacan la innovación en el sector primario, la valorización de recursos locales, la diversificación económica y la mejora de la sostenibilidad ambiental.

En esta fase, desarrollada principalmente en el periodo 2024–2026, una parte significativa de las propuestas se sitúa aún en el plano programático, configurando un marco de referencia para la acción futura. No obstante, la definición de estos programas permite ordenar la intervención, establecer prioridades y facilitar la coordinación entre los distintos agentes implicados.

4.2.5. *Configuración de la gobernanza*

De forma paralela, el proceso incorpora una dimensión organizativa vinculada a la construcción de estructuras de gobernanza territorial. En este ámbito, el Grupo de Desarrollo Rural Monteval actúa como entidad coordinadora, articulando la intervención en el marco de su estrategia de desarrollo local participativo vinculada al programa LEADER 2023–2027.

La gobernanza del proceso se caracteriza, en esta fase, por un liderazgo institucional predominante, en el que la iniciativa recae principalmente en actores públicos y estructuras técnicas. La participación de agentes locales se encuentra en proceso de consolidación, con niveles de implicación todavía incipientes y una progresiva incorporación a las dinámicas de planificación y ejecución.

La configuración de la gobernanza en el caso de Infesta no responde a la creación *ex novo* de estructuras organizativas, sino a la rearticulación de redes de actores preexistentes en el territorio. El proceso se apoya en la identificación y activación de agentes ya presentes: administración local, estructuras de desarrollo rural, propietarios, comuneros y otros actores vinculados al territorio, progresivamente integrados en dinámicas de colaboración y planificación compartida.

En este proceso, determinados actores desempeñan funciones de intermediación especialmente relevantes. El Concello, el Grupo de Desarrollo Rural y las entidades técnicas vinculadas a la planificación territorial actúan como nodos de conexión entre actores dispersos, facilitando la coordinación, la circulación de información y la traducción de los instrumentos de política pública en acciones concretas adaptadas al contexto local. Esta función de intermediación resulta fundamental en territorios con baja densidad organizativa, en los que la gobernanza emerge más como un proceso inducido que como una dinámica espontánea.

En este contexto, el papel de los equipos técnicos no se limita a la definición de propuestas, sino que se orienta a la construcción de marcos de interacción entre actores, facilitando la conexión entre escalas institucionales y locales. Este enfoque, alineado con los planes de gobernanza desarrollados en el marco de los Proyectos Territoriales Modelo, busca diseñar mecanismos de participación que permitan articular la intervención a partir de la base social existente, más que mediante la imposición de estructuras externas.

No obstante, la activación efectiva de estas redes depende de la capacidad para movilizar un tejido social que, en muchos casos, se encuentra fragmentado o en situación latente, lo que introduce una tensión entre el diseño técnico del proceso y su apropiación real por parte de la comunidad local.

Este modelo refleja una fase inicial en la que la dinamización territorial se impulsa desde estructuras externas, con el objetivo de generar condiciones que permitan, a medio plazo, una mayor implicación y apropiación por parte de la comunidad local.

4.3. *Hitos y avances del proceso*

Más allá de los resultados finales, el proceso de dinamización de Infesta presenta una serie de hitos relevantes que evidencian su progresiva estructuración. Entre ellos destacan la activación administrativa del ámbito en el marco de la legislación agraria, la movilización inicial de tierras, la definición de un modelo de ordenación productiva y la elaboración de un marco técnico de planificación territorial.



Rebaño de cabras aplicándose en la eliminación de acacias en los *socalcos* (terrazas de cultivo) de Infesta. Foto: AGADER.

La articulación de distintos instrumentos normativos, técnicos y estratégicos ha permitido configurar una base operativa que integra la recuperación agraria, la planificación territorial y la dinamización socioeconómica. Estos avances, aunque aún en una fase inicial de desarrollo, constituyen elementos fundamentales en la construcción de un proceso de activación territorial que se plantea como progresivo, acumulativo y abierto a nuevas fases de implementación.

Pero, sin duda, el éxito más tangible, más notable, es la puesta en marcha del sistema de calefacción colectiva para el vecindario al que ya hemos hecho referencia con anterioridad.

4.3.1. *Discusión: modelos de dinamización y aprendizajes del caso*

El análisis del caso de Infesta permite situarlo en el marco más amplio de los procesos de transformación rural observados en el noroeste de la península ibérica, caracterizados por la persistencia de dinámicas de despoblación, envejecimiento y debilitamiento de las economías locales, así como por una creciente exposición a riesgos ambientales como los incendios forestales.

En este contexto, las políticas públicas han adquirido un papel central en la configuración de nuevas estrategias de intervención territorial, aunque con resultados desiguales en función de las condiciones locales y de la interacción entre actores. Esta diversidad de trayectorias ha sido ampliamente reconocida en la literatura reciente, que subraya la heterogeneidad de los espacios rurales europeos y la necesidad de adaptar los enfoques de intervención a sus especificidades territoriales.

La literatura reciente pone de manifiesto que los procesos de revitalización rural responden a trayectorias diversas, en las que la combinación de impulso institucional, iniciativa local y movilización de recursos endógenos da lugar a distintos modelos de dinamización. Algunos casos destacan por una fuerte implicación comunitaria y una elevada capacidad de autoorganización, mientras que otros se apoyan en la iniciativa privada o en procesos de valorización patrimonial y turística. En este sentido, la heterogeneidad de trayectorias pone en cuestión la existencia de un modelo único de éxito y subraya la importancia de los contextos territoriales específicos.

En este marco, el caso de Infesta puede interpretarse como un ejemplo de dinamización de impulso institucional, en el que la activación del territorio se produce a partir de la intervención coordinada de instrumentos públicos —normativos, técnicos y estratégicos antes de la consolidación de dinámicas endógenas significativas. La declaración como aldea modelo, la elaboración del proyecto territorial modelo y, ahora, la participación en el proyecto de cooperación de la nueva economía para la aldea que configuran un entramado de intervención que articula la recuperación productiva del suelo, la planificación territorial y la definición de líneas de acción.

Este modelo presenta una serie de fortalezas relevantes. En primer lugar, permite actuar en contextos caracterizados por una limitada capacidad de activación local, generando condiciones iniciales para la reactivación económica y territorial. En segundo lugar, facilita la coordinación entre distintos niveles de gobernanza y la integración de instrumentos diversos, superando enfoques sectoriales fragmentados. Finalmente, contribuye a

estructurar el territorio como espacio de intervención, estableciendo una base sobre la que pueden desarrollarse dinámicas futuras.

No obstante, este tipo de enfoque plantea también desafíos significativos. La dependencia inicial del impulso institucional puede limitar la consolidación de procesos autónomos a nivel local, especialmente en contextos con baja densidad de actores y limitada tradición organizativa. En este sentido, la transición hacia modelos de gobernanza más participativos y la progresiva implicación de la comunidad local se configuran como elementos clave para la sostenibilidad a medio y largo plazo de los procesos de dinamización.

Este enfoque pone de manifiesto que la gobernanza territorial no se construye únicamente mediante la incorporación de nuevos actores o estructuras, sino a través de la reconfiguración de relaciones sociales existentes. En este sentido, los procesos de dinamización impulsados desde marcos técnicos y administrativos pueden contribuir a visibilizar, conectar y activar redes locales previamente dispersas, aunque su efectividad dependerá de la capacidad para transformar estas conexiones en formas estables de cooperación.

La experiencia de Infesta sugiere que la existencia de estructuras comunitarias, como el monte vecinal, no garantiza por sí misma la emergencia de dinámicas de gobernanza activa, siendo necesario un proceso de mediación sostenido que permita reconstruir vínculos, generar confianza y favorecer la implicación progresiva de la población local.

En definitiva, el caso de Infesta pone de manifiesto la relevancia de los modelos híbridos de intervención, en los que la acción pública desempeña un papel tractor en las fases iniciales, pero requiere ser complementada por la emergencia de dinámicas endógenas que permitan consolidar los procesos de revitalización. Esta lectura refuerza la necesidad de diseñar políticas rurales sensibles al contexto, capaces de adaptarse a la diversidad de situaciones territoriales y de acompañar los procesos locales de forma sostenida en el tiempo.

4.3.2. *Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico*

Entendido este breve análisis y diagnóstico en relación con los elementos estimados como las claves que, en este proyecto de cooperación a favor de

una nueva economía para la aldea del siglo XXI definen un «sistema territorial inteligente», se hacen las siguientes consideraciones.

5.1. *Requisitos previos*

La posición geográfica de Infesta constituye uno de sus principales activos territoriales. La proximidad a Monterrei y Verín, centros de referencia administrativa, comercial y de servicios de la comarca, permite a la población acceder con relativa facilidad a equipamientos sanitarios, educativos, sociales y comerciales. Del mismo modo, la cercanía de la autovía A-52 favorece la conexión con los principales corredores de comunicación de Galicia y con el área de Chaves y norte de Portugal (nodo con la A-75), ampliando las posibilidades de relación económica y territorial de la aldea.

A estas condiciones de accesibilidad se suma una aceptable cobertura de telecomunicaciones y conectividad digital, un requisito cada vez más importante para el desarrollo de nuevas actividades económicas, la prestación de servicios y la incorporación de población vinculada al teletrabajo o a modelos productivos intensivos en conocimiento.

Infesta dispone además de una base territorial especialmente favorable. La fertilidad de los suelos, la disponibilidad de recursos hídricos, la tradición agrícola y vitivinícola, la presencia de monte vecinal y la integración en un territorio con una fuerte identidad productiva constituyen activos de gran valor para cualquier estrategia de revitalización rural.

Otro elemento diferencial es el importante apoyo institucional recibido durante los últimos años. La declaración de aldea modelo, la puesta en marcha de la comunidad energética local y la participación en diversos programas de innovación y desarrollo territorial han permitido movilizar recursos económicos, asistencia técnica y capacidades organizativas que difícilmente podrían haberse generado únicamente desde la escala local.

Sin embargo, persisten limitaciones estructurales que condicionan el futuro de la aldea. El envejecimiento demográfico, la escasez de relevo generacional, la existencia de propietarios ausentes y la limitada capacidad de movilización comunitaria reducen las posibilidades de impulsar procesos

autónomos de desarrollo. La principal dificultad de Infesta no radica tanto en la falta de recursos territoriales como en la necesidad de reconstruir una base social capaz de gestionarlos y proyectarlos hacia el futuro.

5.2. *Ejes de desarrollo*

La nueva economía para la aldea no depende de un único factor, sino del funcionamiento equilibrado de varios sistemas que interactúan entre sí. Algunos de ellos están vinculados a la capacidad del territorio para producir alimentos o energía; otros dependen de la existencia de actividad económica o de una comunidad capaz de organizarse y proyectarse hacia el futuro. En el caso de Infesta, el análisis de estos cuatro sistemas permite identificar con claridad sus principales fortalezas y también los desafíos que deberá afrontar en las próximas décadas.

5.2.1. *Sistema agroecológico local (SAL)*

El sistema agroecológico local constituye uno de los pilares más sólidos sobre los que puede apoyarse el futuro de Infesta. La calidad de los suelos, la disponibilidad de agua, la diversidad de cultivos y la larga tradición agrícola de la zona proporcionan unas condiciones especialmente favorables para el desarrollo de actividades productivas vinculadas al territorio.

La viticultura asociada a la Denominación de Origen Monterrei representa uno de los principales exponentes de esta capacidad productiva, a la que se suman otros aprovechamientos agrícolas y ganaderos que forman parte de la identidad histórica del territorio. La recuperación de tierras abandonadas impulsada por la aldea modelo ha contribuido además a reconstruir parcialmente el mosaico agroforestal tradicional y a devolver funcionalidad económica a espacios que habían perdido su uso.

Las principales debilidades se relacionan con la fragmentación parcelaria, la desaparición progresiva de variedades y conocimientos tradicionales, la escasez de mano de obra y la limitada transformación local de las producciones. El desafío consiste en avanzar desde una producción primaria de calidad hacia un sistema agroecológico capaz de generar mayor valor

añadido, reforzar los circuitos de proximidad y consolidar nuevas oportunidades de empleo.

5.2.2. *Sistema energético local (SEL)*

El sistema energético local constituye probablemente el ámbito más desarrollado y diferencial de Infesta. La existencia de una comunidad energética y de una red de calor basada en el aprovechamiento de biomasa forestal procedente del entorno inmediato sitúa a la aldea en una posición singular dentro del contexto rural gallego.

Este modelo permite transformar recursos locales en energía útil para la comunidad, reducir la dependencia exterior y reforzar la gestión activa del territorio. Al mismo tiempo, demuestra la capacidad de la aldea para incorporar innovación tecnológica vinculada a los recursos endógenos, uno de los principios fundamentales de la nueva economía rural.

Debe destacarse la innovación social y territorial que representa esta comunidad energética, sustentada en el acuerdo, la participación activa y la cooperación de una parte significativa de los vecinos de la aldea. Su carácter diferencial reside en la capacidad de organizar colectivamente la gestión de un recurso local y transformarlo en un beneficio directo para la propia comunidad.

A diferencia de otras comunidades energéticas promovidas sobre propiedades gestionadas por un único ente gestor, como son las cooperativas, las comunidades de montes vecinales o las administraciones públicas, esta iniciativa articula la participación de numerosos propietarios individuales de viviendas que se abastecen de biomasa procedente del monte vecinal en mano común, propiedad colectiva de los propios vecinos. De este modo, la producción forestal del territorio se destina a generar calor para la calefacción de numerosas viviendas de la aldea, cerrando un ciclo local entre propiedad, gestión, producción agraria y producción y consumo energético. El proyecto constituye, por tanto, un ejemplo singular de gobernanza comunitaria, economía circular y valorización sostenible de los recursos forestales. Además de reducir la dependencia de combustibles fósiles y la

factura de la calefacción, favorece la gestión activa del monte, contribuyendo así a la prevención de incendios.

La existencia de monte vecinal y de superficies forestales productivas proporciona además una base estable para el mantenimiento y posible ampliación de estas iniciativas. La incorporación futura de sistemas complementarios de generación renovable podría reforzar todavía más la autonomía energética del territorio y aumentar su capacidad de resiliencia frente a escenarios de incertidumbre energética

Este es sin duda el punto fuerte de Infesta. La red de calor, a partir del uso de la biomasa forestal local —astillas—, es un excelente equipamiento del que disponen pocas aldeas y que podría ser complementado con un sistema de aprovechamiento fotovoltaico.

5.2.3. *Sistema local de empresas (SILE)*

El sistema local de empresas aparece como el componente más débil de la estructura territorial de Infesta. A pesar de encontrarse en un entorno económicamente dinámico, vinculado al sector vitivinícola y próximo a Verín, la aldea presenta una escasa densidad empresarial y una limitada capacidad para transformar localmente los recursos que genera.

Los propios participantes en los talleres del proyecto PAISACTIVO identificaron la ausencia de centros logísticos, la insuficiente transformación de materias primas, la escasa promoción de los productos locales y el reducido mercado interno como algunas de las principales limitaciones para el desarrollo económico. Estas circunstancias dificultan la creación de empleo y reducen la capacidad de retener valor en el territorio.

Sin embargo, las oportunidades son considerables. La presencia del Camino de Santiago, la proximidad de Portugal, la singularidad paisajística del entorno, el prestigio creciente de los productos agroalimentarios de la comarca y la disponibilidad de recursos forestales y energéticos ofrecen una base interesante para el desarrollo de nuevas iniciativas vinculadas a la bioeconomía, la transformación agroalimentaria, el turismo de pequeña escala y los servicios asociados a la gestión del territorio.

5.2.4. *Comunidad intergeneracional y multicultural (CIM)*

La comunidad intergeneracional constituye actualmente el principal factor limitante para la consolidación de una nueva economía local. El envejecimiento de la población, la escasez de jóvenes residentes y la dificultad para atraer nuevos pobladores condicionan la capacidad de emprendimiento, innovación y renovación social de la aldea.

La elevada presencia de propietarios ausentes y la pérdida progresiva de algunas formas tradicionales de cooperación contribuyen también a debilitar la capacidad colectiva para afrontar proyectos compartidos. Esta realidad aparece de forma reiterada en los procesos participativos desarrollados durante el proyecto.

No obstante, la implicación de la población en iniciativas como la Aldea Modelo, la comunidad energética o los procesos de planificación participativa dentro del proyecto PAISACTIVO, demuestra que todavía existe un capital social relevante sobre el que construir nuevas dinámicas comunitarias. El principal desafío para el futuro de Infesta consiste en transformar estas experiencias en estructuras permanentes de cooperación capaces de fortalecer la gobernanza local y favorecer la incorporación de nuevas generaciones.

5.3. *Palancas de movilización*

La nueva economía para la aldea identifica dos grandes palancas capaces de activar y reforzar los sistemas territoriales descritos anteriormente: la cultura del territorio y las nuevas tecnologías. Ambas están presentes en Infesta y constituyen elementos clave para transformar los recursos existentes en oportunidades reales de desarrollo.

La cultura del territorio representa uno de los principales activos de la aldea. La tradición agrícola y vitivinícola, el conocimiento acumulado sobre la gestión de los recursos locales, la existencia de elementos patrimoniales vinculados al agua, la red histórica de caminos y la propia identidad territorial de Monterrei conforman un capital cultural que sigue estando presente, aunque parcialmente debilitado por los procesos de envejecimiento

y despoblamiento. Su recuperación y actualización resultan fundamentales para fortalecer los vínculos entre comunidad y territorio, reforzar el sentido de pertenencia y generar nuevas oportunidades económicas vinculadas a los recursos endógenos.

Por su parte, las nuevas tecnologías ofrecen herramientas capaces de mejorar la competitividad y la resiliencia del territorio. La experiencia desarrollada en torno a la comunidad energética local constituye un ejemplo destacado de cómo la innovación puede adaptarse a las características y necesidades del medio rural. La mejora de la conectividad digital, la gestión inteligente de los recursos territoriales, la innovación aplicada a la producción agraria y energética o las nuevas modalidades de trabajo y emprendimiento abren nuevas posibilidades para la diversificación económica y la fijación de población.

A estas dos palancas se suma un factor cada vez más relevante en las dinámicas de reequilibrio territorial: la calidad de vida. Infesta reúne condiciones que resultan especialmente atractivas para quienes buscan entornos residenciales más saludables y tranquilos, sin renunciar a los servicios esenciales. La combinación entre paisaje, seguridad, contacto con la naturaleza y relaciones sociales de proximidad, junto con la cercanía a Verín, Monterrei y a los principales equipamientos y servicios de la comarca, constituye una ventaja comparativa significativa frente a otros espacios rurales más aislados.

La convergencia entre cultura territorial, innovación tecnológica y calidad de vida configura así una base sólida para impulsar nuevas dinámicas de desarrollo. En buena medida, la capacidad futura de Infesta para consolidar una nueva economía local dependerá de su habilidad para combinar estos tres factores, preservando su identidad territorial y adaptándose al mismo tiempo a las demandas sociales, económicas y ambientales del siglo XXI.

5.4. *Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades*

Potencialidades

Apoyo institucional, técnico y científico.

Disponibilidad de agua y recursos forestales.
Existencia de una comunidad de montes.
Comunidad energética y red de calor basadas en recursos locales.
Proximidad a Verín, Monterrei y a la A-52.
Tradición agrícola, vitivinícola y forestal.
Calidad ambiental, paisaje y patrimonio local.

Obstáculos

Fragmentación de la propiedad y minifundismo
Dificultad de acceso a la tierra y escasa oferta de parcelas disponibles
Exceso de burocracia y complejidad normativa.
Escasez de mano de obra y dificultades para atraer nuevos pobladores
Escasez de espacios y servicios de encuentro comunitario.
Limitada transformación y comercialización local de productos.
Débil cooperación económica y empresarial.

Riesgos

Dificultad en el relevo generacional y persistencia de dinámicas de despoblamiento
Proximidad de monocultivos forestales inflamables.
Zona potencialmente inundable asociada al río Rubín y a torrentes,
Riesgo de incendios por el continuo de espacios agrarios en abandono y cultivo forestal intensivo.
Pérdida de cultura territorial.
Dependencia excesiva de apoyos externos para impulsar procesos de revitalización.

Debilidades

Pérdida de la funcionalidad agraria y ganadera.
Escasa población residente.
Envejecimiento demográfico.
Escasa capacidad de iniciativa local

Debilidad de la estructura comunitaria

Limitada capacidad económica local y escasa diversificación.

Limitada valorización social de los recursos y capacidades locales

Oportunidades

Buenas condiciones para la producción agroalimentaria.

Consolidación de la aldea modelo como instrumento de movilización territorial.

Potencial diversificación productiva vinculada a la agricultura, la ganadería y la bioeconomía.

Aprovechamiento turístico del Camino de Santiago y del patrimonio cultural y natural

Atracción de nuevos residentes por su calidad de vida, tranquilidad y cercanía a servicios.

Desarrollo de nuevas actividades vinculadas al teletrabajo y los servicios de proximidad.

Cooperación transfronteriza y fortalecimiento de los vínculos con Verín y la comarca.

6. *Conclusiones*

El análisis del caso de Infesta permite comprender los procesos de dinamización rural contemporáneos como construcciones progresivas en las que la articulación de instrumentos públicos, marcos estratégicos y dispositivos técnicos resulta determinante.

Lejos de responder a dinámicas espontáneas, la activación del territorio se configura, en este caso, a partir de un impulso inicial de carácter institucional, que establece las condiciones necesarias para la reorganización productiva, la planificación territorial y la definición de nuevas oportunidades de desarrollo.

En este sentido, el caso pone de relieve la capacidad de determinados instrumentos —como la *Lei 11/2021 de recuperación da terra agraria* de

Galicia, la figura de aldea modelo o los proyectos territoriales vinculados a la nueva economía para la aldea— para actuar como elementos tractores en contextos caracterizados por limitaciones estructurales, como el envejecimiento demográfico, la fragmentación de la propiedad o la baja densidad de iniciativa económica. La combinación de estos dispositivos permite superar enfoques sectoriales y avanzar hacia modelos de intervención más integrados, en los que la dimensión agraria, territorial y social se abordan de forma conjunta.

Al mismo tiempo, el caso de Infesta confirma la relevancia de los marcos estratégicos territoriales, como la Estrategia de Desarrollo Local Participativo del Grupo de Desarrollo Rural y de las metodologías aplicadas, como la desarrollada en PAISACTIVO, en la estructuración de procesos de dinamización complejos. La integración de diagnóstico, planificación, participación y gobernanza constituye un elemento clave para orientar la intervención y dotarla de coherencia a medio plazo.

No obstante, el análisis pone también de manifiesto que la sostenibilidad de estos procesos depende de su capacidad para evolucionar desde modelos de impulso institucional hacia formas más consolidadas de gobernanza territorial. La implicación progresiva de la comunidad local, la emergencia de iniciativas endógenas y la apropiación social de los procesos se configuran como factores críticos para garantizar la continuidad y efectividad de las estrategias de dinamización.

Desde una perspectiva más amplia, el caso permite cuestionar la aparente novedad de algunas de las estrategias actuales de desarrollo rural, al evidenciar su conexión con lógicas históricas de organización territorial basadas en la multifuncionalidad y en la integración de usos. En este sentido, la denominada «nueva economía para la aldea» puede interpretarse como una relectura contemporánea de principios estructurales ya presentes en los sistemas agrarios tradicionales, adaptados a las condiciones sociales, tecnológicas y económicas actuales.

El caso de Infesta muestra, además, que la existencia de recursos territoriales de calidad no garantiza por sí sola procesos sostenidos de revitalización.

La fertilidad de las tierras, la disponibilidad de agua, la tradición vitivinícola, la presencia del Camino de Santiago, los montes vecinales o la proximidad a Verín y Monterrei constituyen activos territoriales de primer orden.

Sin embargo, su aprovechamiento efectivo continúa condicionado por factores como el envejecimiento demográfico, la escasez de relevo generacional, la fragmentación de la propiedad y la limitada capacidad de iniciativa económica local. El principal desafío no radica tanto en la disponibilidad de recursos como en la capacidad para movilizarlos de forma coordinada y convertirlos en oportunidades de desarrollo para la población residente. Los talleres participativos realizados en el marco de PAISACTIVO reflejan, además, una notable conciencia local sobre el valor de estos recursos y sobre la necesidad de reforzar su reconocimiento social y económico.

Por otra parte, la experiencia de la comunidad energética y de la red de calor alimentada mediante biomasa forestal local introduce una dimensión especialmente relevante para la construcción de aldeas resilientes. Este tipo de iniciativas muestran cómo la innovación tecnológica puede integrarse con los recursos endógenos del territorio, reforzando simultáneamente la sostenibilidad ambiental, la autonomía energética y la capacidad de adaptación frente a desafíos futuros. Del mismo modo, la combinación entre calidad ambiental, tranquilidad residencial, relaciones sociales de proximidad y acceso relativamente cercano a servicios y equipamientos comarcales configura un escenario favorable para atraer nuevos pobladores y actividades compatibles con los modos de vida contemporáneos. En este sentido, Infesta pone de manifiesto que la revitalización rural no depende exclusivamente de la recuperación productiva del territorio, sino también de su capacidad para ofrecer condiciones atractivas para vivir, trabajar y desarrollar proyectos de vida en el medio rural.

En definitiva, Infesta se configura como un caso representativo de modelos híbridos de dinamización rural, en los que la acción pública desempeña un papel tractor en las fases iniciales, pero cuya consolidación dependerá de la capacidad para activar dinámicas locales y construir estructuras de gobernanza más inclusivas. Esta lectura refuerza la necesidad de políticas

rurales sensibles al contexto, capaces de adaptarse a la diversidad de situaciones territoriales y de acompañar los procesos de transformación de forma sostenida en el tiempo.

Moal



Moal y al fondo el bosque de Muniellos. Foto: GDR Alto Narcea Muniellos

El diseño de un sistema agroecológico local a la puerta del gran bosque

José Antonio González. Departamento de Geografía
Universidad de Oviedo
Rocío Rosa
Servicio Regional de Investigación y Desarrollo Agroalimentario
(SERIDA). Gobierno del Principado de Asturias

Moal forma parte de las aldeas ultraperiféricas de las denominadas alas de Asturias. Las primeras referencias históricas aparecen en el siglo XII, y apuntan a su origen como asentamiento vinculado al aprovechamiento agrosilvopastoral del Monte Muniellos, hoy Reserva Integral del mismo nombre; así como a su condición de último pueblo de paso hacia el Puerto del Connio, nexo de comunicación entre los municipios de Ibias y Cangas del Narcea.

Hasta la segunda mitad del siglo XX su actividad económica estuvo ligada a la agricultura, la ganadería y el aprovechamiento forestal del citado monte. A partir de 1950, el desarrollo de la minería de antracita se convierte en el principal nicho de empleo local, dando lugar a la figura del minero-campesino, característica que se mantendrá hasta el reciente cierre masivo de la minería de carbón en todo el país. Reconversión minera y aislamiento geográfico condicionan como en ningún otro lugar el futuro de esta aldea de montaña.

La comunidad aldeana de Moal, a pesar de los condicionantes descritos, ha sido consciente de que no hay aldea sin futuro, sino aldea sin proyecto, y que ese proyecto es el propio territorio que habitan. Sus vecinos se han propuesto, en clave de innovación territorial, reactivar los elementos que conforman su tradición productiva y que durante siglos han marcado la identidad y el carácter del paisaje de su aldea. Han entendido que la aldea

no es la simple suma de sus partes y elementos, sino un sistema de relaciones complejas e interdependientes.

De una forma original han sentado las bases para la recuperación de sus tierras cultivo, el manejo sostenible de sus montes, el aprovechamiento integral de sus recursos naturales locales y la comercialización directa de sus producciones. Es decir, han sentado las bases para rehabilitar en clave de futuro su sistema agroecológico local (en adelante SAL) entendido como: «la organización local e integrada de la producción de la agricultura, la ganadería y la silvicultura, así como los servicios agroecosistémicos vinculados y derivados de estas actividades y aquellos otros aprovechamientos relacionados directa o indirectamente con el uso y disfrute recreativo y cultural del paisaje que los alberga»[1].

La originalidad del proceso inicial de análisis y reconocimiento del SAL radica en que surgió por iniciativa de los vecinos y contó con el apoyo de la Administración Regional de Asturias, el Grupo de Desarrollo Rural Narcea-Muniellos, e investigadores de la Universidad del Oviedo y del Servicio Regional de Investigación y Desarrollo Agroalimentario del Principado de Asturias (en adelante SERIDA).

El objetivo que se estableció por los integrantes de equipo era claro: «saber qué, cómo, dónde y cuánto se podía producir de forma sostenible en Moal», y a la vez dar cuenta de las implicaciones que ello tiene para conservar el paisaje y la agrobiodiversidad local, así como los servicios agroecosistémicos asociados a esa forma de producir.

Para el desarrollo de un SAL es fundamental un enfoque bottom up (la comunidad como punto de partida) y la creación de una estructura de coordinación doble e interconectada: primero, interna (comunidad vecinal) y, segunda, externa (administraciones, técnicos, investigadores, etc.). Ambos grupos deben conformar un equipo de trabajo interdisciplinar que combine saberes tradicionales y conocimientos científico-técnicos.

[1] «El sistema agroecológico local (SAL) de Moal: Ordenación, planificación, y gestión comunitaria del terrazgo y el monte de y desde una aldea asturiana», disponible *online*.

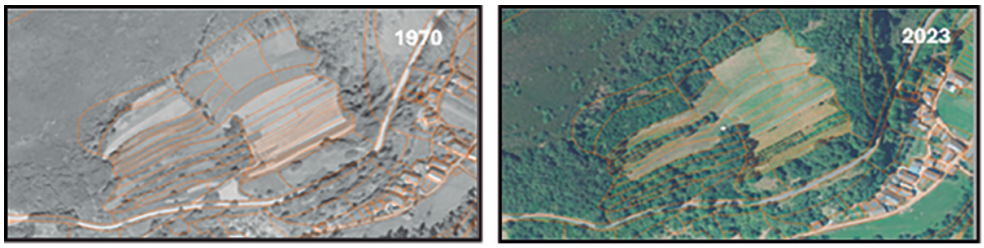
La metodología empleada se fundamentó en el desarrollo local participativo, la ecología del paisaje y la agroecología como puntos de encuentro entre la comunidad aldeana y la comunidad científico-técnica. Al amparo de la fusión de las técnicas y métodos de las citadas disciplinas, la recuperación y rehabilitación del SAL se plasmó en un Plan Estratégico para la Gestión Agroecológica (PEGA en adelante) de la aldea. El PEGA es una guía detallada para la recuperación del SAL que sirve para cualquier aldea que quiera recuperar su SAL, teniendo en cuenta que su estructura debe contar con los siguientes contenidos mínimos:

1. *Institucionalidad de aldea*: el SAL debe ayudar a los vecinos a evolucionar y organizarse en el espacio, el territorio y el tiempo. Impulsa la recuperación o creación de normas consuetudinarias de convivencia y gestión común. Estas normas regulan usos y prácticas colectivas basadas en la tradición o en nuevas necesidades, se deben plasmar en ordenanzas locales que deben coordinarse con instituciones y normativas superiores de forma eficaz y equilibrada.

2. *Marco ecológico*: el análisis detallado de los factores que conforman el medio físico como soporte de la acción humana es fundamental para entender las limitaciones y potencialidades productivas de la aldea. Se debe prestar especial atención a los suelos, el clima, la dinámica de la vegetación y la biodiversidad presente.

3. *Poblamiento y comunidad*: es clave conocer quién vive en la aldea, cómo se relacionan entre ellos y con la tierra. Se analizan tanto los residentes permanentes como los temporales y los vinculados desde la ciudad (potenciales consumidores). También se valora la capacidad de acogida, la disponibilidad de vivienda y la permeabilidad hacia nuevas actividades económicas y sociales.

4. *Estructura de la propiedad*: se debe identificar la propiedad privada y comunal de la aldea. Es fundamental crear un plano parcelario actualizado con propietarios y usos vinculados. Esto permite planificar usos actuales y potenciales, unidades mínimas de cultivo, así como detectar las posibles necesidades de reestructuración de la propiedad.



Imágenes aéreas comparadas en las tierras de labor (cortinales) de Moal. Composición: J.A. González.

5. *Usos y manejo de la tierra*: se localizan y estudian los usos del suelo en las distintas zonas y épocas (histórica, actual y futura) mediante la implementación de un Sistema de Información Geográfica a escala de parcela. El estudio de la evolución de los usos del suelo es clave para entender la evolución del paisaje, su dinámica y necesidades en la gestión futura. Los usos del suelo pueden dividirse en:

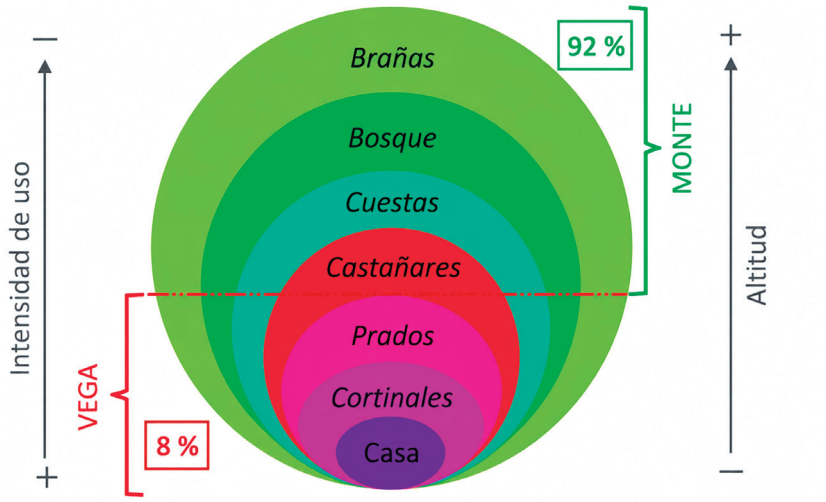
a) *Usos históricos*: corresponden al periodo preindustrial hasta mediados del siglo XX. Representan la identidad y prácticas tradicionales de la aldea y son las propias de una economía campesina. Responden a la pregunta: quiénes fuimos en el pasado.

b) *Usos actuales*: reflejan cambios por intensificación productiva o abandono del territorio. Incorporan influencias urbanas y transformaciones recientes. Responden a la pregunta: quiénes somos ahora.

c) *Usos potenciales*: Permiten planificar el desarrollo sostenible, el manejo de las tierras y las nuevas oportunidades productivas. Definen el modelo ideal de paisaje y producción agroecológica asociada. Responden a la pregunta: quiénes y qué queremos ser en el futuro.

6. *Definición del canon paisajístico y de los procesos agroecológicos esenciales para su conservación*: a partir del análisis de los usos del suelo se establece el *canon*[2] paisajístico. Se orienta al diseño de un mosaico paisajístico

[2] El concepto de canon aplicado al paisaje hace referencia al conjunto de reglas y manejos que se realizan en el territorio, tanto en variedad como en intensidad, para conseguir alcanzar y mantener en el tiempo la estructura del paisaje que se aspira mantener.



Esquema teórico de la estructura del paisaje y sus respectivas unidades en Moal.

diverso, dinámico y equilibrado, fruto de la combinación armónica entre aprovechamiento sostenible y conservación de los recursos naturales. En este punto es muy importante definir las unidades del paisaje y detectar las dinámicas vigentes en cada una de ellas, con especial atención a: la pérdida de tierras de cultivo, el cierre gradual del paisaje por matorralización y la reforestación, así como los riesgos asociados (caso de los incendios forestales). Para el diseño de la estrategia productiva agroecológica se analizan los procesos agroecológicos esenciales[3] en las diferentes unidades y periodos del año sin comprometer la estructura del paisaje.

7. *Estrategia productiva, producciones agroalimentarias y servicios agroecosistémicos*[4] *asociados*: el objetivo es definir un sistema de producción

[3] Se entiende por procesos agroecológicos esenciales el conjunto ordenado, secuenciado, programado, articulado e interrelacionado de tareas agropecuarias y forestales —polinización, injerto de frutales, laboreo de las tierras de cultivo, horticultura, preparación del cuito, podas, entresacas, desbroces, quemas, pastoreo...— necesarias y suficientes, en intensidad, complementariedad y dedicación, que debe realizar la aldea para el mantenimiento de su canon y carácter paisajístico.

[4] Los servicios ecosistémicos son beneficios que un agroecosistema aporta a la sociedad y que mejoran la salud, la economía y la calidad de vida de las personas ahora y en el futuro. Son ejemplos de ello la provisión de alimentos, agua limpia, la formación de suelo, la regulación del ciclo del carbono, la seguridad alimentaria, la polinización o el ocio y disfrute del paisaje entre otros.

multifuncional que integre los procesos agroecológicos esenciales como garantía de conservación del mosaico paisajístico y de la agrobiodiversidad asociada. Para el caso de Moal se considera idónea una versión actualizada de la lógica de la casería tradicional[5], hoy denominada *polyfarming* que integra policultivos destinados a la producción agraria, ganadera, forestal y otros servicios ecosistémicos.

8. *Modelo organizativo, gestión y comercialización de las producciones derivadas del SAL*: tan importante como el diseño del SAL es la configuración del modelo de organización socioeconómica que le de soporte y ejecute la estrategia productiva y dé vida al PEGA. Ello supone la actualización del pensamiento campesino tradicional, cercenado en la actualidad por el individualismo, y en contraposición apostar por un modelo basado en formulas colectivas, como las cooperativas territoriales, capaces de integrar estructuras flexibles y adaptativas de producción, transformación y comercialización directa.

La recuperación y reactivación de un SAL desde la experiencia de Moal tiene como finalidad última la obtención de un conjunto articulado de resultados que apuntalen la sostenibilidad económica, social, cultural y ambiental, cuya consecución se entiende como condición necesaria para asegurar la viabilidad futura de la aldea como unidad territorial, funcional, productiva y comunitaria. En este sentido, los resultados esperados no se conciben como logros independientes, sino como manifestaciones interrelacionadas de un mismo proceso de reactivación integral del territorio.

Desde el punto de vista económico, se espera una reactivación sostenida de la actividad productiva local basada en la diversificación de producciones agroalimentarias, forestales y otros servicios ecosistémicos. Esta diversificación se traduce en la generación de nuevas rentas, en la mejora del valor añadido de los productos locales, especialmente mediante su orientación

[5] En este sentido, y en muchos otros, existe coincidencia con la experiencia de la aldea de Asiegu en donde el concepto actualizado de casería y la estrategia productiva de la misma, herencia de la economía campesina clásica, son inspiradores para diseñar los nuevos modelos productivos de la aldea.

hacia modelos de producción agroecológica, y en la reducción de la dependencia de insumos externos. Asimismo, la activación de la cooperativa y la gestión concertada de las tierras permite optimizar el uso del minifundio, movilizar superficies actualmente abandonadas y consolidar un sistema económico local capaz de integrarse en circuitos comerciales de proximidad y mayor alcance.

En el ámbito social, los resultados se orientan al fortalecimiento de la comunidad aldeana como sujeto activo del proceso. Se refuerza la cohesión social, se favorece la integración intergeneracional y se estimula la participación corresponsable de los vecinos en la gestión del territorio. De igual modo, se aspira a consolidar la relación entre la población residente y la población vinculada, reconociendo el papel estratégico de esta última como soporte de la demanda, vehículo de difusión y potencial agente de desarrollo fuera de la aldea. Todo ello contribuye a la mejora de la calidad de vida, al arraigo poblacional y a la atracción de nuevos pobladores.

Desde la perspectiva ambiental, los resultados se concretan en la recuperación funcional del sistema agroecológico mediante la restauración de procesos productivos vernáculos, propios de las economías campesinas, adaptados a criterios contemporáneos de sostenibilidad. Ello implica una mejora en la fertilidad de los suelos, en la calidad de las aguas y del aire, así como una recuperación progresiva de la agrobiodiversidad y del paisaje en mosaico característico de la aldea; así como una multiplicación en la provisión de servicios ecosistémicos. En el caso de Moal, la conservación de su mosaico, y la recuperación de unidades como los prados o las zonas de cultivos, aportan además valor añadido y estratégico al espacio protegido en el que se integra, ya que contribuyen a reducir la propagación de incendios y enfermedades animales y vegetales, entre otros beneficios ambientales.

El SAL diseñado supone, por tanto, un incremento de la resiliencia territorial de Moal y de su entorno inmediato (caso de la Reserva Integral de Muniellos), entendida como la capacidad de la aldea para adaptarse a los cambios, reducir su vulnerabilidad y aumentar su autonomía en la producción de alimentos, energía y servicios ecosistémicos de interés para la

sociedad en general, y los moaleses en particular. La convergencia de los resultados económicos, sociales y ambientales entorno al SAL permiten reconfigurar un modelo de desarrollo local participativo, equilibrado y sostenible, susceptible de servir como referencia para otras aldeas que afronten procesos similares de reactivación.

Breve descripción socioeconómica y territorial

1. *Marco geográfico y socioeconómico*

Moal pertenece a la parroquia de Veiga de Rengos, en el concejo de Cangas del Narcea (Asturias). Dista 20 km. de la capital del concejo, Cangas del Narcea, y 110 km. de Oviedo, con tiempos de desplazamiento en automóvil próximos a los 20 minutos y a las 2 horas respectivamente. Cuenta con una población de 83 habitantes (40 hombres, 43 mujeres), lo que le otorga una densidad de población de 7,7 habitantes/km^2, y la calificación de un área escasamente poblada según la nomenclatura de la Unión Europea. Se sitúa a una altitud de 580 m.s.n.m. y se organiza en cuatro barrios: el Cascarín, el Chamazu, el Fuexu y el Corralín,

El emplazamiento físico de la aldea responde a una clara estrategia de adaptación ecológica: se asienta en el sector inferior de la vega más amplia y de mejores suelos del río Tablizas. El núcleo habitado con una clara disposición caminera, paralela a dicho río, se sitúa en el arranque de la ladera de solana del valle, en busca de unas mejores condiciones de insolación y una mayor seguridad ante posibles inundaciones.

Moal, y así lo manifiesta la comunidad local en su lema, es la *Puerta de Muniellos*, el gran bosque del suroccidente asturiano —y el mayor robledal de la península Ibérica—, lo que condiciona extraordinariamente su biogeografía y su forma de vida y le confiere a la localidad una peculiaridad que no se da en el resto de aldeas que participan en este proyecto de cooperación: está enclavada en una zona especialmente despoblada, es la aldea más alejada de los centros urbanos y se sitúa en una zona dominada por los condicionantes medioambientales de alto valor natural, con la presencia de especies singulares y propias de los territorios menos alterados de la Cordillera Cantábrica, como son el oso, el lobo y el urogallo.



La comunidad vecinal de Moal. Foto: Asociación Cultural de Moal

2. *Antecedentes históricos*

Moal aparece citado por primera vez en el Libro Registro de Corias en el año 1187. Se trataba de una donación al Monasterio de Corias de la heredad de Penna, sita en «Muale».

El *Diccionario Geográfico e Histórico de España* de Pascual Madoz ofrece una información de las producciones, industrias y comercio de los pueblos de la parroquia de Veiga de Rengos, a la que pertenece Moal. En las producciones menciona: «centeno, trigo, maíz, habas, arvejas, patatas, lentejas, lino, cáñamo y frutas; se cría ganado vacuno, caballar, de cerda, lanar y cabrío; caza de perdices, faisanes [urogallos], rebecos, corzos y jabalíes, y pesca de anguilas y truchas». Como industrias señala: «la agrícola y 5 molinos harineros», y como comercio: «exportación de algunos cereales, maderas y cal, e importación de géneros de vestir». En el monte se producían tres productos que Madoz no menciona, pero que tenían cierta importancia en Moal: la castaña, y la miel y la cera[6].

[6] Comunicación personal de Juaco López, Muséu del Pueblu d´Asturies.



Emplazamiento y situación de Moal a las puertas del bosque Muniellos Foto: J.A. González

En la historia de Moal juega un papel determinante el monte de Muniellos, al que hemos hecho referencia, propiedad del conde de Toreno hasta 1901. El monte fue vendido a distintos propietarios durante los años sucesivos hasta que, en 1973, lo compró el ICONA, es decir el Estado, para conservarlo como espacio natural protegido. Desde 1768 se explotó la madera de roble, a veces con gran intensidad, tanto por la Marina Real como por empresas foráneas a partir de 1833. En todos los casos llegaron a Muniellos numerosos trabajadores asturianos, españoles y extranjeros, que vivían en el mismo monte o en pueblos de los alrededores.[7]

Y junto a Muniellos, la otra gran referencia, de la aldea es el carbón. En la segunda mitad del siglo XX, el monte y la madera dejaron de ser los grandes recursos de los vecinos y fueron sustituidos por la explotación de minas de antracita, que se abrirán en la misma parroquia de Veiga de Rengos y en las proximidades (Monasterio de Hermo, Gillón). A la vez, con la compra de Muniellos por el Estado, la explotación de madera en este espacio se cortó definitivamente, y el trabajo en la mina sustituirá al trabajo en el monte y la sierra. La mayor parte de los hombres de todas las casas de la aldea trabajaran en la mina y comenzará esa figura del trabajador mixto, mitad cam-

[7] Juaco López, *Idem.*

pesino, mitad minero, que será la que caracterice a la minería de la cuenca alta del río Narcea hasta su desaparición en la actualidad.[8]

3. *Antecedentes y desencadenantes contemporáneos*

El final de la minería del carbón y el inicio de un movimiento asociativo vecinal son las dos circunstancias que marcan la historia reciente de Moal. Existe una ventaja comparativa de Moal con respecto a otras aldeas: el proceso de industrialización alrededor de la mina dejó un mayor poder adquisitivo local gracias, en primer lugar, a los salarios de la mina y, en segundo lugar y una vez finiquitada la minería, a las pensiones y prejubilaciones.

Pero en el caso de Moal dejó también una reflexión de fondo sobre el futuro. El presente estaba garantizado por el sistema público de pensiones; la nueva generación —hijos y nietos— con empleos urbanos y «emigrados» a las ciudades seguían, sin embargo, manteniendo un vínculo afectivo y arraigo con la aldea. Pero la inquietud que flotaba en el aire podría resumirse en que más que una preocupación por el presente lo era por el porvenir: ¿cuál podría ser el futuro de la aldea?

Para comenzar a pensar en el futuro los vecinos decidieron asociarse y lo hicieron a través de tres asociaciones, una primera de mujeres —creada en 2002—, otra cultural (2009) y una tercera deportiva (2012) que trabajan en conjunto y se reparten tareas pero que se plantearon inicialmente unos objetivos comunes: motivar la vuelta temporal de la población emigrante al pueblo, despertar el interés a visitantes atraídos por la actividad de Moal y mejorar la calidad de vida de los vecinos que residen permanentemente. Como dato curioso cabe destacar que el número de socios de las asociaciones duplica al censo de habitantes residentes fijos.

Las asociaciones de Moal desarrollaron una serie de actividades de carácter social, cultural y deportivo, como jornadas sobre incendios forestales y seguridad en la montaña, reciclaje doméstico, el lobo, los maestros de Moal, el asociacionismo... presentaciones de libros, recuperación de fiestas populares como el *magüesto*, la hoguera de San Juan o el *antroxo*, y

[8] Juaco López, *Idem.*

también el abordaje de obras comunitarias para arreglar caminos, puentes o muros.

Pero, sin duda, la iniciativa más compleja desde el punto de vista organizativo fue la carrera de montaña «Puerta de Muniellos». La primera edición, organizada por la asociación de mujeres y la cultural, se celebró en 2012 y reunió a 195 corredores. La organización, totalmente artesanal, sin servidor web, ni bases de datos, siguiendo un sistema manual, por teléfono y contacto a través de correo electrónico con cada inscrito, resulto un éxito y un espaldarazo para continuar en los años sucesivos. Aquella primera prueba fue también el germen de la asociación deportiva que surgiría poco después. La organización de una prueba que discurre por el bosque y los senderos de Moal y que reúne a centenares de participantes cada año desde su primera edición —en la actualidad limitada a 300 personas, para evitar la masificación, aunque se supera el millar de preinscripciones—, no solo sirvió para demostrar la capacidad de organización comunitaria sino para dar a conocer Moal en el exterior.

El prestigio de la carrera de montaña ha hecho que Moal sea merecedora de reconocimiento, al punto de ser una de las cinco pruebas puntuables para la Copa de Asturias de Carreras por Montaña, organizada por la Federación Española de Montaña del Principado de Asturias (FEMPA). En 2017, la carrera pasó a ser Campeonato de Asturias individual y de clubes en todas las categorías, lo que significa que el ganador de la prueba se proclamaba Campeón de Asturias de Carreras por Montaña.

Detrás de un evento deportivo de tal magnitud hay un trabajo de lucha y entrega de todo un pueblo, que, con poco más de 80 habitantes, se multiplica y consigue acoger la prueba con gran profesionalidad. Las tres asociaciones se dividen el trabajo, reúnen voluntarios y se movilizan meses antes de la fecha para que todo esté en orden.

Más adelante, en 2020, y a partir de creación de la Sociedad Cooperativa Puerta de Muniellos por parte de los vecinos, se inició un proceso de reflexión acerca de las posibilidades socioeconómicas y socioecológicas de la aldea. En ese contexto se tomó la iniciativa de solicitar una reunión



Salida de la carrera de montaña Puerta de Muniellos. Foto: José Lago.

al Comisionado para el reto demográfico del Principado de Asturias para plantearle sus inquietudes. Para atender esta petición desde el Comisionado se organizó un grupo de trabajo en el que participaron técnicos de la Dirección General de Infraestructuras Rurales y Montes, la Dirección General de Urbanismo y Ordenación del Territorio, el Museu del Pueblu d´Asturies, el Grupo de Desarrollo Rural del Alto Narcea-Muniellos, la Universidad de Oviedo y al Servicio Regional de Investigación y Desarrollo Agroalimentario (SERIDA).

El primer trabajo de este grupo de investigación aplicada, en el que participaron 18 personas —funcionarios, técnicos, investigadores y vecinos de Moal—, fue la elaboración del ya citado estudio sobre el sistema agroecológico de la aldea: *El sistema agroecológico local* (SAL) *de Moal: Ordenación, planificación, y gestión comunitaria del terrazgo y el monte de y desde una aldea asturiana.*

Al proceso iniciado sobre las posibilidades de desarrollo de Moal se fueron sumando más entidades, como FAEN (Fundación Asturiana de la Energía) y CETEMAS (Centro Tecnológico Forestal y de la Madera) para realizar un informe sobre el sistema energético local.



Vecinos, técnicos, investigadores y funcionarios trabajando juntos en el reconocimiento del SAL de Moal. Foto: J. Izquierdo.

La idea de fondo era, por una parte, tratar de abordar los problemas que el abandono de las actividades tradicionales locales vinculadas a la agricultura, la ganadería y el aprovechamiento del monte acarrean y, por otra, incorporar nuevas perspectivas, nuevas visiones y nuevas tecnologías para gestionar el agroecosistema local y poner en movimiento nuevas opciones económicas para la aldea. La finalidad es también doble: a la vez que se evitan riesgos ecológicos por medio de la movilización de los recursos locales se está contribuyendo a crear nuevas oportunidades de empleo local, generación de renta y a desarrollar un modelo de futuro para el porvenir de la aldea.

A estas ideas, digamos de gran recorrido, de fondo y aún en proceso, se une el proyecto de la cooperativa vecinal Puerta de Muniellos de recuperar el bar como primer paso de un proyecto más ambicioso. El bar abrió finalmente sus puertas en junio de 2024.

4. *Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico*

El potencial de Moal como aldea del siglo XXI está vinculado tanto a nuevas visiones sobre sus posibilidades locales como a la incorporación de

una nueva generación de emprendedores que, aliándose con los vecinos, puedan movilizar las potencialidades de la aldea.

5. *Requisitos previos*

Moal tiene su referencia urbana más próxima en la villa de Cangas del Narcea, que cuenta con una población de 5.607 habitantes (2025). De todas las aldeas que participan en este proyecto de cooperación es la más distal de los centros urbanos de tamaño medio. Por tanto, en ese sentido, es la aldea más netamente «rural». La comunicación telemática es bastante limitada, lo que dificulta las comunicaciones y constituye una de las principales dificultades y reclamaciones de los vecinos. Por lo demás, el acceso a los servicios públicos y comerciales es el propio de aldeas en entornos rurales periféricos, alejados de los centros urbanos.

No obstante, y como todas las aldeas participantes en el proyecto, tiene una comunidad vecinal organizada y activa, en la que participan tanto los vecinos con residencia permanente —generalmente de mayor edad—, como sus descendientes que, mayoritariamente, residen en los centros urbanos del centro de Asturias, pero mantienen un vínculo activo y se involucran con las iniciativas de la aldea.

6. *Ejes de desarrollo*

Moal destaca no tanto por el cumplimiento de los considerados ejes de desarrollo de la nueva economía para la aldea como por las reflexiones e investigaciones que entre el vecindario, las instituciones públicas y los centros de investigación han elaborado, que han servido para avanzar metodológicamente en el proceso de implantación de esa nueva economía y pueden ser replicables en otras aldeas, especialmente en lo tocante al SAL y el SEL.

7. *Sistema agroecológico local (SAL)*

El sistema agroecológico local de Moal está ampliamente estudiado y definido en el trabajo anteriormente citado. Sin duda, un trabajo esencial para conocer las posibilidades productivas del sistema radicaría en seguir

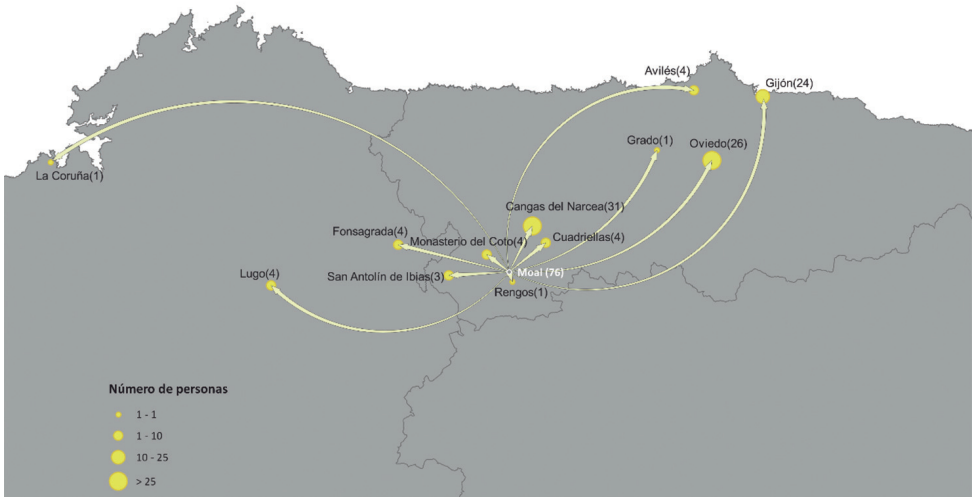


Plantación de Fabón. Foto: J.A. Rodríguez.

avanzando en esa dirección y en la elaboración de un proyecto de viabilidad que defina los requisitos para implantar una unidad de gestión, que sustituya a la organización campesina del pasado y que esté capacita para gestionar la totalidad del agroecosistema de la aldea. En cualquier caso, faltaría por seguir avanzando para concretar ese proyecto de viabilidad y, sobre todo, en encontrar un grupo de jóvenes agricultores a los que encomendar la puesta en funcionamiento del sistema. Como se ha comentado en la primera parte de este trabajo, las aldeas tienen ahora más posibilidades de comercialización de sus productos que nunca en la historia y, sin embargo y paradójicamente, tienen también menos producción que nunca, al punto que su diversificado sistema agroalimentario local se ha detenido y ha empezado a ser invadido por el avance del monte.

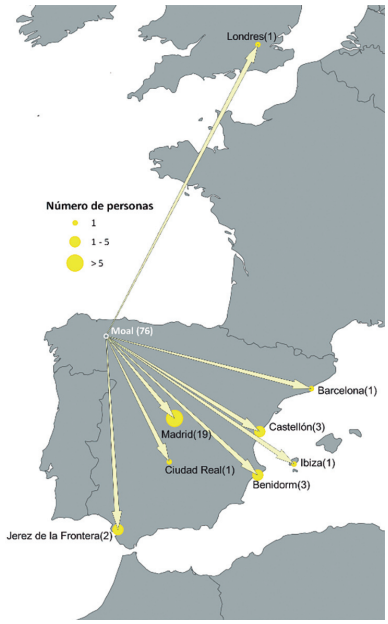
Entre las producciones locales destaca el cultivo de una variedad de judía local, conocida como «Fabón de Moal» que ha sido objeto de investigación por el SERIDA[9].

[9] Para más información se puede descargar el informe sobre el Fabón de Moal, disponible *online.*



Moal. Población residente y población vinculada (diáspora) a menos de 300 km.

La novedad y el requisito fundamental para poner en producción un sistema agroecológico local reside en la clarificación de la propiedad y en la reorganización de las tierras de labor y el monte para que se constituyan en una única unidad de producción multifuncional y en policultivo: agricultura, fruticultura, ganadería, silvicultura y aprovechamiento agroecosistémico de tierras de labor, huertas y monte manejadas en conjunto por una unidad de gestión. Dicho de otra forma, constituirse en una especie de nuevo «latifundio» a partir de la agregación de los numerosos «minifundios» ahora abandonados con una salvedad determinante: si la propiedad latifundista del pasado estaba en manos de un noble, un señor, un monasterio o un aristócrata y los campesinos eran colonos, siervos sometidos a foro e impuestos, ahora, los herederos de los antiguos campesinos, son los propietarios, pero no trabajan la tierra, la ceden para que se trabaje desde una unidad de gestión de carácter cooperativo o empresarial. Si se organizan en *concertación parcelaria*, los vecinos de la aldea seguirán siendo los propietarios de la tierra y su porcentaje de participación en la unidad de producción estará determinada por la cantidad y la calidad de tierras que aporten a la misma.



Moal. Población residente y población vinculada (diáspora) a más de 300 km.

Dos son las principales características de la estructura de la propiedad en las aldeas de montaña: el minifundismo, como tónica dominante —multitud de parcelas y numerosos propietarios— y el abandono, con el consiguiente avanza del monte sobre las tierras cultivadas y el cierre del paisaje, al que se asocia los riesgos de incendio. Los vecinos de Moal están en proceso de constituir —en ello está trabajando desde hace un tiempo— una *concertación parcelaria*, como fórmula de conjunción para que un parcelario fragmentado se convierta en una unidad eficiente, multiproductiva y multifuncional de producción de alimentos de alta calidad y de paisaje equilibrado y atractivo también de alta calidad.

Asimismo, en el estudio del sistema agroecológico de Moal se analizó la diáspora de la aldea —población vinculada— como potencial activo para el consumo y la comercialización de una hipotética puesta en producción del SAL. Los gráficos presentan la distribución geográfica de los moaleses por Asturias, España y Europa.

8. *Sistema energético local (SEL)*

El Comisionado para el reto demográfico, a través de FAEN (Fundación Asturiana de la Energía) y CETEMAS (Centro Tecnológico Forestal y de la Madera) promovió la elaboración de un informe sobre las posibilidades y viabilidad de la puesta en marcha de un sistema integral de aprovechamiento y valorización de los recursos energéticos renovables de la aldea.

El planteamiento básico consiste en la implementación de una red de calor alimentada por biomasa y de un sistema híbrido (hidroeléctrico-solar fotovoltaico) para autoconsumo eléctrico colectivo con conexión a red. La puesta en marcha de este sistema de producción energética permitiría establecer sinergias entre las actividades agroeconómicas y agroecológicas por medio del aprovechamiento de biomasa forestal residual del entorno para alimentar las calderas de la red de calor. Este aprovechamiento se apoyaría en criterios de gestión forestal sostenible e implicará el despliegue de infraestructura y equipamiento adicional para la extracción, el procesado y el acopio del biocombustible.

El SEL se planteaba en el marco de una comunidad energética de carácter rural e integrada por todos los habitantes del pueblo. Se trata de una iniciativa enfocada en reducir la dependencia energética de los entornos rurales a través de la apuesta por fuentes de energía renovables, con el beneficio añadido de la creación de actividad que contribuya a frenar el riesgo de despoblamiento y a captar nueva población.

Los objetivos que se perseguían con este proyecto de aprovechamiento energético integral eran:

—Incrementar el grado de autoabastecimiento energético de la aldea, reduciendo con ello la dependencia y el riesgo de desabastecimiento y empoderando a la comunidad. Además de minimizar la producción de gases efecto invernadero de origen fósil.

—Reducir los costes energéticos de los habitantes del pueblo.

—Establecer sinergias con la actividad agroforestal de la zona, contribuyendo a generar empleo, a fijar población en el entorno y a reducir el problema demográfico de estos territorios.

—Fomentar una gestión forestal sostenible en las masas boscosas de la zona, favoreciendo su limpieza y saneamiento, reduciendo los riesgos de incendios y de enfermedades y contribuyendo al mantenimiento de la biodiversidad y a la conservación de la estructura paisajística.

—Servir de referencia para replicar esta iniciativa en otros territorios rurales y, de este modo, potenciar los efectos positivos esperados

Se trata, pues, de un proyecto que tendría cabida en iniciativas o planes estratégicos de descarbonización, de impulso de las energías renovables, de planificación forestal, de reto demográfico y de transición justa.

9. *Sistema local de empresas (SILE)*

Con el final de la minería de carbón, Moal perdió también sus bares. Recientemente la cooperativa vecinal se planteó la recuperación de un bar que se convirtiera también en un nuevo centro de relación social y de atención a los visitantes e, incluso, con el tiempo en una tienda especializada en la venta de productos locales.

10. *Comunidad intergeneracional y multicultural (CIM)*

En Moal la comunidad intergeneracional es muy activa. Las tres asociaciones (mujeres, deporte y cultura) tienen miembros de todas las edades lo que permite mantener lazos sólidos entre las diferentes edades y hace más fluido el intercambio de conocimientos: los jóvenes en el ámbito del manejo de las nuevas tecnologías, los mayores en el manejo de la tierra, los cultivos y los ganados.

11. *Palancas de movilización*

El principal hecho cultural de Moal se deriva de su ubicación: una pequeña aldea a las puertas del bosque de Muniellos que podría jugar un papel importante en la gestión integral del territorio como garante de la seguridad ambiental del propio bosque y como punto de referencia para los visitantes. Asimismo, la reactivación de su sistema agroecológico local y su

sistema energético con recursos renovables, de llevarse a cabo marcaría un hito en la forma de entender el sentido de la conservación de la naturaleza en la actualidad, vinculada a la búsqueda de una economía local pertinente y una cultura aliada de la naturaleza. Las nuevas tecnologías juegan un papel determinante en esta intención.

12. *Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades*

Potencialidades

Comunidad vecinal organizada y activa.

Base metodológica consolidada: el SAL cuenta con diagnóstico y propuesta metodológica por medio de un trabajo técnico de referencia.

Producto diferenciado: «Fabón de Moal»,

Ubicación estratégica: «Puerta de Muniellos»

Capacidad probada de organización comunitaria

Comunidad intergeneracional activa y población vinculada (diáspora): arraigo como factor de fijación y retorno.

Apoyo institucional y científico técnico.

Obstáculos

Propiedad disociada del uso: titulares que residen en la ciudad y no trabajan la tierra.

Minifundismo y propiedad sin clarificar: multitud de parcelas y propietarios que impiden una unidad de producción eficiente.

Conectividad telemática muy limitada, principal reclamación vecinal.

Complejidad administrativa para el desarrollo de determinadas acciones.

Riesgos

Despoblación y envejecimiento de la población residente permanente.

Abandono de tierras y avance del monte: cierre del paisaje y riesgo de incendios.

Dependencia de rentas pasivas (pensiones y prejubilaciones), no productivas.

Abandono del sistema agroalimentario local: menos producción que nunca pese a mayor mercado potencial.

Quiebra del arraigo: si no se materializa en la próxima generación, se pierde como activo para el desarrollo de la aldea.

Debilidades

Liderazgo personalizado sin relevo asegurado: riesgo de pérdida del motor del proceso.

SAL sin proyecto de viabilidad concretado (falta definir la unidad de gestión).

Falta de relevo: sin grupo de jóvenes agricultores que pongan en marcha el sistema.

SAL en proceso de implementación.

Oportunidades

Demanda creciente de alimentos locales, ecológicos y de calidad.

Marcos de financiación alineados: reto demográfico, transición justa, descarbonización, renovables, planificación forestal y LEADER/PEPAC.

Carácter demostrativo y replicable del modelo Moal (proyección externa y metodológica).

Moal como laboratorio de innovación social y de aplicación de una metodología ya definida.

Nuevas tecnologías para la gestión del agroecosistema y la comercialización.

13. *Conclusiones*

Moal debería aspirar a convertirse en un laboratorio de innovación ecosocial y, a la vez, un laboratorio para la aplicación de una metodología ya definida. Moal condensa, en una aldea de apenas 80 habitantes a la puerta de Muniellos, la oportunidad del mundo rural de un territorio de alto valor —paisajístico, cultural, humano, natural— cuya futuro pueden pasar por reactivar un «nuevo modelo de economía agroecológica local» (SAL).

La historia de Moal es una historia de esfuerzo y adaptación al medio, en un contexto territorial —no lo llamaremos hostil— poco propicio para una agricultura y una ganadería competitivas, sus vecinos han sabido adaptarse a los tiempos y al contexto histórico, social y económico de cada momento.

Moal ha crecido, como cualquier otra aldea de montaña como unidad funcional de casa, huerto, ería y monte, con un aprovechamiento tradicional mixto agroganadero y forestal, constituyendo una unidad socioeconómica muy clara que se ha ido adaptando a cada momento histórico: la explotación maderera primero, la minería del carbón después y, más recientemente, el incipiente desarrollo turístico y un poblamiento más residencial y vinculado a la jubilación. En cada etapa, Moal supo reinventar su base económica y proyectarse al exterior —como muestra la carrera de montaña, que dio visibilidad a la aldea y demostró su capacidad de organización comunitaria—. Ello le permitió sostener un poblamiento dinámico, hoy más envejecido, pero capaz de acoger a la población joven que se va incorporando.

Hoy le toca reinventarse de nuevo, en un momento que podemos considerar un punto de inflexión: la generación vinculada a los usos tradicionales ha desaparecido, la minera ha pasado a la jubilación y los jóvenes han sido «estudiados para trabajar fuera». Persiste, sin embargo, el arraigo, ese factor emocional que en el mundo rural fija población y promueve el retorno. Estamos justo en el momento en que ese arraigo es una palanca de cambio.

El arraigo, por sí solo, no basta: combinado con ganas de futuro, ha sido determinante para que Moal abriera una ventana de oportunidad. Lo ha hecho a través de las relaciones intergeneracionales, el movimiento asociativo vecinal, de jóvenes y el empuje decisivo de la colectividad de mujeres, y por supuesto del liderazgo de y el compromiso individual de los vecinos. Sin liderazgo, esto es inviable.

Sobre esa base, el proceso ha evolucionado de un compromiso y un movimiento vecinal a una estructura de gestión territorial a través de la cooperativa, con un guion de trabajo claro y una hoja de ruta que orienta el futuro, configura procesos y promueve el cambio. Elementos tangibles como el bar,

el fabón, la actividad cultural o las pequeñas infraestructuras materializan ese avance y hacen de Moal un referente y un ejemplo.

A ello se suma otro factor determinante: el acompañamiento y el impulso de una metodología de trabajo —el sistema agroecológico de Moal— y, por supuesto, el apoyo institucional. Una suma idónea para crear oportunidades de futuro

El reto, de cara al futuro, es sostener el liderazgo: hoy una fortaleza, mañana un posible punto débil si no se asegura el relevo. Esa continuidad debe apoyarse en el triángulo jóvenes–mujeres–liderazgo. Este ha sido la clave del éxito y ha de seguir siéndolo. Y, por supuesto, mantener una línea de trabajo y una dirección claras, con orientación estratégica, un instrumento de gestión (cooperativa-asociación) sabiendo lo que se quiere ser, con acompañamiento, con liderazgo y, sobre todo, con consenso, colaboración y compromiso social y vecinal.

O Couto



Vista aérea de O Couto (Foto: Archivo FEP).

La aldea que revolucionó el asociacionismo cultural del medio rural a partir de Eduardo Pondal

José María Varela
Presidente de la Fundación Eduardo Pondal

Una aldea singular de la Costa da Morte celebra más de cuarenta años de letras, música, teatro y una apuesta decidida por la cultura gallega.

El Monte Branco inspiró, hace ya cuarenta años, un movimiento cultural que revolucionó el asociacionismo rural en Galicia. Ocurrió en una aldea llamada O Couto, un pequeño lugar ubicado en la franja imaginaria que separa el mar de la tierra, donde el insigne poeta Eduardo Pondal[1] tuvo su primer encuentro con el agua bendita. Aquí nació la Asociación Cultural Monte Branco, con pocos medios, pero con muchas ideas y aún más ganas. Y hoy forma parte también de ese paisaje.

O Couto es una aldea atípica de no más de ochenta casas, una especie de aldea de Astérix en el municipio de Ponteceso. Quizá por estar, administrativamente hablando, algo solos, nos acostumbramos a desarrollarnos por nosotros mismos. También pudo deberse a la herencia cultural de nuestros abuelos fallecidos o al aliento de don Eduardo Pondal.

A lo largo de más de cuarenta años, la aldea do Couto, en perfecta simbiosis con el entorno, demostró una capacidad poco habitual para adaptarse a los tiempos, para construir primero un techo —la Casa de los Vecinos— y llenarlo de contenido antes, durante y después. Nos esforzamos por mantener un amplio programa de actividades para el disfrute vecinal y de la población de los alrededores. Actividades permanentes durante todo

[1] Eduardo María González-Pondal y Abente (Ponteceso, 8 de febrero de 1835-A Coruña, 1917), poeta nacionalista gallego que escribió tanto en castellano como en gallego. Junto con Rosalía de Castro y Manuel Curros fue impulsor, en la segunda mitad del siglo XIX, del *Rexurdimento galego* un movimiento cultural y literario que dignificó la lengua gallega. Su poema *Os pinos* constituye la letra del himno oficial de Galicia.

el año: danza y música tradicionales, teatro, bailes de salón, charlas y jornadas sobre agricultura, marisqueo o salud. Proyecciones de cine en galpones o visionado de documentales. Salidas culturales y de ocio. Publicación de revistas y libros.

También todos los años, sin excusas, llega el tradicional belén con textos y música en gallego. Recuperamos con fuerza el carnaval, con coplas, entierro y comparsas siguiendo la tradición del lugar.

El milagro del Festiletras

La Fiesta de las Letras —el Festiletras—, la nueva marca sugerida por los más jóvenes nos dio proyección más allá del ámbito local: el homenaje a escritores vivos, el acompañamiento de las letras con la artesanía y el aderezo de la música y el teatro. La aldea do Couto es un lugar imprescindible en la historia reciente de la literatura gallega, y aquí ocupan un lugar para la posteridad personalidades como Manuel María, Xosé Neira Vilas, Bernardino Graña, Manuel Rivas, Fina Casalderrey, Uxío Novoneyra o los viejos *regueifeiros*, entre decenas de ellos y ellas.

El encuentro de Aldeas singulares

Desde 2014 se celebra anualmente el encuentro de «Aldeas Singulares» que, sin duda, es una de las actividades más reflexivas y sociales que se celebra en la aldea de O Couto.

En este encuentro participan representantes de aldeas que han desarrollado alguna iniciativa innovadora vinculada al resurgimiento de la cultura, la economía, el bienestar, la comunidad, la ecología, la conservación del patrimonio...aunque inicialmente se realizaba coincidiendo con el *Día das letras galegas*, en la actualidad es una actividad vinculada a Festiletras.

En el encuentro de Aldeas Singulares participan perfiles muy diversos, lo que lo hace especialmente enriquecedor y variado, aunque el denominador común sea la presentación de iniciativas surgidas desde la aldea por la propia comunidad, asociaciones culturales y vecinales o personas que desarrollan una iniciativa empresarial. También han participado ex-

pertos en desarrollo local, cooperativas, investigadores y profesionales de la cultura.

El desencadenante de este encuentro fue la preocupación de O Couto por el futuro de las aldeas y la búsqueda de experiencias desarrolladas en otras aldeas que puede servir de referente como prácticas de alto interés.

Las artes

La Feria de Artesanía nos acompaña todos los domingos del Festiletras. Artesanos y artesanas llegados de todos los puntos de Galicia muestran sus creaciones.

Desde hace cinco años complementamos las ediciones del Festiletras con intervenciones artísticas en las paredes degradadas de la aldea, realizadas por destacados muralistas que dejan su huella pintando en directo durante los días del evento.

El Festiciencia

También el Festiciencia, la feria científica que reúne a muchas decenas de niños y niñas del entorno, programas divulgativos de radio, talleres y mestizaje con las letras. Un gran evento para el fomento de la ciencia y la tecnología, promoviendo vocaciones y la curiosidad científica. La puesta de largo de nuestras Aulas Científicas y tecnológicas «Isidro Parga Pondal»[2].

Sonoridad

Los más grandes artistas y músicos de Galicia han pasado por el Festiletras. Incluso algunos de ellos, como Carlos Núñez, recuerdan la aldea de O Couto como el primer escenario de su presentación. La nómina de grupos es extraordinaria: Milladoiro, Leilía, Mato-Congrio, Mercedes Peón, Budiño, Baiuca, A Quenlla, Tanxugueiras, Sés, Xabier Díaz, Luar Na Lubre, Txarango, etc.

[2] Isidro Parga Pondal (Laxe, 17 de diciembre de 1900-A Coruña, 4 de mayo de 1986) fue un insigne químico y geólogo español, primo del poeta Eduardo Pondal. En 1940 fundó el prestigioso Laboratorio Geológico de Laxe, en el que trabajó hasta su retiro, en 1969.

También los grupos de gaitas y danza tradicional de la Costa da Morte: Castro Meda, Arume, Raigañas, aunque también se acercaron a las tierras de Pondal otros de la geografía gallega como Xiradela, Cántigas da Terra o Xacarandaina.

Añadiremos el apadrinamiento del primer disco «Rock na Costa da Morte» o el reciente Pasacabanotes, una intervención de música tradicional que realiza un recorrido por los elementos etnográficos de la aldea.

Simposio Pondaliano

Desde 1995 honramos la memoria del bardo Eduardo Pondal con un simposio anual, donde los mejores especialistas desentrañan y descubren hitos biográficos y literarios de Pondal: Manuel Ferreiro, Víctor Freixanes, Darío Xoán Cabana, Yolanda Castaño, Méndez Ferrín y otros. Aquí nació el germen para la constitución de la Fundación Eduardo Pondal. La recuperación de la antigua rectoral como sede amplió el abanico de espacios culturales de la aldea do Couto.

Armonía

En los dos espacios culturales, la Casa de los Vecinos y la Casa del Cura, conviven en perfecta armonía la Coral Oliveira de Monte Branco, la Agrupación Queixumes de música tradicional, la Casa de la Mujer o incluso el tristemente desaparecido Festival ConV de Valarés.

La Casa de los Vecinos alberga las actividades de Queixumes con danza y música tradicional con un centenar de alumnos y la Coral «A Oliveira» con unas 20 personas. El espacio también es utilizado por la Asociación Cultural Monte Branco (propietaria del espacio), que acoge numerosas actividades culturales y vecinales dirigidas a diferentes colectivos.

Siembra

A lo largo de todo el año se llevan a cabo numerosas actividades formativas para la infancia, juventud y mayores: Escuela de Verano, Escuela de Invierno, Campamentos de Semana Santa, Aulas Científicas y Tecnológi-

cas. Y para los mayores, la Universidad Rural aldea do Couto o la Casa de la Mujer con propuestas artesanales, consejos de salud, actividades físicas, teatro o salidas culturales. Hemos recorrido numerosas villas y ciudades cuna de nuestros escritores gallegos: Celanova (de Curros), Rianxo (de Castelao), Mondoñedo (de Cunqueiro), Lugo (Ánxel Fole) u Outeiro de Rei (de Manuel María).

Cada verano recibimos campamentos infantiles de diversas localidades de Galicia relacionados con la creatividad artística o científica y un campo internacional de voluntariado que alegra el día a día de la aldea, mezclándose con el vecindario local y trabajando con nuestro voluntariado en la mejora de espacios para la gran fiesta de la aldea (el Festiletras).

«Bos e Xenerosos»

La organización de las diferentes agrupaciones cree que los homenajes deben realizarse cuando el autor o autora estén vivos para poder disfrutar en vida de este premio. El premio a los «Bos e Xenerosos»[3] —buenos y generosos— ha reconocido entre otros a Isaac Díaz Pardo, Neira Vilas, Avelino Pousa, Mercedes Peón, Guadi Galego, Carlos Blanco, Uxía, Isabel Blanco, Ángel Carracedo, etc., que reciben, además del reconocimiento público, un busto con la efigie de Pondal.

Asimismo, en los últimos años hemos entregado el reconocimiento de «Literatas» a diferentes mujeres de la Costa da Morte que dejaron su huella a través de la versificación, la música, la memoria o la actividad emprendedora.

Reconocimientos

Todo este trabajo y esfuerzo comunitario nos ha traído a la aldea diversos reconocimientos: Premio da Cultura Galega, Bergantiñán del Año, Costa

[3] El premio a los «Bos y Xenerosos», que concede anualmente la Fundación Eduardo Pondal, toma su nombre del poema «Os pinos» y del himno de Galicia que en una de sus estrofas dice: Os bos e xenerosos / a nosa voz entenden / e con arroubo atenden / o noso rouco son (Los buenos y generosos / nuestra voz entienden / y con devoción atienden / nuestro ronco sonido).

da Morte, el Premio AGADER de iniciativas culturales o el galardón de la Federación de Mujeres Rurales.

Porque si la literatura gallega, como la cultura en general, tiene nombres y apellidos, el principal logro de la aldea do Couto fue nuestra capacidad para acercarnos a esas grandes mujeres y hombres, pero sin perder de vista ni por un momento a todas aquellas personas que realizan una labor diaria intensa y silenciosa, que sin entidades como estas pasaría desapercibida.

Para todas esas personas que han vivido en primera persona la Fiesta de las Letras Galegas en muchas de sus ediciones, un concierto folk, una actuación de Carlos Blanco antes de que los monólogos fueran un invento de la televisión, la proyección de una película en un galpón, una Escuela de Verano por los cobertizos y bajos del vecindario, un homenaje a las orquestas de la comarca de Bergantiños, una *regueifa,* una ofrenda floral a Eduardo Pondal, una sesión del Simposio Pondaliano, una comida con los artesanos, una conversación con Manuel María, una partida de tute en la Casa de los Vecinos, un baile en un día de truenos... todo lo que se pueda decir siempre será poco.

Nuevos tiempos, nuevos retos

En la actualidad, nuestra realidad sociodemográfica, con debilidades por el gran envejecimiento de la población y la falta de empleo para la gente joven, reclama actuaciones urgentes e innovadoras en las que nuestro patrimonio arquitectónico o natural juegue un papel central.

Contamos con la fortaleza de nuestra situación entre los principales puertos de Bergantiños y a un paso de las ciudades de A Coruña y Compostela. El Camino de los Faros recorre kilómetros de nuestra parroquia. Tenemos importantes recursos patrimoniales que propician una interesante oferta turística. De los espacios de la antigua rectoral deberán salir los proyectos que impulsen nuestras fortalezas. La Casa de los Vecinos deberá acoger nuevos usos con una transformación fundamental en espacio intergeneracional: albergue, coworking, Casa del Mayor, alojamiento de las diferentes agrupaciones musicales que convivimos en la aldea o espacio de ocio.

Es preciso recurrir al estudio realizado hace unos años por la Fundación Juana de Vega con el apoyo de la Consellería de Medio Ambiente, que marca las innumerables posibilidades de recuperación agrícola, la recuperación de nuestros arroyos trucheros ahora contaminados de purines, las inmensas posibilidades del estuario del Anllóns, las hermosísimas playas, la dinamización de la fervenza de la Brixería o del castro de Cerezo, o los caminos legendarios a la sombra del poeta, que conforman un abanico de posibilidades que, con una intervención acertada y con nuestro aval de cuarenta años, puede suponer un interesante reclamo.

Es necesaria también la ejecución de estos proyectos que realcen el patrimonio local y el orgullo de vivir o invertir en la aldea. El incremento de la oferta de empleo con el fin de fijar población joven a través de nuevas o viejas fórmulas de empleabilidad. Insistiremos mucho en la implicación de la población local en las diferentes actuaciones: construyendo con sentido común, tratando adecuadamente los residuos, con una agricultura y ganadería coherentes, recuperando arroyos, caminos y monte.

El aprovechamiento de los recursos económicos y humanos, con el apoyo de las diferentes administraciones que faciliten la regeneración económica mediante diversas mejoras económicas, la formación de la juventud local o de quienes quieran asentarse aquí para emprender nuestra transformación, sin olvidarnos de una buena estrategia de marketing, deberá suponer nuestra consolidación como aldea de las Letras, de las Artes y de la Vida.

Breve descripción socioeconómica y territorial

1. *Marco geográfico y socioeconómico*

La aldea de O Couto, perteneciente a la parroquia de San Tirso de Cospindo, está situada en el estuario de la Ría de Anllóns, a 26 m.s.n.m, en el término municipal de Ponteceso (A Coruña). Se integra en el ámbito territorial del Grupo de Desarrollo Rural Costa da Morte y en un espacio rural atlántico caracterizado por una elevada dispersión poblacional, una fuerte identidad cultural y una trayectoria histórica marcada por la emigración, el envejecimiento demográfico y la progresiva pérdida de actividad económica tradicional.

Desde el punto de vista socioeconómico, O Couto responde al modelo de aldea rural de pequeña escala, con un número reducido de residentes permanentes y una estructura productiva limitada. No obstante, el territorio mantiene un elevado capital social, sustentado en relaciones de proximidad, redes informales de apoyo y una intensa actividad cultural y asociativa que supera el peso estrictamente demográfico del núcleo.

Este contexto sitúa a O Couto como un caso representativo de los desafíos actuales del rural gallego, pero también como un espacio con capacidades endógenas relevantes para ensayar nuevos modelos de desarrollo territorial. Se sitúa a las afueras de Ponteceso, capital del concejo homónimo, a 23 km. de Carballo —su centro comarcal de referencia— y a 55 km. de A Coruña y cuenta con una población de 124 habitantes (2024).

2. *Antecedentes históricos*

La identidad histórica y cultural de O Couto está profundamente vinculada a la figura de Eduardo Pondal, poeta fundamental del «Rexurdimento» gallego. Esta vinculación ha contribuido a dotar a la aldea de un signi-



Obra escultórica de Rosa Antelo que se encuentra en A casa dos Veciños (O Couto)

ficado simbólico singular dentro del territorio, favoreciendo la creación de iniciativas orientadas a la conservación y difusión de su legado.

A lo largo del siglo xx, O Couto compartió las dinámicas estructurales del rural gallego: economía agraria de base familiar, emigración sostenida y progresivo declive demográfico. Sin embargo, a diferencia de otros núcleos rurales, la aldea logró preservar una continuidad en la vida social y cultural, gracias a la activación de espacios comunitarios y a la implicación vecinal.

La Fundación Eduardo Pondal y la Casa do Maior se consolidaron actualmente como equipamientos sociales y culturales clave, desempeñando un papel central en la articulación de la vida comunitaria y en la proyección exterior de la aldea.

3. *Antecedentes y desencadenantes contemporáneos*

En el contexto reciente, diversos factores han actuado como catalizadores de un proceso de reflexión estratégica sobre el futuro de la aldea. Entre ellos destacan:

—El agravamiento de los procesos de despoblación y el envejecimiento.

—El aumento de los costes energéticos, con un impacto directo en la sostenibilidad de los edificios de uso comunitario.



La organización de Festiletras es uno de los principales referentes de O Couto (Foto: Archivo FEP)

—La necesidad de adaptar el patrimonio construido a criterios de eficiencia energética, sostenibilidad ambiental y accesibilidad.

—La preocupación por el abandono de la producción agropecuaria y la pérdida de la agricultura de proximidad.

—La emergencia de políticas públicas orientadas a la transición ecológica, la innovación social y el reto demográfico.

Estos elementos confluyen en la participación de O Couto en el proyecto de cooperación «Nueva Economía para la aldea del siglo XXI», que plantea un enfoque integrado del desarrollo rural, basado en la combinación de agricultura territorial, cultura, energía renovable, fomento de la economía local, comunidad, nuevas tecnologías e innovación social.

4. *Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico*

El diagnóstico territorial pone de manifiesto una situación de fragilidad estructural, especialmente en términos demográficos y económicos.

No obstante, esta fragilidad se ve compensada por la existencia de activos intangibles relevantes, como una fuerte identidad colectiva, una tradición de participación comunitaria y la disponibilidad de infraestructuras y equipamientos sociales en uso. Además de un entorno paisajístico de indudable atracción por su situación en el corazón de la Costa da Morte, en la ribera de la ría de Anllóns y en la proximidad de las playas de Barra y Balarés.

La aldea presenta, por tanto, un perfil adecuado para la experimentación de modelos de desarrollo rural basados en la activación de recursos endógenos, siempre que exista un acompañamiento técnico e institucional adecuado.

4.1. *Requisitos previos*

El acceso a los servicios públicos —salud, educación, sociales...— está, en términos generales, razonablemente cubierto. El acceso a Internet y la movilidad también, aunque es mejorable en algunos aspectos. O Couto no tiene bar, lo cual supone una limitación de carácter social. Con respecto a la vivienda, si bien es cierto que existen viviendas y casas en desuso, el acceso a las mismas y su salida al mercado de venta o alquiler es muy escaso, están inmovilizadas, lo cual limita la llegada de nuevos vecinos.

Entre los requisitos previos, sin duda, el punto fuerte de O Couto se encuentra en la organización social y comunitaria liderada por la Fundación Eduardo Pondal, que actúa como promotora y activadora de los procesos colectivos. A esta tarea de dinamización comunitaria contribuye la existencia de espacios físicos comunitarios que actúan como nodos de actividad. La propia Fundación es también activa en la búsqueda de apoyos externos para ámbitos de actuación que escapan de las capacidades locales —energías renovables, agroecología, innovación social...— y que se convertirán en nuevos objetivos de trabajo.

4.2. *Ejes de desarrollo*

El modelo de intervención al que aspira O Couto se estructura en torno a cuatro ejes principales:

—Cultura y patrimonio, como base identitaria y elemento de arraigo territorial.

—Energía y sostenibilidad, mediante la implantación de una Comunidad Energética Local.

—Cohesión social y participación, reforzando la comunidad como sujeto activo del desarrollo.

—Innovación social y económica, orientada a la generación de nuevos modelos de gestión comunitaria.

Con respecto a los cuatro ejes definidos como tales en este proyecto de cooperación y que orientan en su conjunto la nueva economía de la aldea, hacemos las siguientes observaciones.

4.2.1. *Siistema agroecológico local (SAL).*

El potencial de cultivo de O Couto es extraordinario, como así lo demuestra el pasado preindustrial cuando toda la vega estaba cultivada y el monte, además de *soutos* de castaño y leña, daba sustento a una pequeña ganadería de vacuno orientada tanto a la triple actitud, como al ganado menor y a los animales de tiro. En la actualidad, sin embargo, y salvo algunas huertas y gallineros, apenas hay actividad agropecuaria en la aldea. En el monte el cultivo forestal de eucalipto se ha convertido en el principal rasgo paisajístico y, también, en el principal riesgo ambiental. Esta realidad, nos empuja a trabajar este eje con una nueva visión para activar el potencial agrario y recuperar el sistema agroalimentario local.

4.2.2. *Sistema energético local (SEL).*

La constitución de una comunidad energética a partir de las energías renovables locales se convierte también en una aspiración y un nuevo objetivo

para o Couto. Sin duda, para abordar este objetivo será necesario acompañamiento, apoyo y ayuda de las administraciones públicas y entidades especializadas en el fomento de las energías renovables y la formación de comunidades energéticas.

4.2.3. *Sistema local de empresas (SILE)*

Como hemos comentado, O Couto no tiene bar, ni tampoco actividad empresarial destacada. La población está envejecida, con un alto porcentaje de vecinos jubilados y aquellos residentes en edad laboral desarrollan su actividad profesional fuera de la aldea.

4.2.4. *Comunidad intergeneracional y multicultural (CIM).*

Quizá sea la propia comunidad y su capacidad de organización el principal recurso de O Couto. A partir de unos inicios vinculados a la promoción de actos culturales, se evolucionó hacia la promoción de actividades educativas y formativas dirigidas tanto a niños, como jóvenes y mayores. Además, en muchos casos y a través del voluntariado, se consigue la implicación en las actividades de la aldea a personas que proceden de fuera pero que están vinculadas a O Couto, creando así una red de compromiso entre vecinos y no vecinos.

La activación de la comunidad intergeneracional es, por tanto, un activo imprescindible para recuperar el sistema agroalimentario local y poner en marcha la comunidad energética.

4.3. *Palancas de movilización*

Las palancas de movilización se refieren a la «cultura del territorio» y a la aplicación de las «nuevas tecnologías y la innovación». Con respecto a la cultura del territorio, uno de los puntos fuerte de O Couto está en su capacidad de actuar como comunidad, rasgo muy característico de la aldea del pasado que será fundamental en la formulación de la aldea del futuro. Entre estos capitales culturales del territorio que actúan de palanca para la movilización, destacamos:



Taller de cestería en O Couto (Foto: J. Izquierdo)

—Los edificios comunitarios, como lugar de encuentro y cuidados y como espacios de demostración, experimentación, difusión educativa y cultural.

—El capital social existente, basado en la confianza y la cooperación entre vecinos.

—La cooperación interterritorial, que facilita el aprendizaje y la transferencia de conocimiento.

—La incorporación y la difusión de las nuevas culturas que llegan a la aldea a través de nuevas músicas, de la recuperación de saberes, memorias y técnicas artesanales propias de la aldea —cerámica, cestería, gastronomía, canciones,...— así como su actualización.

Con respecto a las «nuevas tecnologías y la innovación», O Couto trabaja también en proyectos de incorporación de los vecinos en el uso de las tecnologías de la comunicación y en la digitalización.

4.4. *Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades*

Potencialidades

Identidad cultural consolidada.
Implicación vecinal.
Experiencia en gestión de actividades comunitarias.

Obstáculos

Complejidad administrativa.
Dependencia de financiación pública.

Riesgos

Dificultad en el relevo generacional.
Proximidad de monocultivos forestales inflamables.

Debilidades

Escasa población residente.
Envejecimiento.
Limitada capacidad económica local.

Oportunidades

Condiciones magníficas para el cultivo agroalimentario.
El camino de los faros.

5. *Conclusiones*

El caso de O Couto pone de relieve el potencial de las aldeas rurales para generar estrategias de desarrollo innovadoras, basadas en la activación de los recursos endógenos: culturales, sociales, energéticos y agroalimentarios. La implantación de una comunidad energética local y la reactivación de la extraordinaria capacidad agrícola, integradas en un proyecto cultural y comunitario más amplio, permitiría abordar de forma simultánea retos energéticos, sociales y territoriales.

Más allá de su dimensión local, O Couto se configura como un laboratorio rural de nueva economía, cuyos aprendizajes pueden contribuir a enriquecer el debate académico y las políticas públicas orientadas al desarrollo rural sostenible. La cultura y su comunidad se consolidan como las bases, los cimientos, para una transición energética, agroecológica y socioeconómica.

Orexa



Rebaño de oveja Latxa de la cooperativa de Orexa. Foto: Ayuntamiento de Orexa

Bidea hemen hasten da (El camino empieza aquí)

> Conseguimos creernos que no estábamos en el final del mundo, como decía la carretera, sino que teníamos la suerte de estar al principio de un camino para hacer cosas diferentes.
>
> Eneko Maioz,[1]
> uno que trabaja para que el camino siga comenzando en Orexa

Breve introducción histórica

Orexa ha estado históricamente muy ligada a Tolosa, la cabecera de comarca. En 1374, y ante las dificultades que suponía defenderse por sí misma de los abusos de la nobleza, el señorío y los poderosos (*handikis*), así como por la inseguridad ante los hurtos, decidió fusionarse con Tolosa, tal como hicieron, por similares razones, la mayoría de los pueblos de la comarca, aunque sin perder algunas atribuciones locales importante como el abasto alimentario, la gestión del patrimonio —molinos, pastos, bosques...— o la elección de alcalde.

Posteriormente, gran parte de los pueblos iniciaron un proceso para independizarse de Tolosa y constituirse como municipio. Orexa lo logró en 1845, cuando contaba con una población de 121 habitantes. Su constitución como municipio y ayuntamiento propio, entre otras circunstancias, favorecieron una mejora de las condiciones de vida que provocaron un incremento notable de población hasta llegar a los 200 habitantes que se mantuvieron durante un siglo sin cambios significativos.

[1] Alcalde de Orexa (2011-2022), gestor Orexa bizirik (2022-2025), secretario interventor del Ayuntamiento de Orexa desde 2026.

Orexa siempre ha sido un pueblo eminentemente rural[2], con pequeñas explotaciones familiares. El saber hacer campesino se ha transmitido de generación en generación y ha permitido una gestión del territorio muy equilibrada.

Disponer de ayuntamiento propio y de una estructura comunitaria muy igualitaria, sin grandes diferencias sociales, facilitaron que el «trabajo en común» *(auzolan)* fuera una de las características propias del pueblo[3]. Esa cultura del *auzolan* es una de las razones que explica el éxito de Orexa, en unos tiempos en los que el individualismo y la falta de compromiso con la política y la gestión pública se hacen cada vez más dominantes.

Peligros en la década de los 60

En la década de 1960 en la comarca de Tolosaldea, resurgió el fantasma de la unión de municipios. La gestión conjunta, y la racionalización de los recursos fueran usados como excusas para destrozar la idiosincrasia de muchos pueblos pequeños de la comarca.

Cabe destacar, el papel fundamental que tuvieron los secretarios municipales bien controlados por el régimen franquista. La gestión centralizada era la excusa para dar más poder a los secretarios en este proceso y evitar cualquier resurgir de los pueblos pequeños.

No se debe olvidar que, aunque los argumentarios oficiales dijeran otra cosa y se les llenara la boca con palabras como eficiencia de los recursos, el objetivo no era otro que dificultar que surgiera desde lo local cualquier camino alternativo al establecido por el régimen del momento.

---

[2] Aunque pueda parecer una reiteración —pueblo y rural— en Euskadi (el país de la industria entre los caseríos) tiene mucho sentido dicha aclaración pues la industrialización —talleres, naves, fábricas...— ha sido tan intensa que muchos pequeños pueblos, sin llegar a convertirse en ciudades industriales, están profusamente industrializados y aunque mantengan una cierta vinculación con el entorno rural esta es más testimonial que efectiva. (Nota del editor).

[3] El concepto de «aldea» no se utiliza en el País Vasco, donde prevalece el de pueblo. No obstante, Orexa, tal como se explica en el apartado dedicado a la disquisición entre pueblo y aldea en la primera parte de este libro, podemos decir que es un pueblo que funciona como una aldea: históricamente su principal y única función económica y ecológica fue la producción agropecuaria y forestal. (Nota del editor).

Se oficializa el nombre de Orexa (1987)

Una de las señas de identidad de Orexa ha sido sin duda el euskera y por ello era de vital importancia recuperar su nombre original. Para castellanizarlo se usó el nombre de Oreja, pero nuestro nombre original, Orexa, nada tiene que ver con el cuerpo humano. Por ello, el cambio oficial y la recuperación del nombre original fue un hito muy importante.

La recuperación del nombre fue el comienzo de un resurgir, que ante las amenazas para perder su identidad y su mayor tesoro, ayuntamiento propio, logro mantener su forma de ser a pesar de las adversidades. De ahí muchos de los artículos periodísticos que se referían a Orexa como el pueblo irreductible, y creo que no les faltaba razón.

Hemos sabido hacernos fuertes en la adversidad y oficializar Orexa fue un hito para el resurgir como pueblo y para reafirmar su identidad.

Primer plan de desarrollo rural

Por desgracia, lo que debía ser un resurgir nació con una gran crisis. Las explotaciones familiares de los caseríos empezaron a no ser atractivas para los jóvenes del municipio, que optaron por las mejores condiciones laborales que ofrecía la industria. Esto hizo retroceder mucho a Orexa que se quedó con poco más de 70 habitantes.

La población de Orexa era muy mayor, y eran pocos los que se quedaban a vivir en el pueblo. La juventud trabajaba en la industria y en los servicios, y los caseríos eran regentados por gente mayor y el relevo generacional de las explotaciones familiares era casi nulo.

Toda la sabiduría campesina que reino en Orexa durante siglos se puso en duda y la supervivencia como pueblo estaba más que amenazada. Pero no hay mejor remedio que hacer de la necesidad virtud y por ello Orexa decidió hacer su primer plan de desarrollo rural para mantenerse vivos.

El trabajo realizado fue muy extenso y se alargó por casi tres años, entre 1989 y 1992. Lo más importante fue que Orexa interiorizó que nadie iba a venir a arreglar sus problemas y que nosotros tendríamos que sacarnos las castañas del fuego. Creo que este instinto de supervivencia fue el germen

para mantener el pueblo de Orexa activo y con ganas de hacer las cosas de una forma diferente.

Aunque el aprendizaje de todo este proceso fue inmenso hay que destacar un hito por encima de las demás. La creación en 1991 de la Cooperativa ganadera Oihan Txiki. Como no podía ser de otra manera el Ayuntamiento de Orexa fue unos de los socios creadores, junto con los jóvenes que querían trabajar allí y varias familias del pueblo que colaboraron tanto con terrenos como económicamente.

Fue la alternativa que idearon en Orexa para el sector primario, ante el declive de la explotación familiar, una manera de utilizar la cultura campesina adquirida durante décadas como impulsor para un proyecto renovado.

Habría que preguntarse en qué medida influyeron en la decisión de crear la cooperativa, por una parte, el Decreto 394/1985, sobre el Régimen específico de la Agricultura de Montaña en la Comunidad Autónoma del País Vasco y la elaboración de programas comarcales de Agricultura de Montaña previstos en dicho decreto y, por otra, la puesta en marcha de las Asociaciones de Montaña comarcales para la ejecución de dichos programas, en este caso la creación de Tolomendi: Asociación de Agricultura de Montaña de la comarca de Tolosaldea, en el año 1990.

La cooperativa optó por una explotación ganadera de oveja Latxa (raza autóctona de la zona) y fue socio fundador de la Denominación de Origen Protegida Idiazabal, tan conocida y extendida a día de hoy.

Este fue un hito sin precedentes, ya que dio una solución local a un problema global. El caserío familiar como explotación ganadera, como actividad económica principal y gestora del territorio, estaba en declive y Orexa fue capaz de adaptarse a los nuevos tiempos y a las nuevas generaciones con una cooperativa pionera que hoy en día es la joya de la corona del proyecto de Orexa.

Oihan Txiki es la mayor embajadora de Orexa, que vende sus quesos con la marca Orexa desde el principio. Trabajan en ella mucha gente del pueblo y mantiene un paisaje envidiable gracias a la sabiduría campesina secular. Conceptos como la economía circular o la soberanía alimentaria encajan

a la perfección en un proyecto como este, gracias a la sabiduría campesina actualizada a nuestros tiempos.

Viendo la evolución del sector primario en los pueblos vecinos de Orexa, es oportuno plantearse una pregunta. ¿Cuántas ovejas habría hoy en Orexa y cuantas personas viviendo del sector primario si no hubiéramos creado la Cooperativa Oihan Txiki? Es fácil imaginar que quedarían seguramente muy pocas ovejas, sin un objetivo económico y, como mucho, una o ninguna persona dedicada al sector primario.

Mantenimiento del concejo abierto

Los pueblos de menos de 100 habitantes se rigen por un sistema denominado «concejo abierto». Esto en la práctica quiere decir que el único cargo electo es el alcalde, por lo que no hay concejales, pero el alcalde tiene la potestad de trasladar cualquier decisión a la asamblea vecinal. La asamblea no es un consejo asesor del alcalde, sino que es la que tiene el poder de decisión si así lo decide el alcalde.

Este modo de funcionamiento podemos decir que ha sido crucial para que todos los *orexarras* (gentilicio de Orexa) sean partícipes, comprometidos y responsables, en la gestión municipal y sientan el ayuntamiento como propio.

En 2011, Orexa llegó a los 100 habitantes y traspasar dicha cifra suponía tener que decidir entre tener cinco concejales (incluido el alcalde) o seguir como concejo abierto. Recuerdo a la perfección aquel momento. La decisión correspondía a la asamblea, que era la misma que me propuso ser alcalde, casi coincidiendo en los tiempos.

Teníamos claro que mantener la asamblea vecinal era esencial para la cohesión de pueblo y su manera participativa de gestionar. Pero a su vez, tener cinco concejales era una herramienta muy útil, ya que desde antes de implementarse esta medida el grupo que gestionaba el ayuntamiento de primera mano era de cinco pero con muchas limitaciones, ya que no eran cargos electos.

Por ello, decidimos no renunciar a ninguna de ellas, e hicimos una ordenanza de participación que mantenía la última decisión en la asamblea

vecinal dando la potestad a los concejales de ceder su voto en la asamblea. Con ello, reforzábamos el equipo de trabajo en el ayuntamiento, pero manteniendo la fuerza de la participación vecinal en la asamblea. Me atrevería a decir que no existe este modelo oficializado de esta manera en ningún otro sitio. Siempre se dice que está todo inventado, pero no siempre es así. La unión y las ganas de salir adelante dan a veces soluciones nuevas e imaginativas.

Vuelven los antiguos fantasmas

Corría el año 2013 cuando la administración central del Estado aprobó la Ley 27/2013 de Racionalización y Sostenibilidad de la Administración Local. Volvíamos a escuchar la palabra mágica: eficiencia. Solo esa palabra era capaz de poner todo patas arriba, incluso la existencia de los ayuntamientos más pequeños. Orexa llevaba años siendo el pueblo más pequeño de Gipuzkoa con ayuntamiento propio y por ello vimos otra vez nuestra idiosincrasia, nuestro modelo de vida y nuestra forma de organización comunitaria en peligro.

En nombre de la eficiencia se iba a obligar a fusionar municipios que tuvieran problemas económicos. Orexa tenía una deuda por unas inversiones que había realizado para soterrar las líneas de la luz, aunque tenía ahorrado un dinero para renovar las Normas Subsidiarias. Fue una decisión difícil, pero ante el temor que nos aplicaran la ley de racionalización, la asamblea vecinal decidió utilizar el ahorro para que la deuda fuera cero. Esto limitaría mucho el relato de la eficiencia y nos blindaría para evitar fusiones de municipios.

Orexa decidió mantener su estilo de vida ante las agresiones externas. La asamblea tenía claro que las soluciones generales no valían para Orexa y siempre había que innovar conjuntamente para buscar las mejores soluciones. Para ello mantener el ayuntamiento propio había sido crucial y en ese momento se mantuvo el citado criterio.

Estrategia común de pueblo: Orexa bizirik (Orexa vive)

Una vez superado, por enésima vez, el ataque contra nuestra autonomía como pueblo, decidimos que teníamos que reflejar todo lo aprendido en una estrategia. Tener claro y por escrito, qué somos y a dónde queremos ir.

Orexa en 2011 tenía alrededor de 127 habitantes y tenía muchos niños gracias a unas casas nuevas que consiguieron retener a parejas en edad reproductora y esto hizo subir la población. Estaba claro que la supervivencia de Orexa como pueblo estaba en lograr que esa juventud se quedara. Para ello fueron importantes las políticas de Desarrollo Rural del Gobierno Vasco, a través de distintos programas de ayudas, como la conocida como EREIN, que financiaron proyectos de construcción de viviendas en el medio rural con el objetivo de fijar población joven.

Por ello, reunimos en 2013 a los más mayores de esa joven generación para descubrir qué tenía que ofrecerles Orexa para que decidieran quedarse. Eran adolescentes y esperábamos respuestas como una piscina o alguna infraestructura relacionada con el ocio... Sin embargo, para nuestra sorpresa, la respuesta fue: *«Nosotros lo que queremos es que Orexa sea un pueblo vivo. Que mantenga su esencia, su unidad y su manera peculiar de vivir»*. Y esa respuesta se convirtió en la esencia de la estrategia de pueblo: Orexa Bizirik (Orexa vive).

Este documento, aunque ha sufrido varias actualizaciones, sigue manteniendo las mismas líneas maestras 13 años después.

— Reforzar Oihan Txiki como motor del primer sector y garante del paisaje

—Servicio de bar y restaurante municipal como instrumento de cohesión social

—Soberanía energética

—Marca: Orexa como marca de estilo de vida

Me gustaría finalizar con un símil que resume bien la situación de Orexa. En la única carretera asfaltada que lleva a Orexa, en cuanto coges el cruce hay una señal que pone: Orexa 4,4 kilometros. A unos cien metros de ese cartel, otro que pone que la carretera se acaba en 4,3 kilómetros.

Nos han hecho creer que la carretera se acababa en Orexa y que está lejos de todo y por ello es casi un milagro que a día de hoy Orexa siga vivo, pero nosotros le hemos dado la vuelta a ese relato. En vez de acabar, sabemos que el camino empieza aquí, porque nuestra forma de vivir y de dar soluciones a los problemas es unitaria y diferente. Esos son nuestros puntos fuertes y lo que nos posibilita ser hoy en día referente en muchas cosas. Os daré unos pocos datos que os sorprenderán:

—Tenemos 16 ovejas por persona en un rebaño conjunto propiedad de la comunidad

—Tenemos 6 placas solares por persona, propiedad de la comunidad

—La cooperativa Oihan Txiki gestiona el 80% de los prados de Orexa

—Cada 36 personas tenemos una cooperativa del pueblo en la que participan los habitantes de Orexa y el ayuntamiento

—Orexa ha creado 18 puestos de trabajo directos en sus cooperativas

¿Seguimos soñando juntos?

Breve descripción socioeconómica y territorial[4]

1. *Marco geográfico y socioeconómico*

Orexa es un pequeño municipio rural situado en la comarca de Tolosaldea, en el este de Gipuzkoa, próximo al límite con Navarra. El núcleo urbano se encuentra a unos 426 metros de altitud y, aproximadamente, a 13 kilómetros de Tolosa y 39 de Donostia-San Sebastián, sus principales referencias urbanas y funcionales. Tiene una población de 103 habitantes (INE, 2025).

El municipio cuenta con una superficie reducida y una muy baja densidad de población, configurándose como un territorio de carácter claramente rural y de poblamiento disperso, donde el caserío, el paisaje agroforestal y la fuerte identidad comunitaria continúan teniendo un peso determinante.

Orexa forma parte de ese conjunto de pequeños municipios guipuzcoanos que, durante décadas, han debido afrontar dinámicas de envejecimiento, pérdida de actividad agraria, reducción demográfica y dependencia creciente de centros urbanos próximos para servicios y empleo. Sin embargo, a diferencia de otros territorios rurales que han evolucionado hacia una mera función residencial, Orexa ha mantenido una notable capacidad de organización comunitaria y generación de iniciativas colectivas.

Actualmente, el municipio combina varias dimensiones estratégicas:

—una base agroganadera y agroalimentaria vinculada al territorio,
—experiencias cooperativas históricas,
—iniciativas pioneras en transición energética,
—servicios locales dinamizadores,
—y una fuerte cohesión social y cultural.

[4] Informaciones facilitadas por Eneko Maioz.



Vista aérea de Orexa. A la derecha, sobre el tejado del frontón, se ven las placas fotovoltaicas de la comunidad energética. Foto: Garikotz Balerdi.

Todo ello convierte a Orexa en un caso especialmente interesante para analizar procesos contemporáneos de resiliencia y revitalización rural a pequeña escala.

2. *Antecedentes históricos*

La historia de Orexa ha estado vinculada a la evolución de Tolosaldea y, especialmente, a la villa de Tolosa, de cuya jurisdicción formó parte durante siglos hasta alcanzar su independencia y constituirse como municipio en el siglo XIX.

Como en gran parte del territorio rural vasco, la estructura histórica del municipio se articuló en torno al *baserri* (caserío), la explotación agroganadera familiar, el aprovechamiento forestal y una intensa vida comunitaria. La organización social tradicional estuvo profundamente ligada a la gestión colectiva de recursos, al *auzolan* (trabajo comunitario) y a las relaciones vecinales propias de los pequeños núcleos rurales de montaña.

Orexa ha conservado además una fuerte identidad cultural vasca, tanto desde el punto de vista lingüístico como comunitario y de vinculación a la tierra. El euskera ha mantenido una posición central en la vida cotidiana y el

municipio está vinculado simbólicamente a figuras relevantes de la cultura vasca como Nicolás Ormaetxea «Orixe».

Durante buena parte del siglo XX, la actividad agroganadera constituyó la principal base económica local. Sin embargo, al igual que en otros municipios rurales de Gipuzkoa, las transformaciones económicas y sociales derivadas de la industrialización y urbanización progresiva del territorio provocaron una pérdida paulatina de población activa agraria y una creciente dependencia exterior.

3. *Antecedentes y desencadenantes contemporáneos*

En las últimas décadas, Orexa ha afrontado algunos de los principales retos que afectan al medio rural vasco contemporáneo:

—pérdida de explotaciones agrarias,
—envejecimiento demográfico,
—riesgo de *residencialización*[5],
—dificultad de acceso a vivienda para jóvenes,
—dependencia funcional de núcleos urbanos,
—y fragilidad de determinados servicios e infraestructuras.

Sin embargo, frente a dinámicas pasivas de declive, Orexa ha desarrollado varias experiencias colectivas especialmente relevantes que han actuado como elementos de resistencia y revitalización territorial. Destacamos como más significativos tres proyectos, tres importantes experiencias dinamizadoras:

En primer lugar, la creación y consolidación de la cooperativa Oihan Txiki. La singularidad de esta experiencia reside en que no nació únicamente como proyecto empresarial agroganadero, sino como una estrategia colectiva impulsada, hace más de treinta años, por los propios vecinos y

[5] Entendida, en este caso, como el fenómeno de uso meramente residencial —dormitorio— por parte de nuevos vecinos que desarrollan su actividad profesional y social en los centros urbanos próximos y apenas participan de la vida comunitaria del pueblo.



Instalaciones ganaderas de la cooperativa (Foto. J. Izquierdo)

vecinas del municipio para generar actividad económica, fijar población y garantizar continuidad social al pueblo.

La cooperativa surgió con el apoyo del ayuntamiento y de fondos de desarrollo rural, convirtiéndose en un ejemplo muy significativo de colaboración entre iniciativa comunitaria y políticas públicas de desarrollo territorial. En la actualidad cuenta con unas 1750 ovejas de raza Latxa, emplea a 10 personas, fabrica 6 tipos de quesos y gestiona 88 hectáreas de terreno.

A lo largo de los años, Oihan Txiki se ha consolidado como proyecto agroalimentario reconocido, especialmente en torno a la producción de queso Idiazabal y otros quesos artesanales de calidad. Sin embargo, su valor va mucho más allá del producto: representa una infraestructura económica y social estratégica para el municipio.

La experiencia demuestra cómo la fórmula cooperativa puede convertirse en una herramienta eficaz para movilizar recursos locales, compartir riesgos, generar empleo y reforzar la cohesión territorial en municipios rurales pequeños. Para más información consultar: <https://oihantxiki.eus>.

En segundo lugar, el papel dinamizador del Orexako Ostatua (ostatu[6] de Orexa). Su función supera claramente la dimensión hostelera convencional. En un municipio de pequeño tamaño como Orexa, el ostatu actúa

[6] *Ostatu*, en euskera, significa posada, alojamiento, albergue o venta. Sin embargo, en los pueblos del País Vasco el ostatu tiene, en muchas ocasiones, una mayor dimensión, una más compleja, vital y determinante función social: es el punto de encuentro de la comunidad para compartir charlas, comer, atender a los visitantes tanto como casa de comidas como de alojamiento, hacer de pequeño comercio y tienda, atender encargos y recados...



El queso de Orexa es una de sus principales señas de identidad

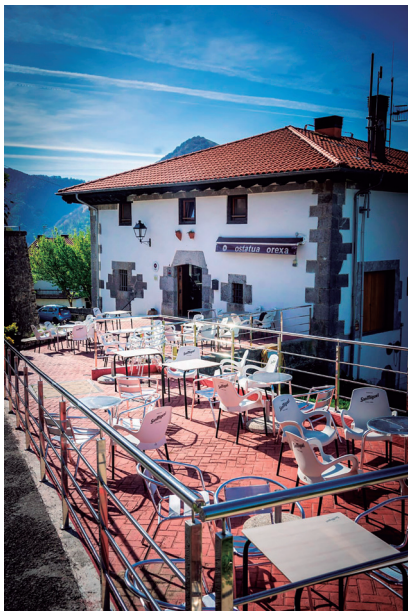
como espacio multifuncional de encuentro, relación social, prestación de servicios, acogida y dinamización comunitaria.

La consolidación del ostatu ha contribuido a mantener vida cotidiana, generar actividad económica y reforzar la percepción de pueblo activo y vivo. En territorios rurales pequeños, este tipo de infraestructuras sociales tienen una importancia estratégica muy superior a la que aparentan desde una lógica puramente económica.

Abrir todos los días, habilitar una pequeña tienda, ofrecer dos casas en alquiler para jóvenes, son solo unos de los pocos logros en la última década. El apoyo económico del ayuntamiento ha sido crucial, pero sobre todo decidir qué servicios son los más necesarios para los habitantes de Orexa y sus visitantes. Para más información consultar: <https://biziorexa.eus>.

En tercer lugar, los avances en la transición energética comunitaria. Orexa también se ha convertido en referencia en transición energética local gracias a la creación de una comunidad energética pionera en Gipuzkoa, basada en instalaciones solares colectivas y participación vecinal.

La experiencia energética refuerza una característica fundamental del municipio: la capacidad de organización colectiva y de construcción de soluciones comunitarias adaptadas a pequeña escala.



Ostatu de Orexa (Foto:)

Hoy en día Orexa cuenta con 11 instalaciones fotovoltaicas y tiene 6 placas por habitante. Los ahorros son preferencialmente para las empresas comunitarias anteriormente comentadas y las familias más vulnerables. Estas familias ahorran cinco veces más que una familia abonada a una empresa eléctrica convencional.

Nuestra lógica con la energía ha sido de las tres B en euskera: Bertakoa, Berriztagarria, Babesa —Local, Renovable, Protectora—, es decir, energía producida localmente, de naturaleza renovable y que sirva para proteger a Orexa y sus habitantes.

4. *Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico*

En el análisis y diagnóstico de Orexa destacamos los siguientes aspectos:

4.1. *Requisitos previos*

Los servicios públicos generales —salud, educación, sociales...— están bien cubiertos dada la realidad territorial del medio rural vasco tan próxi-

mo e interconectado con núcleos urbanos grandes (Donosti en el caso de Orexa) o intermedios (Tolosa). Lo mismo podemos decir de las infraestructuras físicas y telemáticas de comunicación que conectan al pueblo con el resto de Euskadi y por extensión y de forma virtual con el mundo. Con los servicios de orientación pública y gestión privada —comercio, alimentación, bancos, farmacia, ferretería, fisioterapia...— nos sucede lo mismo pues es Tolosa nuestra principal referencia y el pequeño ostatu nos sirve de tienda de apoyo para «olvidos» y aprovisionamiento ocasional.

El punto fuerte de Orexa, como hemos comentado, estriba en la organización comunitaria y su capacidad para abordar proyectos de envergadura. En su capacidad para construir una visión colectiva y compartida del futuro y para movilizarse y convertir en misión esa visión. Lo hemos hecho en el pasado con el rebaño comunitario y cooperativo, con el ostatu o con la comunidad energética y creemos que estamos capacitados para seguir abordando nuevos retos.

Para seguir avanzando en la estrategia de desarrollo rural sostenible en Orexa resulta necesario continuar por ese camino iniciado hace años para:

—Garantizar la plena conectividad física y digital.
—Facilitar el acceso a vivienda para jóvenes y nuevos pobladores,
—Asegurar el mantenimiento de servicios básicos,
—Reforzar la cooperación comarcal,
—Apoyar el relevo generacional,
—Mantener las estructuras comunitarias activas.

Además, el desarrollo futuro debe partir de un principio fundamental: Orexa no puede competir en economía de escala, pero sí en cohesión, identidad, capacidad cooperativa y calidad territorial. Si competimos en servicios con las grandes urbes siempre vamos a perder. Compitamos en proteger nuestra identidad y nuestros habitantes como no puede hacerlo una gran urbe. El objetivo es lograr que vivir en Orexa sea un privilegio del que estemos orgullosos.

4.2. *Ejes de desarrollo*

Orexa trabaja desde una perspectiva local, integral, comunitaria y equilibrada que se apoya en los cuatro ejes de desarrollo identificados como claves en este proyecto de cooperación.

4.2.1. *Sistema agroecológico local (SAL)*

El sistema agroecológico local constituye uno de los pilares históricos y estratégicos de Orexa. La existencia de caseríos, prados, monte y actividad agroganadera sigue configurando el paisaje, la identidad y parte importante de la economía local. Sin embargo, el principal reto es garantizar continuidad y relevo generacional. En este contexto, Oihan Txiki representa una referencia especialmente valiosa. La cooperativa demuestra que es posible generar actividad económica viable desde el primer sector cuando se apuesta por:

—Transformación alimentaria
—Valor añadido
—Diferenciación
—Identidad territorial
—Calidad
—Organización colectiva

El modelo de Oihan Txiki ofrece enseñanzas importantes para el futuro del medio rural:

—La cooperación puede compensar limitaciones de escala,
—El valor añadido permite mejorar viabilidad económica,
—El arraigo territorial puede convertirse en activo competitivo.

Orexa dispone de potencial para seguir desarrollando actividades ligadas al sistema agroecológico local, tales como:

—Producción agroalimentaria de calidad

—Transformación artesanal
—Venta de proximidad
—Turismo gastronómico de pequeña escala
—Aprovechamiento sostenible del paisaje y del monte

4.2.2. *Sistema energético local (SEL)*

Orexa se ha convertido en una experiencia pionera de transición energética rural comunitaria. La creación de la comunidad energética local y las instalaciones solares compartidas han demostrado la viabilidad de modelos energéticos cooperativos adaptados a pequeños municipios.

El sistema energético local constituye no solo una herramienta técnica, sino también social y económica porque:

—Reduce la dependencia energética del exterior
—Disminuye costes
—Fortalece a la comunidad
—Refuerza la autonomía local

La experiencia energética encaja plenamente con la tradición cooperativa y comunitaria del municipio.

4.2.3. *Sistema local de empresas (SILE)*

Aunque Orexa cuenta con un tejido empresarial reducido, sí dispone de varios elementos tractores estratégicos. Por un lado, Oihan Txiki representa un modelo de empresa agroalimentaria territorializada y cooperativa, por otro, el Orexako Ostatua funciona como infraestructura económica y social básica para la vida cotidiana del municipio. Por último, Orexa EBK, como comunidad energética para ayudar a empresas comunitarias locales y familias vulnerables especialmente.

Estos proyectos muestran una característica fundamental del modelo económico local: la hibridación entre actividad económica, comunidad e identidad territorial.

El futuro del sistema empresarial local probablemente no pase por grandes empresas externas, sino por:

—Microactividad económica
—Economía relacional
—Cooperación
—Actividades ligadas al territorio
—Servicios de proximidad
—Pequeñas iniciativas de valor añadido

4.2.4. *Comunidad intergeneracional y multicultural (CIM)*

La cohesión intergeneracional es uno de los elementos más importantes para el futuro de Orexa. En municipios pequeños, la continuidad territorial depende directamente de la capacidad para mantener relaciones comunitarias activas entre:

—Personas mayores
—Jóvenes
—Familias
—Infancia
—Nuevos pobladores

Orexa conserva todavía una importante cultura comunitaria basada en relaciones vecinales, participación y cercanía. El principal reto será garantizar relevo generacional y evitar procesos de residencialización desconectados de la vida comunitaria y económica local.

4.3. *Palancas de movilización*

Las principales palancas de movilización territorial de Orexa, vinculadas a la cultura local, las nuevas tecnologías y la innovación son:

—La fuerte identidad comunitaria y cultural

—La cultura participativa de la comunidad
—La tradición cooperativa
—La experiencia de Oihan Txiki
—El papel dinamizador del Orexako Ostatua
—La comunidad energética local
—El patrimonio agroecológico y paisajístico
—La proximidad funcional a Tolosa
—La pequeña escala y capacidad de gobernanza cercana
—La cooperación institucional y comarcal
—La capacidad de movilización vecinal

4.4. *Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades*

Potencialidades

Fuerte cohesión comunitaria
Experiencia cooperativa histórica
Oihan Txiki como modelo tractor
Ostatu como infraestructura comunitaria
Comunidad energética pionera
Paisaje y patrimonio rural
Cultura cooperativa y participación

Obstáculos

Escasa dimensión demográfica
Dificultad de acceso a vivienda
Limitaciones de movilidad
Fragilidad de algunos servicios
Dependencia tecnológica y digital
Limitaciones territoriales y orográficas
Dependencia de implicación vecinal continuada

Riesgos

Envejecimiento
Residencialización
Pérdida de actividad agraria
Dependencia excesiva de pocos proyectos
Desconexión entre nuevos pobladores y comunidad
Abandono de tierras
Fatiga comunitaria

Debilidades

Baja masa crítica económica
Dependencia funcional exterior
Escaso mercado local
Dificultad de relevo generacional
Escasez de empleo diversificado
Recursos municipales limitados
Escala limitada

Oportunidades

Consolidarse como referencia rural innovadora
Nuevas economías rurales territorializadas
Desarrollo agroalimentario de calidad
Economía relacional y de proximidad
Desarrollo energético comunitario
Atracción de nuevos proyectos rurales
Laboratorio de gobernanza rural

5. *Conclusiones*

Disponer de ayuntamiento propio, ha sido una seña de identidad para Orexa. Ha sido y sigue siendo una herramienta esencial para el desarrollo y eso ha sido así porque ha sabido adecuarse a los tiempos actuales sin perder

la participación efectiva de la comunidad e involucrando a los vecinos en sus decisiones.

Orexa representa un caso especialmente singular dentro del medio rural guipuzcoano contemporáneo.A pesar de su pequeña dimensión y de las dificultades estructurales propias de muchos municipios rurales, ha sido capaz de mantener y generar iniciativas estratégicas con fuerte capacidad de cohesión territorial.

La experiencia de Oihan Txiki constituye probablemente el ejemplo más relevante. Su creación por parte de vecinos y vecinas del municipio como herramienta cooperativa para fijar población y generar actividad económica demuestra la capacidad del territorio para construir respuestas colectivas frente al riesgo de declive rural. Su evolución posterior confirma además la viabilidad de modelos agroalimentarios basados en calidad, transformación, cooperación y arraigo territorial. Del mismo modo, el Orexako Ostatua se ha consolidado como infraestructura social y económica fundamental para la vida cotidiana y comunitaria del pueblo.

La experiencia energética local refuerza igualmente una característica central de Orexa: la capacidad de organización comunitaria y de construcción de soluciones colectivas adaptadas a pequeña escala. Dar una solución local al problema de la vivienda es ahora la mayor prioridad. Un tercio de la población actual tiene menos de 30 años, es por ello esencial dar una solución al problema de la vivienda. Tenemos claro que tiene que encajar con nuestra manera de ver las cosas con soluciones novedosas, cooperativas y que refuercen nuestra identidad.

En conjunto, Orexa muestra que el futuro del medio rural no depende exclusivamente de grandes inversiones externas o de dinámicas urbanas expansivas. La experiencia del municipio indica que la revitalización rural puede construirse desde:

—La cooperación
—La comunidad
—La actividad económica territorializada

—La identidad cultural
—La gobernanza cercana
—El aprovechamiento inteligente de los recursos locales

Orexa puede entenderse como una pequeña «aldea del siglo XXI»: un territorio que, desde su escala reducida, ha sido capaz de combinar tradición, innovación, cooperación y resiliencia comunitaria.

Peón



Instalaciones de CTIC RuralTech en Peón. Foto: CTIC.

CTIC RuralTech: El nuevo vecino tecnológico

Pablo Priesca
Ex director general de CTIC

Que un centro tecnológico se asiente en una aldea y cree una sede especializada en inteligencia territorial e innovación tecnológica para el medio rural no es algo frecuente, pero que además se integre en la comunidad local como un agente de cambio, lo es aún menos. Sin embargo, tanto uno como otro, fue posible gracias a tres factores: al esfuerzo por comprender el problema rural, al uso de metodologías de análisis con base científica aplicada a la realidad territorial para proponer soluciones disruptivas y la receptividad de la comunidad local.

Queríamos demostrar que la tecnología es un factor determinante en el futuro de las comunidades rurales, pero que, aunque indispensable, por sí sola, no es suficiente. La tecnología debe integrarse, como herramienta, en estrategias de desarrollo territoriales sistémicas.

Nuestra concepción de los territorios rurales se basa en considerarlos como sistemas complejos, configurados por multitud de elementos que guardan entre sí una relación de equilibrio, y en donde la alteración de alguno/s de esos elementos puede suponer el desequilibrio de todo el sistema. Esta visión territorial nos motivó a experimentar un modelo de intervención territorial en el Valle de Peón.

El contexto del Valle de Peón

El valle de Peón, o del río España, está configurado por tres parroquias, Peón, Candanal y Arroes, y por un paisaje que todavía conserva las reminiscencias del *paisaje mosaico* tradicional asturiano con caserías que antaño tenían huerta, cultivos, pomaradas, praderías para el ganado y montes comunales.

Quizá la mayor transformación del paisaje se produjo con la puesta en producción intensiva de los montes comunales y privados con especies foráneas (eucaliptos y pinos) en los años 60 del siglo pasado y la pérdida progresiva de los pastos de las laderas que fueron invadidas buscando la rentabilidad a corto plazo de especies de arbolado de rápido crecimiento. Los cultivos también se fueron reduciendo en favor de las praderías y de las pomaradas, como consecuencia del progresivo abandono la actividad agraria. El valle cuenta en la actualidad con una población de unos 500 vecinos.

La economía es mixta. Por una parte, siguen existiendo algunas explotaciones agrícolas de carácter familiar basadas en ganadería de carne y, muy residuales, de leche, que se complementan con plantaciones de pomaradas (unas envejecidas y otras de nueva plantación) y con una masa importante de monte de eucalipto y algunos pinos en las cotas altas. Este tipo de arbolado industrial fue sustituyendo progresivamente al bosque autóctono, incluso a las praderías. La economía se compagina con algunos miembros de la familia que trabajan en la industria o en la ciudad.

El valle tiene una tradición asociativa importante que se remonta a principios del siglo XX, cuando se creó una potente asociación de ganaderos y que, al decaer dicha actividad, avanzado el pasado siglo, paso a defender los intereses vecinales, continuando en la actualidad.

Ramón Álvarez de Arriba: visión, filantropía y compromiso con su comunidad de origen

Son dos los personajes que están presentes en la memoria de los vecinos del valle: Melchor Gaspar de Jovellanos (Gijón, 1744-Puerto de Vega, 1811), cuya casa solariega del siglo XVI aún se conserva y, muy especialmente, Ramón Álvarez de Arriba (Peón, 1839-La Habana, 1920) emigrado a mediados del S.XIX a Cuba con tan sólo 14 años y que alcanzó una enorme fortuna con el comercio y expansión de las máquinas de coser Singer, teniendo la exclusiva para Cuba y Puerto Rico. A lo largo de su vida abordó numerosas obras filantrópicas e iniciativas empresariales en América y en Asturias. Pero sin duda y a los efectos de lo que aquí interesa, la principal

es la herencia que dejó en su testamento: seiscientas mil pesetas y una finca en Peón para construir una escuela práctica de agricultura, que entró en funcionamiento tras la Guerra Civil española.

En 2019, el Centro Tecnológico de la Información y la Comunicación (CTIC) recibió de la Fundación Ramón Álvarez de Arriba ese legado (finca más edificios que antaño fueron la Escuela Práctica de Agricultura), con el objetivo de crear un centro de inteligencia territorial e innovación tecnológica para el medio rural, que conllevaba la idea de convertir al valle de Peón en un espacio de experimentación de la innovación tecnológica y social. Conscientes de que éramos un nuevo vecino extraño, que iba a ocupar un lugar icónico para la comunidad —el espacio que ocupó la Escuela Práctica de Agricultura y que en la actualidad ubica una escuela rural—, necesitábamos realizar un esfuerzo de integración en la dinámica social del valle para ser aceptados por los vecinos.

Con esa intención realizamos un trabajo de investigación para reconstruir la vida de Ramón Álvarez de Arriba, su antepasado benefactor, lo que dio lugar a la publicación del libro «*Un legado indiano para el S. XXI*», editado por CTIC y presentado a los vecinos en septiembre de 2022, entregando un ejemplar a cada una de las familias del valle. Este acto supuso un homenaje al pasado indiano de un vecino ilustre y benefactor, y una recuperación de la memoria histórica. Pero, al mismo tiempo, supuso la aceptación de CTIC por la comunidad vecinal y un signo de integración del nuevo vecino tecnológico.

Con estos antecedentes y la donación a CTIC de la finca y los edificios por parte de la Fundación Ramón Álvarez de Arriba, que en ese momento se extinguía, creamos CTIC RuralTech, un centro de inteligencia territorial e innovación con la intención de generar modelos de intervención territorial con alto componente tecnológico. Así, un vecino atípico, y de alguna forma extraño en el mundo rural, pasaba a formar parte del presente y futuro de la comunidad local. La donación fue realizada con cuatro condiciones: respetar y conservar la memoria de Ramón creando un proyecto singular para el medio rural, la permanencia de la escuela rural en el edifi-

cio que fue Escuela Práctica de Agricultura, la imposibilidad de venderse o enajenarse la propiedad e involucrar a los vecinos del valle en el nuevo proyecto. Bajo estas premisas CTIC creó CTIC RuralTech (2019), creando un entorno de experimentación e innovación tecnológica involucrando a la comunidad local.

Este centro tiene como uno de sus objetivos ser un referente de pensamiento sobre las ruralidades del siglo XXI, dando cabida a grupos de reflexión sobre el asunto y siendo en este sentido un centro abierto. Por otra parte, es un centro de demostración de tecnologías de aplicabilidad al ámbito rural, donde el Valle de Peón se convierte en un *sandbox* de experimentación como se explicará más adelante. Y, lo que no es menos importante, ser un centro de desarrollo de tecnología tanto para las actividades económicas (agropecuarias e industriales asentadas en el medio rural), como para la mejora de la calidad de vida de las personas (envejecimiento, salud, etc.).

Un proyecto común de recuperación del patrimonio cultural

En colaboración con la asociación de vecinos del valle, CTIC RuralTech se embarcó en un proyecto de recuperación de la cultura local y de los «saberes campesinos» a través de la creación de un espacio equipado tecnológicamente y diseñado expresamente para la realización de actividades intergeneracionales, en las que participan tanto niños como mayores, con el objetivo de recuperar conocimientos ancestrales y digitalizarlos para su conservación y difusión.

CTIC RuralTech ponía el espacio, la tecnología y la dinamización, y los vecinos el conocimiento, que transmitido por tradición oral a lo largo de los siglos estaba a punto de perderse. Los niños y adolescentes tenían, y tienen, un rol fundamental en la digitalización de los contenidos. Esta actividad supuso, rápidamente, un reconocimiento y un conocimiento de la cultura local. Visibilizarlo y mostrarlo al mundo haciéndolo accesible a través de la digitalización era, también, una forma de valorizar la cultura compartida del valle de Peón y reforzar el sentimiento de pertenencia a una comunidad y a un territorio.

La información que los vecinos fueron, y siguen, recopilando aglutina tanto el patrimonio cultural material (hórreos, paneras, molinos, fuentes, lavaderos rutas, casonas y palacios, etc.) como inmaterial (oficios tradicionales, personajes populares e históricos, el trabajo del campo, leyendas, canciones, etc.).

Toda la información digitaliza está visible en la web <https://andechacultural.rural-tech.es> siendo este un ejemplo de implicación vecinal y de colaboración para reconocer el valor del pasado y su contribución a la construcción del futuro del valle. Las nuevas generaciones deben ser conscientes de su pasado porque si no sabemos de dónde venimos, difícilmente sabremos hacia dónde vamos.

El Valle de Peón, un laboratorio de experimentación tecnológica y social

En la concesión por parte de la Fundación Princesa de Asturias del premio al Pueblo Ejemplar, en su convocatoria de 2023, a las parroquias de Peón, Candanal y Arroes, tuvo una especial consideración el concepto de Sistema de Inteligencia Territorial.

Un Sistema de Inteligencia Territorial (SIT en adelante) es una herramienta metodológica y un conjunto de técnicas y tecnologías diseñadas para ayudar en la toma de decisiones estratégicas sobre un territorio. Su objetivo es generar conocimiento útil (analizando fuentes de información muy diversas) para planificar y gestionar una estrategia territorial.

Un SIT conlleva tener un alto conocimiento integral de las dinámicas de un territorio (visión sistémica), así como el manejo de las herramientas y técnicas (la innovación tecnológica y social entre ellas) para poner en valor dicho conocimiento. De ese conocimiento y esas técnicas surge la estrategia de intervención que debe conducir a las sostenibilidad económica, social, cultural y medioambiental de un territorio. La metodología SIT supone la interrelación de multitud de elementos que se relacionan entre sí de una forma armónica (sistema), donde la comunidad local juega un rol determinante como protagonista, por el conocimiento experto asociado a la gestión de su espacio vital.

Los elementos que componen el SIT, y que se relacionan entre sí, son muy variados: conocimiento científico y técnico, conocimiento local, dinámicas poblacionales y sociales de la comunidad local, relaciones entre los agentes, liderazgos, dinámicas históricas, configuración del paisaje (superficie agrícola de cultivo, praderías, montes, paisajes protegidos, propiedad del suelo), actividad económica y productiva, comunicaciones, identificación de las problemáticas y de los retos del territorio, etc.

En definitiva, el SIT combina e interrelaciona información geográfica con fuentes económicas, medioambientales, demográficas y culturales, para transformar datos en inteligencia útil orientados al diseño de estrategias territoriales y a la toma de decisiones políticas sobre un espacio geográfico.

Entender la filosofía que plantean los Sistemas de Inteligencia Territorial y la Teoría General de Sistemas (los territorios como sistemas complejos donde el todo es más que la suma de las partes y donde la alteración de un elemento puede desequilibrar todo el sistema), fue determinante para entender el problema rural y, específicamente, el planteamiento que queríamos hacer en el Valle de Peón, actuando CTIC RuralTech, junto con la comunidad vecinal, como centro de inteligencia.

El centro tecnológico, CTIC RuralTech, una vez admitido por la comunidad vecinal y junto con ella, utilizó una metodología SIT para planificar una intervención en el valle. Se convirtió al valle en un laboratorio extendido, un *sandbox*, un *living lab* territorial de experimentación tecnológica y social, fundamentado en la implicación vecinal y de pequeños productores.

Este SIT pivotó sobre cuatro pilares: el conocimiento científico del territorio, el conocimiento experto local, la implicación de la comunidad y la innovación tecnológica y social. Y pretendía actuar sobre las llamadas cinco Ps (añado dos más a la definición del antropólogo asturiano Adolfo García), que todo territorio rural ha de tener y conservar si quiere seguir vivo: pasado (conocer el pasado para entender el presente), personas (como agentes activos de la construcción de su futuro), paisaje (y su evolución), producción (actividad económica) y proyecto de futuro (con la participación vecinal).

El conjunto de acciones desarrolladas en el Valle son producto de la aplicación de la metodología SIT donde el sistema no es la simple concatenación aislada de sus elementos, sino que, su valor diferencial, reside en sus interrelaciones y en la validación del mismo por parte de la comunidad rural local, de modo que el proyecto es el territorio y sus vecinos los protagonistas. Bien es cierto que no fue posible intervenir en todos los elementos que configuran un SIT, como la propiedad de las tierras o los uso de estas.

El factor clave fue la creación en el valle de CTIC RuralTech, que recogía el espíritu innovador de Ramón Álvarez de Arriba, pero actualizándolo al siglo XXI. CTIC RuralTech fue el centro de pensamiento para el diseño y desarrollo del SIT.

Algunos de los elementos esenciales de este despliegue de innovación social y tecnológica a escala 1-1, son: los simuladores climáticos (equipamientos para conocer la reacción de algunos cultivos asturianos de ciclo corto al cambio climático), la creación de una comunidad energética local (despliegue de una infraestructura innovadora que suministra electricidad al propio centro, a la escuela y a un conjunto de vecinos), la extensión de una red de comunicaciones Lora-Wan para la sensorización de pomaradas, cultivos de huerta, invernaderos, colmenas, vallados virtuales para rebaños de ganado (en este caso, la experimentación de realizó en el Valle del Lago en el concejo de Somiedo, al no existir rebaños de ovino o caprino en el valle de Peón), identificación y control de caudal de manantiales (la comunidad vecinal participó en su localización y georreferenciación), además de la creación de cinco estaciones de control para la prevención de incendios en los montes que circundan el valle.

Todo ello fue acompañado de otras acciones de las que destacaría fundamentalmente dos: un sistema de trazabilidad alimentaria para productores locales de sidra realizado con tecnología blockchain (actualmente no sólo lagares del valle incorporaron el sistema de trazabilidad, sino que otros diez lagares asturianos lo han hecho), y la ya mencionada creación de un aula intergeneracional para la recuperación de cultura local (material e inmaterial), donde los vecinos son los artífices y protagonistas.

Esta información cultural, alimenta un sistema de marcadores QR que brinda información, *in situ,* a los visitantes, sobre los recursos patrimoniales más emblemáticos del Valle, haciendo de éste un destino turístico creado por la comunidad rural.

Todos los datos que permanentemente genera la tecnología desplegada en el territorio se reciben y analizan en el centro de control ubicado en CTIC RuralTech, donde se sitúa el espacio de datos agroambientales que sirve de contenedor para, mediante técnicas de inteligencia artificial, disponer de cuadros de mando que permiten devolver información de alto valor a los productores locales, a los habitantes de las aldeas y a las autoridades competentes.

Cada uno de estos elementos forma parte del sistema y su relevancia disminuye sensiblemente si los tomamos aisladamente, porque, en un sistema de inteligencia territorial, el todo es más que la suma de las partes.

Este despliegue de innovación tecnológica y social fue posible gracias a la financiación del Proyecto «Aldea 0» por parte del Ministerio de Transición Ecológica a través del Comisionado para el Reto Demográfico de Asturias.

El despliegue tecnológico realizado en el valle de Peón no puede hacernos perder el punto de referencia que lo motiva, que no es otro que afrontar los múltiples, complejos e interrelacionados desafíos que afectan a los territorios en general, y al medio rural en particular: despoblación, pérdidas de biodiversidad, transformaciones del paisaje, cambio climático, grandes incendios forestales o soberanía alimentaria, entre otros.

El SIT desplegado en el Valle del río España aspira a generar modelos que puedan ser escalables, replicables y por tanto transferibles a otros territorios rurales que afronten similares desafíos, a pesar de no haber podido intervenir en algunos elementos relevantes como son los asociados a la base territorial y uso de los suelos.

Para el diseño de estrategias sistémicas territoriales, aplicando la metodología SIT, es imprescindible la implicación activa de la comunidad local, que debe participar en la definición de la visión del territorio a medio y largo plazo, además de contribuir a la construcción de su estrategia de futuro.

Breve descripción socioeconómica y territorial[1]

1. *Marco geográfico y socioeconómico*

Las parroquias de Peón, Candanal y Arroes (Valle del rio España) pertenecen al concejo de Villaviciosa (Asturias) y constan de 18 entidades de población con un total de 1.030 habitantes (51,7% hombres y 48,3% mujeres), siendo los núcleos de Peón y el Fonduxu (Arroes) los más poblados. Peón, principal referencia en este proyecto por su vinculación a CTIC-RuralTech, se sitúa a una altitud de 80 m.s.n.m. en el valle del río España y a una distancia de 7 km en línea recta del mar Cantábrico. Dista 17 km. de Gijón, 14 de Villaviciosa (capital del concejo) y 45 km. de Oviedo, sus principales núcleos urbanos de referencia.

Por razones vinculadas a la difusión urbana, las buenas comunicaciones por carretera y la proximidad a las ciudades, especialmente Gijón, las parroquias están experimentando un cierto dinamismo demográfico con un significativo aumento de población derivado de la llegada de nuevos residentes y no por crecimiento vegetativo.

2. *Antecedentes históricos*

Como ocurrió en el resto de las zonas rurales de Asturias, Galicia y País Vasco, de las parroquias de Peón, Candanal y Arroes también salieron numerosos emigrados para hacer las «américas». Desde mediados del siglo XIX y hasta mediados del XX, el destino principal fue Cuba, pero no solo.

[1] En la redacción de este apartado se ha utilizado informaciones procedentes de dos documentos: «*Candidatura de Arroes y valle de Peón-Candanal a pueblo ejemplar 2023: recuperando el pasado para construir el futuro*», de la Asociación de Vecinos de Peón y Candanal, Asociación de Vecinos de Arroes y la Fundación CTIC; y el *Proyecto Arroes siglo XXI,* de la Asociación de Vecinos de Arroes.



El proyecto Aldea 0: en busca de la aldea del siglo XXI. Foto: CTIC.

De entre todos los emigrantes indianos de estas parroquias destacan dos personajes de indudable y trascendente importancia. De Peón, Ramón de Arriba, de cuyo periplo y relación con su aldea de nacimiento ya dio cuenta Pablo Priesca en la introducción de este capítulo.

Y de Arroes, Ramón Corripio, que emigró en 1917 a la República Dominicana iniciando una saga empresarial que continua su hijo José Luis Corripio. Actualmente el Grupo Corripio es uno de los grandes grupos empresariales del país albergando a gran número de medios de comunicación y con inversiones importantes en diferentes sectores de actividad. Los Corripio han mantenido históricamente una estrecha relación con Villaviciosa y especialmente con Arroes, siendo benefactores de la parroquia con numerosas aportaciones y conservando allí su casa familiar.

3. *Antecedentes y desencadenantes contemporáneos*

El movimiento asociativo de Peón se remonta en sus orígenes a 1922 cuando se fundó la influyente Sociedad de Ganaderos de Peón y se cons-

truyó, por iniciativa vecinal, un edificio que le serviría de sede hasta su desaparición con la llegada del régimen dictatorial establecido al finalizar la Guerra Civil. Tras numerosas vicisitudes, el edificio regresará de nuevo a manos de la comunidad por medio de la asociación de vecinos del valle de Peón y Candanal, creada en 1986. La asociación tiene en la actualidad 540 socios. El histórico edificio de la Sociedad de Ganaderos de Peón ha sido rehabilitado en 2025 y actualmente es la sede de la asociación.

En 2014 se creó la asociación vecinal de Arroes que enmarcó un programa general de dinamización de la parroquia que llevaba por título «*Arroes Muévese*». No obstante, el movimiento asociativo y comunitario de Arroes también tiene una larga tradición y está jalonado de numerosas iniciativas, como la creación comisión de fiestas, creada en 1957; las dos asociaciones de usuarios del agua del barrio de arriba, fundadas en 1958 y 1963, o la comunidad de usuarios de agua del barrio del Fonduxu, fundada en 1995.

La llegada de CTIC RuralTech se convierte ahora en un instrumento para activar la vida comunitaria del valle.

4. *Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico*

El paisaje todavía conserva las reminiscencias del «paisaje mosaico» tradicional asturiano con caserías que antaño tenían huerta, cultivos, pomaradas, praderías para el ganado y montes pastoreados. La mayor transformación del paisaje se produjo a partir de mediados de los años 50 del pasado siglo con la generalización del cultivo de los montes con eucalipto y pino, la pérdida progresiva de los pastos de ladera y el abandono de las tierras de labor en favor de las praderías y pomaradas.

La economía de Arroes y del valle de Peón-Candanal es mixta. Por una parte, siguen existiendo algunas explotaciones agrícolas de carácter familiar basadas en ganadería de carne y algunas de leche, que se complementan con plantaciones de pomaradas y con monte de eucalipto, fundamentalmente, y de pino, en menor medida.

La actividad económica tradicional, tanto de Arroes, Peón y Candanal se complementa con un conjunto de empresas, llagares de sidra (tres lagares



Cabras con collares de localización para pastoreo con cercados virtuales. Foto: CTIC.

relevantes: Buznego, Tomás y Vallina, todos ellos con sidra de denominación de origen), dos carpinterías, industrias madereras, alquiler de maquinaria, talleres y bares/restaurantes fundamentalmente. Así hasta un grupo de unas 25 empresas entre las tres parroquias, lo que no deja de ser una singularidad en un espacio tan reducido y con poca población y destacando el espíritu empresarial especialmente en el caso de Arroes, que concentra 10 empresas.

4.1. *Requisitos previos*

La proximidad a los núcleos urbanos de Villaviciosa y, sobre manera, Gijón facilitan el acceso a los servicios públicos más sensibles —especialmente los vinculados a la salud pública— y garantizan una cobertura aceptable. El medio rural del Valle de Peón es netamente periurbano lo que genera, como consecuencia de la difusión urbana, una mayor presión sobre el acceso a la vivienda. La cobertura de Internet presenta también dificultades en algunos puntos. En cualquier caso y en los aspectos relacionados con la comunidad y las asociaciones vecinales, la situación es favorable y, más aún, teniendo en cuenta el apoyo y soporte que supone la presencia del centro RuralTech de CTIC, como referente no solo tecnológico sino como punto fundamental para animar los procesos de desarrollo local en Arroes, Peón y Candanal.

4.2. *Ejes de desarrollo*

Con respecto a los ejes de desarrollo destacamos las siguientes observaciones.

4.2.1. *Sistema agroecológico local (SAL)*

La especialización ganadera y, sobre manera, la forestal vinculada a los cultivos forestales de eucalipto marcan un nivel de especialización que indican un desarrollo agrario de carácter intensivo en una zona rural netamente periurbana. En esas condiciones más que plantear propuestas vinculadas a la recuperación integral del agroecosistema campesino, como las que se plantean, por ejemplo, en Moal donde el hábitat rural presenta problemas de abandono y no de sustitución del modelo de gestión, las medidas del valle de Peón se deberían vincular a la mejora de la seguridad del monte para romper el continuo forestal de eucalipto, recuperar cultivos de interés hortícola, potenciar el cultivo de manzana, diversificar la producción agrícola y ganadera y, en definitiva, hacer más diversa y segura la gestión agraria, ganadera y forestal del valle y recuperar la producción el sistema local de producción agroalimentaria de proximidad dirigido a los mercados urbanos, especialmente de Gijón y Villaviciosa. En este sentido, las medidas serían similares a las propuestas para O Couto, que también tiene un paisaje forestal dominado por el eucalipto.

4.2.2. *Sistema energético local (SEL)*

Salvo la pequeña y embrionaria comunidad energética desarrollada por CTIC RuralTech en el entorno de sus instalaciones que funciona también a modo de demostrador, y algunas iniciativas particulares de generación fotovoltaica, no hay ninguna iniciativa de fomento de las energías renovables. Por tanto, este eje debería ser objeto de atención.

4.2.3. *Sistema local de empresas (SILE)*

Como ya se ha comentado, el valle de Peón y Candanal y, especialmente, Arroes presentan una actividad empresarial de pequeña escala pero singu-



Demostrador de la comunidad energética de CTIC en Peón. Foto: CTIC.

larmente diversificada, probablemente vinculada también a las excelentes comunicaciones de la zona y a la proximidad de los núcleos urbanos de Gijón y Villaviciosa y, sin duda, al turismo rural por su proximidad a la costa, aunque no llega en este aspecto a igualar a Porrúa y al foco de atracción de turismo rural, de playa y montaña que ofrece el Oriente de Asturias. Es de suponer que en el futuro seguirán surgiendo nuevas actividades empresariales de pequeño tamaño vinculadas a las oportunidades que brindan las comunicaciones telemáticas.

4.2.4. *Comunidad intergeneracional y multicultural (CIM)*

El trabajo de activación y cohesión para afianzar una comunidad intergeneracional abarca, como se ha comentado en la primera parte del libro, aspectos relativos al cuidado y atención a las personas mayores, la conexión afectiva y efectiva entre jóvenes y mayores y la trasmisión de conocimientos entre ambos grupos de edad: de los mayores a los jóvenes, especialmente en el ámbito de las tareas de manejo y trabajo en el campo, y de los jóvenes



Aula intergeneracional: jóvenes y mayores trabajando en la recuperación de los conocimientos y el patrimonio campesino. Foto: CTIC.

a los mayores, especialmente en el manejo de las nuevas tecnologías de la comunicación.

El centro de CTIC RuralTech ha desarrollado una interesante experiencia de recuperación de la memoria histórica campesina y del conjunto de conocimientos de la comunidad local, tal como ha comentado Pablo Priesca en la introducción a este capítulo.

4.3. *Palancas de movilización*

El trabajo de CTIC RuralTech, se orienta tanto al desarrollo de tecnologías adecuadas para la empresa rural como a la activación de sistemas de inteligencia territorial (SIT) tal como ha explicado Pablo Priesca. La especialización propiamente tecnológica y de comunicación propia de los objetivos de CTIC, así como la propia condición instrumental de las tecnologías, le obligan a buscar alianzas con centros de innovación territorial con más conocimiento en los aspectos de innovación social, gestión agroecológica de las tierras, conservación de la biodiversidad o paisajismo. Es decir, a

aliarse con entidades que exploren los aspectos vinculados a la cultura del territorio o la cultura campesina.

4.4. *Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades*

Potencialidades

Territorio con capacidad productiva para el policultivo ahora desaprovechada.

Comunidad implicada con sentido de pertenencia.

Cercanía a zonas urbanas (cercanía de servicios y de mercado agroalimentario).

Existencia de CTIC RuralTech

Obstáculos

Dispersión de las pequeñas propiedades.

Superficies ya matorralizadas.

Propietarios desconocidos de tierras o sin contacto ni lazos con el valle.

Riesgos

Monte industrial de eucaliptos y pinos con alto riesgo de incendios.

Falta de recambio generacional en familias campesinas.

Debilidades

Población envejecida.

Permanencia de pocos productores locales.

Mucha población residencial que trabaja fuera del valle.

Oportunidades

Concentración parcelaria para el reaprovechamiento de espacios para cultivos.

Clarear monte con espacios productivos de pasto para ganado (como antaño).

Existencia de algunas explotaciones agrarias regentadas por mujeres jóvenes que pueden ser tractoras.

5. *Conclusiones*

La principal y más destacada característica de Peón radica, —ya se ha comentado— en la propia existencia de CTIC RuralTech y en el papel que puede jugar no ya en el futuro del valle de Peón y Candanal y Arroes sino en el futuro de la aldea como entidad territorial relevante en la gestión del medio rural.

El asentamiento de CTIC RuralTech en el valle de Peón no supuso una ruptura con la historia que representa la Escuela Práctica de Agricultura sino una reinterpretación contemporánea de la idea y del propósito original de Ramón Álvarez de Arriba. La misión ha evolucionado en un proceso adaptativo (el contexto y las tecnologías han cambiado), pero la esencia y el propósito se mantienen: generar oportunidades en el medio rural.

El verdadero legado de Ramón es una manera de pensar basado en la convicción de que el futuro del mundo rural depende de la capacidad de incorporar conocimiento e innovación sin perder identidad. Ramón trajo e implantó ideas que había visto en América. Hoy CTIC RuralTech hace algo parecido, conecta redes internacionales de conocimiento y acerca tecnologías globales a problemas locales. Ramón importó innovación, CTIC es un generador de innovación (crea tecnología en el valle). Quizás, la diferencia es que Ramón innovaba para mejorar una explotación agraria, mientras CTIC trabaja para mejorar, además, la gestión de un territorio.

Desde CTIC se asumió un principio histórico en el mundo rural: el de colaboración en comunidad. La primera labor fue integrarse con la comunidad vecinal y ser un vecino más, primero escuchando y después aportando y colaborando con vecinos y productores locales. CTIC RuralTech intenta combinar el saber tradicional con la innovación social y tecnológica. De ahí la denominación como un centro de inteligencia territorial e innovación tecnológica y social Ramón Álvarez de Arriba.

El mejor homenaje que se le puede hacer a Ramón Álvarez de Arriba no es simplemente recordarlo, sino continuar su obra. Él creó un centro de conocimiento para el siglo XX, CTIC RuralTech, partiendo de la misma idea, creó de un centro de conocimiento, pero lo actualiza al siglo XXI. CTIC no sustituyó a la Escuela Práctica de Agricultura, es el heredero directo de ella y de su misión.

Ahora, CTIC RuralTech intenta generar en el Valle de Péon, modelos de intervención territorial, entendiendo que los territorios son sistemas complejos que requieren intervenciones globales sincronizadas.

Porrúa



Barrio de Llacín, Porrúa. Foto. Asociación Llacín.

Las raíces históricas de una cultura de comunidad: notas sobre concejo público en Porrúa

José Luis Villaverde Amieva
Asociación Cultural Llacín

1. *Introducción*

Entendemos, a los efectos de estas notas, como cultura de comunidad el conjunto de formas organizativas, fundamentalmente públicas, y las acciones a las que éstas se refieren, llevadas a cabo en un grupo humano, con vínculos familiares y sociales, asentado en un territorio determinado en el que desarrolla su actividad. En nuestro caso Porrúa, un pueblo de actividad agroganadera, en donde el terreno comunal de monte y las formas comunitarias de gestión del territorio desempeñaron siempre un importante papel.

En las parroquias, valles o pueblos de Asturias la asamblea de «todos» los vecinos constituyó la forma organizativa básica para la toma de decisiones del común. El concejo público. concejo abierto o simplemente concejo (*conceyu o conceju* en asturiano) constituyó la más genuina organización de la sociedad histórica asturiana y tuvo una especial supervivencia, a través de los siglos, en la zona oriental de Asturias y en concreto en el concejo de Llanes. Porrúa es un ejemplo de ello, el arraigo histórico fue ciertamente fuerte e importante su nivel de actividad, lo que puede explicar su mantenimiento hasta nuestros días.

Pretendemos en estas notas hacer un recorrido histórico de la institución del concejo público a través de la documentación histórica propia de la parroquia de Porrúa o aquella otra en que aparecen referencias a dicho pueblo. Tras una breve descripción geográfica, analizaremos en seis bloques dicha documentación, para finalmente destacar dos grandes iniciativas de su concejo público en el siglo XX.

2. *Datos geográficos*

La parroquia de Porrúa limita con las de Po, Parres y Celoriu, la primera tuvo hasta finales del siglo XIX un peculiar régimen no territorial, sino personal; y la última (vinculada al monasterio de San Salvador) sufrió la segregación de Barru, Niembru y Valmori, que formaron una nueva. Al sur se extiende hasta el pie del monte, en las estribaciones de la Sierra de Cuera, limitando con un «comunero» del que forma parte con las parroquias señaladas y domina en gran medida. La extensión es de cuatro kilómetros y medio de superficie.

Fue siempre una parroquia de un solo núcleo de población, con una importante alteración de habitantes a lo largo del siglo XX, pasando de ochocientos en sus inicios a cuatrocientos en el inicio del último tercio del mismo, en que comienza su recuperación, sobrepasando hoy los cuatrocientos cincuenta.

El núcleo habitado está rodeado por los terrazgos que constituyen las tres erías, desiguales entre sí, denominadas la Mazuga, la Ería Nueva y la Ería Forera y por el sur la zona de Mañanga, que en una buena parte es terreno comunal. Constituye un mesetón calizo kárstico, escalonado hacia el sur, que alterna una zona de cuetos y crestones, con *h.ogos* (dolinas) aprovechados para prados, muchos propiamente *mayadas* (majadas) con cuadra y cabaña.

Al sur de este estricto espacio —propiamente parroquial— se extiende el monte comunal, que Porrúa comparte en calidad de «comunero» con los pueblos de la originaria parroquia de Celoriu, hasta el límite con el concejo de Cabrales, en la zona alta de la sierra que constituye el Puertu de Cuera. En todo este territorio salpicado de prados cerrados y *mayadas* existió una fuerte implantación de pastores de Porrúa, que hicieron de la trasterminancia su forma de vivir, a lo largo de todo el territorio: en el primer nivel del monte, el valle —conocido como Valle de Biango— y la vertiente norte de la zona alta de la sierra de Cuera, (El Traviesu).

En las extensiones de erías señaladas hacia las parroquias limítrofes, en las dos últimas centurias, debido a una fuerte implantación ganadera y la

mejora económica resultante —a veces con dinero procedente de la emigración indiana— se produjo una mayor presencia de los porruanos en las mismas. Un fenómeno similar es el que se dio desde épocas previas en términos de Parres, en el Valle hasta el oeste de la propia Llosa de Biango, donde la implantación es casi total.

Más al sur se encuentra el Puertu de Cuera perteneciente al concejo de Cabrales, con un régimen jurídico peculiar, al tener el gravamen de una servidumbre de pastos de los pueblos de Porrúa y Parres, que se explica por la presencia inmemorial de dichos pueblos en ese territorio. Los derechos de pasto se extienden lógicamente a los de majadeo, al poder establecer sus cabañas, y construcciones allí, con una braña privativa para cada uno de ellos, que a su vez está mancomunada con las asignadas a tres pueblos de Cabrales, presentes en el mismo, sujeto a un régimen consuetudinario de acotamientos y manejo del ganado.

3. *El Concejo público en la documentación relativa a Porrúa*

Los datos históricos bien conocidos y documentados para la comunidad porruana, desde 1832 hasta la fecha, nos permiten conocer las formas organizativas de la misma con detalle, para este período de casi doscientos años. En él están perfectamente definidos los perfiles del concejo público, las materias competenciales y formas organizativas, que iremos detallando.

Hasta esa fecha podemos señalar algunas referencias directas o indirectas y formular algunas hipótesis que permiten suponer la existencia de esta fórmula asamblearia, propia de las parroquias, valles y pueblos asturianos. Algunos autores hablan de una figura vigente posiblemente desde antes de la existencia de esa figura religiosa que es la entidad parroquial, que en nuestro caso debió ser en el siglo XI. La propia Iglesia asturiana dice que «*es difícil precisar cómo se desarrolló la estructuración administrativa de la iglesia en Asturias durante la Alta Edad Media, aunque se cree que debió ocurrir a lo largo del siglo XI*». Es lógico pensar en una comunidad organizada previa al otorgamiento y la asignación del estatus de parroquia, con una iglesia de

cabecera, por razones económicas de mantenimiento del curato, parejas a las estrictamente religiosas.

A. *Edad Media*

Las referencias a Porrúa en la documentación histórica medieval son escasas y, antes de finales del siglo XIV, son las del monasterio de Celoriu, centro monástico con la que los vecinos de Porrúa tuvieron las lógicas relaciones de vecindad no siempre tranquilas. Las más antiguas de las referencias son dos de 1089, referidas a dos ventas, una lindante con sus «*términos*» y a otra de «*bienes en Porrúa*». Es documentación previa a la fundación del monasterio, en el año 1117, y por tanto debemos entenderla como de escribanía, función que se ejercía en dichos centros religiosos. Un siglo después —en 1189— se documenta una venta de «*bienes y casas en Porrúa*». No parece arriesgado pensar en la paralela organización comunitaria mediante la asamblea concejil de los vecinos asentados en un núcleo, que explotan su terrazgo, y manejan su ganadería, fundamentalmente lanar, y que fijan los límites a su territorio

De estos datos y algunas referencias posteriores podemos concluir la existencia de un pueblo ya trasterminante —como alguno de sus vecinos de la plataforma costera y valles interiores de Llanes— pero en nuestro caso en un sistema mixto, de monte —de *mayada*, y prados cerrados— y monte de altura —de *mayada* y comunal abierto— en función de la estación, climatología, tipología de ganado y acotamientos, que fueron variando con el tiempo, pero que llega nítido hasta generaciones aún vivas y con variaciones que aún persisten.

Para las fechas señaladas aún no se había otorgado por el rey Alfonso IX de León el Fuero a la Puebla de Llanes (1206), después cambiado por Llanes y su alfoz, cuyo poblamiento, puerto y mercado se consolidaría en la centuria siguiente. Por lo que se refiere a una parte del territorio en que se encontraban asentados los porruanos y parragueses, el *Puertu* de Cuera, en lo que se refiere a sus límites señala el Fuero lo siguiente: «*términos de la mi villa de Llanes que son escriptos e nombrados de esta manera los cotos...como va*

por el canto de Mera de sobre Cabrales por la cueva del Canto, e dendo commo va a la mar». El topónimo Canto de Mera (por Cuera) y Cueva del Canto son identificables, y admitirlo como límites no es sino añadir un elemento contundente a la presencia de pastores del flanco norte en el área de dicho Puertu de Cuera, previa a un deslinde posterior que llega provisional hasta hoy. Una hipótesis más que probable es la presencia de pastores de la zona norte en ese territorio entonces —siglo XIII— que se recogerá en documentación posterior como veremos.

En dicho siglo y siguiente se consolidan la actual Villa como centro comercial y pesquero y los pueblos de su alfoz que tiene ya reconocida parroquia, ya que además de Posada y Ardisana —de antigua datación, siglo X— aparecen en las del arciprestazgo de Llanes, otras siete más, entre ellas San Julián de Porrúa y Santa María de la Capilla de Celoriu, en la relación de las mismas del obispado de Oviedo, arciprestazgo de Llanes (1385).

Es en este marco geográfico-histórico y económico en donde se desenvolvió la vida de la comunidad porruana, sin duda dotado de un concejo público con una normativa consuetudinaria reguladora de dicha vida, en los años finales de la Edad Media, y así inicia el siglo XVI en el que se iba a producir un hecho singular.

B. *La sentencia sobre el Puertu de Cuera de 1516*

Esta sentencia puso fin al contencioso entre los concejos de Cabrales y Llanes sobre el derecho de los pueblos de Porrúa y Parres, de este concejo, de llevar sus ganados y majadear en aquel. Son dos los documentos existentes en los que se traslada la parte dispositiva de esta sentencia que fija el régimen jurídico del Puertu de Cuera confirmando el mismo como lugar de pasto y majadeo de dichos pueblos llaniscos, que fundamenta en la «inmemorial costumbre» de dicho asentamiento, de donde se deduce —si lo ponemos en conexión con lo que señalamos sobre el Fuero de Llanes— que debieron de estar allí a lo largo de la Edad Media.

Aparte de cuestiones jurisdiccionales y la forma de postulación, por el Ayuntamiento, resulta evidente que serían las asambleas vecinales las peti-

cionarias al ente municipal para pleitear. Resulta indudable colegir además que la mancomunidad en presencia tendría capacidad de autorregulación, desde el origen, aunque solo conozcamos la misma —como norma positiva— en la última centuria.

c. *Siglos XVI-XIX*

Durante este largo periodo son muy escasos los documentos que nos permitan rastrear la forma en que se toman las decisiones, y son variadas las fórmulas y expresiones jurídicas o indicios relativos a normas consuetudinarias que aparecen en los mismos.

En primer lugar, la demanda de 1631, que formulan los vecinos de Porrúa y Parres («*por nos y en nombre de los demás vecinos de dichos lugares*») contra algunos vecinos de Cabrales para que se cumpliera el tenor de la sentencia de 1516, por haber sido maltratados y lesionados, pretendiendo expulsarlos de su territorio.

En segundo lugar, un acuerdo de 1734, entre la parroquia de Porrúa y los pueblos del Valle de Celoriu, referido al arreglo del camino a la Tornería —desde las Vegas, por tanto terreno del «comunero»— en donde la posición de Porrúa denota la situación que apuntamos de mayor implantación que el resto de los pueblos del Valle de Celoriu, cinco en total y de una única parroquia en ese momento, ya que aportaba la mitad de vecinos que debían trabajar en dicho arreglo. La fórmula de representación de los comparecientes de los pueblos es siempre «*por si y en nombre de todos los demás vecinos de dicho lugar*». En algún caso quien comparece es el «*celador*» lo que supone una estructura de concejo público, con esta figura de auxiliar del alcalde pedáneo de cada pueblo del Valle. En Porrúa era dos los celadores, uno para cada parte del pueblo.

En tercer lugar, un edicto judicial de 1738, ante quejas de otros pueblos, advirtiendo a los vecinos de Porrúa y Parres, de «*hallarse invertido el orden y costumbre antigua*» y «*que las antiguas ordenanzas que sobre esto tenía y había observado hasta ahora se hallaban vulneradas*». En el mismo se establecen normas para el Puertu de Cuera y el Traviesu (vertiente norte del comunero).

En cuarto lugar, un pleito completo (1797), relativo a destrucción por vecinos de Porrúa de cabañas, *cuerres* y *vellares*, en que el juez dictamina que se forme ordenanza para el Puertu de Cuera; para ello ordena nombrar «*comisión*» al efecto, con vecinos de Porrúa y Parres, en «*junta celebrada en concejo*». Este legajo resulta de interés, por ser la primera vez que encontramos la palabra «*concejo*» y «*lugar concejero*» como lugar de reunión del mismo. Para el caso de Porrúa lo era bajo una encina, con un característico banco de piedra que la circundaba, junto a la iglesia.

En estas dos referencias del siglo XVIII existen indicios de una cierta relajación del sistema de explotación del puerto, cuyo pleno restablecimiento del sistema fijado en la sentencia de 1516, vemos en un quinto documento, de este periodo que analizamos, nos referimos un apoderamiento de 1804, que otorgan vecinos de Cabrales, para pleitear por intrusismo en el puerto de vecinos del concejo de Llanes sin derecho a estar en el mismo.

D. *La Ordenanza de 1832*

A finales del primer tercio del siglo XIX, en 1832, se aprueba la ordenanza del lugar de Porrúa «*leída en público concejo y mandada observar por el mismo a todos sus vecinos*» siendo firmada por todos los que sabían hacerlo.

No es la primera de las del concejo de Llanes, de nivel infra municipal, ya que son conocidas las previas de Caldueñu (1748) y Tresgrandas (1794), además de algunas otras sectoriales para todo el ámbito geográfico concejil. Sí es la primera de un lote homogéneo en esa década de los treinta del siglo XIX.

El marco normativo jerárquico no es otro que las importantes Ordenanzas Municipales de Llanes de 1775, dando cumplimiento al *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, de 1774 del conde de Campomanes.

Pero al margen del desarrollo de esta norma vigente, la Ordenanza porruana supone un importante hito, por cuanto supone el primer paso para positivar (fijar por escrito) de forma estructurada, en 28 artículos (que denomina capítulos), unas normas consuetudinarias, y esa positivación se da en el ámbito propio de la comunidad y a través de la entidad que le es

propia, el concejo de vecinos (el *conceyu* o *conceju*), a su vez regido por la costumbre y ello al margen de que posteriormente deba tener el «pase» municipal.

La Ordenanza de 1832 regula por escrito y perfila los contornos de esta asamblea de vecinos en tanto que productora de normas, recogiendo costumbres, pero también modificando las mismas y generando otras nuevas ante nuevas circunstancias o situaciones. Además de dicha función tiene otra muy importante, la capacidad de ejecutar las normas producidas o costumbres no reguladas y ello con poder coercitivo, en tanto en cuanto se regula un sistema de multas y se establece la forma de llevarlas a cabo.

E. *Desarrollo de la Ordenanza hasta 1869*

El texto de 1832 resulta fundamental para el estudio del concejo público en Porrúa, cuyo devenir podemos continuar analizando con otro conjunto documental excepcional, que comienza en el inicio del último tercio del siglo XIX, en 1869. Son las «*Actas de concejo*» que se conservan en un primer libro —es posible que existiera otro anterior, que debemos dar por perdido— al que nos referiremos y por el que podemos recorrer, con alguna pequeña laguna el desarrollo de la institución hasta la actualidad, con algunas acciones de gran importancia, ya en el siglo XX.

Del período entre ambas fechas —treinta y siete años— se conocen algunos documentos, todo ellos desarrollan o ejecutan aspectos parciales de la Ordenanza, ya generando normas de desarrollo, ya acciones de concejo complementarias o de ejecución.

En primer lugar, dos documentos de 1840 y 1844 que acreditan la importancia que para la comunidad tiene la lucha por el espacio territorial, que ya tenía una específica prescripción en la Ordenanza. Se trata de una copia testimoniada del Apeo de Cepeda de 1713, y una certificación de la conciliación judicial sobre el deslinde con el pueblo de Parres, cuya parte sustantiva, la propia del deslinde que referiría los hitos, mojones o referencias, no se conserva, y cuya tradición oral conservada no ofrece sustanciales problemas.

En segundo lugar, un reglamento para el aprovechamiento de caleros y plan trienal de acotamiento, de 1852, de donde se deduce el carácter comunal de los hornos para obtener cal y una prescripción pública cerrada para el acopio del rozo (*rozu*)[1] como combustible que ya tenía también una norma en la Ordenanza, de la que incluso se desprende una posible regulación previa.

En tercer lugar, un documento de 1861 de solicitud para que las erías permanecieran en régimen de mancomunidad, en determinado periodo (de 20 de noviembre a 1 de marzo). Dicha instancia trae causa de la legislación liberal de la época, en concreto de la Ley Hipotecaria de dicho año. Serán muchos a partir de éste los acuerdos sobre el particular, sobremanera tras la promulgación del Código Civil 1889.

F. *Las actas de concejo desde 1869*

Tras la Ordenanza y los documentos que analizamos que acreditan una nítida existencia del concejo público, la revisión del primer libro de actas conservado (1869) nos permite un estudio pormenorizado de hasta donde llegó su actividad en la doble función de autorregulación normativa y de conexión con el ente municipal superior, instando medidas, o dando traslado de acuerdos para conocimiento o ejecución.

Por lo que se refiere al concejo público en el ámbito interno, podemos ver el refuerzo de la autoorganización, que vemos concretado en la reglamentación del propio concejo, de la alcaldía, de los celadores, y de la secretaría que sale a remate anual, de la revisión de cuentas, incluso de la forma de llamada a concejo, que evoluciona de ser a campana tañida a llamada personalizada, por personas encargadas de ello, por estar eximidas de la «prestación personal».

Respecto a los asuntos tratados, se regulan exhaustivamente con valor de ordenanzas los temas que le son propios y se toman acuerdos de todo tipo: el uso del lavadero de Vallina y el remate anual para su limpieza; el régimen

[1] Recolección por corte de matorral (tojo y brezo, principalmente) para su posterior uso como cama para el ganado o combustible.

de las erías (con acuerdo anual); tejera y caleros; la valija de correo desde Llanes y su distribución; las matanzas de cerdos y otros animales; el corral; los aprovechamientos del común: *rozu* para uso ganadero o combustible; leñas; obras y sextaferias (e*stagedias*) y prestación personal: de escuelas, caminos, cementerio, iglesia...; informes y dictámenes: permutas y ventas de comunales; deslindes, reclamaciones de territorio e intrusismo exterior; sanidad animal: enterramiento de animales.

4. *Dos acciones singulares en el siglo XX*

Durante el siglo pasado, dos decisiones del concejo público tuvieron singular relevancia. Fueron la creación de la entidad que presta el servicio de aguas, hoy una comunidad de usuarios, y la creación de la asociación cultural Llacín, y la promoción que ésta hace de la fundación que rige el Museo del Oriente, dos entidades autónomas con vida propia pero impregnadas del espíritu que aporta su entidad originaria.

A. *Las Aguas de Porrúa*

La existencia de un afloramiento de agua de abundante caudal en la depresión de Vallina (Fuente de Vallina) y el rio que corre en un corto tramo de trescientos metros hasta sumirse en Sulatorre, determinó sin lugar a duda el asentamiento humano de Porrúa. Su uso para consumo —humano y ganadero—, mantenimiento de alimentos, fines higiénicos, y actividad molinera fue de tal importancia que obviamente su devenir tuvo presencia en la normativa y decisiones del concejo público.

El uso del agua de varias lagunas existentes en el pueblo hizo que hubieran de ser tomados acuerdos para su uso y limpieza y que se acometiera la edificación del complejo del agua de Vallina en el nacimiento del río. Aprovechando el cauce que hacía la represa del agua del molino (*Taraneyu*) se acometió el acomodo de la fuente y el enfriadero preexistente, y la obra del lavadero cubierto, y un abrevadero y otro pequeño lavadero en el exterior (1904).

En concejo público se elaboró una exhaustiva reglamentación de usos y pautas de comportamiento, se reguló la ejecución periódica de su limpieza

que salía a remate anual, y aunque la traída de aguas hizo disminuir su utilización continuó tras ésta.

Dotar al pueblo de una traída de aguas que permitiera las acometidas particulares a las casas, y fuentes y abrevaderos en espacios públicos, fue una labor de una cierta complejidad y de un impulso modernizador sin precedentes. Se inició en 1924 y culminó en 1926, la fórmula fue la creación de una comisión promotora en concejo público (1925), cuando ya se había instado solicitud de concesión de la Fuente de los Vaqueros. La cooperación del vecindario y sobre todo las aportaciones exteriores de los indianos fueron determinantes para llevar a cabo la obra.

Finalizada la obra para su puesta en marcha se acordó en concejo público el texto articulado de un Reglamento, con una exposición de motivos, que indicaba la constitución de una «junta administrativa» de carácter ejecutivo y con control económico y administrativo del «concejo» de la misma, con fiscalización económica y administrativa, del mismo. Posteriormente adoptó la forma jurídica de asociación y finalmente de comunidad de usuarios, acorde con la legislación de este ramo de las aguas.

B. *El acuerdo de concejo ante la donación de la finca de Llacín*

Teresa Sordo Sordo, nacida en Porrúa, y residente en México, casada con Luis Haces Sordo, manifestó su deseo de hacer donación de las fincas y edificaciones de Llacín, como ya había hecho con carácter previo de una parte para la «ampliación» y ubicación de las nueva Bolera, e instó al Ayuntamiento de Llanes para llevarla a cabo, acordando éste mandatar al alcalde de Porrúa para la toma de posesión simbólica de la finca (1991).

La escritura entre partes para protocolizar la donación se otorga el 29 de marzo de 1993 y el Pueblo de Porrúa, acordó en concejo público de fecha 4 de septiembre de 1993, crear la Asociación Cultural Llacín, eligiendo una comisión redactora de los Estatutos, para su administración en los términos que correspondiera.

La creación de la citada asociación supuso el inicio de un movimiento cultural sin precedentes creado en torno a la misma, de una fuerte partici-

pación colectiva, con pautas innovadoras y renovadoras de las manifestaciones culturales y musicales, que sigue trabajando, rescatando e innovando en el mundo de la cultura en el medio rural. Valgan como ejemplo estas: la creación de un singular mercado; la apuesta por la música tradicional, con escuela, banda de gaitas y grupo de folklore; o la creación de una Fundación (2000) para la detentación de la titularidad y la gestión del Museo Etnográfico del Oriente de Asturias, en cuyo patronato tienen representación mayoritaria la asociación promotora y los patronos de nombramiento directo —asimismo— en concejo público.

5. *Conclusiones*

De lo analizado en estas notas podemos concluir la existencia de una marcada organización de la comunidad a lo largo de su historia, complementaria de la organización en el ámbito municipal; comunidad que sin lugar a duda es previa a la entidad parroquial religiosa, con la que acaba conviviendo y a la que paga sus prestaciones y presenta sus requerimientos.

La clave de dicha organización es el concejo público, como asamblea de vecinos, con funciones reguladoras creando normas, ordenanzas y reglamentos y tomando acuerdos ejecutivos en las materias de su competencia o demandándolos en otras instancias.

La cultura y el sentimiento de comunidad de Porrúa son tributarios de la histórica y asentada forma de tomar acuerdos, en el concejo público, que se fue adaptando a lo largo de los siglos, pero cuyo prestigio siempre fue aceptado, y alcanza a entes derivados del mismo perfectamente integrados en la vida de esta comunidad.

Las decisiones del común abarcan tanto a los servicios públicos básicos (aguas, caminos, correo...), o a la propia organización (concejo, asistencias, cargos, comisiones, convocatorias, dictámenes...), como a toda vida económica dependiente de la ganadería y, por tanto, del territorio que servía de asentamiento a esta (pastos, aprovechamientos del común, erías...).

El binomio comunidad / concejo público van de la mano, y entendemos que son inseparables: el prestigio del concejo genera un sentido de comu-

nidad con una marcada personalidad, y ese peculiar sentido comunitario obliga a mantener el prestigio del concejo como ente regulador, que llega hasta la actualidad.

Breve descripción socioeconómica y territorial

1. *Marco geográfico y socioeconómico*

La parroquia de Porrúa pertenece al concejo de Llanes (Asturias), tiene una población (2024) de 439 habitantes (217 hombres, 222 mujeres). Está situada en la rasa costera de la marina llanisca, en la falda de la vertiente norte de la Sierra de Cuera, a una altitud de 50 m.s.n.m. y a una distancia de poco más de 2 kilómetros en línea recta del mar Cantábrico. Dista 6 km. de Llanes, capital del concejo; 101 km. de Oviedo; 97 km. de Santander y 187 de Bilbao.

Porrúa destaca en el ámbito de la ganadería por su importante cabaña de vaca asturiana de la montaña y por situarse, en el ámbito territorial de la costa oriental de Asturias, en una comarca que constituye uno de los principales epicentros del turismo de la cornisa Cantábrica.

2. *Antecedentes históricos*

Porrúa fue una comunidad campesina eminentemente pastora, históricamente de ovino y caprino principalmente —productora de quesos que aún hoy prevalece, mantecas y lana para paño— y ahora con una alta especialización hacia el vacuno de carne. Hasta muy recientemente, apenas unas décadas, los porruanos practicaban la trasterminancia entre los pastos invernales en la marina y en los alrededores del pueblo y los estivales de la Sierra de Cuera.

La historia de Porrúa está marcada por tres hechos significativos:

En primer lugar, la reivindicación por el territorio en la que comunidad ha estado inmersa al menos desde el siglo XIV. Porrúa sobrevivía como parroquia independiente en medio de las inmensas propiedades del todopoderoso Monasterio de Celoriu, dueño de las grandes erías foreras y de



Miembros de los GDR de Asturias, Galicia y País Vasco posan delante del aguacate gigante de Porrúa. Foto: J. Izquierdo.

los mejores prados del entorno. Desde tiempo inmemorial los porruanos constituían una pequeña comunidad asentada en la Sierra de Cuera, cuyos derechos de pasto y de ocupación del territorio consiguen acreditar en números pleitos, recogidos documentalmente a lo largo de la Edad Media.

En segundo lugar, la emigración y la obra indiana que dan a la aldea una singular estructura urbana y una característica influencia edificatoria. A una primera emigración, acreditada desde el siglo XVIII, de porruanos especializados en la fabricación de tejas —los denominados *tamargos* que incluso tenían una jerga propia, la *xíriga*— que se trasladaban temporalmente a regiones limítrofes y a Andalucía, sucedió una segunda emigración más generalizada entre las familias porruanas hacia América, siendo Cuba, primeramente, y después México y Venezuela los principales destinos, aunque

se sigue el rastro de familias originarias de Porrúa por diferentes países del continente americano.

Los indianos —dícese de los emigrados a América— dejaron su huella no solo en el acceso a la compra de tierras que las remesas de dinero enviadas por los emigrados permitieron a sus casas, sino por las numerosas edificaciones palaciegas del pueblo que lo han convertido, como ha pasado en numerosos pueblos de la comarca, en una mixtura entre la arquitectura popular rural y la de influencia exterior vinculada al regreso de algunas familias que consiguieron el éxito económico en su periplo americano. Pero donde la huella de la emigración ha generado mayor transcendencia, si cabe, es en la obra pública: la escuela y la Casa de Concejo (1878), el nuevo cementerio (1891), la ordenación del manantial de Vallina con la construcción de la traída de aguas, las fuentes y abrevaderos (1904), la iglesia (1906), la bolera, el casino, el parque, el quiosco... cuya ejecución requiso siempre un alto grado de acción concertada entre la financiación procedente de la emigración porruana y el trabajo comunitario de los vecinos. La escuela de gestión comunitaria, que aún hoy continúa como un rasgo distintivo de los porruanos, fue forjándose a lo largo de la historia. La segunda oleada migradora, ya en la segunda mitad del siglo XX, tuvo como objetivo Europa central y los centros fabriles y urbanos de Asturias y el resto de España.

El tercer hito histórico de la aldea se relaciona con la consolidación del concejo público como forma de organización institucional y democrática de la vida comunitaria de la aldea, que pervive como un signo inequívoco de autoorganización responsable y compromiso del vecindario con lo común. Esta fórmula organizativa, frecuente en el pasado rural de Asturias —el *concellu abiertu*—, ha decaído en la mayoría de las aldeas y parroquias asturianas, pero en Porrúa permanece. Obra del concejo abierto son las Ordenanzas del Pueblo de Porrúa (1832) o la Junta Administrativa de Aguas, vigente en la actualidad.

3. *Antecedentes y desencadenantes contemporáneos*

El desencadenante actual de la movilización interna de Porrúa tuvo lugar en 1994 con la creación de la asociación Llacín. La asociación surgió como consecuencia de una respuesta vecinal a la donación «al pueblo de Porrúa» de una finca, con un conjunto de edificaciones, que la familia Haces Sordo —emigrantes porruanos residentes en Veracruz, México— había cedido con el objeto de que se dedicase a «fines culturales». En la encomienda figuraba también «cuidar del singular aguacate que preside la finca».

El primer objetivo de la asociación se concretó en el desarrollo de un proyecto de rehabilitación y adecuación de las edificaciones y terrenos donados para habilitarlos como equipamiento cultural y recreativo de uso vecinal.

A partir de entonces, y de los aprendizajes adquiridos con este primer objetivo, vendrían más iniciativas:

—La Escuela de Música Tradicional. Creada en 1994, fue creciendo rápidamente tanto en número de alumnos como en enseñanzas impartidas: gaita, violín. tambor, acordeón, pandereta, lenguaje y folklore musical... De esta escuela surgiría otra importante iniciativa: la creación de la Banda de Gaitas Llacín.

—La Banda de Gaitas Llacín. Creada en 1998, se ha convertido en el proyecto más internacional de Porrúa. Con una significativa producción discográfica y con actuaciones y giras por distintos países, la Banda de Gaitas Llacín no solo es una escuela de futuros músicos sino una evidencia de la trascendencia cosmopolita y el recorrido que pueden tener algunos proyectos nacidos en la aldea. Para más información consultar: <https://www.bandagaitesllacin.com>.

—El inicialmente concebido como Museo Etnográfico de Porrúa es ahora el Museo Etnográfico del Oriente de Asturias. Fue inaugurado el 10 de julio de 2000. Su origen se vincula a la donación de la familia Haces Sordo, antes mencionada, y a la creación de la Asociación Cultural Llacín, impulsora y gestora de este que, en 2001, promovió la creación de la Fundación Museo Etnográfico del Oriente de Asturias. Para más información: <https://museoriente.com>.

—El *Mercau Astur*. Desde 1995, se celebra anualmente este mercado, una recreación de un mercado antiguo, previo a la Revolución Industrial, en el que se representan los oficios artesanos, la música, el teatro, el folclore, los persona-



Panorámica del Mercau Astur. Foto: Asociación Llacín.

jes y los mitos que conformaban el mundo rural antiguo, que confluyen en esta actividad festiva estival, en la que participan diferentes colectivos artesanales y entidades etnográficas de la región, además del pueblo de Porrúa, y se ofrecen productos gastronómicos del país.

—El Pueblo Cultural de Europa. Un pequeño pueblo danés, Tommerup, se autoproclamó en 1996 «Pueblo Cultural de Europa». Posteriormente, el pueblo holandés de Wijk aan Zee hizo lo mismo, amplió la iniciativa y creó una fundación para promover acciones vinculadas a pueblos que apostasen por utilizar la cultura local como desencadenante para rehabilitar genuinamente la vida económica, ecológica, democrática, comunitaria, etc., de los pueblos europeos. En el programa de intercambios de experiencias participaron una docena de pueblos de diferentes países —Holanda, Francia, Hungría, Dinamarca, Chequia, Austria, Grecia—, entre ellos Porrúa. Este proyecto supuso un respaldo importante para reafirmar que el camino iniciado por Porrúa avanzaba en la dirección correcta.



La banda de gaitas Llacín posa delante del skyline de Nueva York. Foto: Banda de Gaitas Llacín.

4. *Análisis y diagnóstico territorial y socioeconómico*

La pujanza económica de Porrúa destaca en el conjunto de casos analizados en este proyecto de cooperación gracias tanto a su dimensión demográfica —de un tamaño considerable para una aldea—, como a dos motores fundamentales: el turismo rural y la ganadería de vacuno de carne.

4.1. *Requisitos previos*

Por situación geográfica, a medio camino entre dos centros urbanos como Oviedo —y por extensión y proximidad en el centro de Asturias, Gijón y Aviles— y Santander, comunicados por la autovía del Cantábrico, así como su proximidad a la villa de Llanes, Porrúa goza de un óptimo acceso a los servicios, equipamientos e infraestructuras públicas, así como a otros de naturaleza privada como los comerciales o los de ocio. Lo mismo puede decirse del acceso telemático a la red de Internet y la telefonía móvil. A mayores, su proximidad a Bilbao y por extensión al País Vasco y, especialmente, los valores de su entorno —la costa llanisca y los Picos de Europa— suponen un atractivo turístico para los mercados urbanos, lo cual se convierte en ocasiones en un arma de doble filo, en especial para el acceso a la vivienda ante el aumento de la demanda por parte de inversores externos.

Por lo que respecta a su organización comunitaria y vecinal, la programación de actos culturales y festivos se constituyen en la primera y más destacada actividad de la vida comunitaria, aunque no solo. Esa capacidad de organización colectiva es un magnífico punto de arranque para seguir avanzando en los objetivos de nueva economía para la aldea que a este proyecto de cooperación interesan.

4.2. *Ejes de desarrollo*

La dinámica comunitaria y organizativa de Porrúa se articula principalmente, como hemos visto, en torno a la cultura y a una dinámica económica boyante que tiene a la ganadería y al turismo como principales elementos tractores. No obstante, existe también una cierta preocupación de fondo, sobre otros elementos de interés para el futuro de la aldea que comenzó a hacerse patente a partir de su participación en el proyecto «Aldea 0», promovido por el Gobierno de Asturias y del que dimos cuenta en el capítulo dedicado a Peón y a CTIC RuralTech.

En ese contexto surgió la iniciativa «Porrúa XXI», concebida desde la Asociación Llacín como un punto de encuentro, como un espacio de diálogo, para avanzar en los aspectos vinculados a los nuevos retos de la aldea.

4.2.1. *Sistema agroecológico local (SAL)*

La especialización ganadera de Porrúa, con una importante cabaña de vaca de la raza Asturiana de Montaña, tiene a su favor el mantenimiento de una actividad importante para la gestión del territorio y la conservación de los prados de siega y las praderías y pastos de montaña, pero tiene en su contra, precisamente, el mismo hecho de la especialización y de una, llamémosla así, «extensificación intensiva» que roza la perspectiva del monocultivo.

La recuperación del sistema agroalimentario local, una mayor diversificación en la estructura de la cabaña ganadera, la mejora paisajística y funcional de espacios como Mañanga o la Sierra de Cuera, podrían figurar como objetivos de trabajo, aun teniendo en cuenta las dificultades que ello

implica ante la escasa rentabilidad, el avance de la matorralización, la proliferación de cultivos de eucalipto, y la presencia estable y próxima del lobo que dificulta, desanima e incluso, en ocasiones, imposibilita, el manejo ganadero del entorno, en especial para el ganado menor.

4.2.2. *Sistema energético local (SEL)*

No existe ningún planteamiento para la constitución de una comunidad energética. La energía solar fotovoltaica sería en Porrúa la opción más viable. Por tanto, este aspecto puede convertirse en uno de los retos del futuro, como en su día constituyó la comunidad de aguas.

4.2.3. *Sistema local de empresas (SILE)*

Las actividades económicas de Porrúa se mueven principalmente, como hemos advertido, alrededor de la ganadería, el turismo y la hostelería. Es de esperar que de la movilización de los ejes anteriores, el agroecológico y el energético, pudieran derivarse nuevas oportunidades empresariales y una mayor diversificación de las rentas.

4.2.4. *Comunidad intergeneracional y multicultural (CIM)*

La comunidad local de Porrúa está bien instaurada. Eso significa que las posibilidades en materia de atención a los mayores, recuperación de sus conocimientos, implicación de los más jóvenes en las dinámicas comunitarias y asociativas, etc., son potencialmente viables y suponen nuevas líneas de trabajo para la Asociación Cultural Llacín.

4.3. *Palancas de movilización*

Porrúa se caracteriza por cuidar su cultura local y su memoria colectiva, a través del museo etnográfico y las numerosas iniciativas culturales que se organizan. Con respecto a las nuevas tecnologías y la innovación, y como ya hemos comentado, los principales objetivos de trabajo podrían centrarse en las oportunidades de movilización del sistema agroecológico local y la comunidad energética.

4.4. *Potencialidades, obstáculos, riesgos, debilidades y oportunidades*

Potencialidades

- Patrimonio cultural singular
- Ubicación estratégica
- Fuerte cohesión social
- Identidad rural
- Calidad paisajística
- Liderazgo comunitario excepcional
- Modelo de participación ciudadana
- Capacidad para mantener identidad
- Ganadería
- Turismo

Obstáculos

- Dificultades de movilidad
- Competencia territorial y por financiación
- Burocracia administrativa
- Escasez de mano de obra
- Limitaciones urbanísticas

Riesgos

- Despoblación progresiva
- Pérdida de relevo generacional
- Turistificación
- Cambios en los hábitos culturales
- Cambio climático
- Dependencia del turismo
- Pérdida de patrimonio inmaterial
- Institucionalización excesiva
- Despoblación rural
- Envejecimiento del voluntariado

Debilidades

Escasa población
Dependencia económica externa de subvenciones y apoyos institucionales
Limitada diversificación empresarial
Envejecimiento demográfico
Escasez de vivienda permanente
Organización de actividades dependiente de un núcleo reducido de personas
Sobrecarga organizativa
Conectividad telemática con algunas debilidades
Infraestructuras ganaderas

Oportunidades

Crecimiento del teletrabajo
Turismo cultural y experiencial
Economía plateada
Marca Llanes
Convertirse en referencia de innovación rural
Desarrollo de turismo cultural durante todo el año
Captación de población vinculada a la cultura
Proyección internacional

5. *Conclusiones*

La principal fortaleza diferencial de Porrúa no es únicamente su paisaje o su patrimonio, sino la existencia de una comunidad organizada capaz de transformar patrimonio en desarrollo social y cultural.

La Asociación Cultural Llacín y la Fundación Museo Etnográfico del Oriente de Asturias constituyen un activo estratégico extraordinario porque han demostrado durante más de treinta años capacidad para movilizar recursos, generar identidad, atraer visitantes y proyectar la imagen de la aldea.

La principal ventaja competitiva de Porrúa es la combinación de identidad cultural fuerte + proximidad a Llanes + calidad paisajística + pa-

trimonio etnográfico. Su principal desafío es transformar esos activos en actividad económica y fijación de población sin perder autenticidad.

El principal reto para el futuro será garantizar el relevo generacional y convertir ese capital social acumulado en una herramienta de desarrollo sostenible para las próximas décadas.

En ese sentido, además de continuar con el desarrollo cultural —una de las señas de identidad de Porrúa— y en consonancia con los planteamientos de este proyecto de cooperación, los nuevos retos tienen que ver con la mejora del sistema agroecológico local y, especialmente, el agroalimentario de proximidad; el desarrollo del sistema energético local, la rehabilitación del núcleo urbano —para optimizar aprovechamientos de espacios y edificaciones en desuso— y la mejora del acceso a la vivienda para residentes permanentes.

Conclusiones generales

> Soy un hombre que ama verdaderamente el pasado. Lo tradicionalistas, en cambio, no lo aman: quieren que no sea pasado, sino presente... por eso es conveniente volver de cuando en cuando una larga mirada hacia la profunda alameda de pasado.
>
> José Ortegay Gasset, *Notas* (1936)

Este proyecto de cooperación no es tanto un proyecto en sí mismo, como un proceso. Un proceso que se inicia. Se concibe, por tanto, como un primer paso, un ejercicio de reflexión conceptual y de avance sobre la aldea del futuro y también como un espacio de intercambio en el que han participado siete entidades de población y seis grupos de desarrollo rural que han puesto de manifiesto sus experiencias con el objetivo de intercambiar conocimientos y buscar ideas y orientaciones para seguir progresando.

En tanto que proceso que ha dado un primer paso, el proyecto de cooperación ha servido, por una parte, para vincular a sus participantes que manifiestan su disposición en seguir trabajando juntos y mantener la relación establecida con el ánimo de aprender unos de otros. Y, por otra, para ampliarlo con el concurso de los Grupos de Desarrollo Rural (GDR), tanto nacionales como de otros países, y seguir así profundizando en el papel que pueden jugar las aldeas y los pueblos pequeños en la gestión territorial y el desarrollo regional y en la formulación de una teoría económica y ecológica contemporánea, pertinente y adaptada a sus características.

En ese sentido, entendemos que más allá de la financiación y apoyo al emprendimiento de proyectos promovidos por particulares y asociaciones, que han sido y siguen siendo tareas propias de los GDR, existe un ámbito de trabajo, de carácter comunitario y estratégico, que consiste en apoyar la

dinamización integral de los pueblos pequeños y aldeas que apuesten por la rehabilitación de sus sistemas agroecológicos, energéticos y empresariales locales y la dinamización de su comunidad, movilizando para ello la cultura del territorio, integrando las nuevas tecnologías y promoviendo la innovación. Los GDR pueden actuar como agentes coordinadores, canalizadores y promotores para implementar proyectos, acciones e iniciativas que surgen desde el ámbito comunitario o asociativo de la aldea y que se orientan hacia una estrategia territorial más amplia, definida en el marco del programa LEADER 2023–2027, que establece las bases para la dinamización económica, social y ambiental del territorio mediante procesos estructurados de planificación, participación y gobernanza.

La reformulación y rehabilitación de la aldea a la que aspiramos no tiene referentes. Es inédita. Es cierto que encontramos, no solo en el ámbito de las aldeas que han participado en este proyecto sino en el conjunto de las iniciativas singulares e innovadores dispersas por la geografía del país, excelentes ejemplos que apuntan en la dirección que en estas páginas se alienta. Son iniciativas de alto interés transformador —promovidas por emprendedores individuales o sociales— en los ámbitos de la agroecología, la energía, la innovación empresarial, la cooperación, el desarrollo comunitario, etc. Sin embargo, carecemos de un «**prototipo de aldea**» contemporánea que suponga un compendio de todas esas iniciativas de transición y que nos sirva como buque escuela, como modelo referencial e inspirador, para replicar en otras aldeas y para formar, especialmente en el ámbito del nuevo campesinado, a los nuevos gestores y pobladores de la aldea.

Durante el largo periodo histórico en la que la aldea estuvo vigente —desde el primer neolítico hasta la consolidación de la actual sociedad urbano-industrial-tecnológica— la aldea tuvo en la «casa» el principal referente de educación, formación y reproducción «profesional» y ecosocial del campesino. La comunidad, por su parte, participaba en esa conformación de la «ciudadanía» aldeana fortaleciendo los vínculos entre personas, casas y sociedad local. Ahora, en las aldeas actuales, la casa ya no cumple esa función y la comunidad está, en muchos aspectos, debilitada

por las influencias del individualismo. Las aldeas se han quedado sin sus principales estamentos formativos y conformativos y han sufrido un grave problema de «erosión cultural» motivado por la influencia externa de los comportamientos urbanos e industriales y el abandono de los principios propios. Por ello, el prototipo de aldea no solo tiene como objetivo el desempeño de las actividades que le devuelvan la funcionalidad territorial que le es propia sino, y muy especialmente, la función educativa, formativa y conformativa del nuevo campesinado y de los nuevos habitantes de la aldea, así como promover un proceso de rehabilitación para recuperar de forma actualizada la identidad cultural.

Además de las carencias en la actitud y la aptitud y la debilidad de la organización vecinal comunitaria —sin las cuales no es viable el desarrollo futuro—, la aldea se encuentra con dificultades para sacar adelante sus iniciativas de transición derivadas de razones externas. Muchas de las actuales políticas públicas, normas y regulaciones administrativas, pensadas esencialmente para la escala urbana e industrial, no se adaptan a los objetivos económicos / ecológicos / territoriales / culturales de la nueva aldea.

En ese sentido, es preciso establecer distintos niveles de responsabilidad, compromiso e implicación en la generación de una nueva economía para la aldea en lo que afecta tanto a la propia comunidad —organización, visión, misión—, como a las administraciones públicas —local, regional y estatal— para colaborar en los procesos de cambio y, en su caso, promover las reformas necesarias para evitar que las normativas de mayor rango coarten, dificulten o impidan el proceso de transición hacia la nueva economía.

Asimismo, la debilidad demográfica de la aldea es notable. No solo por la emigración a las ciudades y los centros industriales que la fueron vaciando desde hace varias décadas, sino también por la propia incapacidad reproductiva derivada del envejecimiento de la población. El porvenir de la aldea está, por tanto y en términos generales, vinculado a la llegada de **nuevos vecinos**, que deben adaptarse, integrarse y movilizarse como activos importantes para consolidar los planteamientos de la nueva economía para la aldea.

Bibliografía

Axencia Galega de Desenvolvemento Rural (Agader). (2023), *Aldeas modelo: instrumento de recuperación de terra agVarios raria*. Santiago de Compostela. Xunta de Galicia.

Bruña-García, X., & Marey-Pérez, M. F. (2014), Apagar os lumes falando (coa xente)? En X. Simón & D. Copena (Coords.), *Propostas agroecolóxicas ao industrialismo. Recursos compartidos e respostas colectivas* (pp. 764–774).

Calleja Puerta, M. (2003), *El Fuero de Llanes, edición crítica*, Oviedo, Editorial Sueve.

Canella y Secades, F. (1984), *Historia de Llanes y su concejo (*facsímil de la primera edición, de 1896), Gijón, Mases ediciones.

Chueca Goitia, F. (1987), *Breve historia del urbanismo,* Madrid, Alianza Editorial.

Colectivo Nicolás Tamés, (2005). *Porrúa,* Fundación Museo Etnográfico del Oriente de Asturias, Asociación Llacín, Casino de Porrúa, Alcaldía de Porrúa.

Comisionado para el reto demográfico. Gobierno de asturias. *El sistema agroecológico local* (sal) *de Moal: Ordenación, planificación, y gestión comunitaria del terrazgo y el monte de y desde una aldea asturiana.*2021.

European Commission, (2020), *Smart Rural 21: Smart villages in Europe*. Brussels: European Network for Rural Development (enrd).

European Commission, (2021), *A long-term vision for the eu's rural areas: Towards stronger, connected, resilient and prosperous rural areas by 2040* (com (2021) 345 final). Brussels: European Commission.

Fernández Martín, L. (1973), *Registro de escrituras del Monasterio de San Salvador de Celorio*, Oviedo, Boletín del Instituto de Estudios Asturianos, n.º 78.

Ferreira, J.J., Campa Negrillo, A., García-Fernández, C. (2023), *El fabón de Moal: características morfológicas*, Rev. Tecnología Agroalimentaria, n.º 29, Villaviciosa (Asturias), serida.

García Martínez, A. (2016), *Alabanza de aldea,* Oviedo, Krk Ediciones

García Mijares, M. (1990), *Apuntes históricos, genealógicos, y biográficos, de Llanes y sus hombres* (facsímil de la primera edición, de 1893), Llanes, El Oriente de Asturias.

Gobierno del Principado de Asturias, & ctic, (2021), *Aldea 0: diseño y experimentación de un modelo socioeconómico para la aldea del siglo xxi*. Oviedo.

Instituto Galego de Estatística (ige), (2024), *Estadísticas demográficas y socioeconómicas municipales*.

Izquierdo Vallina, J. (2002), *Manual para agentes de desarrollo rural: ideas y propuestas para moverse entre la conservación del patrimonio y el desarrollo local,* Madrid, Instituto de Desarrollo Rural del Gobierno de Asturias y Ediciones Mundiprensa.

—(2005), *El regreso del señor Hoffmann y otros relatos de ambiente entero.* Oviedo, Krk Ediciones.

—(2008), *Asturias, región agropolitana: las relaciones campo-ciudad en la sociedad posindustrial*. Oviedo, Krk Ediciones.

—(2012), *La casa de mi padre.* Oviedo, Krk Ediciones.

—(2013), *La conservación cultural de la naturaleza*, Oviedo, Krk Ediciones

—(2019), *La ciudad agropolitana. La aldea cosmopolita*, Oviedo, Krk Ediciones.

—(2023), *De función pública.* Oviedo, Krk Ediciones.

—(2025), *Una nueva economía para la aldea del siglo xxi,* Oviedo, Krk Ediciones.

Kayser, B. (1972), *El espacio rural y el nuevo sistema de relaciones ciudad-campo*, Barcelona, Revista de Geografía de la Universidad de Barcelona, vi, n.º 2.

Lefebvre, H. (1972), *La revolución urbana,* Madrid, Alianza Editorial.

López Linage, J. (2007), *Modelo productivo y población campesina del occidente asturiano 1940-1975*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

Lostrangio, M. C. (2025), When smart villages meet rural diversity: Place-based development in European rural areas. *European Urban and Regional Studies*, 32(1), 45–60.

Loures, A., Martins, V. B., Carrillo Durán, V., & Dias, J. S. (2025), A análise de casos de estudo enquanto metodologia de definição de princípios de design e de comunicação de territórios de baixa densidade. En A. Loures, J. Mora Aliseda, F. Rebola & L. Loures (Coords.), *Territórios de baixa densidade: Os desafios do desenvolvimento territorial*. Aranzadi.

Madoz, P. (1845–1850), *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid: Imprenta del Diccionario.

Morin, E. (1999), *Estamos en un Titanic*, documento incluido dentro de la Biblioteca digital temática de la Universidad de Colombia. <www.bivipas.unal.edu.co/handle/10720/457>.

Mumford, L. (2005), «Historia natural de la urbanización», en *La incidencia de la especie humana sobre la faz de la Tierra (1955-2005),* J.M. Naredo y L. Gutiérrez (eds.), Granada, Universidad de Granada y Fundación César Manrique.

—(2012), *La ciudad en la historia*, Logroño, Pepitas de calabaza ed.

Ortega y Gasset, J. (1967), *Notas*, Madrid, Editorial Espasa Calpe.

Pereira dos Santos, H. (2010), *Do tempo e da paisagem. Manual para a leitura de paisagens,* Parede, Principia.

Ruiz de la Peña Solar, J.I. (1973), *El espacio oriental de Asturias en la edad Media I. Documentos*, Llanes, El Oriente de Asturias.

Shanin, T. (1976), *Naturaleza y lógica de la economía campesina,* Barcelona, Editorial Anagrama.

Terán de, M. (1951), *Hábitat rural. Problemas de método y representación cartográfica*. Zaragoza. Instituto de Estudios Pirenaicos. csic.

Varios autores, (2019), *Asiegu, aldea pensada*. C*andidatura al Pueblo Ejemplar de Asturias.* Documento inédito.

Vázquez Barquero, A. (1993), *Política económica local,* Madrid, Ediciones Pirámide.

Villares, R. (2019), *Galicia. Una nación entre dos mundos*, Barcelona, Ediciones de Pasado y Presente.

Villaverde Amieva, J. L. (1999), *Colección documental de la parroquia de Porrúa y Puertu de Cuera*, Oviedo, Alvízoras Llibros.

Xunta de Galicia. (1976), *Resolución de clasificación del monte vecinal en mano común «Sierra de San Salvador y Sierra de Meda»*. Diario Oficial de Galicia.